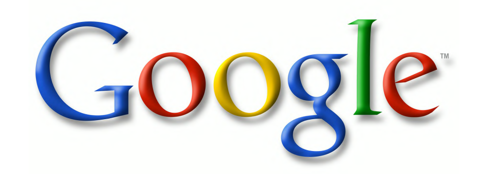
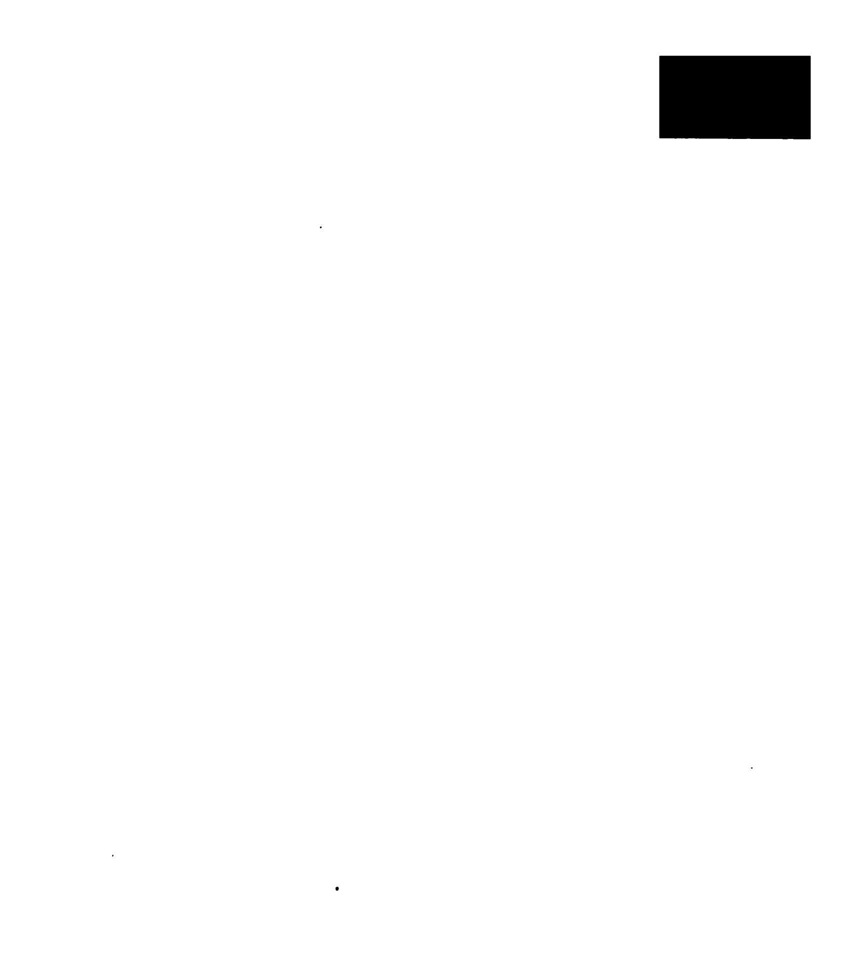

Google





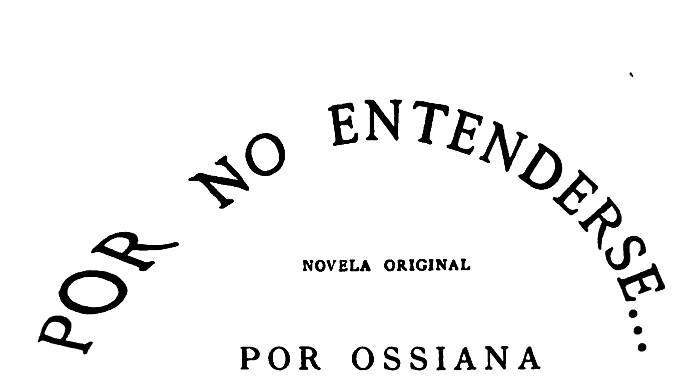








[redacted]



NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

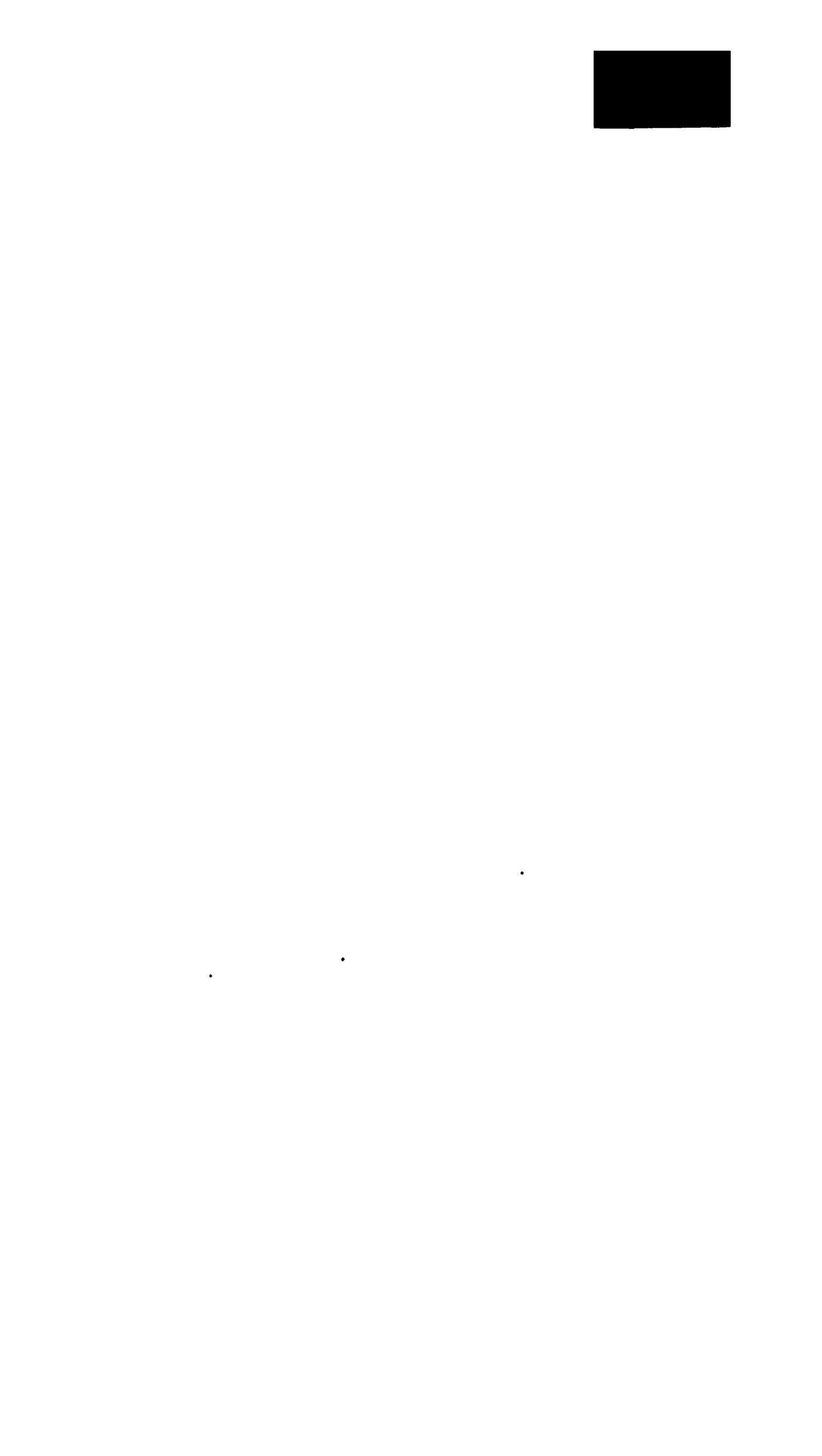
AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA,
EL HADA DOMÉSTICA, ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON,
LA ROSA DEL GENIL, EN EL PEÑON, ETC.

TOMO I

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879



[redacted]



NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA,
EL HADA DOMÉSTICA, ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON,
LA ROSA DEL GENIL, EN EL PEÑON, ETC.

TOMO I

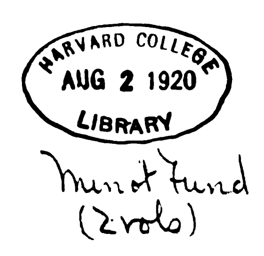
MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

[redacted]

[redacted]

POR NO ENTENDERSE...


HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY

[redacted]

CAPÍTULO PRIMERO.

La casa solariega de los barones de Fenollar era una de esas casas fantásticas y sombrías, que una vez vistas no se borran fácilmente de la memoria, y ménos de la de un niño, por las sensaciones que más indeleblemente se graban en la imaginacion y el corazon infantil: las del terror.

Espaciosa, sin gusto en su arquitectura, sin órden ni armonía en la distribucion y arreglo de los distintos departamentos de que constaba, llena de largos y oscuros pasillos tan complicados que á primera vista era de todo punto imposible averiguar á dónde conducian, de altas sucias ventanas, cuyos bastidores y puertas, así como las maderas todas estaban pintados de color de caoba, ennegrecidas las paredes y desconchadas por efecto del abandono, y aquéllas que el niño contemplaba con

[redacted]

más detencion, vestidas de damasco carmesí, que correspondian á las habitaciones principales de la casa, desteñidas y hasta hechas girones por algunos lados, y que al niño, al mirarlas por entre la penumbra, se le antojaban destilando sangre... puede considerarse si la casa encerraba materia para la medrosa contemplacion.

Reinaba invariablemente allí el más profundo silencio, que el niño y su nodriza cuidaban de no interrumpir ni con el ruido de sus pisadas, ni con el eco de su voz, que se esforzaban por reducir á la más mínima expresion de sonido: es decir, cuando salian de las habitaciones destinadas para su uso, y obedeciendo á una consigna recibida, se dirigian los dos, ella siempre serena, grave, silenciosa, pero resuelta; el niño indefectiblemente temblando y asido, cuando no de la mano de aquélla, de los pliegues de su falda, á aquellas estancias que fijaban más la atencion de éste, las habitaciones cubiertas de damasco carmesí, para llegar á las cuales, tenian que atravesar los interminables, oscuros y complicados pasillos que constantemente cruzaba el niño, henchido su infantil pensamiento de imágenes tan medrosas como indefinibles.

Vivian su nodriza y él en un extremo del edi-

ficio, sin ver ordinariamente, ó á lo ménos con frecuencia, más que á un criado que los servía en las faenas que aquélla no podia desempeñar y que, al parecer, contagiado por el aire tétrico que en la mansion dominaba, contribuia por lo seco y desabrido de su aspecto á paralizar la sangre de aquel tierno corazon. Cuanto rodeaba á aquel niño, cuanto tenía á la vista en el interior de aquella casa, era triste, frio.....mortuorio, estábamos á punto de decir, y tal vez no sería desacertada la calificacion.

Aquello era un mausoleo más que una mansion, y aquel niño de carne y hueso, aquella hermosa criatura, vivia como un querubin de mármol encerrado dentro de un panteon.

Nadie parecia quererle, ni él tenía absolutamente á quién querer, ni aun á su nodriza, lo que parecerá increible; pero ésta participaba del desabrimiento del criado á quien hemos hecho referencia, y bien se sabe que la dureza y el despego, ejercen poca seduccion en el ánimo de un niño!....

No obstante, el aislamiento en que vivia y la necesidad que experimentaba de desahogar con alguien los movimientos espontáneos de su infantil corazon, esas múltiples sensaciones que la

[redacted]

naturaleza al formar á la criatura le inspira, concediéndole á la vez el corazon de una madre para ser el eco fiel de ellas, para acogerlas, comprenderlas, y responder á su expresion, esa necesidad, repetimos, le impelia á depositar, aunque á medias, en la nodriza los sentimientos para cuyo desahogo le habia negado la Providencia el consuelo del regazo materno. Era ella la persona de cuantas habia en la casa á quien veia con más frecuencia; y era, por lo tanto, á la que con más facilidad se adheria. El instinto, que en momentos dados le impulsaba á asirse de su mano, á ocultar su rostro entre los pliegues de su falda, á verter sus inocentes lágrimas sobre aquel seno helado, imprimir un ósculo, que jamás era devuelto, sobre sus descarnados pómulos, no explicaba en manera alguna el cariño que le inspiraba, la confianza ó ternura que en ella depositaba; sino la sed de amor que en él ardia.

La madre de este niño, á poco de haberle dado á luz, murió de una hipertrofia en el corazon; y, á no dudarlo, influyó esto en la organizacion de aquél: ¡sentia con tanta anticipacion, se adelantó tanto su corazon á su razon!

La vida que llevaba esta criaturita, y que habia llevado desde que entrara en aquella casa, era tan

[redacted]

triste como monotona, interrumpiéndose la monotonía de ella sólo por las visitas que dos veces al mes hacía á las habitaciones de damasco carmesí, que eran las ocupadas por su tio Gaspar, baron de Fenollar, único apoyo de este niño al que, como un querubin de mármol, tenian encerrado dentro de aquel panteon.

El baron de Fenollar aborrecia á los niños; y á los hombres tambien, en general: consideraba además á aquel niño como una carga penosa, y, naturalmente, cuanto le pertenecia ó se relacionaba con él, le era tan oneroso como desagradable. El destino de esta criatura habia sido más desgraciado que el de un expósito: éste, á falta del apoyo materno, halla acogida en el seno de la caridad; pero él, como el expósito, careció del amor de madre, y no encontró ni áun siquiera el consuelo de la conmiseracion.

Su padre contrajo un enlace desigual, y este delito pesó como una maldicion sobre la existencia del niño.

¡La casa ilustre de Fenollar mezclar su pura, aristocrática sangre, con la sangre plebeya de una humilde labradora!... ¡Los retratos de quince generaciones, todos nobles, todos de distingui

[redacted]

raza, lo mismo ellos que ellas, que cubrian las paredes de damasco carmesí, debieron enrojecerse de vergüenza ante el nefando crímen cometido por uno de sus ilusos vástagos!...

Su madre, la inocente causa de aquella *indignidad*, no fué jamás reconocida por la familia de su marido; y éste, arrojado de la presencia paterna, no volvió, durante el breve período que sobrevivió á su casamiento, á cruzar el umbral de la mansion.

Fué igual á la vida de las flores, tan feliz como breve, la vida matrimonial de los que dieran el sér á aquel niño: amor de un dia, nació para morir en seguida.

El servicio militar, á que estaba consagrado el padre, reclamó su obediencia en una época aciaga: tiñó con su sangre el campo de batalla, dejando á su mujer viuda ántes de haber visto su hijo la luz del dia.

Fruto hermoso del más malogrado amor, meció la cuna de aquel tierno infante la sombra de dos cadáveres. La madre, que habia enfermado al saber la infausta noticia de su viudez, arrastró la más penosa existencia hasta cumplir el tiempo de su alumbramiento, y no tardó en pagar el tributo á su dolor.

[redacted]

Quedó, pues, el niño huérfano, desvalido y enteramente abandonado sobre la tierra.

Entónces el abuelo paterno se acordó de que se llamaba Fenollar, como él: que, quisiéralo ó nó, corria por sus venas la misma ilustre sangre que habia corrido por las de las quince generaciones, cuyos retratos cubrian los muros de su gran mansion, y, respondiendo á la voz de su conciencia, ó á las súplicas que la pobre madre moribunda le habia dirigido, ó tal vez al orgullo, es lo cierto que lo reconoció por nieto suyo.

Infaustos, sin embargo, fueron desde el principio la proteccion y el amparo que le prestó.

La nodriza que le lactaba con maternal solicitud, á quien la propia madre del niño habia confiado ese tan tierno como sagrado cargo, fué despedida, y su lugar reemplazado por otra, que lo crió en un pueblo léjos de la vista de su familia; y, despues que ese primer período de su vida pasó, estableciése con su cría en la mansion solariega; pero no ya bajo la egida del abuelo.

El baron de Fenollar habia muerto, y Gaspar, el mayor de sus hijos (el padre del niño habia sido el menor), ocupaba su lugar.

Gaspar, lo hemos dicho ya, aborrecia á los ni-

[redacted]

ños, y á ninguno como á aquel sobrino, que, contra todos sus cálculos, deseos é intenciones, se habia visto en la necesidad de reconocer: y habia que reconocerlo, no sólo como á un descendiente de su ilustre estirpe, sino igualmente, en el caso, todavía remoto, de morir sin casarse y sin legítima sucesion su hermano Baltasar (el segundo de los tres hijos que habia tenido el abuelo del niño) como al heredero directo de la casa, cuyos blasones y pergaminos habia manchado de tan ignominiosa manera el padre de éste.

Gaspar estaba casado; pero, separado de su mujer, no habia tenido ni tenía, naturalmente, esperanzas de tener hijos. Su hermano Baltasar le seguia en el órden genealógico: era más que probable que no dejaria de contraer matrimonio, y que el hijo, considerado casi ilegítimo, de la humilde labradora, no ocuparia jamás, á lo ménos como jefe de la ilustre casa de Fenollar, un hueco entre los cuadros que cubrian las paredes de aquella antigua y noble familia.

No obstante, á Gaspar le atormentaba hondamente la anterior suposicion, y podemos afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que influia, y no poco, la tan improbable hipótesis en fomentar el odio que le profesaba. Gaspar era tan orgulloso como

[redacted]

celoso del lustre de su apellido y de su importancia personal; y, habiendo sido un poderoso auxiliar de su padre en la indignacion producida por el enlace de su hermano menor, proseguia desempeñando, respecto del fruto de aquella union —hasta donde se lo permitian las circunstancias— la misma despiadada conducta.

La nodriza, igualmente despegada, y tal vez no ménos severa, no hacía más que reñir y castigar al niño confiado á su cuidado, encontrando constantemente faltas en cuanto hacía, desabrimiento que se aumentaba considerablemente en los dias que iban los dos á ver al baron... y, sin embargo, ¡extraños caprichos del corazon humano! al parecer, ella sentia singular complacencia en aquellas visitas que, como hemos dicho ya, le hacian en amor y compaña cada quince dias.

El baron los recibia invariablemente á la misma hora: á la caida de la tarde, un rato ántes de comer, en el mismo sitio y de la misma manera y forma: siempre seco, altanero y sarcástico, oponiendo á esto la nodriza el más glacial desdén, con igual medida de altanería que él, si bien disimulada bajo una estudiada reserva.

[redacted]

Nadie hubiera dicho, al contemplarlos reunidos en aquellos momentos, que era el uno un superior, y la otra una inferior; sino dos seres humanos de igual esfera, y animados á cual más por un espíritu hostil semejante al que alentaba á aborrecerse á los alanos, guardianes de la extensa huerta que cercaba la solariega morada, á los cuales no habia más remedio que desencadenar por turno, para evitar que se hicieran pedazos.

Algunas veces evocó el niño el recuerdo de los perros, cuyos ladridos formaban uno de los pocos ecos vivientes que llegaban á sus oidos; y, tan niño como era, pero dotado de precoz imaginacion, instintivamente comparaba á aquella pareja con ellos. Y en verdad puede creerse que, si en vez de ser una débil criatura el que entre ellos se encontraba, que á su condicion de niño reunia la del miedo que le infundian, tanto el uno como la otra, hubiese terciado una persona que se hubiera ocupado en azuzarlos, como se practica con los animales, en más de una ocasion el baron y la nodriza se habrian agarrado como dos perros de presa.

La fórmula de aquellas visitas era generalmente la misma: la nodriza manifestaba en brevísimas palabras el estado de salud de su hijo de leche,

[redacted]

asegurando invariablemente que era inmejorable, afirmando que no habia conocido jamás naturaleza más robusta; el baron, sin siquiera mirar á su sobrino, se sonreia irónicamente; preguntaba despues por el estado de su moral, y recibia irremisiblemente la contestacion más desfavorable, aduciendo la nodriza, con la más refinada malicia, evidentes pruebas de que el hijo de la labradora habia heredado en absoluto las viles condiciones de la sangre que manchara la clara estirpe de Fenollar. Entónces el baron fruncia las cejas y se mordia los labios, señales que comunicaban á Rita (la nodriza) suma satisfaccion, dibujándose en seguida en el semblante de ésta una expresion de ironía muy análoga á la que se habia pintado anteriormente en el rostro del baron.

Entre tanto, el inocente objeto de aquellos diálogos y manifestaciones, parado, ó como enclavado sobre la espesa alfombra del gabinete particular, por no mirar fijamente á la cara á ninguno de sus dos enemigos (pues como á tales los consideraba), revisaba con sus grandes ojos verdes, semejantes á un par de magníficas esmeraldas, los detalles de la habitacion, los muebles que contenia, é impresionado su pensamiento tanto como su corazon con el aspecto antipático del baron y de Rita, revestia

[redacted]

cuantos objetos contemplaba, empezando por el damasco carmesí que cubria las paredes, del más pavoroso carácter.

Parecíale que la seda descolorida y hecha girones por algunos sitios figuraba sangre: sangre destilada por los personajes representados en los descomunales cuadros que se intercalaban sobre los revestidos muros; sangre vertida por su tio Gaspar al que atribuia los honores de ogro, de verdugo, de cuanto en el vasto terreno de los horrores podia concebir su imaginacion. Antojábasele que los multiplicados y grandes muebles de roble y de ébano magníficamente tallados, sobre todo, aquellos que tenian figuras humanas esculpidas, algunas de las cuales eran de tamaño natural, las lanzaban de sí alentadas por un soplo vital, y que de un momento á otro iba á verlas respirar, así como á los personajes retratados en los cuadros, ponerse en movimiento y aprestarse á devorarlo.

No sabemos qué era peor para aquel inocente; si la contemplacion de que huia, ó aquella en que se entretenia. Sus nervios se estremecian, chocábanle las rodillas una contra otra, rechinábanle los dientes, sentia frio, calor, sed... y en más de una ocasion se hubiera entregado á la manifestacion de alguna de estas sensaciones, á no haber sido por la

[redacted]

violencia con que le asía Rita del brazo, y por el imperio con que se lo sacudia (por lo bajo, sin que su tio lo notase), forzándole á ahogar el grito de horror que subia á su garganta y las lágrimas que el miedo le arrancaba. Nunca llegó á llorar, á lo ménos delante de gente; tal pavor le infundian las *suaves* insinuaciones de su nodriza y aquellas sacudidas que en la presencia de su tio le daba con inexplicable violencia.

A no dudarlo, la vista del baron, las palabras que cruzaba con él, exacerbaban á aquélla hasta un punto indescriptible; y, como ante él y con él se refrenaba cuanto le era á ella posible, desahogaba luégo sus mal reprimidas pasiones en su hijo de leche.

Las entrevistas terminaban comunmente en el terreno aritmético, comunicando Rita al baron que le debia tanto y cuanto por los gastos del niño, y entablando el último de ordinario, con motivo de aquellas cuentas, el más acalorado debate—por parte de él, pues la nodriza jamás perdia su aparente sangre fria—que indefectiblemente producia la amenaza de privar á Rita del cargo de su sobrino; amenaza que, sin embargo, jamás llevó á efecto.

Estas escenas, con escasas variantes, eran las

[redacted]

únicas interrupciones que por lo general sufria la monotona existencia de aquel pobre niño, y puede suponerse si contribuirian á amenizar el triste período de su vida.

Rita era todavía jóven; escasamente contaba unos treinta años; y, á pesar de lo demacrada que estaba y la expresion poco simpática de su semblante, podia pasar por sobradamente bella, sin embargo de pertenecer su belleza al tipo varonil, más bien que al femenino.

Era una mujer huesuda, de formas angulosas y poco flexibles, de anchas y pronunciadas mandíbulas y pómulos salientes; pero, por su hermoso colorido como el de las primeras manzanas, su brillante cabello negro y ojos de azabache—ojos de despiadada expresion, pero hermosos en su forma—por su fresca, si bien comprimida boca, era indisputable su belleza personal... Belleza, por lo demás, para algunas personas, punto ménos que repulsiva... Rita tenía un alma tan dura como su aspecto físico, y, naturalmente, pocas eran las voluntades que aquellas dotes personales podian atraer.

No habia un criado en la casa que la quisiera, ni una sola persona en la comarca que no rehusase

[redacted]

concederle ni áun el más sencillo saludo. No se diga lo seco, altivo y despótico que era con ella el baron; ya lo hemos demostrado al referirnos á las entrevistas que el niño y ella tenian con él.

Tan sólo Baltasar, hermano del baron, era quien de cuantas personas la conocian y trataban, se conducia de diferente manera.

Baltasar se habia consagrado á la carrera militar, como el padre del niño; y era el hombre más bondadoso del mundo en medio de tener el carácter más original que podia darse; franco, bromista y alegre, formaba el más notable contraste con su hermano mayor, y, naturalmente, como no era posible que se encontrase bien en la sociedad de éste, ni podia fácilmente amoldarse á respirar la tétrica atmósfera de la casa solariega, sólo de vez en cuando pasaba algunos dias al lado del jefe de la familia, y muchas veces ni áun á tanto llegaba. Ocasiones hubo en que al ponerse el sol entraba por los umbrales del caseron, daba las buenas noches á su hermano, y la siguiente ocultacion del astro luminoso le encontraba á veinte leguas de distancia.

Baltasar, pues, era la única persona que dispensaba á Rita mayor benevolencia que los demás

[redacted]

(benevolencia que ella misma se enajenaba, por su acritud de carácter); si bien la nodriza por su parte manifestaba á Baltasar cierta complacencia y franqueza que no tenía costumbre de usar con nadie. En aquellas brevísimas apariciones, más bien que visitas, que solia hacer, rara era la vez en que dejaba Baltasar de pasar un rato en la compañía de Rita; y, con el pretexto de ver á Ramirito, acudia en busca de la nodriza y tenía con ella alguna larga conversacion; y, como la sustancia de estos diálogos se relaciona íntimamente con los sucesos que nos proponemos desenvolver, no estará demás el reproducir alguno de ellos.

Era una hermosa tarde de verano, y se hallaba la nodriza con el niño, que jugaba á alguna distancia de ella, en uno de los terrazos de la casa, inmediato á sus habitaciones, desde el cual se disfrutaba de lleno, no sólo del aire fresco y balsámico que despedia el campo, sino tambien del más encantador paisaje.

La solariega morada de interior tan tétrico y repulsivo, en cambio y como en compensacion de aquella circunstancia, ocupaba una de las situaciones más deliciosas de la rica y pintoresca comarca en que, como un poderoso soberano desde su

[redacted]

elevado trono, dominaba desde la cima de una eminencia el vasto territorio que llamaba «suyo»... Porque Gaspar Fenollar, jefe y señor de aquella triste casa solar, era tambien dueño y señor de cuanto abarcaba su vista desde las ventanas de su vivienda. Habia montes, bosques, valles, naranjales y limonares, moreras, riachuelos que eran punto ménos que rios, ganado vacuno y lanar en abundancia, que interrumpian el verde matizado de amenos prados; habia variedad, belleza, riqueza: la feraz vegetacion, propia de una de las provincias más fértiles y cuidadas de España; y el dueño de todo aquello, era, con justicia, considerado como uno de los más acaudalados propietarios del país. Interpolábanse de trecho en trecho en el variado paisaje las alquerías y barracas de los arrendatarios y colonos, y otros cuadros, no ménos atractivos y pintorescos que el formado por el conjunto de tanta belleza reunida, coadyuvaban á perfeccionar el carácter tan opuesto que este panorama de la naturaleza ofrecia con el que, como hemos dicho, prevalecia en el interior de aquella gran casa.

Baltasar, en busca de lo propio que la nodriza y el niño—el aire fresco de la tarde—ó tal vez buscándolos á ellos, por encontrarse mejor en su

[redacted]

compañía que en la de su hermano, no obstante lo poco que la frecuentaba, habia comido con éste, y, ántes de marcharse, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, charlando entre tanto con Rita.

—¿Sabes que he visto á la señora? exclamó en uno de los intervalos de la ligera conversacion que habia estado sosteniendo con la nodriza; y que está lo mismo que el primer dia, tan triste y abatida. Y es porque es una simple, tan simple como tú.

—¡Simple yo! respondió Rita. Yo ni perdono, ni olvido.

—Pues ella gime y llora: no sabe hacer otra cosa.

La nodriza se sonrió con desdén.

—¿Y tú no lloras tu viudez? interrogó Baltasar, para quien no habia pasado inadvertida aquella irónica sonrisa.

—Estamos en diferente caso.

—El resultado es igual. Sois incomprensibles las mujeres, lo mismo las de alta prosapia, que las de humilde esfera. Y todo, ¿por qué y para qué? prorumpió Baltasar, atusándose el negro y rizado bigote cuya sombra hacía resaltar la blanca dentadura que hermoseaba su graciosa boca. ¡Ba-

[redacted]

biecas á cual más! Mira, Rita, exclamó interrumpiéndose: en los tiempos en que yo estudiaba, es decir, en que querian que estudiase, no te puedo ponderar lo que trabajaron mis profesores por meterme el latin en la cabeza; pero ni las palmetas, ni las encerronas, ni los largos y edificantes discursos, nada pudo conseguir incrustármelo en la mollera. Las mujeres sois ahora mi latin de entónces: inaprendibles, por más que hago. ¡Consumirse unas de pena, otras de despecho, éstas de celos, aquéllas de ansiedad!... y nadie se lo agradece; ni existe un solo hombre, te lo declaro con franqueza, capaz de hacer otro tanto por ellas, empezando por mi humilde persona. Me gustan como al que más; ¡pero pasar yo una hora de desvelo por la mejor, la más hermosa entre todas las hermosas del sexo, tener pena, despecho, celos, ansiedades!... ¡Já... já... já!... añadió soltando una sonora carcajada, y riéndose, no sólo con la boca sino con los negros y vivarachos ojos, que tanta animacion prestaban á su expresiva fisonomía.—El placer es el placer: se acabó, se pasó. ¿Eh, Rita?

Rita le contestó con una mirada de profundo desprecio, como las que acostumbraba dirigir al baron de Fenollar.

—Y sobre todo, continuó diciendo Baltasar,

poniéndose un poco formal: en medio de tu desgracia, no escapaste tan mal; podias reconocer esto, darte por contenta, y haberte ya acostumbrado.

—No, señor, no me acostumbraré jamás, ni puedo olvidar lo pasado, contestó Rita, con una expresion tan fiera en su semblante, que daba miedo mirarla; y sólo porque V. tuvo compasion cuando todos le abandonaron, y porque V. me lo rogó, es por lo que he seguido comiendo el pan que no hubiera querido volver á probar. Se me convierte en hiel, y cada dia más. La sangre se me ha podrido de tanto sufrir y callar. Esa mujer no tiene entrañas; no las ha tenido nunca.

·Ni que pudiese eso estar al alcance de tu vista, contestó Baltasar en broma. Vamos, vamos, continuó, que el tiempo debia ya de haber producido su efecto, y harto has perdido en consolarte y buscar lo que te está haciendo falta.

—¡A mí con esas, D. Baltasar! ¡Otro marido yo!

—Es claro. No sabes, Ritilla, lo guapa que te conservas, lo fácil que te seria el dar un poco de guerra.

—Se me ha secado el corazon.... ¡Sin marido, sin hijo, sin honra!—porque la mujer de un pre-

[redacted]

sidiario no la puede tener nunca—y ¡esperar que esto lo olvide yo, y que yo perdone á quien de todo tuvo la culpa!

—No es él ménos desdichado que tú.

—¡Desdichado! repitió Rita. ¿Porque tambien está viudo, ó poco ménos? ¿Es esto lo que me quiere V. decir?

—Viudo, y sin hijos, ni esperanza de tener un heredero legítimo que impida...

Baltasar señaló al niño.

—Ya le entiendo á V. Que pene, como á otros ha hecho penar: justo es, y nunca penará lo que se merece. Ojo por ojo, diente por diente. Me quitó á mi marido: no tiene él mujer tampoco. Me mató á mi hijo: apénas hubo nacido, por su culpa le ví morir. No tiene él hijo tampoco, ni esperanza de tenerle. Me quitó la honra: él tambien la ha perdido, y de peor modo que yo: el mundo se rie de él en sus barbas.

—Cuidado que eres rencorosa, prorumpió Baltasar: nadie lo creeria... con esa cara de rosa... Soy todo un soldado, continuó diciendo con el tono chancero que habitualmente empleaba en sus conversaciones; pero, á pesar de mi coraje militar, de mis bigotes y de mis espuelas, añadió chocando un talon con otro, y produciendo el más delicioso

[redacted]

sonido en los extasiados oidos del niño, que se hallaba jugando á alguna distancia de ambos interlocutores, y para el cual naturalmente pasaban inadvertidos aquellos discursos, sobrepuja tu brío al de este bravo capitan. No se te parece la otra en eso.

—¡Qué habia de parecerse la señora á la sierva! prorumpió la nodriza con ironía. Ni en eso, ni en nada.

— No seas orgullosa ni injusta. Te quiso siempre, y trabajó cuanto pudo á tu favor.

— Para acabar de hundirnos. Era tan soberbia como él, y le ha caido encima la pena de su pecado.

—¡Cáspita contigo! ¿Y qué querias que hiciera?

—Declarar la verdad. ¡Se calló como una muerta... ella, que de todo podia dar testimonio, por cuya causa nos perdimos; que con una sola palabra nos hubiera podido salvar!... La aborrezco más que á él todavía, y me gozo con lo que le ha pasado. Que pene, como á otros ha hecho penar: justo es, dijo Rita, repitiendo palabra por palabra las que habia proferido hacía unos cuantos momentos, refiriéndose á otra persona diferente á aquella de quien entónces hablaba. Quiso

[redacted]

salvar su orgullo á costa de mi felicidad, y el cielo la castiga con el rigor que provocó.

— Pero ¿cómo querias que tan inocente como se hallaba, hasta de la sombra de un mal pensamiento, se pusiese ella misma la ceniza en la frente?

— Mi marido era incapaz de mentir, interrumpió Rita con vehemencia.

Baltasar, sin hacerle caso, habia seguido hablando de esta manera:

— No fué el orgullo, no fué la soberbia lo que la cegó. Esa explicacion no cabe en lo posible: créelo, Rita, que alimentas una quimera...

— ¡Quimera! ¡Quimera! El Evangelio no es más cierto que la declaracion de mi marido.

— Bien, como quieras; dejemos la cuestion, repuso Baltasar, notando que la nodriza se iba exacerbando por momentos, y no queriendo dar lugar á una imprudencia.

Rita no tuvo por conveniente abandonar el asunto.

— Entónces que lo podia todo, continuó diciendo, que hubiera conseguido cuanto se le hubiese antojado pedir, entónces, cuando hasta sus mismas faltas habrian pasado por virtudes, volvió la espalda á mis clamores, cerró los oidos á mis

[redacted]

súplicas, se hizo la inocente, la ignorante... ¡Y todavía pretende V. defenderla! ¡Y quiere V. que yo la perdone! Ni á él ni á ella los puedo jamás perdonar; ni aunque viviera cien años podria borrarse de mi mente lo que conmigo hicieron. Me han secado el corazon; me han enseñado á aborrecer; y esto es lo que les debo: ¡haber dejado de ser mujer para convertirme en lo que soy!

— Pero, Ritilla, exclamó el capitan en tono de amistosa reconvencion: ¿ganas algo con haberte vuelto tan fiera? ¿Reportas alguna ventaja con vivir de la manera que vives, como un puercoespin con todo bicho viviente, hasta con ese muñeco? interrogó Baltasar, indicando otra vez al niño, testigo impasible de aquel extraño diálogo.

— ¡Ese!... ¿Ese? contestó Rita, refiriéndose igualmente á la pobre criatura, ¿y le sorprende á V.? Me recuerda al mio, me aviva la memoria, me presenta el horrible contraste, y se lo confieso á V., D. Baltasar, que más de una vez he experimentado una mala tentacion. Si su tio le hubiese querido, no respondo de lo que yo hubiera hecho. Pero aja su orgullo, mancha los blasones, escarnece los timbres de la casa, y le cuido, le conservo como al más rico tesoro.

— Cuidado que te has vuelto extravagante, ex-

[redacted]

clamó el capitan, tan ligero de carácter como era, en cuya alegre fisonomía asomó como una sombra que, traducida en palabras, queria decir lo siguiente: «me arrepiento de haber sido tan misericordioso; siento haberle conservado al baron de Fenollar, y tan cerca de su persona, un enemigo tan implacable.»

Duró esta expresion, empero, sólo un par de segundos. En breve tornó Baltasar al tono habitual de su lenguaje, al aire propio de su semblante, y, promoviendo otro asunto de conversacion, consiguió templar la excitacion de Rita que, cuando la estimulaba, como habia ocurrido en la presente ocasion, por momentánea y pasajeramente que fuese, le oia con un invencible disgusto.

[redacted]

[redacted]

CAPÍTULO II.

Gaspar Fenollar contaria algunos treinta y seis ó treinta y ocho años en la época en que hemos comenzado este relato. Se hallaba, pues, en el apogeo de su virilidad, y, no obstante el carácter duro de su fisonomía, podia pasar por un hombre hermoso, en su género completamente árabe.

Era alto y bien proporcionado, metido en carnes, fuerte y nervudo, pero suelto de movimientos; tenía la tez morena, de un moreno tostado, semejante á la de los hijos del país de que parecia descender en línea recta; y las facciones, algo abultadas, igualmente del propio tipo. Tenía la cabeza bien poblada de cabello negro, y, como era velludo, cubríanle los brillantes y grandes ojos pardos un par de cejas que hubieran sido admirables á haberse manifestado en ellas una expresion ménos torva;

[redacted]

porque Gaspar Fenollar, entre lo que estas cejas le sombreaban las pupilas y lo que estas pupilas, no obstante su indisputable belleza, eran en sí mismas, tenía una manera de fijarlas, que pocas eran las personas que podian resistir la fijeza de su mirada. Usaba corrida la barba, fuerte y espesa, y bastante crecida, cubriéndole el bigote la boca, de tal suerte, que sólo por efecto del abultamiento de ésta, podia averiguarse que encerraba una magnífica dentadura.

Á pesar, pues, del carácter severo de su semblante, era Gaspar un hombre hermoso, así en el conjunto como en los detalles de su figura.

Faltábale una sola perfeccion; alma, expresion; el reflejo del interior, y de un interior benévolo. Parecia más bien un hombre de hierro ó de bronce que un hombre de carne y hueso.

Vivia en un completo aislamiento, y hacía ya años de esto, desde que, al ocurrir la muerte de su padre, se estableció en la casa solariega; circunstancia que indudablemente habria contribuido á aumentar la taciturnidad y desabrimiento de su carácter.

Los colonos y arrendatarios antiguos de sus tierras, que habian tenido más ocasion de tratarle durante los primeros años de su vida, decian, al

[redacted]

hablar de las condiciones poco sociables de su señor, que no siempre le habian conocido así: que, no obstante haber sido desde su niñez concentrado y de un continente altivo, rebelde á la menor contradiccion, tenía otro modo de ser ménos duro que el que habia manifestado desde que heredó los títulos y riquezas de sus mayores.

Fuera esto cierto ó no, el hecho es que el baron, desde el momento de declararse señor y dueño de aquellas vastas posesiones (con otras muchas más que en diversos sitios le pertenecian), se habia presentado cual una persona completamente intratable; y, como nada ponia de su parte para captarse la benevolencia, ni guardaba el menor respeto ni consideracion á persona alguna que por cortesía ó necesidad se le acercase, la sociedad en masa le repelia, del mismo modo que él rechazaba el trato con todo el mundo.

Sabíase que habia sido desgraciado en su matrimonio, y que, por motivos reservados al conocimiento del público, se habia separado de su consorte un año ántes de heredar la baronía.

Se habia educado en la capital de su provincia, y, de resultas de esto, adquirió tal aficion á los goces de la ciudad, que, no habiéndose podido acomodar á la vida del campo bajo el techo de su

[redacted]

padre, y habiéndole dado éste su beneplácito, desde muy jóven habia vivido separado del lado suyo.

Como era de suponer, contrajo matrimonio con una señorita que conoció en el punto en que habia fijado su residencia, cuyas virtudes, segun se divulgó en las extensas propiedades que deberian algun dia aclamarla por señora, igualaban á su belleza.

De recien-casado la presentó Gaspar á su padre; y, desde el primero de los amigos y conocidos hasta el último de los colonos y arrendatarios que eran entónces de aquél, tuvieron ocasion de conocer la justicia con que el rumor público preconizó las cualidades, tanto físicas como morales, que la adornaban.

Fué, no obstante, breve el período que pasó Gaspar en compañía de su esposa al lado de su padre: la vida del campo le era entónces irresistible, y tan corto fué, que ni dió lugar para que los que le habian conocido de niño y durante los primeros albores de su juventud, cuando pasaba las vacaciones de sus estudios en la casa paterna, pudiesen formar juicio acerca de lo que era su carácter durante el tiempo que de casado pasó á la vista de ellos, para deducir, cuando tuvieron noticia del

rompimiento de los esposos, de parte de cuál de los cónyuges podia inclinarse la balanza de la razon.

Ocurrió esto simultáneamente con la muerte de la madre de Ramirito, acontecimientos á los cuales sobrevivió un año el anterior baron de Fenollar, poco más ó ménos. El público en general achacó aquel imprevisto fallecimiento á los pesares que su hijo menor le habia causado, sin atribuir un átomo de culpa á los disgustos domésticos de su hijo mayor.

El motivo de esto se explica fácilmente. Durante el breve período que el difunto baron vivió despues de consumada la separacion de su hijo Gaspar, bien fuese porque éste le confiara reservadamente los motivos que le asistieron para el paso que habia dado, ó que, tan orgulloso el padre como el hijo, no creyese posible que un Fenollar—que no habia faltado á los timbres de su alcurnia—pudiese jamás carecer de razon y justicia para nada de cuanto consideraba conveniente ejecutar, el hecho es que le concedió á aquél la razon en absoluto; y que esta justificacion no pudo ménos de influir en el juicio formado por la generalidad respecto de aquel acontecimiento. A lo ménos, se coligió con fundado motivo, que el pa-

dre no habia recibido pesar alguno con los sinsabores matrimoniales del hijo; y, no obstante de haberse granjeado Benilda (la esposa de Gaspar), en la corta temporada que habia permanecido en la mansion solariega, las simpatías de cuantos la habian visto y tratado, y de hallarse no corto número de personas dispuestas á juzgarla más favorablemente que á su marido, pudo tanto la justificacion del padre de éste, que, si bien en los primeros tiempos hubo divergencia de pareceres, y se hallaban no pocas voluntades dispuestas á romper lanzas en defensa de Benilda, el trascurso del tiempo y el absoluto silencio que respecto de aquel suceso jamás quebrantaba Gaspar, consiguieron que poco á poco el recuerdo se fuese amortiguando.

La vida del nuevo baron de Fenollar era tristísima: sin trato alguno más que con sus empleados y subalternos, con los cuales se reducian sus comunicaciones á cuidar exclusivamente en sus negocios, á dictar órdenes y medidas, y recibir noticias acerca del estado de sus propiedades, podia distraerse algunas hòras del dia consagrándose á esta ocupacion siempre amena (y que lo deberia ser doblemente para él, dedicado sólo

[redacted]

desde que habia entrado en posesion de la baronía, al cuidado é inmediata vigilancia de sus bienes), pero, aunque él no lo confesara ni áun se diese á sí mismo cuenta de ello, tales ocupaciones no bastaban á hacerle satisfactoria la existencia.

Era hombre hábil, inteligente y activo: poseia una fuerza indomable de voluntad: cuanto acometia, emprendíalo con fe y ánimo resuelto de alcanzar el propósito formado; y de esta perseverancia resultaba que sus designios y proyectos obtuvieran comunmente el más completo triunfo. Pero, como á la par tenía un carácter violentísimo y dominante, que no admitia la posibilidad de que otra voluntad se opusiera á la suya, y esto con frecuencia, como no podia ménos de ser, le proporcionaba disgustos que consideraba de la más grave naturaleza, no sabía ni áun aprovecharse de las mismas condiciones favorables que le eran peculiares.

Sus mandatos, sus juicios, sus más insignificantes pareceres eran *dogma de infalibilidad;* y, penetradas de esto cuantas personas dependian de él, no habia uno de sus mandatarios que se atreviese á oponer, por fundada que fuese la razon, por grande y noble el interés que le moviese, la me-

[redacted]

nor objecion á ninguna de sus órdenes ú opiniones, sabiendo que la consecuencia habia de ser la expulsion de su puesto, cuando no corriese peligro de ser arrojado por la ventana.

De dia, como hemos indicado, consagraba el baron cierto número de horas á sus negocios; dedicaba otras cuantas á paseo, unas veces á pié, otras á caballo, y despues se encerraba en su silenciosa vivienda, cuya soledad no era interrumpida sino por las entradas y salidas de alguno de sus empleados que solian comer con él ó pasaban en su compañía una parte de la velada; personas asalariadas, dependientes de él, sometidas por la necesidad al imperio de su voluntad, quienes para alternar con su señor, á guisa de musulman que, para penetrar en una mezquita, se despoja ántes del calzado, así ellos, para formar la íntima sociedad del baron de Fenollar, tenian que desprenderse de toda prerogativa humana, hasta de la dignidad personal.

Con las señaladas tendencias á una ilimitada autocracia que abrigaba Gaspar, con sus instintos tan análogos á su tipo físico, puede considerarse el aumento de despotismo que este trato engendraria; y creemos no exagerar al decir que ni el

[redacted]

emir revestido con más ámplia autoridad hubiera representado mejor su papel.

Aquellos pobres empleados que cuando tenía á bien hacerlo le oian hablar, sin atreverse á oponer la menor objecion á las más absurdas de sus proposiciones, al más sencillo de sus pareceres; que no tenian derecho para contestar sino con monosílabos ó respuestas de constante aprobacion, ó que, cuando á su señor le placia guardar profundo silencio, no tenian más remedio que imitar su ejemplo, dejaban de ser hombres desde el punto y hora que afrontaban al baron; y la posicion, que la necesidad les imponia, perjudicaba, y no poco, al señor, cuyo pan comian, con tan poco provecho moral para ellos como para él mismo.

O no tenía Gaspar corazon y en absoluto desconocia todo linaje de sentimientos, ó las penas y disgustos que habia padecido le habian convertido la sangre en hiel y agriádole de tal suerte el carácter, que habia ocasiones en que no parecia ni siquiera un sér humano, sobre todo cuando experimentaba los accesos de cólera que solian acometerle con frecuencia y por la más frívola causa.

Distinguia el baron entre todo el cuerpo de sus empleados (de los cuales no es nuestro propósito

[redacted]

tratar; y si los hemos nombrado, ha sido de una manera incidental) á su administrador principal; y, como este personaje habrá de representar su poquito de papel en la narracion que tenemos emprendida, ántes de seguir adelante le consagraremos unos momentos de atencion.

Jorge Garcés, que así se llamaba el tal, era un hombre poco más ó ménos de la misma edad que el baron: vivia á poca distancia de él (para poderle éste tener más fácilmente á su disposicion), y, con mayor frecuencia que sus compañeros, se hallaba en la sociedad de Gaspar. Era su brazo derecho y el más activo é inteligente ejecutor de sus órdenes, así como una de las personas que mejor le entendian y con mayor benevolencia le juzgaban.

Excelente persona bajo todos conceptos, amado y respetado por cuantos tenian la dicha de conocerle y tratarle, pasaba Garcés la mayor parte de su vida atrayendo voluntades, enderezando los entuertos de su señor, y disculpando cualquiera imperfeccion que pudiera existir en aquella especial organizacion, prestándose con sin igual paciencia y abnegacion al despotismo y caprichos de su dueño.

La necesidad disponia de él: la administracion

de los bienes de la baronía de Fenollar habia pertenecido á su familia desde el tiempo de su fundacion; la herencia habia pasado de padres á hijos; y, unido esto á la ley de la necesidad, Garcés doblaba la cerviz al yugo que se le imponia.

Vivia en la compañía de su madre, ya anciana, y de una hermana soltera, ya no jóven, pero que se conservaba fresca y nacarada como un capullo á medio abrir, y era la mujer más simpática del mundo. Llamábase Araceli, y cuando casualmente pasaba el niño Ramiro por delante de su casa, y se hallaba ella asomada á alguna de las ventanas, á pesar de la celeridad con que Rita hacía cruzar á aquél, así por delante de ella como de cuantos seres vivientes encontraba por el camino en los escasos paseos que daban, nunca rehusaba el saludarle con la mano, llamándole «Ramirito» con el mayor cariño; y muy comunmente, enviándole con los sonrosados dedos un racimo de besos; siendo de sentir que se perdiese el ámbar de ellos en el mudo é impasible espacio de su jardin.

Araceli le parecia hermosa á Ramirito; ¡le inspiraban sus rubios cabellos, su nacarado rostro, las sonrisas que acompañaban á sus saludos, una sensacion tan agradable en los dias que la veia!... Y

[redacted]

siempre que salia, animábale el deseo de verla, y alimentaba una vaga esperanza de que ese deseo se realizaria, no obstante no atreverse jamás á manifestarlo, escarmentado del enojo que produjo una vez á Rita el que se hubiese tímidamente atrevido á expresarlo, pidiéndole que le llevara á pasar por debajo de sus ventanas; porque soñaba siempre con ella, y cuanto le parecia hermoso ó grato, lo asociaba constantemente á su recuerdo.

Nadie queria, ó parecia querer, á aquel pobre niño en la triste morada en que, como encerrado dentro de un panteon, pasó los primeros años de su vida; y eran, por lo tanto, de doble interés para él, sin darse cuenta de ello—su razon no alcanzaba todavía á formar esta conclusion—la amabilidad de Araceli, su risueña fisonomía, el para él tan hermoso rostro, y que tanto se diferenciaba de los sombríos y desabridos que tenía la costumbre de contemplar.

Araceli vivia consagrada al cariño y cuidado de su madre y de su hermano, y era el ídolo del administrador.

Habia sido muy desafortunada en sus amores, y su hermano trataba, en lo que le era posible, de compensarle los infortunios que no habia estado en su mano evitar.

Araceli habia sido el primer amor del padre de Ramirito: muy jóvenes los dos, se quisieron, y pueden suponerse las consecuencias que, tanto para la hija del administrador que era entónces, cuanto para el hijo del altivo señor, habia de haber tenido aquella mútua inclinacion. El señor se indignó; el subalterno se aterró; el primero impuso su autoridad paterna, apoyada en la menor edad de su hijo; el segundo envió á su hija léjos del lugar en que los jóvenes podian verse y amarse; y la tuvo desterrada y escondida, hasta que la inconstancia de su amante, y la ligereza propia de los pocos años, dieron conformidad al corazon, que permaneció fiel áun despues de saber que el dueño de su alma se habia casado con otra mujer, y no le olvidó ni aun despues de su muerte.

En la infeliz criatura que habitaba la solariega casa seguia Araceli amando al que tan bien habia querido; y puede asegurarse que, á habérselo permitido las circunstancias, le hubiera amado y tratado como á su propio hijo.

Se interesaba cuanto podia por el pequeñuelo, y hay que confesar que su afecto y prevision influyeron, y no escasamente, en alguno de los acontecimientos de la vida de Ramiro: vamos á presentar un ejemplo.

[redacted]

Contaba el niño ya unos siete años, y nadie se habia cuidado aún de su educacion.

El baron, es de suponer que abrigaria el propósito de inculcarle algun género de instruccion; pero, ó no habia aún creido llegada la época para ello, ó tal vez no se habia tomado la molestia de consagrarle un momento de atencion.

Era tutor y curador, dueño absoluto de su sobrino, sin tener nadie derecho á intervenir entre ellos; el abuelo del niño lo habia así dispuesto, y era indispensable acatar cuanto tuviese á bien hacer ó no hacer.

Araceli miraba al huerfanito con excesiva compasion: comprendia la triste posicion que ocupaba junto á su tio, que no le manifestaba el menor cariño, y, á consecuencia de esto y del desabrimiento que prevalecia en la morada de aquel poco simpático señor, el abandono y descuido en que se le tenía.

Valiéndose Araceli de la influencia que ejercia sobre el corazon de su hermano, que no se ocupaba más que en complacerla, hubo de insinuarle un dia la necesidad de no desatender por más tiempo la educacion de aquel cuitado y desdeñado niño, y el deseo que ella abrigaba, ya que nadie parecia tomarse el menor interés por Ramirito, de que él

[redacted]

(Garcés), tratase de despertar ó fijar la atencion del baron sobre tan importante asunto. Garcés no necesitó de segunda indicacion.

Meditó únicamente sobre los medios de que se valdria para satisfacer los deseos de su hermana, y la casualidad favoreció sus intentos.

Por aquel tiempo efectuó el capitan Baltasar una de sus apariciones, una de aquellas apariciones que hacía, siempre con el pié en el estribo, armado de punta en blanco, calzando bota y espuela, dispuesto á marcharse apénas acababa de llegar, y Garcés decidió asociarle á su propósito.

El capitan era complaciente y servicial como nadie; pensaba poco, pero favorecia los pensamientos buenos de los demás; y se ofreció, no sólo á permanecer una noche entera bajo el techo poco hospitalario de su hermano, sino á *abrir la brecha frente al enemigo;* más aún, se propuso hasta seguir el consejo de Garcés, de entenderse préviamente con la nodriza...

Baltasar participó á Rita la idea que debia comunicar á su hermano, y pasó luégo á ofrecerle una casi segura esperanza, por vía de indemnizacion á la posicion que perdia, de conservar un

[redacted]

puesto en la casa señorial, ó en alguna de las dependencias del baron.

Rita desconcertó al capitan, que sin duda habia contado con que manifestaria algun pesar ante la probable realizacion de una medida que habia de producir un cambio tan radical para ella.

En la bondad de su corazon, pensó tal vez que el de la nodriza se lastimaria al presentarle la posibilidad ó casi seguridad de tener que separarse del niño que habia lactado y tenido por seis años junto á sí; mas vió, por lo contrario, con el mayor asombro que, léjos de manifestarse la expresion de estos sentimientos, se halló con que la nodriza, despues de oirle hablar hasta el fin, hasta que hubo por entero explanado sus dos pensamientos — con ojos enjutos y semblante tranquilo, cual si hubiera sido de piedra, le miró fijamente, y con una sonrisa irónica le preguntó si aquello era todo lo que tenía que decirle, agregando que, léjos de sentir un pesar en lo que acababa de oir, lo habia estado deseando hacía mucho tiempo.

El capitan la miró sin acabar de comprenderla.

—No lo hubiera creido nunca, exclamó. ¡Celebrar un suceso que en medio de tus habladurías creí no habia de serte indiferente! ¡No sentir

[redacted]

perderle de vista! añadió señalando al niño que, sin atender á lo que se estaba diciendo á su inmediacion, jugaba con el sable de su tio.

—Excuso repetir lo que de sobra sabe V., replicó Rita. ¡Me recuerda al mio!...

—Lo pasarás entónces mejor, libre del cuidado y la esclavitud que te ocasiona, interrumpió el capitan. Mi hermano es seguro que no te desamparará, y por este lado puedes estar tranquila. Aunque ceses en el cargo que hasta aquí has desempeñado, su pan no te faltará jamás.

—No quiero seguir comiéndolo, respondió la nodriza con decision.

Baltasar la volvió á mirar con asombro.

—¿Pero qué vas á hacer? ¿Qué va á ser de tí por ese ancho mundo?... Y tan guapa¡ tan arrogante y expedita...

—¿Me dice V. eso porque sabe que no sé trabajar, que no he trabajado nunca? Otras han aprendido. Yo aprenderé tambien. Desempedraré las calles; arrancaré las yerbas... plantíos hay, arrozales y maizales de sobra... haré lo que otras hacen: plantar, sembrar, coger.

El capitan empleó cerca de una hora en inútiles debates.

La nodriza permaneció inflexible.

[redacted]

—Don Baltasar, dijo por último: accedí una vez á las instancias de V.; creí que lo podia hacer; me pareció entónces que el tiempo mitigaria mi odio, porque abrigaba la esperanza de volver á ver á mi marido: al hermano de mi niñez, al amante, al ídolo de mi juventud. Pero se ha muerto, dijo con la expresion feroz que alguna que otra vez tomaba su semblante, y no puedo ya ni olvidar, ni perdonar.

—¿Y que piensas hacer? interrogó de nuevo el capitan.

—No se cuide V. de mí, contestó Rita bruscamente. El mundo es grande y para todos hay sitio sin que estorben los unos á los otros.

—Y tambien para que el que no tiene que comer, se muera de hambre sin que á los demás les preocupe el caso lo más mínimo.

—Tengo con qué vivir un par de años, replicó Rita. No me faltan ahorros; cuando se concluyan, haré lo que ya le he dicho á V.; lo que otras hacen: plantar, sembrar, coger.

—Pero...

—Doblemos la hoja, añadió con el tono brusco que usara hacía algunos momentos, y del que no solia valerse cuando hablaba con el capitan.

—Serénate.

[redacted]

—Dispongan Vds. lo que gusten con entera libertad... que yo no sirva de obstáculo. Esto que ha llegado, debia llegar algun dia; deberia haber sucedido ántes. Quiera que nó, el que V. sabe no tiene más remedio que cumplir con lo que la ley dispone. Si pudiese, echaria el niño al campo á pastar con las bestias. Pero no puede, porque el brazo de la ley le caeria encima. Y, aunque le cueste á su orgullo el tener que convertir en señor al que quisiera conservar siempre siervo, todo lo más como á un hijo espúreo de la raza que tanto hincha su vanidad, no hay remedio, D. Baltasar; mal que le pese, tiene que pasar por ello. No hablemos más del asunto. Cuanto ántes se arregle, mejor. He pasado unos años de prueba que no se me olvidarán con facilidad. Ansío perderlo de vista; podrá ser que así le aborrezca ménos.

Baltasar lanzó una mirada llena de compasion á la nodriza.

—Bien lo sabe V., D. Baltasar; prosiguió diciendo Rita, que yo no era mala; que tenía un corazon bendito. ¿Quién de los que me han conocido durante los años que acaban de pasar sobre mí en el purgatorio de esta casa, lo podia pensar? Tadavía me acuerdo del tiempo en que los queria,

[redacted]

y se me figuraba imposible que los dejara nunca de querer.

—Ese recuerdo, Rita, interpuso el capitan, deberia servir para aplacar tu resentimiento.

—Al contrario: más razon para que aumente. No se canse V. en predicarme. Es tiempo perdido. D. Gaspar no fué nunca bueno: mejor sabe V. que yo, que desde sus primeros años no sabía más que dar guerra á todo el mundo. Acuérdese V. de la época en que corríamos por debajo de los naranjos y limoneros, y arrojábamos la fruta en los arroyos; y, miéntras nos reíamos V. y yo como dos bobos de verlas correr, acuérdese V. de lo que él entre tanto hacía...

—Correr, jugar, reirse como nosotros.

—No, por cierto: ni corria, ni jugaba, ni se reia; pensaba, y se ocupaba sólo en cogernos desprevenidos para tirarnos una naranja ó un limon á la cabeza, á la cara, ó zambullirnos en el agua.

—Bromas de chico que nada significaban, exclamó el capitan, burlándose de la seriedad con que la nodriza habia formulado aquella acusacion.

—Intenciones perversas, que anunciaban ya lo que llegaria á ser el dia que tuviese fuerza y poder. Mi madre no se engañó en sus profecías.

[redacted]

Decia que le habian hecho mal de ojo desde ántes de nacer, y que todos lo pagaríamos.

—Ya se ve, replicó el capitan, tu madre nos queria á tí y á mí; estaba siempre de nuestra parte, y acriminaba los actos más sencillos de mi hermano.

—Y, cuando ya era mozo, ¿indicaba tener buen corazon el auxilio que prestó á su padre contra la señorita Araceli? ¿lo que le ayudó tambien contra la madre de *ese*? interrogó Rita señalando al niño. Vamos, vamos, D. Baltasar, que más cuenta le tiene á V. no hacerme hablar; porque, aunque le da á V. tanta guerra como á los demás, al fin es V. su hermano, y no le puede agradar oirme. Se encontró, pues, en sus glorias, prosiguió diciendo la nodriza, el dia en que pudo perseguir en regla, y lo hizo á medida de su deseo.

—Fué severo, es verdad, Rita, no te lo niego, prorumpió el capitan; pero no tan injusto como á tí te parece. No te incomodes porque yo te lo diga. Pudo haber intercedido: pudo haberse mostrado más misericordioso. Antes de aquello, se habia conducido bien contigo y con tu marido. ¿Podias haber esperado más? Recopilemos los hechos. Eras mi hermana de leche, hija de la doncella que habia sido de mi madre, y que, predilecta

[redacted]

suya, fué siempre considerada y tratada, lo mismo que ella, que tú, su hija, cual si hubiérais pertenecido á nuestra familia.

—Verdad, asintió Rita; no lo niego: fuí criada como una señorita.

—Muerta mi madre, siguió tratándoos del mismo modo. Gaspar no se opuso jamás.

—Me mortificaba en cuanto podia, pero es cierto que no se le ocurrió jamás perjudicarnos, como habia declarado guerra á su hermano menor, y como se ensañaba con cuantas personas se le acercaban. Bien es verdad que vivia poco á nuestro lado; se le iban las temporadas de vacaciones que pasaba aquí, distraido con la caza, con sus paseos á caballo y las visitas que hacía á los pueblos inmediatos. Escaso era, por lo tanto, el roce que con él teníamos. Al desarrollarse y entrar en la edad de hombre, se estableció léjos de la casa del señor...

—A eso vamos. Establecido y todo, léjos de su familia y de tí—tu madre habia muerto ya—¿te echó por eso en olvido? Sabía que habias sido desde tu niñez la novia de Bruno; Bruno, su acompañante en las cacerías, su escudero en las cabalgatas, á que tan aficionado era, su brazo derecho para todo género de servicios...

[redacted]

—Y porque no podia vivir sin Bruno, prorumpió Rita con excitacion, y sabía que Bruno le habria sacrificado su bienestar, y la existencia misma, y hasta el amor que me tenía.

—Os casó. No acrimines un acto que entónces juzgaste tú de bien diferente manera. Os casó, repitió el capitan; y, casado él ya como estaba, os llevó, á tí para ser la compañera, la amiga, más bien que la sirviente de su esposa, y á él, no sólo lo conservó á su lado como lo habia siempre tenido, sino que lo colocó en la más ventajosa posicion. Fuísteis dichosos—yo poco ó nada entiendo de esa clase de dichas;—pero vuestras palabras me lo acreditaban, lo mismo las de Bruno que las tuyas, y os juzgué en el pináculo de la felicidad. Dos años duró esto, de que fuí testigo, sin interrupcion, durante las temporadas, que entónces, con más gusto que ahora, pasaba al lado de mi hermano. Benilda te queria, no lo dudes; constantemente te he asegurado de su cariño.

—Doblemos la hoja, D. Baltasar, doblémosla por favor, exclamó la nodriza con agitado acento... No puedo hablar de ella con calma, y hoy tengo necesidad de no perderla. Ocupémonos en lo que le ha traido á V. á verme, y dígale á D. Gaspar que, cuanto ántes, disponga lo que tenga á bien

[redacted]

respecto de su heredero; por lo que á mí toca, nada tiene que hacer.

El capitan sabía que era inútil insistir más en el asunto, y por lo tanto, dió la conferencia por terminada.

Estrechó la mano de Rita con fraternal afecto.

—Siento, dijo, que no me permitas tomar por tí el interés que quisiera.

Rita no contestó.

—La misma leche nos alimentó en nuestra infancia; no me he olvidado nunca de esto... Ya sabes dónde encontrarme: en Madrid, por ahora: reflexiona un poco sobre lo que te he dicho siempre acerca de tu desgracia, y cuenta en todo tiempo con mi proteccion y afecto.

Besó á Ramirito; y, como tenía un excelente corazon, que se rebelaba contra el carácter indómito y rencoroso de su hermana de leche, obedeciendo el impulso de desaliento que en éste imperaba, sin volver á dirigir la palabra á aquélla, se alejó presuroso de su presencia.

[redacted]

CAPÍTULO III.

Era la noche del dia en que el capitan tuvo su plática con Rita, y en que, no obstante cuantas razones é instancias empleara, no habia conseguido vencer el obstinado propósito de aquélla, de retirarse para siempre de todo contacto con el baron de Fenollar.

Rita, como habrán podido colegir nuestros lectores por alguna de las frases desprendidas del diálogo que ha ocupado una parte del precedente capítulo, se habia criado con los hermanos Gaspar y Baltasar, así como con el padre de Ramirito, y era la hermana de leche del segundo. Habia pasado su niñez y la primera parte de su juventud en la casa solariega, que abandonó, como habrá podido inferirse igualmente, para casarse con el hijo de uno de los colonos del anterior baron de Fenollar que, desde sus primeros años, habia estado al ser-

[redacted]

vicio de Gaspar, pero que tambien desde entónces habia querido á Rita.

Bruno, el marido de ésta, era listo, hábil, inteligente, pero violento y arrebatado. Debió de serlo hasta un extremo incalificable. Por «un quítame allá esas pajas,» segun se declaró, á los pocos años de hallarse disfrutando de una dicha ilimitada, armó querella con una persona de alta jerarquía; nada ménos que con el hijo de uno de los títulos principales de la provincia; y á tal punto llegó la ceguedad de su ira, que le dejó muerto de un trabucazo.

Bruno era ya un criminal.

Bruno, que habia sido hasta aquel momento un hombre honrado, además de lo diestro y perspicaz que era, y bueno á carta cabal con cuantas personas le habian conocido y tratado;—el Bruno que Rita habia idolatrado, y á quien, manchado y todo como estaba por aquel negro crímen, siguió todavía idolatrando,—descendió á la vil y despreciable condicion de asesino.

Gaspar fué inexorable.

En vano clamó y lloró la hermana de leche de su hermano; en balde acudió á la esposa de aquél; la señora, que tanto parecia haberla querido hasta aquel momento en que Bruno perdió el fruto de

[redacted]

cuanto bueno habia practicado durante todo el curso de su vida; Benilda se mostró tan insensible como Gaspar á los ruegos, á las instancias, á los clamores repetidos de la mujer del matador. Benilda no parecia la misma.

Entónces, cuando su marido la amaba todavía, conservando brillante en su apogeo la ilusion inspirada por aquella hermosa ninfa del Túria, que habia logrado cautivar el alma altiva, seca y díscola que nadie consiguió jamás amansar; entónces, tal cual le oimos decir á la nodriza de Ramirito, cuando ella lo podia todo, y con una sola palabra habria conseguido cuanto se le hubiese antojado pedir, volvió la espalda á las clamorosas súplicas de Rita, cerró los oidos á sus ruegos, hízose la insensible, la desconocida... ella que, segun los asertos de Rita, con una palabra los habria podido salvar!... Benilda nada dijo, nada hizo en el sentido que hubiera querido Rita. Rogó, instó, suplicó hasta con lágrimas y caricias para que el baron fuese clemente, para que el baron tuviese misericordia y atenuase en lo posible aquel suceso tan ajeno á lo que Bruno habia hasta entónces sido; para que, si queria, le enviara á los confines del mundo, pero que lo salvase del castigo provocado por su delito.

[redacted]

Lo hemos dicho ya; Gaspar fué inexorable. Era un crímen digno de ser castigado con el mayor rigor de la ley aquella muerte inferida tan injustificadamente... Por «un quítame allá esas pajas,» y como le hemos oido decir á la nodriza, era tan dispuesto Gaspar á perseguir, que se sintió en sus glorias el dia que pudo verificarlo á su placer.

Faltaron las pruebas necesarias para enviar á Bruno al patíbulo; las hubo, empero, muy bastantes para imponerle la pena inmediata.

Rita perdió el juicio entónces.

El baron hizo lo que Pilatos; él no tenía la culpa, y la justicia cumplia con los preceptos de la ley...

Demente Rita y medio moribunda, dió á luz una criatura que sobrevivió pocos dias al de su nacimiento.

Simultáneamente ó con corta diferencia de tiempo, habia ocurido el nacimiento de Ramirito y la muerte de su madre, y entónces Gaspar, que se habia propuesto ser justo en cuanto consideraba que debia serlo, y, aliviada Rita por completo despues de su alumbramiento, Gaspar, repetimos, manifestó á su padre lo conveniente que sería el que, para favorecer á ésta, se la encargase de la lactancia del huérfano.

[redacted]

Rita se opuso terminantemente; habia formado la resolucion de no volver á recibir merced alguna de los que habian hasta entónces sido su amparo en el mundo, y no cejara en su propósito, á no haber mediado las instancias de su hermano de leche.

Amaba á Baltasar y sobre esto existia otra causa poderosa.

En la hora de su desgracia, Baltasar fué el único de la familia que no volvió la espalda al criminal; que le defendió hasta donde pudo, que le favoreció despues, y que, hasta el momento de perderle Rita para siempre de vista, no le desamparó en su inmensa tribulacion.

Los ruegos de Baltasar vencieron á Rita; y ésta, obediente al mandato del señor á quien habia siempre respetado, cediendo á sus deseos, se encargó de la crianza del huérfano.

Para que se repusiera mejor, y tambien con objeto de alejarla de los sitios en que más fácilmente se le podia avivar el recuerdo de su desgracia, la enviaron con el niño que reemplazaba al suyo á un pueblo de los confines de la provincia, en donde permaneció un año, de donde paso luégo con su cría, como ya sabemos, á instalarse en el domicilio solariego.

[redacted]

Entre tanto, graves acontecimientos habian ocurrido en la hermosa ciudad que el Túria baña.

Benilda, que como tan jóven, disfrutaba de una salud inmejorable, empezó á languidecer y á poner en cuidado á su enamorado esposo, que tuvo al fin el desconsuelo de ver estos síntomas de languidez crecer, y por último, tomar un carácter de la mayor gravedad.

Gaspar no se separó un momento de la cabecera de Benilda. Edificaba á propios y extraños con la eficacia de su existencia... Mayor motivo para acrecer el asombro con que se supo, apenas vencido el período grave del mal y apenas entrada Benilda en la convalecencia, ¡que Gaspar Fenollar se separaba de su mujer!

Nadie vislumbró el motivo; y, como hemos referido en otro lugar, no habiendo quebrantado jamás Gaspar el silencio que guardaba respecto de aquel suceso, éste permaneció envuelto en el más impenetrable misterio.

Benilda se quedó en Valencia; Gaspar viajó por algun tiempo,—el que sobrevivió su padre á aquellos quebrantos matrimoniales: y despues, como ya se sabe, en un estado que le hacía completamente intratable, se estableció en el solar de sus abuelos.

[redacted]

Y, tornando á este punto de partida, despues de las digresiones que nos hemos permitido, tenga el lector la bondad de recordar que es la noche del dia en que Baltasar se ha entendido con la nodriza respecto del propósito que abriga referente á Ramirito, y escuche en silencio la conversacion que con tal motivo está á punto de sostenerse entre el baron de Fenollar, su hermano Baltasar y el administrador de aquél, que se hallan reunidos en el gabinete particular del primero, dentro de cuyo recinto acostumbraba á experimentar el niño Ramiro tan medrosas sensaciones.

Pero ante todo, consagremos algunos renglones á hacer el retrato físico y moral del último mencionado de los tres personajes congregados, del cual sólo de un modo incidental hemos tratado hasta aquí.

Jorge Garcés no era hermoso, ni lo habia sido jamás, tenía una fisonomía comun, de esas fisonomías que no llaman la atencion al pasar junto á ellas, pero que encierran esta circunstancia: que despues que se las mira mucho y se trata á la persona, adquieren el más poderoso atractivo. Y la razon de esto se explica fácilmente.

Garcés era el hombre más recto que existia sobre la faz de la tierra, era además inteligente y

[redacted]

perspicaz hasta lo sumo, sin embargo de no parecer ni lo uno ni lo otro, por efecto del aire tan modesto que le distinguia, y por superar á aquellas condiciones la dulzura y benevolencia de carácter, con que conseguia cautivar á cuantas personas le conocian y trataban.

A pesar de hallarse en el apogeo de la virilidad, como le pasaba al baron, representaba mucha más edad que éste, porque apénas le quedaba más cantidad de pelo en la cabeza que la indispensable para que su hermana Araceli, que le peinaba con un esmero verdaderamente artístico, pudiese conseguir que le cubriese el cráneo,—y áun así y todo se le trasparentaba;—tenía además no corta cantidad de canas (flores del entendimiento, segun unos; suspiros del corazon, á nuestro entender, que habian sido exhalados en eco de los que el padre de Ramirito habia arrancado del pecho de Araceli); y, como las líneas de su rostro nada tenian de regulares, ni se señalaba por perfecta ninguna de sus facciones, y, además, era muy corto de vista, precisándole fruncir los ojos para poder distinguir mejor cuando no queria usar las gafas, de las que rara vez se despojaba; este modo de mirar, reunido á las demás circunstancias de su fisonomía, no permitia concederle las dotes de

[redacted]

belleza que, como hemos dicho, llegaban, no obstante, á descubrírsele despues de mirarle mucho y de tratarle.

No gastaba barba, ni sombra de bigote, lo que le favorecia para que se distinguiesen mejor los contornos agradables de su boca, dispuesta siempre á sonreirse, digna compañera de sus ojos, cuya dulzura se traslucia áun á través de los cristales que los sombreaban.

Era alto, enjuto y algo encorvado; y, como vestía con aseo, pero con un notable abandono, ó mejor dicho, con unas modas tan extremadamente anticuadas, que no parecia creible que ningun sastre de la época se hubiese podido rebajar al punto de cortar unas prendas de vestir tan extravagantes, esta rareza no podia ménos de aumentar el desaliño de su figura. Y era la causa eficiente de este último detalle, que la misma mano que se ocupaba en peinar los escasos cabellos de Garcés, se consagraba igualmente á confeccionarle los trajes. Y de esta materia se conocia que Araceli entendia poco... pero á Garcés le parecia que no habia nadie que lo hiciese mejor; y Araceli, por su parte, tenía la conviccion de que, al elegante porte de su hermano, más que á la habilidad de ella, se debia que, en toda la comarca, más aún,

[redacted]

en la provincia entera... en el universo, no hu·
biese otra persona que se presentase mejor vestida

Colocado el baron de Fenollar, la noche á qu
nos estamos refiriendo, entre este hombre ta
benévolo y su hermano, cuyo carácter alegre y
cordial, cuya manera de ser se diferenciaba tanto
de la suya, puede suponerse el contraste que ofre-
cerian entre sí aquellos tres personajes, dos de lo
cuales, á pesar de la ligereza de carácter que dis-
tinguia á uno de ellos y la mayor confianza que
el vínculo de fraternidad deberia producir, expe-
rimentaban el más enojoso embarazo en la presen-
cia del tercero, que invariablemente despertaba en
cuantas personas se le acercaban, un malestar tan
incalificable como invencible.

Baltasar habia fumado cuantos cigarrillos habia
traido consigo, habia cambiado veinte veces de
postura, habia bostezado otras tantas, habia to-
sido, hablado del tiempo, del campo; y la velada
tocaba casi á su término, y no habia aún encon-
trado oportunidad, ni halládose con ánimo sufi-
ciente para abordar el asunto, objeto de su per-
manencia allí una noche entera bajo el techo de
su hermano mayor.

Garcés le miraba de cuando en cuando; quitá-
se y poníase las gafas, y el capitan, que nada

[redacted]

deseaba con más ahinco que corresponder á estas demostraciones del administrador, pensaba para sus adentros que era preferible el encuentro con tres escuadrones de un ejército enemigo, á entablar una conversacion con el jefe de su familia.

Por último, viendo que la noche avanzaba, y que urgia aprovechar los últimos momentos de ella, sacó fuerzas de flaqueza, y exclamó soltando la frase como una descarga de metralla:

—Gaspar, es preciso que pienses en dar alguna educacion á Ramirito; y para eso me he quedado, para decírtelo. Ya lo sabes. Ahora dispon lo que tengas á bien, sin perder tiempo, y cuida de dirigir bien á ese niño.

Baltasar tomó la plaza por asalto. No encontró mejor medio de hacerlo: se explicó de una vez, de golpe, de corrido; y, cuando el baron tuvo lugar de volver en sí de la sorpresa que no pudo ménos de causarle aquel ataque tan ex-abrupto é irrupcion en lo que le correspondia á él exclusivamente determinar y decidir, con aquel modo de dar consejos y dictar órdenes, Baltasar se habia hecho por completo dueño del cariñoso deseo iniciado por Araceli, nutrido por Garcés, y realizado tan bizarramente.

[redacted]

Era cuanto podian desear aquellos dos personajes que, despues que el más valiente de ellos hubo *abierto la brecha*, *frente al enemigo*, se quedaron, el uno poseido de estupor y hecho una estátua, la estátua del asombro, con los ojos cerrados detrás de las gafas que los ocultaban; el otro, radiante de alegría, con los ojos brillándole como dos hermosos luceros, la frente erguida, y la expresion más tranquila y satisfecha del mundo estampada en su hermosa fisonomía, henchido de placer ante la consideracion de haber salido ya del paso que tanto le habia costado dar.

Entre tanto, el baron de Fenollar, vencida la primera impresion que habia experimentado, miró á sus compañeros con aquella mirada torva que le era peculiar, y frunciendo las cejas, exclamó:

—¡Soy una criatura, un imbécil, que nada sé de cuanto me corresponde saber á mí únicamente, añadió acentuando la frase, y necesito que vengan los demás á enseñármelo! Es claro, que si tú no pensaras en la educacion del chico, soy yo tan inepto, que no se me habria ocurrido jamás el fijarme en semejante cosa. Para eso he vivido los años que he vivido, para eso tengo el conocimiento, y para eso me sirve la experiencia: para que tú, que necesitas volver á nacer para medio

[redacted]

adivinar lo que yo tenga ya olvidado, te me vengas con esas ínfulas de dómine.

El capitan se atusó el sedoso bigote, se agitó en la gran butaca de tallado roble que ocupaba, sonáronle las espuelas y el sable, y Garcés creyó oir un rumor sordo que parecia salirle de la garganta.

Baltasar era bueno hasta la médula de los huesos, incapaz de reñir ni con su mayor enemigo— á haberle tenido,— pero era de genio pronto; y Garcés, que no lo ignoraba, á pesar de constarle tambien el afecto y hasta el respeto que profesaba á su hermano, temió que se entregase á la expansion del sentimiento, traslucido en aquel confuso eco que habia llegado á sus oidos.

El baron no respetaba á nadie, ni medía jamás la fuerza y extension del lenguaje que empleaba.

Necesitábase de mucha prudencia, de mucha abnegacion para sufrirle, ó que hubiese una forzosa necesidad.

Y Baltasar, que era bondadoso, pero no prudente, y que, en el sentido material, no tenía necesidad del jefe de su familia, se hallaba en la situacion ménos á propósito para con él.

Garcés, á través de sus gafas, le miró con sus

[redacted]

dulces ojos, y dibujándose en su boca una de aquellas sonrisas que tanto atractivo daban á su, por otra parte, insignificante fisonomía, paró el estallido de cólera que no habian podido ménos de provocar en el capitan las altivas palabras del baron.

Garcés lo esperaba todo de Baltasar; de cuantas personas rodeaban á Gaspar, era su hermano el único sér viviente que se encontraba con derecho y valor para dirigirse á aquel califa *sui generis* de igual á igual; por esto habíale Garcés asociado á su propósito y comprometídole á que lo iniciara, y por lo que ahora, al verle á punto de malograr con una palabra, con el menor gesto de enojo, la realizacion del cariñoso designio de Araceli, concentró en su mirada y en su irresistible sonrisa toda la fuerza del afecto que sentía hácia su hermana.

Desarmó á Baltasar.

—No te incomodes, Gaspar, dijo éste, cediendo al magnetismo de aquella mirada y aquella sonrisa que con frecuencia ejercieran la misma provechosa influencia; tú tienes negocios graves de más urgente importancia á que atender; y, por si tus ocupaciones no te habian permitido fijarte

[redacted]

en el niño, nada tiene de extraño que yo, tan holgazan como soy, me haya fijado en ello. Ramirito tiene siete años...

— No necesitas recordármelo. Es una fecha que tengo bien presente.

— Y paréceme, continuó Baltasar, repitiendo como un papagayo lo que le habia oido decir á Garcés, con referencia al asunto de que se trataba; paréceme que pierde el tiempo si no se le acostumbra al estudio y no empieza á adquirir los primeros rudimentos de la educacion, que, considerando...

El baron le interrumpió.

— Pues que te has manifestado tan atento y dispuesto á despertar mi atencion sobre el asunto, no necesitas explayarte en los considerandos; me basta con que hagas extensiva tu amabilidad hasta el punto de indicarme tu plan de educacion; el tuyo, repitió con incisiva ironía.

— Nadie mejor que el señor baron puede entender de eso, insinuó Garcés, terciando en el diálogo con el objeto de conciliar las voluntades y dulcificar, si podia ser, el carácter de acritud impreso comunmente por Gaspar á cuantas conversaciones emprendia ó se suscitaban en su presencia.

[redacted]

El baron permaneció callado por un breve rato; sus interlocutores hicieron lo propio; conocíase que el primero meditaba sobre la contestacion que le convendria dar, y á poco, habiendo sin duda resuelto sobre la más á propósito ó cómodo para él, exclamó:

—Nada bueno puede ese niño dar de sí; es, no sólo díscolo, sino de torpe entendimiento y de condiciones en absoluto, tan viles, como la sangre que corre por sus venas. Yo, por mi parte, no he de tomarme el trabajo de mejorarlas; y, por lo tanto, puesto que la cuestion se ha planteado, te entrego mis poderes, dijo dirigiéndose á su hermano, para que hagas con él lo que mejor te plazca. Ese rapaz hereda el carácter taimado de su padre, y las tendencias vulgares que demostró éste desde sus primeros años.

Garcés, que comprendió la alusion, se sonrojó hasta el color de la amapola.

—No distingue lo noble de lo innoble; lo mismo pretende jugar... y cuidado que Rita no se lo ha permitido jamás... con el hijo del más ínfimo villano, que si fuera con el de un príncipe... Es cobarde, ruin, hasta hipócrita, lo que parece increible para la edad que tiene. Apénas penetra en esta estancia y me mira á la cara—peor todavía—con

[redacted]

sólo mirar las retratos de los ilustres antepasados de su padre, se estremece la sangre que tan mal mezclada corre por sus venas, tiembla como un reo sentenciado á muerte, hace pucheros, y algunas veces hasta parece como que va á llorar. Pero aquí de la prematura doblez de ese niño. En vez de llorar, asustado instintivamente ante la contemplacion de la grandeza que le rodea, hace como que quiere reirse, y finge sonrisas y ademanes de alegría y contento, que ni el más experimentado farsante podria fingir mejor. Es una alhaja el chico. No hay más que preguntárselo á Rita.

Nadie contestaba.

—Baltasar, prorumpió de repente el baron, dando otro giro al discurso;—¿por qué no te casas?—Aunque bien pensado, continuó, sin esperar la contestacion de su hermano, lo aciertas permaneciendo soltero. La casa de Fenollar ha perdido la brújula para el viaje matrimonial. Le basta con los naufragios sufridos. Volvamos á nuestro sobrinito, prosiguió diciendo con ironía. Te lo entrego. Tú te lo has querido. Ahí lo tienes. Es la mejor solucion que puede darse á la cuestion. Yo no estoy en el caso de ocuparme en lo que no ha de producirme honra ni provecho. Harto hastiado estoy de los seis años que he tenido que soportarle á mi

[redacted]

lado... No me gustan los chicos. No me han gustado jamás. Y no es justo ni debido que porque á nuestro hermano le diera la gana de rebajarse y degradar á su familia, y luégo, de morirse, para que otro cargara con las consecuencias de su degradacion, y á nuestro padre se le antojase que la conciencia le decia ó no le decia esto ó lo otro, haya yo de ser el escogido en quien pesen los extravíos del uno y las meticulosidades del otro.

—Fuiste el escogido para todo, insinuó Baltasar.

—Nuestro padre estaba en su derecho para cuanto hizo, replicó Gaspar con sequedad. Si fuí el escogido, fuí tambien el que viví más unido con nuestro padre; y, como á hijo mayor, asistíame además el derecho de primogenitura. No tienes motivo para quejarte.

—Ni me quejo, contestó el capitan. No soy ambicioso, Gaspar, bien lo sabes. Y, si no, que lo diga Garcés, continuó volviéndose al administrador. Todavía está por la primera vez que me haya adelantado una pension. Y no es que esta sea tan ámplia como supones. Pero me basta...

—Además, interrumpió el baron, como la casa de Fenollar no tiene sucesion en línea recta, ni esperanza de tenerla, y como contarás con que el

[redacted]

actual representante ha de tener la condescendencia de dejarte el hueco libre, y que has de vivir muchos más años que él para disfrutar el puesto, no tiene gran mérito el que hagas virtud de un poco de paciencia.

—Mal me conoces, Gaspar. No he abrigado jamás, no soy capaz de abrigar pensamientos ni deseos tan opuestos á mi carácter. Me ofendes, me lastimas con semejantes suposiciones.

Al noble arranque de su hermano, no se dignó el baron conceder ninguna respuesta.

—Vamos, Baltasar, dijo sin hacer alto en aquellas protestas y volviendo al punto de la conversacion del que se habia por un momento separado; ¿te conformas con encargarte de que le enseñen el abecé al zorrito de nuestro sobrino? ¿Con buscar quien desasne al heredero—si Dios ó tú no lo remedian—que ha de representar tan dignamente en lo futuro, la hasta aquí tan ilustre y noble casa de Fenollar? Yo no puedo, legal ni decorosamente, conferirte los títulos de tutor y curador que me trasmitió nuestro padre, el cual no quiso que nadie más que yo respondiera de la poca ó mucha fortuna de su nieto. Pero esto nada tiene que ver con los deberes de que hago renuncia en tus manos desde hoy, y por el tiempo que lo tenga á bien.

[redacted]

La presente educacion de ese niño, dijo en tono magistral, y resumiendo en esta frase el sentido total de su discurso, corre por tu cuenta: no hay más que decir. ¿Aceptas el mandato? ¿Sí ó nó?

El capitan se quedó perplejo. ¡Encargarse él de dirigir la educacion de un niño! ¡Él, que no habia podido jamás adquirir sino los rudimentos más vulgares de la instruccion!... que desconocia en absoluto las propiedades de la infancia, sus necesidades, sus múltiples impresiones, la direccion de ellas!... Él, que como hemos dicho ya, era bueno hasta la médula de los huesos, pero á quien faltaban prudencia y abnegacion, y que felizmente se conocia á sí mismo lo bastante para no ignorar que era la persona ménos á propósito, tanto por su carácter ligero, cuanto por los hábitos de su vida, para encargarse de la sagrada encomienda de que se le queria investir!

Baltasar se encontró tan sorprendido como indeciso, y por un momento, hasta falto del uso de la palabra.

Garcés se lo devolvió. Miróle con aquella mirada mágica que tenía costumbre de lanzar por entre los cristales de sus anteojos, y le significó de tal suerte lo que esta mirada queria decir, que

[redacted]

el corazon de Baltasar respondió en eco al de aquél.

Araceli no podia ser mejor interpretada ni servida. La causa de Ramirito triunfó por aquella vez.

Los niños son rara vez completamente desgraciados: los ángeles de su guarda, como no han tenido todavía lugar para disgustarse con ellos, no los desamparan fácilmente; y el de aquel mísero huerfanito habia plantado un oásis en medio del desierto de su vida.

—Y con tanto placer como acepto esa obra misericordiosa, contestó el capitan dirigiéndose á su hermano. Cuando quieras, me tienes á tu disposicion: mañana, hoy, esta noche, ahora mismo.

—Hay que resolver otra cosa ántes que lo del niño, interpuso el baron. Cumple que disponga de Rita. Es un grato deber para mí el no desampararla, por ingrata que sea á mis beneficios. No desconozco que, por cada merced que le otorgo, me paga ella con un aumento de odio. Se lo dispenso; está en su derecho. No he dispensado jamás un favor que se me haya agradecido.

No le faltaba razon á Gaspar al hacer esta aseveracion; lo que le faltaba era el conocimiento de

[redacted]

las causas que producian tan desconsolador resultado.

—Rita, dijo el capitan, sabe ya cuanto tiene que saber; te he querido evitar la molestia de entenderte con ella, y está más conforme que tú en separarse de Ramirito. No te ocupes en nada de cuanto á ella se refiera.

—Es indispensable; no por lo que su persona pueda merecer;—me tiene harto; tan harto como su cría;—sino porque lo considero justo.

—Se niega á permanecer por más tiempo á tu lado, no teniendo la obligacion del niño.

—Lo mismo pasó la otra vez que, punto ménos que de rodillas, hubo de rogársele que admitiese el beneficio que nuestro padre y yo le hicimos. Se ha vuelto feroz y está cada dia más intratable. No es que yo desee conservarla en casa; de ninguna manera. A más de feroz é intratable, es atrevida é insolente y no es de mi agrado el tolerar por más tiempo la soberbia y audacia de que hace alarde. Pero puede contar con mi bolsillo. Le señalaré una pension, de la que podrá disfrutar estableciéndose en donde bien le parezca. Esto, si quieres, se lo puedes decir; y si prefiere oirlo de mis labios, que se me presente mañana sin dilacion.

[redacted]

—Nada absolutamente quiere, Gaspar, se apresuró á decir el capitan, que, una y otra vez rota la valla con su hermano, le perdia por completo el miedo y charlaba con su natural impetuosidad y franqueza. No te canses en luchar con ella. Me he convencido de que es inútil pretender ablandarla. Está deseando perderos de vista, á tí y al niño. Dice, prosiguió Baltasar, que éste le recuerda el suyo y que el contraste la trastorna. Más aún: para que te convenzas de lo que te conviene alejarla de tu lado y de lo infructuoso que será pensar disuadirla de su resolucion, me ha dicho que, si hubieses querido á Ramirito, no responde de lo que habria hecho.

El administrador, que amaba á Baltasar tanto cuanto temia á Gaspar, al oir esto, y temiendo, mejor dicho, previendo el sesgo peligroso que la conversacion iba á tomar, miró al capitan, cuya mirada pasó en esta ocasion inadvertida para éste; se quitó las gafas, se las volvió á poner, tosió; en fin, hizo cuanto le sugirieron el interés y la prevision por atajar tanta locuacidad.

Inútilmente.

El capitan, sin tomar aliento, habia continuado su perorata de la siguiente manera:

—Que más de una vez le ha asaltado una mala

[redacted]

tentacion, y que sólo la idea de que la existencia de ese niño te mortificaba, es lo que la ha salvado de llevarla á cabo.

A medida que Baltasar hablaba, las pasiones del baron, á semejanza de una serpiente que se desenrosca, habian ido exacerbándose y desarrollándose; é, ineficaces como habian sido los esfuerzos de Garcés por evitar el resultado que previó, no bien articuló el capitan el último vocablo de su discurso, se desencadenaron aquéllas por completo. Oyóse una imprecacion estentórea, que debió resonar hasta en el más apartado ámbito de aquella vasta morada; imprecacion tan llena de ira, que parecia cual si hubiera sido lanzada, no por un sér humano, sino por una fiera.

Durante varios segundos perdió el baron la facultad de hablar; le ahogaba la cólera; y, cuando al fin, despues de la imprecacion aquella, dió rienda suelta al ímpetu de sensaciones que experimentaba, parecia un energúmeno.

Era lo que acontecia cuando se encolerizaba. Encendido el rostro, los ojos materialmente saltándosele dentro de las órbitas, los músculos del rostro contraidos, y de las extremidades de la

[redacted]

boca, á medida que hablaba, echando espumarajos, á semejanza de lo que acontece con ciertos animales feroces, atemorizaba el contemplarle. Era un hombre tan fornido, de proporciones tan hercúleas, que, á haberlo intentado, parecia poder aniquilar á cuantos seres y objetos se hallasen al alcance de sus potentes puños.

—Conque, exclamó, ¡á tal extremo me aborrece! ¡Y ha comido mi pan por tantos años, y ha respirado el mismo ambiente que yo desde que nació!... Y hubo un tiempo en que debí arrojarla de mi presencia y de mi inmediacion, y, léjos de ello, la retuve á la sombra de mi casa, le proporcioné un medio honroso con que admitir el pan que, conociendo lo orgullosa que era, sabía no habia de comer con gusto sino ganándolo bajo cualquier apariencia que fuese... ¡Y he alimentado un áspid, en vez de una mujer agradecida!... ¿En qué le he faltado, interrogó, dirigiéndose á los que le escuchaban, para que de tal suerte me odie y tan implacables sean su rencor y su sed de venganza? Yo, ¿qué responsabilidad he contraido? Quéjese de la ley. Su marido delinquió. Habia sido un hombre honrado; pero se convirtió en un criminal. ¿Qué culpa pude yo tener de que le impusieran la pena de su delito? Quéjese de la jus-

[redacted]

ticia. Quéjese de todo el mundo, ménos de mí, que no la desamparé en su desgracia.

—Pero, Sr. D. Gaspar, interpuso Garcés, tratando de apaciguar la tormenta provocada por el capitan; lo que su hermano de V. ha dicho no deberia sorprenderle. No hace mucho que se ha expresado V. en el mismo sentido.

—No tiene V. que hacerme á mí observaciones, replicó el baron con creciente enojo. No necesito ni pareceres, ni oir comentarios aclaratorios de V. ni de nadie. En los asuntos que me atañen exclusivamente, está demás que intervengan personas extrañas.

Jorge Garcés volvió á sonrojarse como se avergonzara ántes, al escuchar la alusion dirigida á su hermana Araceli; mas, sometiéndose á la dura condicion que su forzosa dependencia le imponia delante de aquel autócrata, se parapetó detrás de los cristales de sus gafas.

Entre tanto el baron, que, léjos de calmarse, parecia haber recibido incesante estímulo con la mediacion del administrador, siguió disparando sus descargas de metralla.

—El que yo diga una cosa y sienta otra, nada tiene que ver con nadie. Si ántes me dió gana de hablar de Rita del modo que lo hice, muy dife-

[redacted]

rente es decirlo yo á oírselo decir á los demás, á oir rectificar lo que pudo no ser sino una infundada sospecha mia. Pero, pues tengo ya una certeza, una innegable corroboracion, continuó exacerbado en su ira, desde el punto y hora en que sé, en que me consta que tal enemigo cobijo dentro de mi propio hogar, estoy en mi derecho arrojándole de aquí. ¿Oyes, Baltasar? Si ántes me proponia abrir mi bolsillo á esa víbora de mujer; si ántes te dije que se lo dijeras, ó que se presentase ella misma á oirlo de mis labios; si, á pesar de cuanto me habias hasta ahora dicho, abrigaba el propósito de no desampararla, ahora te digo que no quiero que permanezca una hora más bajo mi techo. ¿Has oido? Salga en este momento de mi casa, y olvídese hasta de que existo.

—Gaspar, Gaspar, intercedió el capitan, acongojado ante las consecuencias de su imprudente locuacidad: apiádate por esta noche siquiera. Mañana se marchará. Yo te respondo de ello. Pero esta noche, no.

—Ahora mismo, y sin más réplica. Y el que se oponga á mi mandato, puede, si quiere, tambien acompañarla.

El baron iba á agitar una campanilla que habia sobre el velador en que, á compás de sus ira-

[redacted]

cundas voces, diera repetidos y fuertes golpes; iba á llamar á los criados para que ejecutasen sus órdenes inmediatamente, y para que, si era preciso, empleasen la fuerza expulsando á Rita de la casa.

El capitan le detuvo.

—Yo me encargo de despedirla, exclamó; y con noble decision y altivez, tambien de acompañarla, dijo. Buenas noches, Gaspar.

Diciendo esto, desapareció de la presencia de su hermano y de la del administrador, dejando al primero tan tranquilo y satisfecho de la órden que habia dictado, cuanto confuso y anonadado al segundo, sin saber qué partido tomar en vista del inesperado giro que allí se diera á las cosas.

La idea del huerfanito llenaba por completo aquel corazon sensible.

No tardó Gaspar mucho tiempo en decidir sobre tales dudas.

—Garcés, proseguia el baron, de tu cuenta corre el que mis órdenes queden cumplidas al pié de la letra; y á mi hermano díle que desde mañana puede disponer de nuestro sobrino. Entrégale lo que necesite para sus gastos, y que no me

[redacted]

caliente más la cabeza, que estoy harto de él y de sus entrometimientos.

— Está muy bien, Sr. D. Gaspar.

— Hablemos de otra cosa, continuó diciendo; y, cual si no hubiese emanado de él el riguroso mandato que se estaria acaso en aquel momento ejecutando, cual si no hubiese sido el mismo hombre que acababa de prorumpir en desahogos tan violentos y despóticos, pasando á tratar con su administrador de los asuntos que formaban ordinariamente el objeto de sus comunicaciones, empleó un rato mucho más largo que de costumbre, entregado á su exámen y á decidir sobre ellos.

Parecia hacerlo de intento. Y tal vez fuera así.

Pero al cabo tuvo fin aquella larga y penosa velada; despidió á Garcés, y sólo advirtiéndole que se presentase temprano al dia siguiente á informarle del cumplimiento exacto de sus órdenes, quedó Jorge, aunque mucho más tarde de lo que hubiera deseado, libre para entregarse á los impulsos de su corazon.



[redacted]

[redacted]

CAPÍTULO IV.

Garcés volaba, más bien que corria, al salir de la estancia de damasco carmesí; tan práctico como era en el conocimiento del complicado laberinto de habitaciones, pasillos y corredores de aquella antigua casa, cruzábala de extremo á extremo sin tropiezo; y, conducido aquella noche en alas del más benévolo deseo, punto ménos que sin aliento llegó al lugar á que se dirigia, que era el departamento ocupado por la nodriza.

Jorge iba á ofrecer á Rita un asilo: no obstante la aspereza de carácter de ésta, y lo que se habia enajenado el afecto de cuantas personas la habian conocido ántes y despues de realizado el crímen de su marido, condolíase Garcés de la dura órden dictada por el señor: la expulsion de aquella mujer, en semejante forma, y á tal hora de la noche...

[redacted]

¡Cuánto no sería su asombro así que hubo llegado al sitio á que se encaminara, al encontrar con que, á pesar de la prisa que se diera, acudia tarde con la oferta de su hospitalidad!

La nodriza se habia marchado...

No bien le indicó Baltasar una parte de lo ocurrido, la imprudencia por él cometida, y la resolucion terminante de que era portador, Rita lo comprendió en seguida; y, léjos de sentirlo ni de resentirse, cual la prisionera que tras años interminables de encierro recobra su perdida libertad—más todavía que como ésta—cual pantera ó leona que rompe la jaula en que se la ha tenido aprisionada, así ella, llena de gozo, de feroz alegría, y sedienta por disfrutar cuanto ántes del adquirido bien, insensible á las instancias del capitan para que le permitiese acompañarla y conducirla donde encontrase albergue, salió *in continenti* de la mansion solariega.

Baltasar la siguió hasta la puerta de salida, vióla atravesar el umbral de la casa en que habia nacido, en que se habia criado, y la consideraron hasta el dia de su casamiento como de la propia familia; permaneció luégo en el dintel hasta que la perdió de vista en la oscuridad de la noche, hasta que sus oidos dejaron de percibir el eco de sus

[redacted]

acelerados pasos, y se volvió despues, tristemente impresionado, como no lo estuvo muchas veces en su vida, al dormitorio del niño.

Este descansaba profundamente. Baltasar habria querido imitar su ejemplo; tenía sueño, y la hora, en efecto, convidaba. Pero faltábale sosiego de espíritu y se le hacía imposible abandonar por un solo instante la custodia de aquella infeliz criatura.

No se lo habria confesado á nadie; ni á sí mismo siquiera. ¡Aquello que sentia era tan impropio de un bravo capitan de caballería!

Felizmente no estaba persona alguna á su inmediacion que pudiese atestiguarlo; pero Baltasar, corrido y todo como se hallaba ante las emociones de que era presa, se quitó el sable y las espuelas para no perturbar con el ruido de estos objetos el sueño del niño; despues, le apartó del rostro el reflejo de la lamparilla: y, esto hecho, sentóse al lado de su camita, y atraido hácia aquel ángel por un irresistible instinto de compasion, se puso á contemplarlo.

Ramirito parecia un querubin de mármol, como hemos dicho ya varias veces: blanco como el alabastro, suave, aterciopelado, de contornos mórbi-

[redacted]

dos y graciosos á la vez, de facciones tan puras como bien delineadas, formado á la perfeccion, desde la cabeza hasta las puntas de los piés, podia haber servido de modelo para el *Cupido dormido* de Miguel Angel. Entregado á ese sueño tranquilo y reposado, patrimonio exclusivo de la infancia; las luengas pestañas de sus ojos de esmeralda sombreando en parte la sonrosada mejilla; una dulce sonrisa entreabriendo aquellos labios de finísimo coral; un brazo en torno al áurea cabellera, y el otro descansando con abandono sobre el borde de la cama, como en busca de algun objeto—tal vez instintivamente, obedeciendo á la sed de amor que consumia á aquel inocente corazon en busca de una mano cariñosa—todo él, en fin, formaba un cuadro tan bello y de un carácter tan tierno, que una mujer, como deben serlo las mujeres, sensible y amorosa, no hubiera podido contemplarlo sin estremecerse de ternura; con mayor motivo, al reflexionar en el contraste que la belleza, la inocencia y desvalida situacion de aquel niño, ofrecian respecto á cuantas personas, objetos y circunstancias le habian hasta entónces rodeado.

Baltasar cuidó, no sólo de que ni el ruido ni la luz molestasen ó interrumpiesen el tan tranquilo

[redacted]

sueño del niño, sino que, con objeto de preservarle mejor del aire, cerróle las colgaduras de la cama que tenía descorridas; y, hecho esto, y despues de cerciorarse de que no se percibia rumor alguno por aquella parte de la casa, y de que no era fácil bajo ningun concepto que ni él, ni Ramirito fuesen perturbados, cerró la habitacion con llave y cerrojo.

A juzgar por las precauciones que tomaba, hubiérase dicho que se proponia cometer algun delito.

Efectuada aquella operacion, el capitan empezó á renegar, procurando convencerse de que era verdad lo que se decia á sí mismo: sobre que si á él maldito lo que le importaba el chico; que á él nunca le habian hecho gracia los niños; que no faltaba más sino que cargase con el cuidado inmediato de un muñeco tan enojoso. Pues, no que no. ¡Digo! y que no va á ser floja tarea pasar toda una noche al lado de semejante mochuelo.

Lo ménos media docena de veces repitió este vocablo, como homenaje rendido á su orgullo de hombre y de militar.

No obstante, én medio de arranques tan varoniles, salpicaba su soliloquio con estas exclamaciones tan contradictorias que, á pesar suyo, se le

escapaban.—¡Cuidado que es lindo el chico! Y púsose á contemplarlo.—¡Y le tiembla la mano! ¿Si tendrá frio? Un niño debe ser así... como el cristal: si yo le apretase con toda mi fuerza, de fijo que lo ahogaba. Seguro que si le cojo esa mano tan diminuta, que parece como que dice «cógeme, cógeme», le rompa acaso los huesecitos. Si probase á estrecharla, tal vez podria calentársela con la mia... ¡Bah! ¡bah! cuidado que me he vuelto bobo. A mí, ¿qué me importa? tornó á decirse, alentándose en su bravura y decision, y tratando de contrarestar la corriente sensible que invadia su sér. ¿Qué tengo yo que ver con semejante monuelo? repitió, á guisa de nueva satisfaccion á su orgullo.

—Y sin embargo, continuó su monólogo, ¿quién tiene alma para separarse de él esta noche? ¡Es tan tarde ya! los criados se habrán recogido; las luces estarán apagadas; mi dormitorio está á una legua de distancia... Tampoco tiene nadie motivo para enterarse de si he dormido ó no aquí. Yo no me he de quedar en vela... estoy cayéndome de sueño... ¡y plegue al cielo que no lo coja con demasiada gana!... ¡Si el niño se despertara y yo no le oyera!... Pues, señores, exclamó dirigiéndose sin duda á los consejeros interiores

[redacted]

con los cuales sostenia aquellos diálogos; manos á la obra.

Y diciendo esto, se dirigió á la alcoba que habia sido de Rita y lindaba con la del niño, y, con el mayor sigilo, apoderándose de la cama que sirviera á aquélla, la trasportó al dormitorio de la criatura, colocándola lo más cerca posible á la de Ramirito.

—Levantaré la muselina, me acostaré á su lado, y, si me atrevo, le cogeré la mano, dándole calor entre las mias.

El capitan dijo esto, y en seguida, sin despojarse de otras prendas de su vestido más que de las indispensables para no encontrarse trabado en la cama y poder acudir al menor movimiento del niño, renegando otra vez de sí mismo y de Ramirito, y complaciéndose de nuevo en llamarle muñeco y tití y quizás algun otro vocablo ménos pulcro, que omitimos de buen grado, disponíase á ocupar los colchones que hasta aquella noche habian pertenecido á la nodriza, cuando le detuvo en su intento un golpe que sonó en la puerta con tanta precaucion cerrada.

—¡Cáspita, articuló el capitan *sotto voce* (sea dicho entre paréntesis), esto es lo que se llama

[redacted]

navegar con ſortuna! ¡Y gracias que he tomado mis precauciones! ¿Quién será? ¡Y la cama aquí!... ¡pegada á la de este mono!... ¡Maldita suerte!

Los golpes se repetian y menudeaban, acompañados de una voz que reconoció Baltasar en seguida. Era la de Garcés, que, creyendo dirigirse á la nodriza, suplicaba á Rita que le franquease la entrada.

El capitan corrió hácia la puerta.

—Chist, chist, cállate, Jorge, dijo en voz tan queda como pudo emplear, pero lo bastante alta para que llegase á los oidos de aquél.

—Rita ya no está aquí, dijo introduciendo al administrador en la estancia del dormido niño, é imponiéndole silencio con gestos y ademanes. Se acaba de marchar, añadió indicando la cama, testigo fehaciente de la debilidad que trataba de encubrir. Hice cuanto pude para que me permitiese acompañarla; inútilmente insistí... no pude conseguirlo. Perdimos mucho tiempo, mucho, mucho, en estériles debates.

El capitan no mentia; era él hombre veraz; pero trataba de disculpar la anómala situacion en que le habia sorprendido Jorge.

—Tuve que cerrar la puerta con llave... Aquí

[redacted]

le faltó á Baltasar un eslabon en la cadena de evidencias que forjaba.—Tuve que cerrar la puerta, porque... la tuve que cerrar. Quedó á la imaginacion de Garcés suplir el hueco dejado por él en claro.

Despues que hubo, á lo que creyó, puesto bien su pabellon, pasó Baltasar á comunicar al administrador, con la proligidad que el caso requeria, las circunstancias de la marcha de Rita; cómo, decidida y resuelta, sin promover el menor escándalo, en silencio y sin despedirse de nadie, ni áun del niño que habia lactado, salió *in continenti* de la casa; y, como complemento á este hecho, aprovechó Jorge la coyuntura para comunicar á su vez á Baltasar las órdenes que de su hermano habia recibido con relacion á su sobrinito; quitándose despues las gafas, que era lo que habitualmente hacía cuando deseaba emplear la dulce magia de su mirada, púsose por un instante entre risueño y temeroso, contemplando al capitan.

—Te entiendo, dijo Baltasar, fiel intérprete del significado de aquella muda contemplacion. Me repites tu oferta de anoche: ya. Lo he comprendido en seguida. Me libras del mochuelo, ¿eh?

Garcés sonrió.

—¿Aceptas? Fué su única pregunta.

[redacted]

—¡Pues, no que no! ¿Qué querias que yo hiciese con semejante embeleco? ¿Llevármelo al cuartel para que en las cuadras le enseñaran á hacer habilidades como á los perros? ¡Buena cosa iba á ocurrírseme! Mi hermano delira. Por librarse del chico, hasta sería capaz de hacer lo que dice Rita: echarlo al campo para que pastase con las bestias.

Decisiva era la contestacion de Baltasar.

—¡Qué dias de felicidad le voy á proporcionar á Araceli! murmuró Garcés con una alegría que casi rayaba en éxtasis. La pobre ha disfrutado tan poco en este mundo, que daria cualquier cosa por podérselo regalar.

—¡Regalarle el chico á tu hermana! repuso Baltasar con el mayor asombro. El cuidarle una noche, un dia, pase. Eso se comprende. ¡Pero regalárselo!... ¡tenerle siempre al lado, oirle llorar!... Chist, chist, murmuró interrumpiéndose de pronto en su perorata; y desde el lugar retirado de la estancia en que se hallaba conversando con Garcés, bajando la voz cuanto le fué posible, se dirigió presuroso á la camita del niño, llevado, á pesar suyo, del impulso de sensibilidad que no habia aún logrado vencer. Me pareció que se movia, creí que se quejaba y ¡cáscaras! exclamó al resti-

[redacted]

tuirse de nuevo al punto de donde viniera y despues de cerciorarse que se habia equivocado; eso sólo nos faltaba, que empezaran los berridos. Yo, por mi parte, te lo aseguro, Jorge, lo echaba por la ventana ó me tiraba yo.

No habia espirado el eco de esta fiera jactancia, cuando la fuerza y entidad de ella fueron puestas á prueba.

El niño, que efectivamente no habia hasta aquí dado la menor señal de despertarse, que no se habia quejado ni movido, sin respirar apénas, sino lo indispensable para dar á conocer que no era un querubin dotado de terrena vida, sino un hermoso serafin de carne y hueso, abrió los ojos de repente, y viéndose, no sólo con el extraño bulto de la cama de la nodriza junto á la suya, sino con las negras sombras de Garcés y del capitan que el reflejo de la lamparilla proyectaba sobre la pared del frente, empezó á llorar, prorumpiendo en gritos.

El caso no era para ménos, ni podia esperarse otra cosa de aquella tímida y amedrentada criatura, que el susto y el pánico que se apoderaron de él.

Los dos hombres se precipitaron á apaciguarle; pero, como la estancia se hallaba á media luz, y además la muselina de las colgaduras y la cama de

[redacted]

Rita impedian que Ramirito distinguiese las fisonomías con exactitud, y para él los dos bultos que se acercaban, no eran otra cosa sino la realidad de sus tan siniestros como indefinibles terrores; á medida que la sombra iba indicando que aquéllos se aproximaban, la alarma del niño tomaba mayores proporciones.

—¡Rita, Rita! vociferaba la infeliz criatura invocando el nombre de la persona con quien, á pesar del miedo que ésta le infundia, se hallaba en mayor contacto. ¡Rita! repetia, y, confusa la vista, ofuscada la razon, dominado por aquel vértigo de terror, no atreviéndose ni á abrir los ojos ni á descubrirse la cara, que en el exceso del sobresalto y al observar que ambos fantasmas se le acercaban, se habia cubierto con las ropas de la cama, tuvieron Garcés y Baltasar tiempo de sobra para desviar la de la nodriza y descorrer las colgaduras de la camita del aterrado huérfano: el primero, más previsor que el segundo, tuvo la feliz idea de dar una vuelta á la lamparilla, descubrir el reflejo de ésta y encender en el acto una bujía con ánimo de manifestarse cuanto ántes y calmar, por este medio, la pavorosa agitacion del niño.

Miéntras se ocupaba Jorge en este detalle, el capitan tomó su sable y las espuelas de que se

[redacted]

habia despojado hacía un rato, y colocándose ambos objetos con la misma precipitacion que si se tratase de obedecer una órden en campaña, armado de punta en blanco, se acercó al niño, metiendo tal ruido con uno y otras, que no parecia sino que media docena de dragones habian salido de debajo del suelo.

¡Santo remedio! El niño, cual movido por mágico resorte, soltó la ropa que hasta entónces tuviera asida con toda la fuerza de que podia disponer, abrió sus grandes ojos, y en el acto, reconociendo á su tio y al administrador, recobró la tranquilidad.

Garcés le colmó de caricias, el capitan envióle un beso al aire, que era lo que acostumbraba hacer, temeroso siempre de lastimarle, y entónces, cuando ya le vieron sosegado, contento, distraido y, más que distraido, trasportado al paraiso de los goces infantiles ante la contemplacion del armamento que habia obrado tan portentosos efectos, Baltasar renegó de sí mismo, y de su hermano, y hasta llegó á decir á Garcés que, al oir chillar al bueno de Ramirito, no lo habia arrojado por la ventana por no disgustarle á él — á Garcés — y sobre todo, por no privar á Araceli de los dias de felicidad que deseaba su hermano proporcionarle.

[redacted]

Ramirito, como puede suponerse, preguntó por su nodriza; pero, habiéndole contestado Garcés que se habia ido por unos dias, los cuales habia él de pasar en compañía de Araceli, fué tal el efecto que esta noticia produjo en aquella alma inocente, que borró por entero el pesar, ó más bien la extrañeza que pudiera haber experimentado por la ausencia de Rita.

Las amarguras y sensaciones de la infancia son tan pasajeras como poco profundas, sobre todo cuando los vínculos que median pertenecen al género á que pertenecia el que ligaba á Rita con su hijo de leche; el de la necesidad ó la costumbre, y de ninguna manera el del afecto espontáneo y tan arraigado muchas veces en el corazon de los niños, que se abre y fortalece con la ternura prodigada, cuando, por dicha, son de ella exclusivo objeto.

Ramirito, pues, que habia estado con su nodriza exclusivamente por necesidad; que no vió jamás, no digamos ternura, pero ni siquiera agrado por parte de ésta, era lógico que, hallando su puesto reemplazado con la esperanza de que le llevarian á vivir con Araceli—la más bella ilusion de su espíritu—recibiese la menor impresion posible con la falta de Rita; y el capitan y Garcés,

notando este resultado, y, como hemos dicho ya, hallándose el niño en plena posesion de los goces infantiles, se ocuparon sin pérdida de tiempo, en lo que deberian disponer respecto á su persona, en conformidad á las órdenes dictadas por su tutor; y, conviniendo ámbos en lo mismo, decidióse que desde la mañana siguiente, conseguido el beneplácito del baron, sería el huerfanito trasladado al techo hospitalario del administrador. Araceli se consagraria á su cuidado, ínterin Jorge meditaba sobre la forma y modo de dirigir su educacion, que era presumible recibiera en el mismo punto en que la habian recibido todos los individuos de la familia.

Bosquejado ya ligeramente este proyecto, como el capitan habia renegado tanto del niño y de sí mismo, y de su hermano, y Garcés se imaginaba que estos berrinches provendrian de la noche toledana que estaba pasando (como si el capitan no estuviese habituado á ellas), le aconsejó que se retirase á descansar. Advirtióle que él se quedaria al cuidado del huerfanito, y Baltasar, cansado como se hallaba, no de la mala noche, sino de la lucha interna que con tan poco lucimiento y fruto para su bravura sostuviera tan largo rato, cedió sin replicar.



[redacted]

—Pero no presumas que es á descansar á lo que voy, exclamó al despedirse de Garcés; lo que voy á hacer es á largarme cuanto ántes, léjos de estos enredos. No quiero que me coja el sol de otro dia entre las sábanas de esta casa. Basta de *bambinos*, Jorge. Quédese eso para tí, que eres tan bambino como el que más. Lo que es á mí no vuelve á pillarme fácilmente una verbena como la de esta noche. A mi hermano hazme el favor de decir lo que más decoroso te parezca, añadió en tono chancero, habiendo recobrado su natural ligereza de carácter ante la perspectiva de volver al uso de su libertad, y con respecto al *bambino*, obra segun te plazca, te doy carta blanca. Si ocurre algo muy importante ó surge alguna imprescindible necesidad, puedes escribirme; de lo contrario, ahórrame cometer cualquiera insigne inconveniencia. Ya sabes que á mí me estorba lo negro. Y hasta el valle de Josafat, concluyó diciendo, que ha de pasar mucho tiempo ántes que me salga del cuerpo el susto de haberme visto punto ménos que convertido en un respetable padre de familia. ¡Abur!

Garcés se quedó solo con el niño, que no le dió nada que hacer, pues se volvió á quedar dormido con la paz y tranquilidad tan pasajeramente inter-

[redacted]

rumpidas y que, no habiendo dado acuerdo de su persona hasta que el sol asomó sus importunos rayos por entre las colgaduras de su camita, le dejó libre, no sólo para descansar algunas horas (sobre una silla, sea dicho entre paréntesis, porque Garcés era poco regalon: jamás pensaba en sí mismo, y cuando no se hallaba su hermana Araceli inmediata á él para pensar por él, en él y para él, se trataba como á un perro), sino igualmente, para explicar y justificar, en lo posible, la órden dada por el baron y la marcha de la nodriza, así como tambien para adquirir de su señor la debida autorizacion á fin de disponer de Ramirito en la forma y manera convenidas entre él y Baltasar.

Fuéle no poco difícil la tarea de excusar, ó mejor dicho, de encubrir la fealdad de la accion del baron expulsando de su casa, de noche, y á hora avanzada, á una indefensa mujer: costóle no ménos trabajo inventar una explicacion medio satisfactoria á la conducta de Rita en haberse marchado sin dirigir una palabra de despedida á sus compañeros de servicio, con quienes habia dividido el pan por tantos años; pero el buen Garcés hizo en todo ello lo que pudo: contó la verdad de lo ocurrido, hasta donde la bondad de su corazon y la dulzura de su carácter se lo permitieron,

[redacted]

y luégo algun incidente algo indeciso quedó suplido con el acopio de ideas benévolas y frases caritativas que le eran tan peculiares, las que, no obstante la sinrazon que pretendian atenuar, lograban invariablemente el resultado que se proponian.

Cosas del señor baron; las penas que ha tenido; la independencia de que siempre ha hecho alarde; la costumbre de no conocer obstáculo ni contrariedad á sus propósitos... nada de dureza, de despotismo, ni de mala intencion... cualquiera en su lugar haria lo propio...

De estos y otros argumentos por el mismo estilo se valia Garcés para cohonestar los actos en cuya defensa apuraba un catálogo prolijo de disculpas, quitando así pretexto á murmuraciones domésticas, y tendiendo á calmar la exacerbacion de los ánimos.

Obtenido esto, y enterado de que el capitan, tal cual lo anunció, se habia ausentado á altas horas de la noche, se ocupó exclusivamente en vestir á Ramirito.

Garcés no se habia visto jamás en una situacion análoga.

Tuvo que hacer las veces de Rita; y el pobre hombre, que no era brusco, ni poco mañoso como

Baltasar, pero que, segun puede suponerse, no habia nunca desempeñado un papel ni siquiera medio parecido á aquél, preciso es declarar que lo hizo asaz medianamente.

En aquella casa de tan abrumadora atmósfera, en la que cuantos la habitaban se hallaban contagiados por el carácter tétrico de su dueño (como sucede comunmente en la mayor parte de los hogares del mundo, impregnados siempre del aire que respira el que en ellos hace de cabeza de familia), no hubo uno solo de los criados ó criadas que se ofreciese á relevar á Jorge de su tarea de niñera. Egoistas y desabridos desde el primero hasta el último, aquellos servidores puramente mercenarios, cuyos sentimientos y corazones parecian haberse paralizado al contacto del jefe, á quien se doblegaban como autómatas, conducíanse en cuanto cabe, con la propia rudeza y despego que aquél, y Jorge y el niño recibieron la más patente prueba de ello.

Vestido Ramirito, y entre éste y Garcés recogido ya el mezquino equipaje de aquel niño que en tanto abandono viviera siempre, el administrador lo envió todo á su casa, anunciando además que en breve iria su dueño. Cuidó luégo Garcés de que éste se despidiese de su tutor.



[redacted]

Por la primera vez desde su instalacion en el nobilísimo solar, atravesó Ramirito lleno de alegría los interminables, oscuros y complicados pasillos que conducian á las habitaciones cubiertas de damasco carmesí, cruzados constante é invariablemente con el infantil pensamiento henchido de imágenes tan terroríficas como indefinibles. ¡Iba asido de la mano de Garcés, que le llevaba á ver á Araceli, á vivir por unos dias con ella, y su júbilo era completo!

Gaspar, al presentarse el niño delante de él, y, penetrándose tal vez de la sensacion que imperaba en su ánimo, le miró con torvo ceño...

A Gaspar le ofendia la felicidad ajena, y, como nada en el mundo, le heria cuanto dimanaba, se relacionaba ó tenia conexion con su sobrino.

¿Era envidia?... ¡Quizá!

Gaspar, no obstante la mala direccion que habian tomado sus pasiones y la acritud que revelaba en su manera de ser, dejaba traslucir algo grande en medio de su incomprensibilidad...

En este dia en que fué su sobrinito á despedirse, el administrador y el niño le habian, sin duda, sorprendido.

Es lo cierto que se vió cogido como de improviso; que Gaspar experimentó un tremendo enojo

[redacted]

al verlos comparecer dentro del sagrado de su gabinete particular, y que no le fué posible ó no quiso disimular esta impresion, y con la mayor claridad se lo hizo así entender á Garcés, lanzando contra éste y el niño los más violentos apóstrofes, y tambien contra su ayuda de cámara, que no le habia advertido de aquella intempestiva y enojosa visita.

Entre tanto que disparaba sus baterías, con el mayor disimulo ocultaba entre los pliegues de su bata de mañana, una especie de libro ó caja con el cual le sorprendieran entre las manos.

¿Fué, pues, el haberse penetrado de la sensacion que dominaba al niño lo que produjo la ceñuda mirada de su tio, ó fué aquel enojo efecto de la sorpresa que le causó tan inesperada visita?

Es posible que ambas cosas á la vez, y que éstas se relacionasen entre sí en el intrincado laberinto de los pensamientos del baron.

El odio que sentia hácia Ramirito necesitaba una justificacion: el motivo de ciertas pasiones depende de la existencia de otras. Odiar, por el simple instinto ó placer de odiar, no cabe en corazon humano.

El baron, pues, aborrecia á su sobrino, porque

[redacted]

abrigaba otra pasion en la cual este odio iba envuelto. El baron no tenia hijos; no los habia tenido ni los podia ya tener de legítima procedencia separado como se hallaba de su mujer, y su muje habia muerto para él...

A esta mujer, téngase entendido que hubo u tiempo en que la idolatró tanto, cuanto despue la aborreciera, aún más todavia de lo que execrab al inocente que vino á colocarse en lugar de lo hijos que contó tener, que no tuvo y que ni podi ya darle la única mujer que logró cautivar aquell alma altiva, seca é indómita; la única que pud impregnarla de ternura, pero tambien para l cual estaba hoy aquella alma en hielo convertida.

Un sepulcro era el único recuerdo que el baro conservaba de su mujer; un sepulcro en miniatur que habia tenido el capricho de mandar esculpi labrado en mármol blanco, y en él grabados co letras negras el nombre de Benilda y la fecha d año y dia en que se separó de ella con el propósit de no volver á verla jamás.

Con este recuerdo entre las manos, sin hab tenido tiempo sino para cerrar el estuche en q solícito le guardaba, le habian sorprendido Garci y el niño.

[redacted]

¿Podíase dudar de que fueron dos las causas que motivaron el ceño creciente de su mirada?

El pobre niño creyó que su tio se proponia devorarle. Tan feliz como se sentia, faltóle poco para temblar: se asió con ahinco de la mano de Garcés, y, esquivando afrontar la vista de su iracundo tio, se acogió, como acostumbraba hacer, al vago y fantástico exámen de los gigantescos muebles y descomunales cuadros, ante la contemplacion de cuya grandeza, segun el benévolo juicio de su tutor, se estremecia la sangre vil que, tan mal mezclada, circulaba por sus venas.

Entre tanto, ya algo apaciguado el enojo del baron, púsose á dictar á Garcés sus últimas órdenes respecto de su pupilo; y Jorge, accediendo á todo, se comprometió á que el niño permaneciera en su compañía y al cuidado y guarda de Araceli, sólo por el corto plazo de una semana.

—No hay necesidad, dijo Gaspar, de que tu hermana le eche á perder. Bueno es que reemplace á Rita; que haga las veces de ésta; les ahorro á mis criadas un trabajo que no tengo por qué imponerles.

El administrador se sonrojó ligeramente al escuchar estas frases despreciativas... ¿Su hermana Araceli, á quien él tanto queria, que tan digna

[redacted]

hubiera sido de ocupar en aquella casa el lugar que habria de seguro ocupado, á no haberse interpuesto entre ella y el objeto de su amor el orgullo y la tiranía de un padre, fomentados por las instigaciones del hombre que tenia delante, y que tan sin respeto al decoro de Jorge, tan sin consideracion hácia el infortunio de Araceli, con tanto menosprecio la trataba!

Una solterona, continuó diciendo el baron con el mismo tono depresivo, entiende poco ó nada de estos achaques (y señaló á Ramirito). Si no ha tenido hijos ¿cómo ha de entenderlos? Ni comprendo qué se proponga tu hermana con hacerse cargo de ese niño, y más en el breve espacio que permanezca á su lado. Los chicos no sirven sino para estar con sus madres ó en los colegios. ¿Quién más ha de tener paciencia para sufrirlos?

¡Araceli, que era la madre de cuantas personas la rodeaban; Araceli, que era la madre de su propia madre, la madre de su buen hermano, la madre de cuantos la conocian y trataban; sostén de la ancianidad, consuelo de la juventud, amparo de la infancia, cuyo sublime corazon respondia á cuantas circunstancias, á cuantas situaciones proporciona la vida!...

[redacted]

El corazon no necesita de escuela; el corazon es maestro sin haber tenido necesidad de aprender; y el de Araceli, fuente inagotable de ternura, vertia sus incesantes raudales sin límites ni medida.

Desde el punto y hora en que la mujer es mujer (nos referimos á la mujer de corazon, que no todas lo tienen), es madre ingénita de cuantos objetos ama ó la rodean.

No todas las mujeres se casan, ni todas las mujeres tienen hijos. ¿Pero habia la naturaleza, mejor dicho, la Providencia, de ser tan injusta y cruel, tan inhumana que, porque una mujer careciese del vínculo más tierno de cuantos ha establecido el equilibrio humano, del privilegio de ser madre en la esencia, la habia á la vez de condenar á replegarse en los misterios más recónditos de su alma, sepultando allí, como en el hueco de una tumba, el gérmen de ese sentimiento de maternidad que le otorgó tan pródiga como espontánea y misericordiosa?

No; de ninguna manera.

La humanidad tendria para esto un grito de inmensa desolacion, y el universo una lágrima perenne en aras del Altísimo.

El Artífice Divino habria hecho una obra imperfecta, y gran parte de esa hermosa mitad de la

especie humana, no viviria sino una existencia á medias.

¿Qué es sino ser madre en particular, lo que en efecto son esas hermanas de toda madre que, á falta suya y áun superándolas muchas veces, redoblan el vínculo materno respecto de los seres que aman á la par que aquélla? ¿Qué es sino ser madre lo que la hermana representa cuando hace las veces de tal con los hijos que han perdido el amparo y el cariño de la que los dió á luz? ¿Qué es sino ser madre, ciertamente, el desahogar las vertientes del corazon sobre la ancianidad aislada y valetudinaria, sobre el huérfano desvalido? ¿Qué es sino ser madre en particular y en general, ejercer la noble mision del amor y de la caridad que está llamada Eva dulcísima á desempeñar, y que, con raras excepciones, tan cumplidamente desempeña?...

Y Araceli, que era la madre de su propia madre, de su buen hermano y de cuantas personas tenian la dicha de aproximársele; que como la más tierna de las madres lo hubiera podido ser, lo queria ser de Ramirito, ¿mereció acaso nunca que aquel noble orgulloso la hiciese blanco de su intemperancia y de sus groseros epigramas? ¿A quién ménos que á ella pudieran aplicarse tan sin

fundamento ni justicia los caprichosos conceptos del hombre sin corazon que, desconociendo el terreno que pisaba, emitia sobre ella dictámenes que tanto la ofendian?

Jorge no replicó sino con el más profundo silencio á los discursos siempre atrabiliarios del señor á quien servia, y, cerrando sus dulces ojos para ocultar mejor la impresion que experimentaba, impresion idéntica en el sentido material á la que produce la lima puesta en roce con el pedazo de hierro, estrechaba la mano del niño á fin de equilibrar la alteracion de sus nervios.

Al concluir el magnate de disparar sus baterías contra Araceli, por vía de despedida, dirigió á Ramirito ásperas frases, encareciéndole el precio de la proteccion que le dispensaba, la importancia de los beneficios de que le era deudor, y el mérito imponderable de éstos, así como exigiéndole infinito y servil reconocimiento, si es que el muchacho (lo que deseaba), se ponia algun dia en condiciones de adquirir la necesaria conciencia para saber estimar en toda su plenitud el cúmulo de bienandanzas que él le otorgaba tan sin obligacion, ni esperanza ninguna de la menor recompensa.

El mundo estaba lleno de ingratos, é indefecti
blemente habia Ramirito de engrosar el númer
de ellos.

La experiencia le habia de sobra acreditado
aquel hombre que, cuantos mayores son los bene
ficios concedidos, tanto mayor es tambien la ingra
titud que engendran.

Habia recibido una prueba patente de ello; y
como á mayor abundamiento de la mala sangr
que circulaba por las venas de Ramirito, se ha'i
mezclado con ésta la tan corrompída de la nodri
za, no abrigaba un átomo de duda acerca de l
que deberia esperarse de semejante amalgama. Per
el niño se llamaba Ramiro, Ramiro Fenollar, com
se habia llamado su padre, como se llamó su abu
lo, y era indispensable salvar hasta donde pudie
ser el lustre y la honra de la estirpe, ya tan ma
cillada en la persona que era objeto de aquel ta
grandilocuente discurso.

Gaspar se excedió á sí mismo en toda esta pe
rorata de despedida al huerfanito. Lo que pod
sentirse era haber gastado tanta pólvora en bald
El niño se quedó perfectamente á oscuras con t
aluvion de palabras, y en medio del miedo que
infundian la voz y el modo de expresarse de s
tio, ni por casualidad se fijaron sus ojos en el ro

[redacted]

tro de éste, y acaso dudó entre sí que el baron á veces se dirigiera á él, sospechando que, pues hablaba tan alto, era para entenderse mejor con los formidables personajes de los cuadros.

Concluido que fué el discurso de Gaspar, comprendió Garcés por los gestos y ademanes del baron, daba por terminada la despedida de su sobrino; pero, pareciéndole no sólo descortés, sino hasta irreverente por parte del niño, el que éste se separase de su tutor como un perro castigado, le condujo al sitio ocupado por el baron.

—Bésale la mano á tu tio, dijo por lo bajo á Ramirito. Despídete; díle que le quieres mucho, que nunca le olvidarás, y que le das las gracias por las bondades que ha tenido contigo.

El huerfanito, no obstante la repugnancia que le inspiraban aquellas indicaciones, se dispuso tímidamente á obedecerlas.

—Acércate, exclamó el baron con imperio, á pesar de no haber oido las palabras del administrador, comprendiendo el propósito de su sobrino, y mírame á la cara, hipócrita; alza esos ojos de lechuza, y mírame como hace una persona decente, como si lo fueras, añadió sonriéndose, en celebridad de su chiste.

Ramirito hizo un esfuerzo supremo para corresponder á esta amable invitacion; pero la forma de ella habia de tal suerte aumentado su terror, que, no obstante la voluntad que tuvo de obedecerla, y haber llegado hasta el punto de fijar sus grandes ojos de esmeralda—tan atrozmente calumniados por su tutor—en el duro rostro de éste, y de haberlos enjugado con una de sus manos ántes de fijarlos, dejó ver una lágrima que, apénas recibió la tosca mirada del baron, doblemente torva ante la contemplacion de aquella gota cristalina, corrió por la suave mejilla del niño, seguida por otra, y otra, y otra, hasta que, por último, faltándole en aquella ocasion el sostén de los tirones de Rita para dominar la corriente de ellas, cubriéndose el rostro con ambas manos, se abandonó á un copioso llanto.

—Otro ejemplo, prorumpió el baron con aire magistral, señalando el niño á Garcés; y éste es de los más notables, grandes é inconcebibles que puede presentar el vasto terreno de la ingratitud. No hay necesidad de que lo violentes, ni de que le enseñes á ser hipócrita. Te puede él servir de maestro. Déjale con los instintos de odio que experimenta hácia los que tantos beneficios le han dispensado. Es natural: nada tiene de extraño que

[redacted]

la cabra tire al monte. Llevátelo, que no me gustan las músicas.

—Es que... es que... se atrevió á decir Ramirito, dejando de llorar, y de nuevo esforzándose por obedecer á Garcés, yo... yo...

—Tú, tú, ¿qué sabes tú lo que vas á decir? interrumpió Gaspar con impaciencia. Llevátelo, Garcés, llevátelo, repito.

El administrador cogió al niño de la mano, y, aunque por segunda vez trató el pobre chico de volver á mirar á su tio y de dirigirle la palabra, vencióle el miedo, á tal extremo que, merced sólo á lo que el inocente se dominó, evitó el romper otra vez en lágrimas.



[redacted]

CAPÍTULO V.

En una humilde estancia, alhajada con tanta sencillez como buen gusto, hasta donde lo permitia el modesto carácter de cuantos objetos contenia, se encontraban reunidas una mañana temprano dos señoras, esperando la llegada de alguna ó algunas personas, para dedicarse á hacer honores al desayuno que se veia preparado sobre una mesa colocada en el centro de la habitacion, cubierta con un mantel tan blanco como la nieve, ó como los aún abundantes cabellos que cubrian la cabeza de una de aquellas damas, anciana ya, pero que, no obstante esto, se conservaba tan recta y erguida como una palmera ó como la silla de alto respaldo que ocupaba, de la cual parecia un relieve.

Vestida esta señora con una extraña amalgama de modas anticuadas y de mal gusto moderno, si bien cuanto vestia estaba ajustado perfectamente al talle y colocado con el más exquisito primor, llamaba la atencion el aire presumido que ostentaba y la satisfaccion con que examinaba los detalles de su traje; exámen que interrumpia de vez en cuando para seguir los movimientos de su compañera, que no paraba un instante, ocupándose tan pronto en algun pormenor olvidado del desayuno, como dirigiéndose á la ventana, cual si estuviese en acecho de la llegada de alguien.

Esta era una mujer jóven todavía, sobre todo, comparada con la señora mayor, de la cual era hija; y, no obstante de ser ya un tanto cuanto *moza vieja*, como suele decirse, y de haber trocado el aire esbelto de sus primeros años por un exceso de redondez en sus formas, que proclamaba más abiertamente que ningun otro síntoma el adios concedido á la primavera de la vida, conservaba no escasos atractivos en la expresion inteligente de su abierta y noble fisonomía, en la dulzura de su mirada, y, sobre todo, en la encantadora sonrisa especial que de contínuo animaba su nacarado rostro.

Era una sonrisa especial la de esta mujer: una

[redacted]

sonrisa de esas que, una vez recibidas, no se reciben en balde; que penetran como una corriente eléctrica en el corazon de las personas que las reciben, y ligan con un vínculo indisoluble de simpatía.

Araceli Garcés tenía retratada en su semblante la belleza de su corazon, y esta sonrisa era la puerta por donde en aquél se penetraba.

Nada tenía de extraño que Ramirito, el niño abandonado y tan mal tratado, hubiese cedido á la influencia que rara ó ninguna persona podia resistir...

Ocupada Araceli, como ya hemos dicho, en los detalles del desayuno preparado con sus propias manos, y en asomarse incesantemente á la ventana, entretenia el tiempo que su compañera de más edad—su madre—consagraba al exámen de su tocador y de las acciones de su hija; pero, haciéndosele á aquélla el tiempo pesado en demasía, interrumpió el silencio que habian ámbas conservado hacía un largo rato con la siguiente observacion:

—Mucho tarda, hija; y lo siento, porque se me va á descomponer el planchado de las mangas, tanto como te has esmerado con ellas. ¿Estoy

bien, Araceli? ¿Te parece que sabré representar mi papel?

—Pero, ¿qué papel, mamá? interrogó Araceli desde la ventana.

—El que me corresponde, contestó la anciana con altanería. ¡Como si necesitase yo de que nadie me lo enseñara! Lo tengo en la masa de la sangre. Pero, dime ¿no te parece que el cuerpo hace un poco de arruga? Míralo bien, Araceli. Como va para tanto tiempo que no me he visto tan compuesta, me encuentro así como un poco trabada.

—Y si le incomoda á V. ese cuerpo tan ajustado, dijo Araceli acercándose á la silla de su madre y examinando un pliegue microscópico que descubria uno de los delanteros del traje de ésta, ¿por qué se empeñó V. en que se lo sacara, en que se lo repasara y en ponérselo? ¡Un traje tan antiguo y mandado recoger hace tanto tiempo!

—¡Mi traje de lujo de aquella época! Pues no faltaba más sino que lo dejase de lucir en un dia tan adecuado para ello! ¡En el dia en que voy á recibir, como si dijéramos, á mi nieto, al que debia ser mi nieto!

—Pero, mamá, interrumpió Araceli, acentuando esta breve frase como en tono de súplica, y volviéndose á asomar á la ventana.

[redacted]

—Mucho tardan; repitió la señora mayor, desentendiéndose de las palabras de su hija (de la intencion con que le habian sido dirigidas); mucho más de lo que podia ni debia esperarse de tu hermano, que sabe bien me falta la paciencia con las impertinencias del baron, que es el que debe tener la culpa de tanta demora. Ha sido el azote de nuestra vida, Araceli; y, te lo aseguro, si no fuera por lo que es, por mi dignidad personal, dijo irguiéndose á toda la altura que le permitia el respaldo de la silla que ocupaba y haciendo con sus ya secos y descoloridos labios un gesto de supremo desprecio, ya le diria yo, ya se lo hubiera dicho hace muchos años cuántas son dos y dos.

—Cuatro, mamá; dijo Araceli sonriéndose.

—O cinco, si me hubiese dado la gana de hacérselo bueno, contestó la anciana con un orgullo soberano. Por ser él baron, has dejado tú de ser baronesa; y ¿te parece que es para olvidado el desaire que nos hizo?

—Hace ya tanto tiempo, mamá, que lo mejor que podemos hacer, es ni siquiera recordarlo.

—Tú podrás hacer lo que te parezca; pero tu madre tiene otra dignidad. La dignidad de una madre no se parece en nada á la de una hija. Araceli Garcés, baronesa de Fenollar, señora del

[redacted]

pueblo de... ¿Cómo se llama el pueblo que hubiera sido propio del que debió ser tu marido?... ¿el pueblo que te ha robado el actual baron?... porque si tú te hubieras casado con Ramiro, el padre de Ramirito, y el padre de tu Ramiro, en vez de escoger para toda clase de preferencias á Gaspar, el hijo mayor, hubiese escogido á Ramiro el menor, que hubiera sido lo más acertado, y tú hubieras sido, como era natural, la madre de Ramirito—y un hijo varon en vez de una hembra, en la casa de Fenollar, en la que no heredan las mujeres... ¡mira qué suerte!...—muriéndose Gaspar, como no tiene más remedio que morirse cualquier dia de éstos, sin tener hijos, porque ni los tiene, ni los puede tener—consecuencia natural—¿quién sino tú, hija mia, habias de ser baronesa de Fenollar, dueña y señora del pueblo de tu marido y de las demás posesiones de que Gaspar ha tenido la avilantez de privarte á tí y á tus hijos?

Araceli al oir esta larga tirada, que habia escuchado asomada á la ventana, estirando el cuello, y esforzando la vista cuanto le era posible para descubrir cuanto ántes la presencia de las personas á quienes esperaba, que no eran otras que su hermano Jorge y el huerfanito, se puso encendida como una amapola, abochornada, ante las imá-

[redacted]

genes ficticias evocadas por el pensamiento de su madre.

—Pero, mamá, insinuó, acercándose otra vez á la silla de la señora mayor; las cosas que no tienen remedio, olvidarlas es lo mejor; y como al cabo y al fin no tenemos la independencia necesaria para desprendernos de la posicion que ocupamos, le convendria á V. para su tranquilidad el no acordarse para nada de lo pasado.

—Mi hija, mi Araceli, tan hermosa, la rosa blanca, como te llamaba el que debió ser tu marido y baron de Fenollar, continuó diciendo la señora mayor sin hacer caso de las suaves insinuaciones de su hija; señora de la casa grande, dueña de los coches y de los caballos, de los salones de damasco carmesí... Araceli, exclamó interrumpiéndose: tú hubieras cambiado la seda ¿no es verdad? Está tan descolorida y hasta hecha girones. El anterior baron era tan miserable que en nada queria gastar, y los agujeros le parecian títulos de nobleza. Además, el color carmesí no es tan bonito como el junquillo. La hubieras puesto junquillo y hubieras desterrado los mamotretos de las paredes. Da miedo mirarlos; y eso que... ¿los habrán ya quitado, Araceli?... ¡Hace tanto tiempo que no vamos por allá!

[redacted]

—Desde que el actual baron ocupa la casa, contestó Araceli con su inalterable dulzura.

—No me acordaba. Lo más reciente, lo de poco tiempo, lo olvido pronto. No así lo pasado. ¡Oh! eso, exclamó la señora mayor otra vez irguiéndose á la mayor altura que le permitia el respaldo de su silla, lo tengo grabado aquí, dijo golpeándose la frente. Araceli, volvió á empezar de nuevo, saltando á otro punto de conversacion, pero siempre girando sobre el mismo tema:—se me ha ocurrido una cosa, y creo que no se me podia haber presentado idea más oportuna. Quiero que Ramirito te llame mamá, y tiene que llamártelo.

—Pero mamá, prorumpió Araceli volviéndosele á encender el nacarado rostro, si eso no puede ni debe ser.

—Pues no sé qué dificultad puede existir para ello. Si el chico tuviese madre podias tener reparo, porque los niños no pueden tener dos madres; pero, no teniéndola... ¡Bah! ¡bah!... Te llama mamá; cualquiera creerá que es hijo tuyo, y que tú eres la baronesa, casi como si dijéramos. Ya verás cómo Jorge me apoya. ¿Y lo harás si Jorge te lo manda?

Araceli encontró su salvacion contestando afirmativamente á esta original pregunta; y, feliz-

[redacted]

mente, para poder con más facilidad cambiar el giro de la conversacion, divisando desde la ventana, á la que se habia por la centésima vez asomado, dos bultos inmediatos al jardin de su casa, anunció á su madre que descubria á los que esperaban, y que Jorge y Ramirito no tardarian cinco minutos en llegar.

El aire fresco de la mañana, la fragancia de las rosas, de las madreselvas, de las infinitas y odoríferas flores que llenaban los jardines; los innumerables naranjos, agobiados por el peso de sus blancas ramas; la infinidad de variados árboles, de arbustos y de plantas que embalsamaban la atmósfera, unido al alegre espectáculo que ofrece la belleza de un hermoso dia, habian ejercido una influencia notable sobre el acongojado corazon del huerfanito.

El camino que, asido al principio de la mano de Jorge Garcés habia andado desde la casa de su tio á la del administrador, le pareció el del Paraiso. Ramirito lo habia cruzado no pocas veces, á pesar de la ninguna aficion de Rita á sacarle á pasear, y ménos en aquella direccion; pero nunca como en aquella mañana le habia de tal suerte encantado cada objeto que encontraba al paso, cada

casa, cada barraca, cada árbol ó planta, que le parecia estar entónces viendo por la primera vez. Y como, á pesar de haberse rozado poco con Garcés, no le infundia éste el miedo que hasta aquí le inspiraran cuantas personas habia tratado, se abandonaba á las tan nuevas como gratas sensaciones que prevalecian en su corazon de niño. No se acordaba de su tio, ni de Rita, ni de nadie, más que de Araceli; y, al pensar en ella y en el placer que iba en breve á experimentar, á la realizacion de cuyo placer se aproximaba con cada paso que daba, pidió permiso á Garcés para coger las flores cuyos coloreados pétalos y matizados tejidos le llamaban más la atencion, y formar con ellas un ramo para Araceli; y, alegre, saltando de senda en senda, del jardin de un arrendatario ó colono al de otro (autorizado por el administrador), tan pronto seducido por los cultivados productos defendidos por una empalizada como por los naturales con que le brindaba el indefenso suelo, henchido de satisfaccion con el brillante resultado de su tarea, y materialmente agobiado bajo el peso de su regalo, llegó al término de su viaje.

Araceli al verle—al ver á la pareja—se ocultó por un momento de la vista de los que con tan

[redacted]

viva ansiedad habia estado esperando desde el momento de haberle sido anunciada la visita del niño (anuncio que, como sabemos, le habia trasmitido su hermano con los primeros albores del dia); pero fué para presentarse en seguida en el dintel de la puerta de su casa, radiante de alegría, con la sonrisa especial que tanto encanto producia iluminando su hermoso rostro y el placer de ver, de abrazar, de colmar de besos á Ramirito, concediendo á su fisonomía las más privilegiadas expresiones, encerradas dentro de aquel noble espejo de su alma.

¡Qué mañana de felicidad para el huerfanito, y no ménos para los tres que se congregaron en torno de la mesa del desayuno y se consagraron á hacerle los debidos honores!... ¡El ramo de flores!... ¡qué hermoso era!... Araceli no se cansaba de celebrarlo y de encomiar la importancia de tan notable regalo y de exclamar que constituia el mejor adorno de aquella mesa, en cuyo centro fué colocado. ¡Y qué desayuno!... Un desayuno, para hablar con verdad, compuesto de los más sencillos manjares: huevos, leche, frutas y algunos dulces confeccionados por Araceli; pero que jamás habian saboreado con mayor placer los que se ocuparon en hacerlos desaparecer, ponderando á cual más

[redacted]

la excelencia de aquella leche, que ni las vacas más renombradas del mundo podian producir; aquellos huevos, ante cuya superioridad habian de quedar humillados hasta los huevos de oro de la fábula; aquella fruta, que erà imposible pudiese encontrar competencia!

Pero donde las ponderaciones llegaron á su colmo fué cuando el niño habló de lo hecho por Araceli...

—Estos dulces, dijo, parecen caidos del cielo.

Este inocente concepto de Ramirito le valió el más caluroso aplauso por parte de dos de sus compañeros de mesa, y de la aludida, lo ménos una docena de besos.

Ramirito se encontraba tan feliz, que podia decirse que habia vuelto á nacer: habíase encòntrado de repente con un padre—Jorge Garcés fuera de la presencia del baron, se entregaba con abandono á la expansion de sus genuinos sentimientos—con la más tierna y cariñosa de las madres, no obstante de haberse opuesto Jorge, contrariando con la posible dulzura los deseos y esperanzas de la señora mayor, á que el niño llamase á Araceli con el dulce nombre que con tanto gusto (con derecho para ello) hubiera aceptado; y, para que nada le faltase, con una abuela—presunta—una especie

de esfinge, sea dicho en honor de la verdad, para el inocente *bambino*, como le llamaba el capitan Baltasar; pero que, no obstante el sentido confuso, enteramente incomprensible de los discursos que dirigia al huerfanito, le comunicaba con sus manifestaciones de cariño no ménos placer que el recibido por los de los dos hermanos.

¡Qué dias de tan suprema dicha para aquel tierno infante que se hallaba dotado de los sentimientos más nobles y afectuosos, en cuyo jóven corazon se anidaban los instintos más delicados y distinguidos de la criatura que habia sido formada para amar y ser amado, para gustar de lo bueno, de lo bello, de lo grande, de lo generoso, de todo lo que pertenece á las mejores condiciones del alma, y que, víctima de su mala suerte, habia carecido hasta aquel dia de la satisfaccion de sus naturales instintos; miéntras, por el contrario, no habia recibido más que desdenes y castigo en la fuente que constituia su verdadera existencia.

¡Cuánto gozó al lado de Araceli! ¡Y no sólo en aquél, el primer dia de su instalacion bajo el techo hospitalario de Jorge Garcés y su familia, sino en los demás que le siguieron, y en los que continuó disfrutando del oásis que habia aparecido en su hasta entónces seca y estéril vida!

Fué una temporada que jamás olvidó el niño y que formó una época señalada en su recuerdo...

¡Y de cuánto aprovechamiento no le sirvió tambien!

Araceli se ocupó en enseñarle tantas cosas ignoradas por el pobre niño... que no habia sabido más que admirar, pero sin acertar á explicarse, ¡y que nadie habia pensado en explicarle!...

La belleza del cielo con sus multiplicadas estrellas; la grandeza de los astros, sus evoluciones y beneficios; la riqueza y maravilla de la tierra con su fertilidad y abundantes cosechas; la hermosura y fragancia de las flores; la lozanía y utilidad de los árboles; todo esto se lo explicó y de todo le descubrió el orígen, en ese Sér invisible, del que Ramirito tenía apénas una vaga idea y á quien amó en seguida.

La fe es niña siempre ¡y bienaventurado el corazon que niño se conserva hasta la consumacion de los siglos!...

Los ángeles mirarian complacidos y escucharian extasiados los coloquios de aquella pareja: la mujer buena, dulce, amorosa, enseñando al niño puro, inocente, que «todo» lo ignoraba; y éste, atento, escuchando aquella provechosa enseñanza,

[redacted]

aprendiendo la doctrina de la vida, bebiendo con avidez el néctar de la felicidad y de la salvacion por primera vez vertido por un corazon sensible, en bien dispuestos oidos y no ménos dispuesto espíritu.

¡Quién explicar puede el placer, el deleite con que aspiraba el huerfanito el aire embalsamado de los campos, de los naranjos y limoneros, en los frecuentes y variados paseos que daba con Araceli, en tanto que, aprovechando ésta cuantas ocasiones se le proporcionaban, le explicaba los diferentes objetos, los diversos asuntos que excitaban su curiosidad, su interés ó su infantil imaginacion!

¡Y con cuánto reconocimiento no premiaba el niño los desvelos de que estaba siendo objeto!

Todas las mañanas le daba Araceli su leccion en los mismos libros donde habia ella aprendido, que su madre conservaba como preciosas reliquias, y le enseñaba á rezar, á pedir á Dios por los padres que no habia conocido, por aquel que Araceli amó con las primicias de su corazon—al culto de cuyo recuerdo consagró su juventud y dedicó la poesía toda de su corazon de mujer—por aquella humilde labradora que le robó el único bien que Araceli habia codiciado, y contra la cual

nunca alimentó el menor rencor... y el niño pensaba en su padre y en su madre, en los que jamás habia pensado ántes, con una tierna melancolía que á veces le arrancaba dulces lágrimas, y otras le hacía clavar sus ojos de esmeralda en la bóveda celeste, y decir á Araceli que él trataria de ser siempre bueno para irse á reunir con ellos...

¡Qué dias tan plácidos, tan serenos! ¡Y qué noches tan tranquilas!

Ramirito perdió el miedo por completo. No conservó otro temor—un temor en nada parecido al miedo que habia experimentado en la mansion de su tutor y al lado de su nodriza—que el de poder desagradar á Araceli ó alguno de los individuos de su familia.

Estudiaba cuanto le era dable el modo de complacerlos y de corresponder lo más eficazmente posible á la enseñanza que recibia.

¡Sus lecciones! ¿Cuándo, ni por casualidad, dejó de saberlas? Y los deseos apénas expresados de Araceli, ¿cuándo no se anticipó á satisfacerlos?

Una flor que Araceli celebrase... el niño volaba, más bien que corria, para cogerla de su tallo y presentársela apénas habia tenido aquélla lugar para desearla.

[redacted]

Y cuando Araceli hablaba... ¿dejaba Ramirito de estar pendiente como de un oráculo del más insignificante concepto ó ligera frase suya, no sólo para aprovecharse del sentido de cuanto dimanaba de aquellos puros labios, sino para retenerlo en su memoria y respetarlo como una religion?

Olvidaba Araceli alguna cosa, perdia cualquier objeto, por innecesario que fuese, ¿quién, como Ramirito se apresuraba á traerle lo olvidado, á buscar y encontrar en seguida lo que se habia perdido?

Las flores del jardin de Araceli, ¿cuándo con mayor lucimiento se habian presentado? Ramirito se levantaba temprano; se vestia solo, de cualquier modo (Araceli luégo más tarde lo perfilaba y componia); y, corriendo presuroso al jardin, cogia las mejores, las más bellas y variadas, y, cuando la cosecha del jardin de Araceli no bastaba, extendia su excursion hasta los jardines de los arrendatarios ó colonos con quienes sabía que Garcés y su familia tenian más confianza; y, recogiendo allí, volvia á sorprender cada dia á la familia por la aumentada belleza y abundancia de los ramos con que se entretenia en adornar la casa.

El alma del huerfanito se desarrolló por com-

pleto; y, como merced ya á un pretexto, ya á otro, sugerido por la fecunda imaginacion de Araceli, el período fijado por el baron de Fenollar para la permanencia de su sobrino en la mansion del administrador llegó á prolongarse nada ménos que hasta tres meses, tuvo la hermana de éste, tiempo de sobra para consumar la tarea con tanto amor emprendida.

El baron se habia ido á una de sus expediciones de costumbre; á recorrer las propiedades que poseia léjos de la comarca en que tenía establecida su residencia; y, como que, con motivo de la vigilancia, el cuidado y la absoluta direccion personal que ejercia sobre el mejoramiento de sus bienes, el tiempo que empleaba en estas expediciones solia prolongarse á un tiempo indefinido, fué más fácil de lo que hubiera sido en otra ocasion encubrir ó justificar la dilatada permanencia del huerfanito al lado de Araceli. Y, como á la vez el capitan Baltasar, que habia revestido á Garcés de plenos poderes respecto de la educacion de Ramirito, no habia dado el menor acuerdo de su persona ni tomádose el más mínimo interés por averiguar lo que el administrador habia tenido á bien disponer, hasta esta circunstancia favoreció para el efecto.

[redacted]

Pero al fin, como todas las cosas tienen término, le llegó el suyo á aquel tan feliz período, y, quisiéranlo ó no Araceli y el niño, y opusiérase con mayor ó menor acopio de argumentos razonables, ó lo contrario, la abuela presunta del huérfano, sintiéralo más ó ménos Jorge Garcés por el pesar que pudiera experimentar su hermana, el caso es que fué forzoso dar la temporada por concluida, pues Jorge, que conocia á su señor más á fondo que nadie, apénas tuvo noticia de que se disponia á regresar á su casa, dispuso que no encontrase ya á su pupilo bajo el techo que con tanto amor le habia cobijado.

La órden no encontró oposicion, ni de pensamiento. Jorge disponia siempre lo mejor; era un oráculo para su madre y hermana; y la madre y la hermana—ésta sobre todo—no obstante las lágrimas que derramaron al acatar la disposicion del jefe de su familia, no perdieron un segundo en ejecutarla.

Araceli se ocupó en arreglar, como si se tratase de un casamiento ó de un bautizo, el equipaje del huérfano, con tanto esmero y primor, que el niño, al revisar las prendas nuevas de que le proveyó, ó las usadas que le arregló, declaraba que

no se atreveria nunca á ponérselas por miedo de estropearlas; y todo se realizó con un gasto tan módico, que Jorge se permitio decir, en broma, que, cuando el baron se enterase de ello, si es que entendia sus negocios, la nombraria á ella su administradora, con preferencia á él.

No obstante esta broma y otras varias, de que se valió Jorge para animar á su hermana ó para distraer á su madre, de nada le sirvió. El dia que debia Ramirito separarse de aquella buena familia, fué un dia de luto verdaderamente: el mismo Garcés, no obstante lo que se esforzaba por aparecer alegre y sereno, tenía que apelar, no pocas veces, á la defensa de sus gafas y al hábito que tenía de cerrar sus dulces ojos, para que el paño que, á pesar suyo, los cubria á ratos, no contribuyese á aumentar el raudal de lágrimas que no cesaban de correr por las mejillas de su hermana.

—No parece sino que nos vamos á despedir para siempre de nuestro huespedito, le decia á aquélla, despues que se hubo concluido el último desayuno de que habian por entónces de participar reunidos con el huérfano: Ramiro volverá aquí en las vacaciones de sus estudios, si, como es de esperar, se lo permite su tio. Además, lo va á pasar muy bien en su colegio, al lado de su tia

[redacted]

Benilda; se puede decir, que es seguro tendrá el mayor gusto en servirle de madre como tú se lo has suplicado...

—Súplicas, interrumpió Araceli, que, bien pensado, para nada venian al caso. Sean cuales fueren las circunstancias que la rodeen, Benilda es la tia política de Ramirito, y le basta con su propio corazon para que no hubiese habido necesidad de mi intervencion ni intercesion. Se compadecerá del pobre huérfano, si todavía es la Benilda de la época en que nos conocimos y tratamos, y nos ligó tan estrecha simpatía. ¡Qué temporada aquella, exclamó Araceli, de tanta felicidad para ella, de tanta amargura para mí! añadió, mezclando las lágrimas que vertia ante la idea de la separacion de Ramirito, con las arrancadas por el recuerdo, nunca extinguido, del padre éste; pero que, continuó diciendo, se dulcificó de tal suerte con los consuelos que Benilda me prestó!... ¡Tenía un gran corazon!

—No lo demostró, sin embargo, cuando más debió haberlo demostrado, contestó el administrador.

—¡Las apariencias engañan tantas veces, y los juicios humanos son, por lo comun, tan poco exactos! replicó Araceli. La queria yo tanto, y fué tan

[redacted]

buena conmigo durante el tiempo que permaneció bajo el techo de su padre político, que no puedo variar el juicio que entónces formé de ella.

—La conociste poco tiempo, Araceli, insistió Garcés; y hay mujeres y hombres de tan complicada organizacion, que no son dias ni meses los que se requieren para conocerlos y juzgarlos, sino años y años; y áun así y todo ¡cuántas veces nos equivocamos!

—Las circunstancias ejercen impensados efectos, y no ménos inesperadas consecuencias, interpuso Araceli defendiendo ostensiblemente la causa de Benilda, pero evocando en el fondo de su corazon la memoria de aquel cuyo recuerdo prevalecia constantemente sobre todos sus sentimientos é ideas, y en la defensa de cuyas mismas faltas jamás decaia.

—Pues no sé cómo, exclamó la señora mayor (que, á pesar de haberse concluido el desayuno, ocupaba como de costumbre su puesto de preferencia en la mesa, erguida tambien, como de costumbre, á toda la altura de su silla de alto respaldo), no sé cómo puedes tener gusto en recordar el tiempo aquel. Benilda usurpó tu lugar, se unió con nuestro comun enemigo, fué lo que debiste tú haber sido; y, te lo aseguro, Araceli, si

[redacted]

mi dignidad de madre se hubiese entónces consultado, no habria sido mi hija Araceli la que se hubiera hecho amiga de ella, ni la que se hubiera rebajado ahora en escribirle una carta de recomendacion para el que debió ser mi nieto. Me parece que me he explicado bien claramente, y que lo que es Jorge, me entenderá perfectamente.

—Si, mamá, se apresuró á contestar Garcés, que tenía buen cuidado de no contradecir jamás abiertamente los conceptos que cruzaban por el poco profundo meollo de la autora de sus dias.

—¡Y yo que no he escrito la tal carta más que por complacerte á tí! insinuó Araceli en baja voz, dirigiéndose á su hermano.

La señora mayor habia seguido hablando:

—Jorge me da siempre la razon, dijo con suprema satisfaccion. Ya se ve, continuó dirigiéndose á Araceli, te conservas tan niña, que jamás adquirirás ni los conocimientos de tu hermano, ni la experiencia de tu madre. ¡Hay que dispensarte los errores que cometes. ¡Ven acá, Araceli! dame un beso, y tú otro, Ramirito, y no te olvides jamás de tu abuelita.

El niño así se lo prometió; y lo mismo á Araceli, diciendo á ésta que nunca la olvidaria, ni los buenos consejos que le habia dado, ni ninguna de

[redacted]

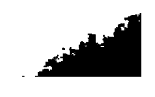
las cosas tan provechosas como excelentes que le habia enseñado. Así se pasó un breve rato, al que puso término Jorge, anunciando que la tartana estaba ya dispuesta, que la criada habia ya colocado en ella su propio equipaje y el del niño, y que no habia tiempo que perder si habian de alcanzar la diligencia que debia conducirlos á Valencia.

Llorando á más no poder, se abrazó Araceli á su infantil amigo, no pareciéndole bastante ninguna cantidad de besos para separarse de él; Ramirito lloraba con no ménos desconsuelo, y doña Esperanza renegaba del baron, y de Benilda, y del difunto padre de aquél, y de cuantas personas se le venian á las mientes, culpándolas del mal rato que Araceli y Jorge y ella se hallaban pasando, que no habrian tenido nunca necesidad de pasar, si las cosas se hubiesen arreglado como debieron ser; hasta que Garcés, sufriendo no ménos que el que más al presenciar aquella triste separacion, puso término á la dolorosa despedida.

Tomó al niño de la mano, que dócil le obedeció, y, bajando presuroso la escalera de la casa, cruzó el jardin, desde el cual Ramirito no pudo ménos que levantar sus hermosos ojos para clavarlos por última vez en el rostro de Araceli, que le

[redacted]

miraba desde la ventana, y, con la manecita que conservaba libre, se despidió otra vez de ella. Garcés le introdujo en el vehículo, donde penetró él en seguida, mandando al auriga que partiera inmediatamente en direccion del pueblo de Y... para tomar la diligencia que debia salir al medio dia para Valencia.



CAPÍTULO VI.

«Benilda, mi querida y nunca olvidada amiga »Benilda: Años hace que no nos escribimos. Te »conservo, sin embargo, sagrada en mi memoria »y en mi corazon, y, si hasta este momento no me »he atrevido á interrumpir el silencio que esta- »bleciste en nuestra correspondencia, no interpre- »tes mi timidez por tibieza, sino por respeto y »acatamiento á tu voluntad.

»Una ocasion especial me obliga á quebrantar »la tácita manifestacion de tu deseo, y te pido »mil perdones ántes de hacértela presente, evo- »cando en disculpa de mi falta (si falta la consi- »deras) el recuerdo de la época en que nos co- »nocimos, en que nos hicimos tan íntimas, en que »tu corazon y el mio se comprendieron tan bien, »en que con tan singular dulzura vertiste sobre

»mi lacerada alma el bálsamo de tus amorc
»consuelos.

»Tú, mejor que nadie, despues de mi inoc
»parable hermano, sabes cuánto, cómo y h
»dónde amé al que todavía vive en mi mem
»como el ángel de mi esperanza, como el án
»de mi porvenir, en esa eternidad que nos agua
»y en la cual podremos amarnos sin término
»medida.

»No te causará, pues, extrañeza el objeto
»mi presente carta. Es probable, es posible, c
»tu hermano político Baltasar se haya anticip
»á comunicártelo. Podrá, pues, parecerte mi
»tervencion en el asunto, no sólo innecesaria, s
»tal vez hasta inoportuna. Pero, al despertar
»tu recuerdo las escenas de mi pasada vida,
»resucitar ante tu contemplacion la desdich
»historia de mis amores, de aquellos amores t
»perseguidos en su flor, heridos luégo tan cru
»mente; al evocar la memoria de la amistad c
»nos ligó, creo que sabrás justificar mi proced
»El hijo huérfano de Ramiro Fenollar, va á b
»car el apoyo de tu corazon... ¿necesitas de
»intervencion, de mi recomendacion para acoge
»bajo tu proteccion materna?

»No quisiera, Benilda querida, exacerbar

[redacted]

»dolores de tu existencia; aludir ni remotamente »á los secretos de tu pecho, y de las circunstan»cias que te rodean.—Creo, no obstante, que »tácitamente nos entendemos ahora tan cordial»mente como nos entendíamos en los pasados »tiempos... Y, porque de esto abrigo la más ínti»ma conviccion, he complacido el deseo de mi »buen hermano de que te recomendase la vigi»lancia y el cuidado de tu sobrino. Jorge debe »conducirlo á Valencia, para dejarlo en el mismo »colegio donde su padre fué educado. Jorge nada »puede, nada se atreve á acometer sin la autori»zacion de aquel de quien depende su posicion y »la de su familia, y ni aun se considera con dere»cho para presentarte al huérfano, objeto de su »solicitud, y de mi ilimitada ternura. Si Baltasar »no se ha anticipado á anunciarte la proyectada »instalacion de Ramirito en la ciudad de tu resi»dencia, habré yo sido la primera en comunicár»tela, y en rogarte que hagas cuanto juzgues con»veniente en bien de nuestro amado huerfanito. »Jorge te avisará el dia de su llegada, y, cuando »te hayas entendido con Baltasar, que ostensible»mente deberá aparecer como el encargado de »la educacion del niño, sobre lo que te parezca »más del caso hacer en favor de él, obra, Benilda

[redacted]

»mia, conforme al dictámen de tu corazon. Nada »más te pide tu consecuente amiga cuyo afecto »jamás ha dejado de pertenecerte,

ARACELI GARCÉS.»

Este fué el contenido de la carta que la hermana del administrador, por complacer á éste, más que en obediencia á su propio dictámen, habia dirigido á la repudiada esposa del baron de Fenollar, con la cual, como se desprende por la sustancia de la referida epístola, la habia ligado en un tiempo la más estrecha amistad.

Jóvenes las dos, Benilda y Araceli, si bien contaba la última algunos cuatro ó cinco años más que la primera, en la flor de la vida, y en la fuerza de las pasiones, las ligó con un estrecho lazo de simpatía la sensibilidad que distinguia á ámbas y las diferenciaba completamente del círculo en que una y otra se encontraban en la época en que por primera y última vez se presentó la jóven baronesa de Fenollar en la mansion solariega de su marido. Araceli algunos años ántes de aquel período (en vida de su padre), habia sido objeto de las persecuciones y vejámenes de que tienen ya conocimiento nuestros lectores, entre los cua-

les se incluyó su destierro de la casa y del trato de la familia de Fenollar. Pero cuando la escena habia variado por completo, se le brindó con la renovacion del interrumpido trato, á fin de proporcionar á Benilda una compañera; y Benilda, hallando en la sociedad de Araceli los agrados que no era posible le prestase el carácter siempre agrio de su marido (no obstante lo que sus atractivos habian logrado amansar aquella agreste naturaleza, de cuya misma natural aspereza participaba el padre de Gaspar, que, como sabemos, vivia aún), cifró en su amistad con Araceli, uno de los mayores placeres experimentados durante su permanencia bajo el techo de su padre político.

La desgraciada historia de los amores de Araceli conmovió las fibras más íntimas del corazon de Benilda, y pareció formar un aumentado vínculo para estrechar la simpatía que desde el momento de conocerse las ligó. Habria sido difícil averiguar cuál de las dos sentia más profundamente al entablarse entre ámbas la dilucidacion de aquel desdichado episodio. Hubiérase tal vez creido en algunas ocasiones que la sensibilidad de Benilda superaba... Era tan jóven ésta, era tan tierna en su manera de ser — á lo ménos lo parecía así; — además, tenía un carácter tan excesivamente tímido,

cariñoso y apocado, que, al contemplarlas reunidas cuando trataban de aquel tan triste asunto para Araceli, parecia á veces Benilda la más afectada por él.

¡Y es que la simpatía se identifica por completo con el dolor ajeno, y á la par con el que lo experimenta, lo sufre de igual manera!...

Pero las cosas luégo variaron: Benilda, que prometió una amistad eterna, ó poco ménos, á Araceli, y sostuvo con ésta una estrecha correspondencia por algun tiempo, de repente se enfrió, hasta que su intimidad hubo cesado por completo.

Araceli se perdia en vanas conjeturas para explicarse la causa de tan repentino como inesperado cambio.

El tiempo se encargó de despejar la nube de sus dudas y confusiones.

Despues que hubo causado no poca emocion en la mansion solariega y sus dependencias la historia de Bruno, y cuando se habia ya algun tanto calmado la sensacion de aquel acontecimiento, vino otro más grave á perturbar la tranquilidad de aquella pacífica comarca.

Súpose, sin que nadie acertara á averiguar la causa de ello, la separacion del baron y su mujer; y entónces Araceli, hasta cierto punto, se explicó

[redacted]

el cambio efectuado en sus relaciones de amistad con Benilda.

La voz pública infamó á Benilda — la voz pública carece de caridad más aún que de justicia y equidad — y la hasta entónces pura reputacion de la baronesa, corrió de boca en boca manchada y envilecida.

Se dijo, sin que nadie acertase con la dilucidacion del hecho, que Benilda habia faltado á sus deberes; y, como quiera que el baron, justiciero más que nadie, condenó á su esposa sin apelacion, el severo fallo vino á confirmar los rumores que nadie se cuidó de aclarar, y ménos de contradecir.

La sociedad en general aplaudió su proceder. La sociedad propende á la severidad; y, por más que Benilda se hubiese hasta entónces granjeado el aprecio, el respeto y la consideracion de cuantos la conocian y trataban, la sociedad se colocó de la parte del juez inexorable.

Es uno de los placeres de que la sociedad no quiere privarse: el de administrar la más severa justicia; y, víctima Benilda de esta ley, sucumbió al peso de su condena.

La misma humildad con que sufrió su castigo, ayudó á hundirla en la opinion pública.

[redacted]

Benilda, infame, ó sólo infamada por las apariencias, no opuso una queja, una voz siquiera á la disposicion de su marido: dobló la cerviz, acató aquella imperiosa voluntad superior, y encerrándose, inocente ó culpable, dentro de sí misma, desapareció por completo de la vista del mundo.

Veinte años escasos contaria Benilda cuando ocurrió esto.

Hacía ya seis que arrastraba el grillete de su oprobio, viviendo á la vez una vida penitente como la Magdalena... Por imperdonable que hubiera sido su delito, habríala ya absuelto el juez más riguroso.

Pero, segun lo que podia juzgarse por las apariencias, el juez verdadero de Benilda—la conciencia invisible—rehusaba concederle un átomo siquiera de clemencia... Gaspar Fenollar, el severo, no obstante lo duro é implacable que se manifestó, y la sociedad, que se colocó de parte de él, eran pigmeos al lado del coloso ante cuyo fallo se anonadaba Benilda... Benilda vivia mártir de sí misma.

Con esto está dicho todo.

Estudiémosla.

Su sombra saluda nuestra vista el dia en que

[redacted]

Jorge Garcés y Ramirito Fenollar han emprendido su viaje para Valencia, é, instalados mentalmente en el interior de la morada y en el sagrado del dormitorio, podemos consagrarnos al interesante exámen, ajena por completo como se halla la interesada á la observacion de que va á ser objeto.

¡Cuán bella es! ¡cuán distinguida! Y al mismo tiempo, ¡cuán indeleblemente grabadas se ven en su fisonomía las huellas del dolor, que hace seis años le corroe la existencia!...

Es más que una mujer contrita y arrepentida, que lo encuentra todo en su arrepentimiento, que lo espera todo de aquel que dijo al pecador: «Arrepiéntete, y tus pecados te serán perdonados»: aseméjase más bien á una estátua del remordimiento...

La Magdalena se consolaba con sus lágrimas.

Benilda no se consuela, no se ha consolado todavía un momento con las que sin cesar ha vertido, y continúa vertiendo...

Sorprendémosla con la carta de Araceli Garcés en la mano. La ha recibido hace tres ó cuatro dias, y la ha leido media docena de veces todos los dias desde aquel primero que la recibió. Sus azules pupilas recorren el papel, ávidas, al parecer, de

[redacted]

encontrar más de lo que los caractéres revelan, ó tal vez hallando en ellos algo que no quisieran encontrar.

Esto no puede ménos de presumirse al notar el efecto que le produce aquella lectura.

Sus descoloridas mejillas palidecen más de lo que lo están de costumbre; sus lánguidas facciones parece cual si aumentaran en languidez, y sus delicados labios dibujan una expresion tan amarga, que sería desagradable, á no existir la suprema perfeccion en todos los contornos de aquella bien formada boca.

La Magdalena era rubia.

Benilda tiene el cabello del color del ala del cuervo; pero tan abundante y ensortijado como nos representa la tradicion la cabellera de la antigua pecadora.

Existe, por lo demás, una notable diferencia entre Benilda y la favorecida del Señor. Y quede bien entendido y asentado que en nada absolutamente podia encontrársele analogía.

En resúmen: la arrepentida del Evangelio era una pecadora arrepentida con todos los atributos del arrepentimiento.

Pero Benilda, baronesa de Fenollar, aunque pasaba para el vulgo por un fiel retrato de aquélla,

[redacted]

para el estudioso observador por todo podia pasar ménos por la copia de aquel noble original.

Sus encantos personales no habian desmerecido en medio de cierta rigidez adquirida por sus hermosas facciones: pero la parada expresion de sus cristalizadas pupilas, como habituadas, al parecer, á estar siempre dirigidas al vacío, á no mirar nada con interés, y á fijarse apénas sobre los objetos exteriores ó materiales, daban á aquella fisonomía un carácter tan marcado de distraccion insulsa, que, únicamente por la perfecta regularidad de tan hermoso rostro, era como se podia apreciar la belleza que indisputablemente conservaba.

La baronesa de Fenollar era blanca como el alabastro, y de un blanco tan alabastrino, que no parecia tener una gota de sangre en todo su cuerpo... tal vez la tuviera toda congelada en el corazôn. No se le dibujaban las venas, como sucede comunmente á las personas dotadas de una tez semejante á la suya, y esta circunstancia contribuia á aumentar el mate marmóreo del cútis, por lo cual la poca gente que la conocia de vista en las escasas salidas que efectuaba, la llamaba «la señora de mármol»; y en verdad que no le habia sido mal aplicado el distintivo.

Si Araceli Garcés la hubiera visto al tiempo que

[redacted]

nos hallamos estudiándola, es posible que hubiera dudado de si la que tenía delante era la Benilda á quien conoció, y de quien tan amiga fué; la muchacha fresca de brillante colorido que seducia á cuantas personas la veian, por su deslumbradora belleza, ó la sombra de aquella encantadora jóven: la Benilda de otro tiempo, envuelta en un sudario...

Su habitacion, aquella en que se hallaba con la carta de Araceli en la mano, su dormitorio, y la estancia en que acostumbraba á pasar la mayor parte del dia, se hallaba alhajada con suma sencillez, sin contener objeto alguno que pudiera ejercer la menor influencia medrosa sobre una imaginacion excitada.

Y se nos ocurre advertir esto en vista de que cuantos utensilios contenia, podian, por su forma y carácter, pertenecer sin reparo á una penitente alejada del mundo: la humilde cama, así como los confidentes y los demás objetos de uso ó de necesidad que encerraba aquella estancia, eran todos blancos; de pino pintado los muebles, de tela blanca el cortinaje; blancas las cubiertas de los asientos y blancos los demás accesorios. Nó se veia ningun mueble grande, ni de forma que pudiese

[redacted]

entre sombras tomar un carácter medroso, ni remotamente despertar en la mente, por excitada que estuviera, la menor fantasía.

Esto parecia haberse estudiado profundamente, y estudiado hasta los menores detalles, no sólo de los muebles, sino hasta de las mismas puertas y ventanas de la habitacion.

No era una estancia risueña ni alegre; no se habia ideado darle semejante sello; se alejaba, no obstante, de ella toda idea medrosa, toda imágen fantástica, y se deducia, con sobrado fundamento para ello, que no habia sido el acaso ni un sentimiento ligero el que habia cuidado de producir el propuesto resultado.

El traje de Benilda guardaba armonía con el ajuar de su dormitorio. Hubiérase esperado que la estameña ó cualquiera otra tela por el estilo, pero siempre negra, formase el hábito de su penitencia. Léjos, sin embargo, de eso, Benilda vestia constantemente un traje color gris claro, muy claro, que hubiera sido blanco á no haberlo impedido el temor á la opinion pública. Este traje, de lana en invierno y de otra tela más ligera de igual tinte en verano, sin género de adorno, constituia su única gala, al que acompañaba Benilda, cuando salia, un manto ordinario. Peinábase lo preciso

[redacted]

para el aseo, sin emplear la menor coquetería en el prendido de su rizado cabello, recogido de cualquier modo en el centro de la cabeza y que, cuando por casualidad se desprendia, envolvia á aquella mujer como el manto que cubre á una imágen de la Soledad.

No gastaba ni una sola alhaja, excepto—si alhaja podia llamarse—su anillo de matrimonio, que, á pesar de haberle sido reclamado por su marido al separarse de ella, Benilda se habia negado á devolverle, única memoria que quiso conservar de aquel, cuyo rigor ó justicia, llegó al extremo de exigirle la devolucion de cuantas preseas le habia regalado.

Si Benilda habia ofendido á su marido, le habia hecho éste... le hacía pagar con creces la pena de su pecado.

Al divorciarse de ella sin la intervencion de autoridad alguna judicial, sin más juicio ni tribunal que fallara en el asunto que el de su propia conciencia, además de imponerle esa condena, le señaló los puntos todos de la sentencia á que debia someterse; y la esposa, sumisa—inocente ó culpable—á ninguno opuso la menor observacion. El baron le señaló lo preciso para que Benilda no careciese

[redacted]

de lo indispensable y mantenerse con decoro; le ordenó que residiese en Valencia, léjos del centro de la poblacion, en una humilde casa, y que allí viviese retirada del trato que hasta entónces habia sostenido, y hasta oculta ú oscurecida para las relaciones que le prohibió seguir cultivando... Benilda con todo se conformó.

El mundo, es decir, el círculo á que habia pertenecido la baronesa, se ocupó mucho al principio de aquel suceso, y se entretuvo, como no podia ménos de ser, en comentarlo de diversas maneras y en formar no ménos variadas conjeturas acerca de las causas que podian haber influido para tan grave determinacion de parte del baron de Fenollar; pero, como ninguno de los dos actores en aquel misterioso drama se permitió revelar el menor indicio por donde se pudiera colegir el fundado ó infundado motivo de la separacion de los cónyuges, no obstante de que la curiosidad en unas personas y el interés en otras, idearon cuanto podia buenamente suponerse, el asunto quedó completamente en tinieblas y entregado á merced de las hipótesis, por no decir de la invencion y de la calumnia.

Las personas más allegadas á los esposos, entre los cuales se contaban principalmente los parientes

[redacted]

del baron, estuvieron acordes en atribuirlos á causas siempre graves, pero de mucha ménos trascendencia que aquellas en que el público indiferente prefirió fijarse. Conocian á fondo á Gaspar Fenollar y las cualidades que le enajenaban, no sólo el afecto, sino hasta la benevolencia de propios y de extraños; y, si bien conocian igualmente las relevantes prendas de la compañera que habia ligado á su destino, sin permitirse ni la sombra de otra interpretacion más ofensiva, se explicaron aquel resultado meramente como efecto de la divergencia de caracteres. Y téngase entendido que la virtud de Benilda habia de ser todo lo acrisolada que efectivamente era ante el juicio, no sólo de sus propios allegados y de las personas más adictas á ella, sino de los de su marido, para que ni un átomo de duda influyese en la balanza con que fué pesada.

El suceso de Bruno habia precedido á aquel otro de más inmediata importancia para los esposos, y en el suceso de Bruno habia estado mezclado el hasta entónces puro, inmaculado nombre de la baronesa de Fenollar. Bruno osó tomar el nombre de su señora como escudo ó atenuacion de su crímen. Bruno declaró como la exclusiva causa de la

[redacted]

muerte que habia dado, la defensa del honor de su señora.

¡El honor de Benilda!...

La sociedad en masa, con el baron de Fenollar á la cabeza, escupieron indignados al calumniador asesino.

¡La baronesa de Fenollar, tan digna, tan recatada, era incapaz de necesitar semejante defensa; era incapaz de haberse expuesto á que nadie jamás le faltase al respeto!...

El suceso ocurrió de la siguiente manera:

Bruno, por un «quítame allá esas pajas», armó querellas,—téngase presente que Bruno era valenciano; que su carácter pecaba asaz de arrebatado,—con el hijo segundon de una de las familias más distinguidas de la provincia (el hijo del marqués de Algobendas), que el jóven fué hallado por Bruno no léjos del recinto de una de las posesiones de campo de su señor, en la cual pasaban la otoñada él baron y su esposa; que Bruno faltó al respeto al hijo del marqués; que el jóven se indignó contra el que le insultó, y que de palabra en palabra, creciendo la querella entre los dos, la ira acabó por cegar de tal suerte al servidor del baron, que, armado de trabuco como iba, asestó un disparo tan certero á su contra-

rio, que le ocasionó la muerte, pero no instantánea.

El jóven Algobendas vivió lo bastante, no para declarar quién habia sido su matador, pues que de esto no hubo necesidad, pero sí para declarar las causas insignificantes que habian producido aquel triste resultado.

Los guardas de una posesion inmediata á la del baron de Fenollar oyeron el trabucazo, y se echaron encima del asesino. Moribunda casi la víctima, auxiliáronle en lo que pudieron; y, llenos de indignacion contra el reo, por más que protestaba éste, no de su inocencia, pero sí de la razon que le habia asistido para lo que habia hecho, le entregaron á la justicia, que se personó inmediatamente en el lugar del crímen.

Bruno en el acto forjó una historia que puso el colmo á la indignacion que su tan inmotivado delito despertara, historia que ningun crédito adquirió, no sólo por su inverosimilitud, sino por la contraria declaracion de su víctima.

La declaracion solemne del moribundo fué el peor testimonio que resultó contra Bruno, si bien el desdichado, de tan impensada manera enviado ante la presencia de Dios, fué tan noble y generoso, que empleó las últimas fuerzas, los postreros



[redacted]

alientos de su existencia para implorar que la justicia no se ensañara contra el matador.

Bruno era jóven, era feliz: amaba y era amado; habia realizado el ensueño de su vida uniéndose con Rita, que le llenaba el alma; Rita iba á ser madre: iba á duplicarle la felicidad, y Bruno, ¿qué tenía de extraño? queria vivir á toda costa.

Bruno era vivo, listo, y tenía una imaginacion fecunda; y la historia que, como hemos dicho, ideó, no pudo estar mejor urdida.

Fué como sigue... Era la caida de la tarde; y, pensando Bruno siempre en Rita (que se habia quedado en Valencia, al cuidado de la casa de los señores, en tanto que él, constante compañero del baron en sus cacerías, pasaba con éste y su esposa la temporada de otoño en la posesion de campo de B...), iba por la carta que diariamente recibia de su mujer.

La posesion del baron en el pueblo de B... era vasta, extensa, como la que más, se hallaba situada al extremo, y, como quiera que la tarde avanzaba, y la noche podia venírsele encima ántes de regresar, iba Bruno armado con su trabuco.

Tardábase un buen rato en atravesar la posesion; y, apénas acababa Bruno de salir de ella, le

pareció oir como voces procedentes de cierto paraje no distante, sitio extremadamente solitario y poblado con un arbolado tan espeso, que, como ningun otro, podia favorecer para un objeto siniestro, sobre el cual, así él como los guardas de las propiedades contiguas, cuidaban de ejercer la más exquisita vigilancia.

Oir las voces y detenerse Bruno, fué el acto más natural del mundo; empero, le fué imposible distinguir ni el número, ni la clase de los que conversaban.

Podian ser dos las personas que hablaban, ó tres, ó tal vez una hablando sola: eran tan débiles los acentos...

Bruno, sin embargo, excitada su curiosidad, dirigió los pasos con sigilo al punto que atraia su oido, y en breve oyó una voz llena de terror, de agonía, de desesperacion, que gritaba descompasadamente:

—¡Favor! ¡Socorro!

Bruno se sobrecogió: parecióle, aunque sin acertar á convencerse de ello, que conocia el eco de aquellos afligidos clamores; y, corriendo precipitadamente en direccion de las desoladas voces, cuyo eco parecia alejarse á la vez que crecia el desconsuelo de los desgarradores acentos, penetró



en la espesura de aquel que pudiera llamarse denso bosque.

Las sombras de la noche empezaban á impedir la clara percepcion de los objetos.—Esto no se olvidó Bruno de advertirlo en su referencia.

Y sin embargo, tal vez por este mismo motivo le fué más fácil distinguir un punto blanco, que le pareció el vestido de una mujer, el cual, como alba nube atravesando el espacio, cruzaba como en volandas la enramada espesa.

Bruno corrió en pos oyendo cada vez más y más inmediatas las alarmadas voces, si bien por momentos articuladas con más desfallecidos acentos.

Dió, por fin, alcance al traje blanco, y entónces comprendió la entidad de lo que ocurria.

Un hombre cuyas facciones no podia distinguir, pero cuyo bulto se dibujaba perfectamente, luchaba por huir con una mujer: teníala asida entre sus fornidos brazos, ceñida contra su hercúleo pecho, no obstante la violencia que ejercia sobre ella, á la vez dirigiéndole las más tiernas caricias, y á media voz suplicándole que se calmase.

Bruno sintió una profunda indignacion. No se habia equivocado: aquel traje blanco, aéreo, vaporoso, le era conocido... aquel traje blanco le re-



veló la urgente, la inmensa necesidad de su intervencion.

Bruno hubiera hecho lo mismo por cualquier mujer; pero le obligaba doblemente la que creia tener delante.

—¡Alto ahí! gritó al raptor. ¡Alto, y defiéndase el bribon!

El perseguido, por toda respuesta, aceleró el paso.

Bruno corrió con aumentada celeridad, y cayendo sobre él como un leon enfurecido, acometióle por detrás, y desciñéndole los brazos con que tenía aprisionada á su víctima, quedó ésta en un abrir y cerrar de ojos libre de aquellas férreas garras.

El raptor se volvió como un tigre enardecido; pero no en direccion de su enemigo, sino en renovado perseguimiento de su presa, que no obstante el terror que la dominaba, ligera como un gamo, habia apelado á la huida.

Bruno comprendió lo difícil, lo empeñado de aquella lucha.

El raptor era un hombre de fuerzas, y que á todo estaba resuelto, ménos á abandonar su propósito. Las sombras de la noche podian favorecer su intento, si Bruno perdia un momento su energía.

La mujer corria siempre, y el raptor en pos de ella.

Bruno los seguia guiado, más que por el escaso resplandor de un ténue crepúsculo, por el ruido de las pisadas. Tocó casi al raptor, y Bruno se cegó.

Un tiro certero, disparado á boca de jarro, puso término á la escena.

Un quejido, semejante más bien á un bramido, siguió á la detonacion.

Reinó luégo un silencio sepulcral, interrumpido solamente por las ya lejanas y casi imperceptibles pisadas de la mujer del traje blanco. Y Bruno, asombrado de sí mismo, de lo que acababa de hacer, se quedó como petrificado, sin voz, ni aliento, ni vida casi para cerciorarse de la extension de lo que habia ocurrido.

El ruido de pasos le sacó de su inmovilidad; y, como quiera que las espesas nubes que hasta aquel momento habian cubierto la celeste bóveda, merced á un recio viento que habia empezado á moverse, habian dejado libre el campo á la blanca y tranquila luna, no tardó Bruno en descubrir, á favor de los reflejos de aquélla, en las pisadas y voces que á éstas acompañaban, la presencia de dos ó tres guardas de las posesiones más inmediatas á la de su señor, quienes, como llevamos ya

[redacted]

dicho en otro lugar, se apoderaron de él, y prestaron al herido, que no espiró hasta la siguiente mañana, los auxilios necesarios.

La relacion de Bruno no pudo estar mejor forjada: declaró que la mujer del traje blanco no era otra que su señora, la baronesa de Fenollar; que lo podia jurar, y que, si bien habia cometido un crimen, lo cometió en defensa del honor de su señora.

Nadie consiguió desviarle de esta declaracion.

El muerto, sin embargo, como ya se sabe, la desmintió redondamente; alegó que los motivos de la querella se originaron en el fiel cumplimiento de Bruno, con las órdenes de su señor, de guardar el recinto de la posesion; en haberle tomado á él, á un noble caballero que pasaba por allí incidentalmente, por un malhechor, y ser esta equivocacion, que le indignara profundamente, y los insultos que entre una y otra parte se cruzaran, la causa exclusiva de lo ocurrido.

Ni el menor testimonio favoreció la fábula de Bruno. La erró por completo, si creyó que, valiéndose del nombre de su señora, lograria interesar mas profundamente al baron.

Léjos de ello, el baron, amigo como era del padre del muerto, se consideró obligado á ejercer

[redacted]

la más estricta justicia respecto de su servidor. Y con mayor motivo cuidó de ejercerla en vista de la vileza del asesino, que, por salvarse del fallo de la ley, osó empañar el puro, inmaculado nombre de la baronesa de Fenollar.

La sociedad entera, como hemos dicho ya, con el baron de Fenollar á la cabeza, escupió indignada al calumniador. Benilda, como nadie, gimió y lloró compadecida de la suerte del marido de Rita.

Rita, únicamente, como no podia ménos de ser, se puso de parte de su marido. Le creyó, y lo defendió hasta el fin. Gimió, lloró, no menos—es decir, mucho más—que su señora; y de hinojos, por horas y horas, por dias y dias, le rogó que se declarase culpable de lo que Benilda era tan inocente como el niño ántes de nacer.

El orgullo del baron se hallaba tan ligado con el de la compañera que habia elegido, y de la que tan enamorado estaba, que peor fué para él el crímen de la calumnia, que el del asesinato. Lo elevado de la clase y de la posicion de aquél, la influencia de sus relaciones, lograron impedir que la baronesa de Fenollar compareciese ante un tribunal de justicia; pero esto no obstó para que el amor propio del baron fuese herido de la más sensible manera.

[redacted]

La erró, pues, Bruno, la erró lamentablemente, y firmó su sentencia con su propia mano.

No existieron, sin embargo, las pruebas necesarias para enviarle al patíbulo.

Cediendo, no obstante, el baron á los ruegos y á las lágrimas de Rita, y á las misericordiosas instancias de Benilda, influyó para que, una vez sentenciado el reo, fuera tratado con la posible indulgencia; y, conseguido esto (todo lo más que su justamente lastimado amor propio le permitió) despues, como hemos dicho tambien ya, hizo lo que Pilatos, se lavó las manos.

Bruno fué á presidio, y Rita colmó al baron y á su esposa de maldiciones y anatemas.

Se sabe lo demás: que Rita, apénas fué madre, dejó de serlo; que Bruno sobrevivió poco á su condena, y que los barones de Fenollar no tardaron en ser tan desgraciados como aquéllos.

Volvamos, pues, sin permitirnos más digresiones, al punto de donde nos separamos: á la presencia de Benilda, sorprendida con la carta de Araceli Garcés en la mano, y, para llenar bien este fin, permítanos el lector que lo hagamos en capítulo nuevo.

[redacted]

CAPÍTULO VII.

«No quisiera, Benilda mia, ni rozar sobre los »dolores de tu existencia, ni remotamente aludir »á los secretos de tu pecho, y de las circunstan»cias que te rodean...»

—¿Qué querrá decir con esto? se preguntaba Benilda, en tanto que repitiendo lo dicho ya en el precedente capítulo, recorrian sus azules pupilas la carta de Araceli Garcés, ávidas al parecer, de encontrar en ella algo más de lo que aquellos caracteres revelaban.

—¡Qué sabe ella, ni qué sabe nadie, sobre lo que aquí tengo encerrado! se dijo á sí misma la baronesa, apoyando una de sus delgadas manos sobre su blanco seno.

«Creo, no obstante, que tácitamente nos enten»demos ahora tan perfectamente, como nos en»tendíamos en los pasados tiempos.»

[redacted]

—¡Inocente! ¡tres veces inocente! ¿Por qué me habrá escrito esa mujer? ¿para qué se habrá acordado de mí, de que existo? Y era verdad, que nos entendíamos... como dos hermanas unidas. ¿Para qué me lo recuerda? ¿Para atormentarme tal vez? ¡No! Araceli era incapaz de mortificar á nadie. Y ella no tiene motivo para haber cambiado. ¡El cambio está en mí! ¡Cuán variada me encontraria! Se me antoja que si me viese y hablase, huiria de mí, como huyo yo de las sombras. Tengo el corazon tan muerto para el placer, para el agrado, que se le helaria el alma si se encontrase en mi compañía. ¡Y me recomienda á un niño! ¡Lo recomienda á mi proteccion materna!... y me dice que lo acoja, que lo vigile, que lo cuide, y haga á favor de él lo que me dicte mi corazon... ¡Y este niño es el sobrino de mi marido, sobrino de Gaspar! repitió, mirando como asustada en torno suyo, cual si con la articulacion de aquel nombre temiese despertar algun medroso eco en la callada estancia, ó cual si abrigase la sospecha de que alguien pudiera estar escuchando sus palabras.

Se levantó de su sitio, y, dominada por un terror estraño é inexplicable, puesto que no se sentia el menor ruido á su inmediacion, ni existia aparentemente el menor síntoma de fundada alarma,

registró los pocos huecos que habia en su dormitorio, y, despues, se asomó temblando á la única ventana que habia en la estancia (ésta daba al campo), desde la que sólo se distinguian algunos árboles cuyas hojas ni siquiera se movian, y una pequeña acequia parecida á un inmundo charco, sobre el cual ni un burbujo se notaba; y se volvió, como relevada de un enorme peso, al sitial que habia abandonado, y sobre el cual de nuevo se dejó caer con el abandono ó languidez que revelaban todas sus acciones, entregándose otra vez á la meditacion y análisis de la carta de Araceli.

«Tú mejor que nadie, despues de mi incompa-»rable y amado hermano, sabes cuánto, cómo y »hasta dónde amé al que todavía vive en mi »memoria como el ángel de mi esperanza, como »el áncora de mi porvenir, en esa eternidad que »nos aguarda, y en la cual podemos amarnos sin »término ni medida...»

—Cada párrafo de esta carta es una saeta. Los buenos no saben ni hablar con los malos. No parece sino que se complacen en poner rescoldo sobre la llaga, y que cada concepto, cada frase que emplean, viene estudiada con la más perversa intencion... Pero no, prorumpió Benilda, pasándose la mano por la frente, y, como inspirada por

[redacted]

una nueva idea, poniendo la carta á un lado... ¿Por qué he de dar riendas a mi imaginacion? ¿Por qué he de cebarme en convertir en hiel cuanto toco? ¿No me basta con lo que tengo aquí? se interrogó, otra vez señalándose al corazon. — Quisiera que algo en este mundo me consolara ó distrajese... y nada, nada... Donde quiera que fijo la vista, donde quiera que se posa mi pensamiento, se presenta el gusano roedor. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si pudiera volver á nacer! ¡Si pudiera olvidar lo pasado!... ¡Cuán resignada viviria en medio de mi desgracia!... el orgullo me cegó... y el miedo... ¡Si nos hubiéramos entendido!... Viviria desdichada, puede ser; pero sin el peso que me agobia, sin la sombra que me persigue por donde quiera que voy. Viviria en paz conmigo misma, tranquila al ménos, y podria llorar con abandono lágrimas dulces de melancolía, lágrimas puras, sagradas, lágrimas libres de reproche; no las ardientes, abrasadoras gotas de sangre que destilan mis cansados ojos, y caen como lava sobre mi triturada alma. ¡Esto es horrible! exclamó con acento de desesperacion, retorciéndose los transparentes dedos. — ¡Esto es horrible! ¡vivir como yo vivo! Y ¡tener que vivir siempre así hasta el fin! Y tener luégo... luégo... ¡la eternidad!... ¡La eter-

[redacted]

nidad! el consuelo de los buenos, la esperanza de los que no han pecado! La eternidad que espera á Araceli, y que se me pone delante para aumentar el torcedor de mi conciencia!... ¿Por qué me habrá escrito esa mujer? ¿Por qué se habrá acordado ni de que existo? volvió á apostrofarse como habia hecho algunos momentos ántes. Quisiera haber muerto para todo el mundo, como he muerto para mi marido. Me parece que padezco ménos, olvidada de cuantos me conocian y querian. Cada memoria de mis pasados tiempos acrece la agonía de mi presente; cada recuerdo de lo que fué, de lo que pudo ser, y que tan distinto es, acerba mi amargura. Araceli, ¿por qué te has acordado de mí, y acordado con el objeto que lo has hecho? ¡Recomendarme un niño, y ser este niño el sobrino de Gaspar!... Gaspar lo querrá, habrá cifrado en él un cariño de padre. ¡De padre! repitió.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, al articular esta frase; y en breve, inundándole aquéllas el marmóreo rostro, se cubrió éste con las manos, y rompió en profundos sollozos, profundísimos, de amargura inmensa.

Este desahogo pareció aliviar á Benilda; y, bien fuese esto, ó porque la conciencia del aislamiento en que vivia y del abandono de su situacion, la

hiciese vencer la conmocion á que habia cedido, el hecho es que, despues de haberse entregado por un corto período á aquel violento llanto, se manifestó más serena; y, acto contínuo, consagrándose á la indispensable y razonada meditacion de las circunstancias en que la carta de Araceli la habian colocado, estudió con el pulso y medida que le correspondia emplear, el caso en que se encontraba.

Tres dias habian trascurrido desde el recibo de la referida carta, y Benilda no habia encontrado aún la necesaria calma para responder á ella; más aún, no habia llegado todavía á formar una resolucion definitiva acerca de si la contestaria ó nó. Entre tanto no se le ocultaba que el tiempo volaba, y que de un momento á otro deberia tener noticias de la llegada de su recomendado.

Gaspar, á no dudarlo, deberia amar con extremo á su sobrino; lo contrario era imposible; y ni por un segundo lo pensó Benilda. ¿Quién no se aficiona á la tierna infancia? ¿Quién por duro é indiferente que sea, puede permanecer años y años insensible á las gracias y á la seductora impotencia de ese tan interesante período de la vida?

Benilda debia sacrificarse: sacrificar sus pasiones, sus sentimientos más sagrados, más recón-

[redacted]

ditos en aras de su deber. Y su deber era Gaspar, su severo marido, al que se habia propuesto consagrar su existencia, para quien queria vivir esclava, mártir, si era menester, de su verdadero ó aparente delito, para expiarlo con la humilde y nunca desmentida sumision de su vida penitenciaria.

Benilda, pues, no debia titubear en la aceptacion del cargo que le imponia la amiga de sus pasados tiempos, y no por consideracion á ésta, sino por respeto á aquel cuyo nombre llevaba.

Pero á Benilda le costaba un esfuerzo inaudito el acceder á esta nueva expiacion, y la causa de ello no tardaremos en saberla.

Benilda se envolvió en un manto, el manto comun que usaba cuando salia; y, con él ya puesto, agitó el cordon de una campanilla que habia al lado de su cama, á cuyo sonido acudió una de las dos criadas que constituian su reducida servidumbre; participóle que se disponia á salir; que estaria ausente hasta el anochecer, y le encargaba estuviese al cuidado de cualquier carta ó mensaje que viniese para ella. Dicho esto, fuese Benilda á la calle.

Como creemos haber ya indicado, vivia la ba-

[redacted]

ronesa de Fenollar en uno de los barrios más retirados de la ciudad, y en una casa lindera con el campo, y tan por completo fuera del tránsito, que podia considerarse el punto de su residencia casi como un destierro.

Cercábala, no obstante, una deliciosa campiña —circunstancia nada de extrañar en Valencia, en donde y por donde quiera que se dirigen los pasos, se presenta la feracidad que tanta nombradía concede á la hermosa reina del Túria—y, siendo aquella de que nos estamos ocupando una hermosa tarde de primavera, doraban sus fúlgidos resplandores las altas ramas de los árboles, las corolas de las flores, y cuantos objetos alcanzaban los ojos á distinguir.

Valencia, la ciudad del privilegiado suelo, y no ménos favorecido cielo, ostentaba en todo su esplendor la rica alfombra, que no tiene igual en ninguna otra ciudad ni provincia de España, y, henchido el aire de fragancias—generosas emanaciones de aquel matizado suelo—aspirábase el más rico aroma y recreábase la vista con el bello espectáculo ofrecido por aquella riente naturaleza, tan espléndidamente tachonada por todas partes.

La baronesa de Fenollar, sin embargo, al parecer, sin sentido alguno para saber apreciar en

[redacted]

su justo valor el variado panorama, no ménos rico y variado en olores que en colores, que atravesaba con ligeros pasos, hendia la yerba bajo sus piés, matando más de una vírgen flor—víctima inocente de su abstraccion—tan indiferente al daño que causaba, como insensible á la belleza de la escena que recorria. Una idea, un objeto exclusivo la absorbia, y de esta idea, de este objeto por completo dominada, como un espíritu, ó como una mera pieza de mecanismo, surcaba su camino, pasando sin ver los árboles más bellos y frondosos, las flores—no se hable de ellas, las hollaba sin sentirlo bajo sus piés—los plantíos, los arroyuelos, las habitaciones tan pintorescas que se interpolaban en aquel ameno paisaje, hasta los seres vivientes de su misma especie que le salian al encuentro, los de órdenes más inferiores diseminados por un lado y otro; para decirlo de una vez, cuantos objetos concurrian para formar la armonía y galanura de aquella encantadora tarde.

Benilda de nada se enteraba, en nada se fijaba: caminaba y caminaba, anhelante sólo por llegar al término de su paseo (paseo excesivo por demás), pero que al fin tuvo fin, cuando apénas le alcanzaba el aliento para seguir adelante, y saludó su vista la plácida corriente del Túria, que

en el punto aquel á que se habia dirigido, cual un infante en los brazos de su madre, se arroja en los del Mediterráneo.

Al contemplar Benilda el plateado cáuce, se detuvo algunos momentos para descansar, y despues se dirigió á una de las varias casas que se extendian por las orillas del rio, cuidando, á medida que se acercaba á ella, de acelerar el paso y de ocultarse en lo posible á toda observacion.

Diversas eran las habitaciones del mismo género y carácter que aquella á que se habia dirigido la baronesa, intercaladas entre los pequeños huertos y plantíos que se disputaban con el rio el privilegio de hermosear aquel pintoresco sitio; se diferenciaba, no obstante, la ya mencionada de las demás, en hallarse situada léjos de las otras, y aislada, así como tambien en su mejor construccion y el primor y buen órden que reinaba en sus dependencias y detalles. Cercábala un huerto, cultivado con el mayor esmero, y hacíala no poco notable la presencia de un par de palmeras que, á guisa de centinelas, parecian guardarla, guardias avanzadas del plantío que, formando un redondel por aquel sitio, daba acceso á la mansion.

Esta, no obstante de ser una barraca, y nada más que una barraca, de la misma estirpe y condiciones que sus compañeras las diseminadas, como hemos dicho, á uno y otro costado del rio, presentaba mayor número de huecos en su fachada—primorosamente encalada, con tal perfeccion, como un estucado—los cuales pintados de un color verde esmeralda, la hacian parecer casi *coqueta* al lado de sus compañeras.

Los árboles, la tropa inferior de las guardias avanzadas, podados y abonados con oportunidad y conocimiento, lucian á porfía una cargazon de fruta unos, y de flor otros, que despertaban la admiracion y el apetito más dormido; enarenado y barrido el suelo, libre hasta de la presencia de la más imperceptible hoja seca, sobre todo en el redondel, que dijimos daba acceso á la habitacion, la cruzó Benilda sin que se pudiesen oir sus pisadas, ni áun el suave deslizar de sus largas faldas grises.

Presentóse, pues, en el dintel de la barraca sin haber precedido el menor anuncio de su proximidad.

No obstante, al dibujarse su sombra sobre el umbral de la abierta puerta, una voz la saludó, y,

[redacted]

saliéndole una mujer al encuentro, se dirigi
á ella con la mayor familiaridad.

—No te esperaba por cierto hoy, dijo,
chando, al propio tiempo que esto decia, á l
ronesa contra su pecho y besándola con v
cariño; recibimiento al que correspondió B
con otro abrazo y otro beso; pero, como o
con cuantos actos practicaba ésta, tan lángu
tan glaciales, que eran capaces de helar la s
más ardiente.

La mujer que con tan marcado afecto rec
la baronesa era una fresca y bien conservada
trona, tal vez de más edad que la que repr
taba, pero que, por lo simpático de su fisono
el agradable conjunto de su apariencia, podi
sar por no haber cumplido aún los cincuenta
Corpulenta, si bien con carnes proporciona
su estatura, y de unas formas tan redondas
perfectamente recogidas dentro del justillo q
aprisionaba, daba gusto contemplar el bien
de aquel cuerpo que, á no dudarlo, para b
provecho de cuantas personas la rodeaban, e
raba en su interior no ménos agrado y *confa
lidad* (permítasenos la licencia de esta expre
que el manifestado por su franco y simpátic
terior. Y como quiera que, á pesar de que

[redacted]

nas y no pocas atrevidas hebras de plata interrumpian el negro azulado de sus todavía abundantes cabellos, recogidos en trenzas sujetas á la parte posterior de la cabeza por unas agujas de aljófar (de lo mismo que las arracadas), conservaba la tez tan tersa como una muchacha, y un colorido, al parecer, robado á una rosa campestre, comprenderse podrá la justicia con que nos hemos permitido las apreciaciones contenidas en nuestro párrafo anterior.

Vestida sencillamente al estilo de las labradoras pobres del país, si bien los colores de su traje se ajustaban á los tintes más modestos, conocíase por su equipo la clase humilde á que pertenecia; traslucíase, á pesar de esto, cierto aire, así como de superioridad, en su modo y ademanes que indicaba ser algo más de lo que parecia. Y efectivamente, aquella fresca y tan agradable matrona era nada ménos que ama de cura, casera del cura que habia sido del pueblo de R... é igualmente ama de la barraca donde en la compañía de aquél vivia, para consuelo y alivio, no sólo de éste, sino de cuantas personas la conocian y trataban—como de nadie, de la baronesa de Fenollar.

Teresa ó Teresina, como la llamaban comunmente, habia sido la niñera de Benilda: huérfana

[redacted]

ésta de madre á los pocos meses de haber visto la luz del dia, fué por completo confiada al cuidado de Teresina, que la amó como á sus propios hijos, á quienes tuvo la desgracia de perder, y que durante todo el curso de su vida se condujo, respecto de ella, como una verdadera madre.

El padre de Benilda habia pertenecido á una ilustre pero pobrísima casa, rica en pergaminos, blasones y orgullo—el mal entendido orgullo de la vanidad—que, para adquirir los medios de que carecia, ó bien por considerar este recurso más noble, en vez de abrazar una carrera ó de ocuparse de una manera digna y honrosa en cubrir sus atenciones ó en rehacer su arruinado mayorazgo, se dedicó á la vida de calavera.

Disipado hasta lo sumo, mal marido y no ménos mal padre, mató á su esposa á pesadumbres; y, despues, contentándose con que una persona mercenaria (felizmente fué Teresina) se encargase durante el período de su niñez del cuidado de la única hija que habia tenido de su matrimonio, abdicó por completo sus deberes de padre, hasta que, al llegar Benilda á la edad de mujer, los hizo valer para, por medio de ellos, disponer en absoluto de la suerte de su hija.

[redacted]

La ocasion se nos ha proporcionado de consagrar algunos renglones á los primeros años de la vida de la baronesa de Fenollar; y, aprovechando la coyuntura en beneficio del interés de nuestros lectores, podráse colegir por los antecedentes que acabamos de consignar que, si las faltas de Benilda fueron graves (lo que ignoramos todavía), sobrado fundamento existió para que los deslices, errores ó delitos que pudiera haber cometido, mereciesen alguna indulgencia, al considerar el abandono y descuido en que pasó los años mejores de la vida — esos años que forman la base de la existencia moral y de los cuales ordinariamente depende el bien ó el mal obrar de las criaturas.

Teresina fué su niñera, y Teresina se casó, y tuvo un hogar propio á que atender, y un marido á quien querer é hijos á quienes adorar, y aun así y todo, á pesar de tanto cargo, y nuevo afecto, y sagrado vínculo, Teresina fué siempre leal para la huérfana que se podia decir habia prohijado, en qué jamás, por más que se aumentaron los cargos y cuidados de su nodriza, echó de ménos ni el amor ni la desvelada asistencia que le prodigara. Teresina se multiplicaba, y cuando, corriendo el tiempo, la privó la Providencia de cuan-

tos lazos propios le habia concedido, con aumen tada ternura se concentró su corazon en la hija d su adopcion.

Benilda se casó con el marido que su disipad padre le impuso; marido que las más hermos hijas de las más nobles y distinguidas familias d la ciudad que el Túria baña, hubieran acepad gustosisimas, pero que Benilda aceptó sólo pc obediencia y tímida sumision á la voluntad pa terna. — No porque Gaspar Fenollar fuese indign de su amor y su eleccion, sino porque el corazo de Benilda tenía ya dueño.

El enlace de la hija del arruinado y disipad marqués de Terrent, despertó más de una envi dia; y Benilda hubiera podido fácilmente ser blanco de la maledicencia, si las virtudes que l adornaban, y el género de vida que estableci desde el punto y hora de hacerse custodio de l honra del noble caballero que, á despecho de s ninguna riqueza y de la mala reputacion de s padre, la habia elegido para esposa, no hubiese elevado una inexpugnable barrera entre ella y l murmuracion. Preciso fué que así sucediera, qu durante los tres años que la baronesa de Fenolla representó su papel de casada, ni la más im perceptible tacha pudiese la sociedad atribuirl

para que, como hemos dicho, esa sociedad al escuchar la afrenta de Bruno, el matador del jóven Algobendas, escupiera indignada al calumniador asesino.

Benilda habia logrado captarse, no sólo la admiracion de cuantas personas la conocian y trataban, sino el respeto y la estimacion general. Era tan virtuosa, tan deferente con su marido, habia logrado con sus atractivos domeñar de tal suerte la agreste naturaleza de aquél, que propios y extraños, no sólo la respetaban y estimaban, sino que la veneraban casi.

Llevaba una vida tan ajustada á las buenas prácticas morales y sociales, reunia tantas bellas y relevantes condiciones, que fué indispensable que ocurriese lo que más tarde ocurrió: la sentencia condenatoria de Gaspar—sentencia de tan grave trascendencia, no obstante el misterio en que la causa de ella quedó envuelta—para que la sociedad se le volviera en contra. Se resucitó el suceso de Bruno, se susurró si habria estado la razon de parte de éste, si habria habido causa fundada para la muerte del jóven Algobendas, se propagó la especie de si no fué sólo aquel incidente el único de que podia acusarse á la baronesa, si varios

diversos, y á cual más graves y dignos de conden habian concurrido para producir la sentencia d su marido.

La sociedad se despachó á su gusto, y si bien no obstante lo que la curiosidad y el interés trab jaron para venir en conocimiento verdadero de l hechos, quedó el asunto completamente envuel en las tinieblas, la suposicion, la invencion y l calumnia, mordieron al fin en la reputacion de l castigada esposa.

De la historia del corazon de Benilda nada sup le sociedad, ni nada podia saber; Benilda entró e la sociedad casada ya, y este eslabon faltó en l cadena de evidencias que con más ó ménos vis de certeza ó probabilidad se forjó contra ella. Te resina sólo supo el secreto; Teresina sólo recogi las lágrimas de aquel corazon de niña, los primer suspiros de cuyo inocente pecho arrancó el desp tismo de su padre no tan culpable tal vez, com se le podia suponer, por ignorar la verdad enc rada en aquel tierno y sensible seno — y Ter sina supo tambien lo que la sociedad ignoró, que la sociedad ignora siempre en general; com padecer al desgraciado, y recibir sobre su pech á la pobre penitente.

Teresina habia sido y seguia siendo el único consuelo de la vida de la baronesa.

Benilda, no obstante lo reservada que se habia vuelto, lo cambiada que estaba en su trato, áun en sus relaciones con Teresina, la buscaba de contínuo; buscaba de contínuo el calor de su amante pecho, y la buscaba también por lo que Teresina le guardaba...

—No te esperaba por cierto hoy, habia sido la frase con que el ama del cura habia recibido á la baronesa, al comparecer ésta en el umbral de su casa.

—Ni era mi intencion venir, habia contestado Benilda, despues que se besaron y abrazaron, y, precediendo á Teresina, penetró en el interior de la barraca, dirigiéndose á una pequeña estancia, que, por el menaje que contenia, se conocia era la pieza de labor de la casera. ¿Y la niña? interrogó Benilda como con extrañeza. Creí encontrarla aquí... no estaba en el redondel...

—Se la ha llevado el señor. No tardará en volver: cuida de no fatigarla más de lo que el angelito puede. ¡Está chocho con ella!

—¡Hija del alma! exclamó Benilda. ¡Dios bendiga al que tanto bien le hace!... ¡Cuántas penas

me cuesta!... porque, Teresina, bien pensado, e horrible lo que me pasa... ¿no es verdad?

—Sí, hija mia, contestó el ama, arrasándosel los ojos y acariciando la cabeza á Benilda. Nadi como yo puede compadecerte: yo, que sé cuánt llevas padecido. Cada vez que miro á esa niña, s me reproduce tu agonía, tu amargura el dia qu le diste el sér, aquí, bajo este humilde techo, y sólo mis brazos te sostuvieron y recibieron e fruto...

—Que, interrumpió la baronesa con una exci tacion impropia de su marmórea apariencia y de s manera ostensible de sér, deberia haber abierto lo ojos á la luz del dia bajo los artesones de la qu era mi casa, y en los brazos que de ella me arro jaron. Pero no, dijo Benilda, como arrepentid de haberse entregado á aquella expasion; yo n debo quejarme; pago mi culpa, y peco en rebe larme contra la justicia de mi castigo.

Teresina no le contestó; Teresina la amaba co idolatría; pero Benilda habia sido reservada has con ella, y Teresina carecia de datos positivo para conocer el modo y manera de dirigirse á ell algunas veces.

Teresina, despues que el baron repudió á s

mujer, no habia sabido más que lo que Benilda le habia querido decir; y Benilda estaba tan cambiada, que Teresina, al notar la variacion, lo concentrada en sí misma, lo distinta de lo que habia siempre sido, que era ya áun para con ella, en medio del afecto que le conservó, instintivamente se sobrepuso á los derechos maternos que con tanta justicia le pertenecian.

Creyó cuanto Benilda le dijo, y nada más. Al principio inquirió, la interrogó con la confianza de antiguo establecida en su trato; Benilda, ó no le contestaba, ó le respondia con frases vagas y evasivas, ó, si la apretaba demasiado, con irascibilidad; y Teresina replegó su interés dentro de los confines de su pecho, no sólo para no herir con imprudentes averiguaciones la susceptibilidad de su hija de adopcion, sino tambien para no correr el riesgo de alejarla de su lado, y de su corazon tal vez.

Cuando el baron de Fenollar se separó de su esposa, en vísperas de ser ésta madre, Benilda no tuvo más amparo que Teresina; Teresina que, no obstante el miedo que tenía al baron, rogó, suplicó, intercedió á favor de aquélla, hasta jurando por el santo nombre de Dios que era inocente—Gaspar, en medio de no aducir razon, causa, ni disculpa

[redacted]

para su rigor, se mantenia inexorable—y, como puede suponerse, Benilda se ligó con doble fuerza y motivo al único corazon leal que conservó en su desgracia.

Teresina la cobijó, Teresina la encubrió, dulcificando los llantos y clamores de Benilda, rebelde contra aquella inmerecida deshonra.

Pero Benilda se mantenia en su reserva, y la deshonra, real ó aparente, se consumó.

Teresina, en la época en que Benilda buscó el amparo de su proteccion materna, servia ya al cura del pueblo de R..., y vivia con él en este punto, pasando sólo los meses calurosos del estío en la barraca de que era dueña. Se halló, pues, la humilde propiedad de la casera por completo á la disposicion de Benilda cuando ésta tuvo necesidad de ella.

Mosen Martin fué impuesto del suceso, tal como Benilda se lo refirió á Teresina, tal como Teresina lo creyó; y mosen Martin fué el ángel protector de aquella inmensa, y para él y su casera tan inmerecida desgracia.

La niña que dió á luz Benilda fué bautizada por mosen Martin como hija legítima de los barones de Fenollar.—Benilda juró á mosen Martin

[redacted]

que le decia la verdad, que ponia por testigos á Dios y á la Santísima Vírgen, y que le faltase la gloria á su madre si era falsa su aseveracion — y mosen Martin, no sólo la bautizó, sino que patrocinó á la niña y reemplazó al padre que la repudiaba.

La niña se crió en la barraca al cuidado de una nodriza y bajo la vigilancia de Teresina. Benilda no podia reclamarla ni conocerla, cohibida de hacerlo por el baldon que le habia caido encima; y, cual si real y verdaderamente fuese aquel inocente ángel fruto de un crímen, ocultó su maternidad.

Mosen Martin, á poco de aquel acontecimiento, anciano ya y deseando el reposo, se retiró á vivir á la barraca de Teresina. Vivia, pues, por completo, en la compañía de su patrocinada, y la niña formaba el encanto y deleite de su existencia...

No le faltaba razon á Benilda para bendecirle. Era el sol de la vida de aquella infortunada criaturita y convertia en paraiso lo que sin él habria sido un erial.

Pero dejemos esto por ahora y volvamos á reanudar el diálogo entre Teresina y su hija adoptiva, que nos hallábamos trascribiendo.

El silencio con que contestó la casera á las últimas frases de la baronesa fué interrumpido por la misma Benilda que pasando de su asunto al que formaba el objeto de su inesperada visita, trasmitió á Teresa el contenido de la carta de su antigua amiga Araceli y la nueva expiacion que ésta inocentemente le imponia.

Benilda no rehuia el cargo; Benilda no se rebelaba contra esta nueva penitencia; se hallaba dispuesta á aceptar cuantas pruebas y expiaciones tuviese la Providencia á bien enviarle. Pero Benilda necesitaba desahogar sus sentimientos con alguien, y á nadie tenía en el mundo más que á Teresina.

Y Benilda lloró largo rato dando rienda suelta á sus heridos sentimientos de madre...

Teresina no dudó, no habia dudado jamás de la razon y justicia con que Benilda, no obstante la paciencia y sumision con que sufria el castigo, se rebelaba contra la sentencia de su marido; y, llena siempre de conmiseracion hácia aquella desdichada mujer, le prestó, dejando que sus lágrimas corriesen sin trabas en su presencia, todo el consuelo que Benilda apetecia, que habia venido á buscar, y que sólo Teresina con la prudencia y el tacto que sabía tan hábilmente emplear, podia concederle.

[redacted]

Benilda no se quejaba jamás: someramente, y sólo cuando era indispensable, se referia á la historia de su pasado; las lágrimas y los suspiros eran los exclusivos intérpretes de su dolorido corazon.

Pero Teresina no necesitaba de más. Entendíala sólo con mirarla. Jamás la interrogaba; oia lo que Benilda tenía por conveniente decirle; respondíale con palabras meramente de consuelo y estímulo, y de ahí no pasaba. Sabía que las lágrimas de su hija de adopcion, las lágrimas que en su presencia vertia, eran la tácita expresion ó manifestacion de una nueva agitacion ó de un resucitado recuerdo, capaz por sí solo de conmover las amortiguadas fibras de aquel herido pecho — la hemorragia causada de vez en cuando por el cáncer que la corroia — y esto le bastaba para compadecerla y amarla con creces.

Para nada más. Imposible le hubiera sido importunarla con averiguaciones, que tal vez, la hubieran expuesto á que Benilda se alejase de su lado, y de su corazon tal vez.

Las lágrimas de Benilda fueron, pues, aquel dia á que nos estamos refiriendo, como lo habian sido y lo eran de contínuo, la única expresion del nuevo dolor padecido; y, así, durante largo rato

no resonó otro eco en la humilde estancia de la casera de mosen Martin, que el de sus profundos sollozos.

— Pero no titubeo, exclamó la baronesa, despues que se serenó un poco. No he titubeado un momento, Teresina. La naturaleza es más fuerte que yo. El orgullo ha sido mi mortal enemigo, y el orgullo me supedita todavía.

— No, hija mia, interpuso Teresina; no te martirices con inmerecidas acriminaciones; es la sensibilidad, y una sensibilidad bien fundada y comprensible.

La baronesa meditó un momento.

— Tal vez no te falte razon. Me he vuelto tan inclemente conmigo misma, que se me va la vida interpretando mal, juzgando mal cuantos sentimientos encierra mi pecho, cuantos pensamientos cruzan por mi imaginacion.

La baronesa era madre; amaba á su hija, repudiada por su padre; este padre que (Benilda no lo dudaba) amaba al huérfano recomendado á su proteccion materna. ¿Qué tenía de extraño el que su lastimado pecho se rebelase contra el nuevo decreto que se hallaba, no obstante, tan dispuesta á obedecer?...

[redacted]

¡Pobre Ramirito!... Odiado, ó punto ménos, por el baron de Fenollar, cuyas pasiones ó tal vez, cuyos mejores sentimientos, convertidos en pasiones, se estrellaban contra el inocente querubin, culpable del delito de avivar con su presencia el recuerdo nunca extinguido de los quebrantos matrimoniales!... Y ¡pobre Ramirito! repetimos: ¡tan mal recibido por la repudiada esposa de Gaspar, recelosa del lugar que el tan mal querido huerfanito pudiera ocupar en el afecto de su marido!... ¡Era mil veces más dichosa que él la niña, hija aparente de su deshonra, cobijada, amparada, protegida por aquel que, como ya hemos dicho, convertia en un paraiso el erial, que sin aquel bienaventurado patrocinio, hubiera sido su vida!...

Apénas habia articulado la baronesa de Fenollar las últimas frases, cuando de pronto, oyéndose el eco de una alegre risa infantil, suspendió Benilda su oracion, y juntamente con ella exclamando Teresina ¡ahí están!... se dirigieron las dos al encuentro de los personajes anunciados por aquella sonora carcajada, que no eran otros que mosen Martin y la hija de Benilda.



[redacted]

CAPÍTULO VIII.

Un cuadro encantador saludó las cristalizadas pupilas de la baronesa de Fenollar.

A punto de pisar el redondel fronterizo á la barraca y al pié de las palmeras, se dibujaba un grupo, compuesto de un anciano, una niña y un perro. Era difícil determinar cuál de los tres se estaba en aquel momento divirtiendo más con el juego que habia planteado el primero; el cual consistia en que el perro saltase por encima de su baston, colocado en forma de barrera, sin la ejecucion de cuya habilidad parecia estarle vedado el franquear la entrada de la barraca.

El perro, un perro ordinario, de piel espesa, poco ménos que la de un javalí, á manchas negras y blancas, con unas orejas y un rabo tan imperfectos, que parecian deshechos de algun otro can, entraba de lleno en la broma que se le daba; pero,

[redacted]

en extremo torpe, por más que se esforzaba, no acertaba con el brinco.

La niña, cada vez que el animal erraba el salto, se reia como una loca, y el anciano—el inventor de aquella gimnasia perruna—si bien no soltaba las alegres carcajadas que ella, se sonreia complacido, mostrando no ménos contento.

El anciano contaria poco ménos de ochenta años de edad; se conservaba, no obstante, ágil, y, si no robusto y fuerte, porque nunca lo habia sido, de bastante buena apariencia. Era alto y enjuto; pero, doblado algun tanto por efecto de los años y de haber padecido del pecho en su juventud, parecia de menor estatura. Tenía la cara aguileña, la nariz encorvada, la barba puntiaguda y los pómulos aproximados y salientes; la frente prominente, pareciéndolo más por la falta de pelo—falta que, sin embargo, dejaba de existir en las sienes y en la parte posterior de la cabeza, en cuyos puntos lucia mosen Martin—pues no era otro que él la persona de quien estamos tratando—tal abundancia de cabello, que asemejaba el cerquillo que le formaba, á una corona de diamantes, ó á un espeso fleco de hilillo de plata. Completaba el noble rostro de mosen Martin un par de ojos negros, pequeños, pero tan penetran-

[redacted]

tes, tan vivos, que parecian dos cuentas de azabache; y, como que estos ojos estaban constantemente dispuestos á sonreir á la par con los delgados labios de la ya hundida boca, podíase decir que tenía la fisonomía alumbrada por las mejores luces del alma: la benevolencia y la inteligencia; antorchas que, cual ningunas, hermosean la faz del hombre. Mosen Martin usaba siempre su vestimenta de sacerdote: ropaje viejo y gastado ya, que sólo por induccion se podia colegir que habia sido en algun tiempo negro; en verano de una tela ligera, que al trasluz se clareaba; y en invierno de un paño burdo, que era ya de color de ala de mòsca, un sombrero largo y estrecho, una *canoa* que podia ser del tiempo de San Vicente Ferrer. Como el buen cura del pueblo de R... habia andado siempre escaso de recursos, no habia podido nunca reemplazarla con otra de más moderna forma, y sí sólo contentarse con haberla de vez en cuando *carenado* un poquito; unos zapatos que, como mosen Martin era corpulento, tanto por su calidad, cuanto por su dimension, podian haber servido á un chico para cruzar el Túria embarcado en cualquiera de ellos. Pero lo llevaba todo aseado; quizás por quererlo asear demasiado era por lo que se habian desgas-

[redacted]

tado tanto las humildes prendas de tocador de aquel varon ejemplar. De este exceso de pulcritud no se le podia, sin embargo, exigir á él la responsabilidad. Pertenecia exclusivamente á la rolliza matrona encargada del cuidado y bienestar personal de mosen Martin.

No necesitamos encarecer los suspiros que el estado de aquellas prendas le costaba á la buena Teresina.

Habia veces en que, sin necesidad de otro ingrediente, con las lágrimas que se le escurrian por las tersas y rosadas mejillas, les quitaba la grasa y los manchones, á la vez tambien — no lo podemos ocultar ni disimular á la suspicacia de nuestros lectores—llevándose en pos de ellas el pelo de la sotana y del raido balandran.

Pero ¿qué remedio? Teresina sabía que su amo y señor era limpio como el oro; que el desaseo le era tan repulsivo como el mal obrar; que la limpieza del cuerpo formaba para él sinónimo con la del alma; y Teresina cifraba su orgullo en que nunca, jamás, pudiera descubrirse ni el menor indicio de falta de aseo en prenda alguna de las que pasaban por sus manos; y, desde la primera hasta la última, no habia una que por ellas no pasase, empezando por el descomunal sombrero de teja.

[redacted]

y concluyendo por el par de lanchas, á que se podian comparar los enormes zapatos, que, confiados al cuidado de Teresina, inauguraban su carrera, siendo de becerro, y, á fuerza de bruñido, la concluian cuando casi se trasparentaban, pareciendo de charol.

La niña, que excusamos decir era la hija de Benilda, era una criatura ideal; un ángel de la escuela de Murillo; un ángel español, sevillano, al estilo de las creaciones del pintor que recibió todas sus inspiraciones en su patria; un ángel semejante á los que custodian al *San Antonio* de éste, ó los que rodean á algunas de sus *Inmaculadas Concepciones*; un ángel completamente meridional, de tez morena, vivamente coloreada, de negros y brillantes ojos, labios de coral; llena la fisonomía de expresion, de gracia, de vida y animacion; pero que, no obstante la suavidad de sus contornos, la dulzura de las tiernas y apénas señaladas líneas, recordaba, así como entre sueños, ó como una sombra, el tipo agareno del baron de Fenollar.

Vestida la niña sencillamente — no podia ser de otro modo, á pesar de lo que Benilda reducia sus propios gastos (cercenándose áun lo más preciso, para atender á los de su hija) — revelaba la

[redacted]

criaturita en su traje el mismo aseo y primor que señalaba cuantas cosas y objetos dependian del gobierno de Teresina. Daba gusto contemplarla; y al estudiar, tanto su parte física como la moral, se regocijaba el espíritu con verla y oirla, siempre contenta, siempre risueña, constantemente esparciendo en torno suyo un áura tan irresistible de felicidad y alegría, que hasta el mismo viejo perro Leon, no obstante lo que María (así se llamaba, María de los Desamparados) se burlaba de su torpeza, cedia al prestigio de su influencia.

En el momento que estamos recordando, se veia una prueba patente de esto, en la perseverancia, en el empeño con que el can se prestaba á dar pábulo á las carcajadas de la niña. Por más que erraba el salto, Leon, firme que firme, volvia á la broma, y, como por vía de refuerzo á la diversion, ladraba desaforadamente á compás de las risas de la pequeñuela. Armaban entre uno y otro tal algazara, que, por más que Teresina llamaba la atencion á la última, no habia modo de distraerla, hasta que, habiéndose anticipado Benilda á ir al encuentro de su hija, puso con su presencia término á los ejercicios gimnásticos del perro.

¡La madrina! ¡La madrina! exclamó la niña

[redacted]

a, volviéndose en direccion de la baro-
sándola con efusion.

Martin se volvió tambien, y saludó á
on respetuosa deferencia—de ningun
la franca cordialidad que podia haberse
del lazo íntimo que deberia unirlos,—
que contestó Benilda con la frialdad
a una barrera tan inexpugnable entre
itas personas la trataban, con la única
de su hijita, que, merced á la inocente
encillez de sus años, ó por efecto de la
riñosa atmósfera que habia siempre res-
o el techo de mosen Martin, dejaba de
tar la influencia invariablemente adusta
lre.

amaba á su hija, ¿quién lo podia dudar?
ilda estaba dominada por una idea fija,
itu constantemente, girando en torno
isamiento, carecia de libertad para entre-
abandono áun á los sentimientos más
os y comprensibles.

aba á su hija, y habia veces en que se la
i como concentrada en el amor de ésta;
epente una sombra parecia interponer-
sombra que disponia de ella—Benilda
ecia, acometida de un extraño pánico,

instantáneamente apartaba la vista de María, se
raba sus pálidos labios de las mejillas de la niñ
la alejaba de sus brazos, hasta la arrojaba de
regazo, y, cual si la sombra hubiese ordenado q
dejase de gozar de las dulzuras del amor matern
así obediente á aquel severo mandato, se separa
presurosa de su hija; unas veces pretestando
necesidad de irse, y como un espíritu alado t
mando aceleradamente el camino de su casa; otr
permaneciendo por largo rato silenciosa, abstraíd
y como sumergida en una profunda y doloro
meditacion.

La niña, que la creia su madrina, y que des
que empezó á adquirir conocimiento habia sid
enseñada, tanto por mosen Martin como por T
resina, á querer á su madre oculta bajo el títu
de madrina, no obstante las irregularidades d
carácter de ésta, le profesaba mucho cariño;
habituada como estaba á la manera de ser de B
nilda, sin conocimiento ni edad para juzgar
apreciar las condiciones, ó mejor dicho, las fo
mas que tan poca grata impresion producian
ordinario, dejaba de resentirse de ellas.

No así mosen Martin, que, como nadie, con
padecido de la baronesa, pero imposibilitado p

la extremada reserva de ésta, de conducirse respecto de ella como hubiera sido de su agrado, empleaba el mayor cuidado en no perturbarla con su presencia, y sí sólo en coadyuvar de un modo indirecto, en su paternal esmero con María, á dulcificar la infelicidad que hubiera anhelado remediar, y que es muy posible habria amortiguado si le hubiese tratado Benilda con la franqueza que rehusaba á cuantas personas la rodeaban.

El trato personal, pues, entre el buen cura y la baronesa de Fenollar, era un trato superficial, en el cual sólo intervenia la expansion cuando se referia á la prenda querida que uno y otro amaban—cada cual á su manera —y, como mosen Martin deseaba que la niña amase entrañablemente á la autora de sus dias, y que ésta disfrutase con plena libertad y confianza de la sociedad de su hija, esta tarde hizo lo que invariablemente hacía, que fué, despues de saludar á Benilda, retirarse.

Teresina no tardó en seguirle los pasos. La *canoa* y el manteo reclamaban sus servicios, y el reemplazo de estas prendas por el balandran, eran ántes que el placer de encontrarse en la grata compañía de la baronesa y de la niña. Quedaron, pues, solas la madre y la hija.

Benilda asida de la mano de la niña, se dirigió tambien á la barraca.

—No, madrina, interpuso María. A casa todavía no, que á Leon no le gusta. Vámonos al huerto, ó quedémonos aquí.

Benilda, que huia de excitar la curiosidad y promover hablillas, por haber notado que cuando la veian los vecinos contiguos á la casa de Teresina, la miraban, y, cuando se hallaban reunidos entre sí, ó con otras personas hablaban marcadamente de ella; excusaba el permanecer en un sitio tan visible como lo era el ocupado por los centinelas de la barrera (las palmeras): optó, pues, por dirigirse al huerto, como la niña habia insinuado, y allí considerándose, como lo estaba efectivamente, á cubierto de la observacion, se sentó sobre un banco, con la niña en la falda.

Callada Benilda (el silencio era su estado ordinario) no hacía más que besar á su hija, ya en la cabeza, ya en las mejillas, ya en los ojos—menudos, suaves besos que el amor más tierno y profundo produce, besos de verdadero arrobamiento, salidos del fondo del corazon—cuya influencia es tan magnética sobre el que los recibe... La niña se adormecia de placer al contacto de ellos.

[redacted]

Entretanto el dia avanzaba y Benilda recordó con pena que tenía que volver á su casa. Habria querido permanecer la vida entera sentada sobre aquel banco, con María sobre su regazo, apoyada la cabeza de ésta sobre su seno. Era, sin embargo, indispensable que se separase de aquélla.

Consultó la hora de su reló y conoció que el tiempo no le sobraba si habia de regresar á su casa ántes de la llegada de la noche.

La idea de que ésta le alcanzase en medio del campo la aterraba, y, acometida de este temor, la aguijoneó el deseo de marcharse cuanto ántes. Supeditada á él, sin detenerse un momento más, estrechó á la niña con renovado ahinco contra su seno y la puso sobre el suelo.

—¿Qué es eso, madrina? ¿te marchas ya? interrogó María con visible sentimiento. Me has traido al huerto, como yo queria, pero ni Leon ni yo hemos jugado todavía y no quiero que te vayas hasta que nos veas jugar un rato. Espérate, madrina, espérate un poquito... voy por el baston del padrino... le haré que salte... ¡es muy torpe!... y verás cómo te ries... Y eso que tú nunca te ries, nunca, nunca... ¿Por qué no te ries, madrina? ¡Te querria yo tanto más si te rieras!... Pero

[redacted]

ya te reirás cuando veas á Leon. ¡Leon, Leon! empezó á gritar. ¡Aquí, aquí, Leon!... quédate con la madrina miéntras voy por el palo para que luzcas tus habilidades.

—No, hija mia, no hagas tal. Es muy tarde, tan tarde, que me es imposible detenerme. Debias haberlo pensado ántes. Otro dia lo veré. Hoy es imposible.

—¡Pues hoy es cuando yo quisiera! ¿Y tú que me quieres tanto, como me dice siempre el padrino, tienes tanta prisa por dejarme? Madrinita, ¿no me quieres ya? preguntó aquel hechizo de criatura, llena de coquetería y monada, acariciando las mejillas á su madre y con encantadora expresion en su tan gracioso rostro, empleando sus más seductores gestos y miradas para conquistar á aquélla.

—Hija mia, tengo un camino muy largo que andar, y le tengo un miedo horroroso á la noche, contestó Benilda con la misma formalidad que hubiera empleado si hubiera tenido que dirigirse á una persona mayor.

—¡Miedo, madrina! replicó María con un gesto de admiracion. ¡Ay, si el padrino te oyese!... Dios nos cuida lo mismo de dia que de noche y se enfada con nosotros cuando nos olvida-

[redacted]

mos de eso. El padrino me lo dice siempre, y dice que los que tienen miedo á la oscuridad, es porque tienen muchos pecados y porque les remuerde la conciencia. La conciencia, dice el padrino que es lo que tenemos dentro y nos avisa cuando hacemos algo malo. Tú no tienes pecados y la conciencia no te puede decir nada. No tienes por qué tener miedo á la noche ni á la oscuridad. ¿No es verdad, madrina?

Benilda no quiso, ó no pudo contestar. Se cubrió el rostro con el manto que habia conservado puesto, y se separó del lado de su hija punto ménos que con aspereza.

María la siguió.

—¿Qué tienes madrina? interrogó. ¿Te has enfadado conmigo?

Benilda siguió andando.

—Madrinita, madrinita, prorumpió la niña asiéndose de las faldas grises que se deslizaban por el limpio suelo del cuidado huerto: ¿te vas sin besarme siquiera? Perdon, si he dicho algo para enfadarte. No lo volveré á decir más. Madrinita, mírame, bésame, y dime lo que debo hacer y decir para que me perdones. El padrino lo dice, y yo lo siento tambien, que cuando pedimos perdon, estamos más contentos que

[redacted]

cuando no queremos decir que hemos sido malos... ¡Y eso que yo no sé lo que he hecho para enfadarte!...

—María, que me haces daño; exclamó la baronesa deteniéndose. Cállate. Yo no estoy enfadada contigo, ni con nadie. Yo no me enfado nunca. Es que estoy mala; que me ha enfriado la humedad del huerto, y tengo que irme. Díselo á tu padrino y á Teresina; y que me dispensen si no me despido de ellos. Volveré pronto.

La pequeñuela se tranquilizó.

—¿Y me quieres lo mismo que ántes? interrogó con la monería á que era imposible resistirse.

—Sí, vida mia, contestó Benilda, cogiéndola otra vez del suelo, para abrazarla y cubrirla de besos.

—¿Lloras, madrina?...

—Es el rocío de los árboles que me ha caido sobre la cara. La humedad del huerto me ha enfriado, volvió á decir Benilda; y me voy más que de prisa para entrar en calor con el paseo.

—No te detengas ya, replicó María, saltando de los brazos maternos. Véte, véte, que no quiero que por mi causa te pongas peor.

Benilda apresuró el paso, la niña corrió en pos de ella, seguida por su fiel amigo Leon, hasta de-

[redacted]

jarla fuera de la barraca, y aquí, trocando madre é hija las últimas caricias de despedida, tomó la baronesa el camino de Valencia, y la pequeñuela el de su casa-habitacion.

—La madrina se ha puesto mala con la humedad del huerto, y me ha dicho que la dispensen ustedes por no haberse despedido...

Al oir esto mosen Martin y Teresina, que se hallaban reunidos en la pieza de labor de la última, se miraron como pidiéndose mútuamente explicaciones de aquel extraño mensaje.

—¿Te ha dicho eso la madrina? interrogó mosen Martin, queriendo rectificar el aserto de su protegida.

—Y tanto como me lo ha dicho. Tenía mucha prisa por irse, porque se puso mala con la humedad del huerto, repitió María.

—¿Se puso mala, y se fué sin decirnos nada? persistió mosen Martin, catequizando á la niña. ¿Y tú la dejaste ir, sin avisarnos á Teresina ó á mí... sin llamarnos...

—Yo le contaré á V., padrinito; replicó María acercándose á mosen Martin y tomándole las rodillas por asalto—con la franca expansion de la tierna y afectuosa educacion que recibia, dispo-

[redacted]

niéndose á hablar con entera libertad y confianza.—Yo queria jugar con Leon para que la madrina se riese—la madrina que nunca se rie—y no me dejó; dijo que era tarde, y que tenía que irse... Y, como yo me empeñaba en que se quedara, me contestó que no podia porque tenía mucho que andar, y le tenía miedo á la noche. Yo me acordé de lo que V. dice cuando no quiero entrar en un cuarto oscuro, y se lo dije, padrinito: que V. lo decia siempre, que Dios cuida de nosotros lo mismo de dia que de noche, y que se enfada cuando nos olvidamos de esto. Y le dije tambien otra cosa que V. dice: que los que tienen miedo á la noche y á la oscuridad, es porque tienen muchos pecados, y porque les remuerde la conciencia; pero que, como ella no los tenía, ni la conciencia le podia decir nada, que no tenía por qué tener ese miedo. ¿No es verdad, padrinito, que dije bien?

—¡Te metiste á predicadora, bribonzuela! ¡Cómo si la madrina necesitase de tus sermones! ¡Atrevida! ¡Como si no supiera ella mejor que tú cuanto tiene que saberse! ¿Te contestaria esto mismo que te estoy diciendo?

—No por cierto. Se enfadó conmigo, se fué de mi lado y tuve una pena tan grande, que por

[redacted]

poco lloro. Pero se me ocurrió una cosa que usted dice tambien, y se lo dije á ella, que V. lo decia, y que yo lo sentia, y fué, que, cuando pedíamos perdon, estábamos más contentos que cuando no queríamos decir que habíamos sido malos. Y le pedí perdon enseguida... ¡y no sé por qué habia de haberse enfadado conmigo!... Y, cuando yo decia aquello me mandó callar: me dijo que le hacía daño. ¿Por qué me diria eso, padrino?

—Por lo que te he dicho ya, contestó mosen Martin, cruzando una mirada de inteligencia con Teresina. Por lo atrevidilla que estuviste en meterte á predicar á quien sabe más que tú.

—Sería eso; accedió María con humildad. ¿Pues sabe V. lo que me dijo despues? Que no estaba enfadada conmigo, ni con nadie; que ella nunca se enfadaba; que era que estaba mala, y aquello que ya le he dicho á V. sobre la humedad de los árboles. Cuando me volvió á tomar en los brazos, yo creí que lloraba, pero, no; era el rocío. La madrina lo dijo, y sería. ¿No es verdad, padrinito? La madrina no puede mentir. Yo no mentiria por nada en la vida. Me acordaria de Ananías y de Zafira, y tendria miedo de quedarme muerta de repente.

[redacted]

A mosen Martin se le caia la baba (como vulgarmente se dice), al escuchar á aquel hechizo de criatura—fruto tan tierno, pero tan sazonado ya, merced al cultivo de la mano evangélica consagrada á darle direccion—y á la vez fijaba los ojos con marcada intencion en Teresina, como quien quiere decir: ¿lo ves? ¿lo oyes? ¿tengo ó no razon?

La casera suspiró, y meneó la cabeza negativamente.

Mosen Martin no insistió, indicó con una señal de mano, no advertida por la niña, que dejarian para más tarde la dilucidacion de los pensamientos que ostensiblemente cruzaban por la mente de uno y otra, y, mandando á Teresina activar los preparativos de la cena, se aprestó juntamente con ésta y su ahijada á hacerle los debidos honores. Luégo, rezó con sus compañeras las oraciones que tenian de costumbre; y, por último, habiendo ya dado la oracion, dió su bendicion á María, ántes de llevarla Teresina á acostar, encargando á ésta que no tardase en volver.

—¿Lo ves, Teresa? ¿Lo ves, Teresa? exclamó mosen Martin, al comparecer ésta de nuevo. Es muy claro. Algo inquieta esa conciencia, algo más de lo que piensas tú, y no en vano te lo he dicho

[redacted]

muchas veces que la suerte de esa desdichada, por desdichada que la juzgues, es mil veces más de lo que puedes presumir. Desconoce las verdades más palmarias de nuestra sacrosanta religion, y vive sin consuelo ni esperanza.

—Benilda es buena, no lo dude V.: Benilda, para mí, cometió una ligereza— todo lo más—y, porque es buena, llora tan amargamente su desliz. ¡Los malos no tienen remordimientos! resumió la casera con fervor, defendiendo denodadamente la causa de su hija de adopcion.

—Benilda, respondió mosen Martin, es muy cierto que, sea cual haya sido la falta que haya cometido, parece deplorarla. Y no es por completo mala, puesto que, como dices bien, tiene remordimientos.

— Es virtuosa y lo fué siempre, interpuso la casera.

— Benilda fué virtuosa por orgullo; no lo dudes, Teresa, y el orgullo no es la virtud de Dios.

Teresina miró á su amo vacilante, sin saber qué respuesta darle.

Mosen Martin continuó hablando.

— El orgullo manda en ella omnipotente, y el orgullo es el peor consejero que podemos tener. ¿Qué es sino el orgullo la mordaza que le sella

[redacted]

los labios? ¿Qué es sino el orgullo lo que la ha impedido buscar apoyo, refugio, consuelo en el seno de la confianza? Nunca jamás —¿quién mejor que tú lo sabe?—se ha abandonado á un momento de verdadera expansion No ignoras cuán profundamente compadezco á esa infeliz señora, cuántas pruebas le he dado de mi interés. Sabes la confianza que deposité en su veracidad. ¿Pude hacer más por ella de lo que hice? Empero, Teresa, despues de aquello, despues que la necesidad la obligó á depositar una parte de sus secretos en tu corazon materno, despues que solemnemente y bajo el más sagrado juramento me relevó á mí, ante mi conciencia, de toda responsabilidad en el sacramento que impuse á su hija; ¿cuál ha sido su proceder, lo mismo contigo que conmigo? Tú la amas con exceso, y el amor te pone una venda en los ojos. Yo me encuentro en diferente caso, y veo lo que, ¡ojalá me fuese dado remediar, y que creo remediaria, á dominar ménos en Benilda la más engañosa, la más astuta, la más despótica, la más complicada de las pasiones mundanas! ¿Quieres mayor prueba de lo que te digo que la recibida con las referencias de María? Ellas te revelan por completo el fondo de aquella alma, y es imposible que, si meditas un momento

[redacted]

con despacio y libre de la ceguera de tu desmedido amor, me niegues la razon en cuanto digo.

— Nadie como yo, interpuso la casera, vencida algun tanto por los argumentos de aquel tan celoso cuanto inteligente apóstol del Evangelio, puede sentir la reserva de esa criatura desgraciada, puesto que yo era en un tiempo la depositaria de toda su confianza. Me la retiró casi por entero desde el punto y hora en que juzgué habia de tener más necesidad de ella, y harta razon le asiste á V. para decir que, despues que la necesidad la forzó á depositar una parte de sus secretos en mi corazon, fué su proceder, lo mismo para V. que para conmigo, bien diferente de lo que debia haber sido. Me lo explico sin embargo: conocia yo la historia de sus amores de niña; la única confidente como fuí de ella y de Luciano Algobendas. Luciano era pobre, tan pobre como ella; les era imposible casarse ni publicar la recíproca inclinacion que se tenian; y lloraban y gemian, sin recibir más consuelos que los mios. Jurábanse, no obstante, eterna fe, creyendo en su inocencia que el curso del tiempo les conseguiria el consolidar esa fe ante el altar del Señor. El destino se les declaró en contra. La familia de Luciano — un segundon como este era, sin otra posicion que la que aquélla quisiera

proporcionarle — dispuso de él y le obtuvieron un puesto en una legacion extranjera. Luciano lo aceptó, con la esperanza de convertirlo en un medio para alcanzar el logro de sus deseos; y Benilda vivió confiada y tranquila hasta que llegó el momento de su sacrificio. Así como habia yo sido la única confidente de sus amores, lo fuí igualmente, como V. bien sabe, de su desesperacion al cumplir obediente y sumisa con el mandato paterno. ¿No se explica V. ahora, al resucitar yo en su recuerdo de V. estos detalles, el proceder que tanta extrañeza le causa? Benilda, al ser repudiada por su marido y en vísperas de ser madre, no buscó ni podia buscar otro amparo más leal y cariñoso que el que buscó. ¿Existia para ella en el mundo un corazon como el mio? Ya sabía que no. El universo entero podia haberla abandonado. Contra ese universo la hubiera yo siempre defendido y protegido. Declaróse inocente y calumniada. La creí; V. tambien la creyó. De su virtud no he dudado jamás; pero Benilda desconfia de mi sinceridad... de la de V... Así me explico yo su proceder. Huye de entrar en detalles, en penosos pormenores. Como V. bien dice, y es la verdad, la necesidad la obligó á confiarnos una parte de sus secretos; la desconfianza, y tal vez el bochorno

[redacted]

de tener que declarar alguna ligereza, sellaron despues sus labios y alejaron de nosotros su corazon.

Mosen Martin, dotado con una inteligencia muy superior á la de su casera, y profundo conocedor del corazon humano — tan docto filósofo como teólogo — no podia descender á emplear con la buena Teresina las armas cuyo manejo desconocia ésta tan en absoluto. Tuvo que contentarse con lo que le habia ya dicho: con dejar sin respuesta el largo y á su manera no mal compaginado análisis, de cuyo espíritu era imposible que participara, y únicamente, volviéndose á lamentar de la impotencia á que le reducia la reserva de la baronesa de Fenollar, dió la dilucidacion de aquel misterioso asunto por terminada.

Entregóse á la lectura de su Breviario, ínterin que la casera se consagró al trabajo de su cáñamo (que constituia su labor nocturna); pero, atormentado de contínuo el buen mosen Martin por el recuerdo de aquella conversacion que acababa de sostener, más de una vez, en tanto que sus ojos recorrian los abultados caractéres de su tan usado como gastado libro de oraciones, se decia á sí mismo, que ya que no le era dado otorgar otro bien á la baronesa, se consagraria cada dia con reno-

[redacted]

vado ahinco á inspirar á su hijita una virtud sólida; la virtud humilde; la virtud puramente virtud, por la virtud misma; la virtud de Dios; esa virtud que se profesa y se practica, lo mismo en un desierto que en medio del torbellino del mundo; no por temor á las censuras de él, ni por merecer su aplauso, sino por merecer la aprobacion de Dios y la de la propia conciencia.

Entretanto que esto que llevamos dicho ocurria en el interior de la barraca donde, acompañados por nuestros lectores, hemos pasado no corto número de horas, Benilda, que merced á la celeridad con que habia andado, habia llegado á su casa un rato ántes de anochecer y se habia encontrado con una carta (recibida en su ausencia), anunciándole la llegada de su sobrino, se ocupaba en lo que le corresponderia hacer respecto de éste. La epístola era de Jorge Garcés, y su principal contenido se reducia á rogar á la baronesa que fijase la hora en que le sería conveniente recibir á su recomendado, que en la noche del siguiente dia deberia ser trasladado al colegio donde habia de recibir su educacion.

Benilda contestó en el acto que desde el medio dia estaria á la disposicion de Garcés, y, hecho esto, y habiendo enviado la respuesta por una de sus

[redacted]

criadas al punto indicado por Garcés, se quedó despues preocupada y abstraida, pensando — no en la carta que habia recibido, ni en la contestacion dada — sino en su hija, la inocente niña, que, ajena á toda intencion ni deliberado propósito, le habia aquella tarde atravesado el corazon...

Benilda meditaba, y meditaba... Y los reflejos de la lámpara de alabastro que iluminaba su dormitorio (santuario en que pasaba la mayor parte de las horas de su existencia), concediendo aumentado mate á su diáfana tez, la asemejaban como nunca á una figura de mármol. Concentrada en una profunda melancolía, y tan amarga como melancólica la expresion grabada en su semblante, más de lleno que nunca igualmente representaba la estátua del remordimiento... ¡Triste, triste meditacion, meditacion que parecia no iba á tener fin aquella noche! Pasaban las largas horas de ella por la triste Benilda, no obstante la amargura y afliccion en que se hallaba sumida, sin darse cuenta de su curso! Agobiaba el espíritu el contemplar á aquella desolada mujer, tan sola, tan separada de todo contacto humano, sin que una siquiera de esas voces piadosas que el alma emplea á veces con tan reconocida eficacia, lanzase el más mínimo eco

de consuelo ó esperanza en su apenado corazon!...

Las horas pasaban entre tanto, y trayendo aquella meditacion, en pos de sí los resultados que eran de esperar, acabó la baronesa por sentirse acometida de un pánico tan excesivo—resultado que, como se sabe, le producia el más insignificante incidente, y que no era de extrañar se le aumentase bajo la presion de los pensamientos que parecian torturarla—que rayó su excitacion punto ménos que en delirio.

El silencio de la noche le traia íntegro á los oidos el lento susurrar del aire entre las hojas de los árboles inmediatos á su casa, el ladrido lejano de algun perro, el casi imperceptible graznido de alguna ave nocturna, el salto de algun reptil, ó cualquiera otro ruido análogo, y el eco de estos sonidos, asociándose con el estado de su mente, produjeron un estallido indescriptible. Antojósele que escuchaba quejas lastimeras, ayes de dolor, gritos, hasta amenazas y clamores de rencor y venganza... y, llena de pavor, de espanto, enloqueció temporalmente.

¡Era terrible ver su estado de agonía!... Despavorida corriendo de un extremo á otro de su estancia, retorciéndose las manos, golpeándose la frente, corriendo, corriendo sin cesar, huyendo...—

[redacted]

¿de quién? ¿de quién?—¡De sí misma!...¡El verdugo implacable de su existencia!...

Por último, prevaleciendo sobre toda otra sensacion el terror de encontrarse sola ante el espectro amenazador que jamás la desamparaba, tiró del cordon de la campanilla... y, compareciendo á poco una criada, se tranquilizó.

Díjole á la sirviente que se sentia indispuesta y que le era imposible el quedarse aquella noche sola en su dormitorio; y, obedeciendo la criada esta indicacion, pudo atestiguar que, si bien su señora no habia aparentemente padecido enfermedad alguna, habia pasado la noche en un constante insomnio.



[redacted]

[redacted]

CAPÍTULO IX.

La misma noche en que habia recibido la baronesa de Fenollar el aviso de la llegada de su sobrino á Valencia, penetraron por la puerta de..., en la misma ciudad, dos personas, sobre las cuales es del caso que nuestra historia fije un poco la atencion, en particular sobre una de ellas.

Eran ámbos jinetes y militares—jefe y subalterno:—el primero, ¿para qué andarnos con rodeos y acertijos? un capitan de caballería, cuyas perdurables espuelas, botas de montar y sonante sable, nos revelan de una vez su nombre; el segundo, su asistente.

Ambos venian cansados de la larga jornada que habian hecho, y, llegados al término de su viaje, dejaban á sus cabalgaduras en libertad de marchar, podia decirse, á paso de tortuga, ínterin que jefe y subalterno (incitado éste por aquél), fumaban

[redacted]

y charlaban, con la misma confianza que si no hubiese mediado entre ellos la diferencia de jerarquía social y militar que los separaba.

El capitan Baltasar poseia el don de colocar á cuantas personas se le aproximaban en completa libertad de accion — lo contrario de lo que ocurria con el primogénito de su ilustre casa — sin que obstase esto para que se le guardasen los debidos miramientos.

El asistente, que fumaba y charlaba en la presencia de su amo, á la par de éste, con la misma franca cordialidad del que le otorgaba aquella confianza, no por eso dejaba de tributar á su amo la obediencia y sumision del más rendido esclavo, y, lo que es de más entidad todavía, en un momento dado, hubiera sido capaz de sacrificar su existencia por la de aquél.

En la presencia del altivo baron de Fenollar, temblaba hasta su mismo alegre y atrevido hermano; nadie osaba jamás aventurar un parecer, presentar una observacion, desplegar ni el menor indicio de la franca libertad que debe reinar en el trato social... Pero en contraposicion de esto, ¿quién en un momento dado, en una hora crítica, hubiera ofrecido un soplo sólo de su vida por rescatar la del orgulloso personaje?

[redacted]

Cada cual recogia el fruto de lo que sembraba...

El capitan y el asistente no pensaban, sin embargo, en esto, ni en nada más que en entretener el tiempo empleado en atravesar las calles que lentamente los conducian al punto á que se dirigian.

—Mucha prisa me ha dado el buen Garcés, prorumpió el capitan reanudando la conversacion, que habia sufrido una ligera interrupcion con motivo de haber debatido jefe y subalterno la verdadera direccion de alguna de las tortuosas calles que cruzaban; y es sin duda que quiere que cargue con el mochuelo. Le dije que no pensase en mí para tal cosa; que se las arreglase él solo con el chico. Pero no señor: Garcés cree que el diablo se lo va á llevar si no cargo yo con una parte del negocio, y aquí nos tienes rendidos enteramente, gracias á sus escrúpulos monjiles. Y que no me lo agradezca: vengo rabiando, y dispuesto á romperle la crisma en cuanto le eche la vista encima. ¡Se le antoja echar en olvido, ó no hacer caso de mis protestas, y á punto de salir con el bambino á cuestas, me escribe que no pierda tiempo en ponerme en camino, que me espera sin dilacion esta noche, ó mañana á primera hora!... ¡Es capricho! ¡Es despotismo! ¡No querer él pre-

[redacted]

sentar el documento en el colegio, ni recomendarlo al cuidado de la baronesa!... Pues que no haga lo uno ni lo otro, ¿á mí qué me importa?... Suponte que los deberes del servicio me hubiesen impedido venir...

— Pero como no ha sido así... insinuó el asistente.

—¡Pues suponte que no me hubiese dado la real gana de que se me tratase como á un zarandillo! Bien pensado, esto es un abuso de confianza de Garcés.... No lo he reflexionado bastante... ¡Yo que no me he casado por no tener estas hipotecas encima!... Anton, un chico es una calamidad, ¿no te parece lo mismo? Les he tenido siempre horror... Y sin embargo, Ramirito es otra cosa... Contra lo que me rebelo principalmente, es contra la idea de que se me mande, y Garcés ha dispuesto de mí como pudiera yo de un recluta. Anton, exclamó el capitan con gran contento de su cabalgadura, parándose de repente, estoy por volverme... Aconséjame con franqueza.

El asistente lo hizo así, á medida del deseo de su amo.

— Adelante, mi capitan. Despues de correr la posta, como la hemos corrido, tan cansados como estamos y la noche tan adelantada como está, nos

[redacted]

vendria muy bien el encontrarnos cuanto ántes metidos entre sábanas.

— Lo que es en eso no te falta razon; accedió Baltasar con regocijo. Y, sin titubear un momento, siguiendo el parecer de Anton, aguijoneó los ijares de su caballo, que juntamente con el del asistente, rompiendo en un trote suave, lo condujo á una posada conocida del capitan, en donde pasaron lo que quedaba de la noche.

Un sol hermoso de primavera, que en el mal dispuesto aposento de una desarreglada posada se entraba con entera confianza, no sólo por las mal acondicionadas puertas y ventanas, sino hasta por las rendijas de las cuarteadas paredes, despertó bien de mañana al capitan, que, completamente rendido como se habia acostado, habia pasado la noche de un tiron—como suele decirse.—Merced á esto, no obstante lo que renegó de la impertinente inoportunidad del luminoso astro, se levantó fortalecido por completo de su precipitado viaje.

En un abrir y cerrar de ojos, con el auxilio de Anton, calzóse las pulidas botas, sobre las que habia ejercitado el asistente no poca fuerza de puños, clavóse las relucientes espuelas, no ménos

[redacted]

bien bruñidas que aquéllas, colocóse el uniforme, tan limpio, como acabado de salir de manos del sastre, ciñóse el brillante sable, y, concluido que fué su tocador, el bravo capitan que tan profundo odio profesaba á los niños... pensó en Ramirito; ¡en el gusto que tendria éste en verle, en el placer con que contemplaria el armamento que tan seductora influencia ejercia sobre él! ¡Extrañas contradicciones de la mente, no ménos inexplicables que las que á veces disponen del corazon!

Y el capitan no sólo pensó en el niño, sino que fué aún más allá todavía; experimentó el deseo de verlo y de oirle cuanto ántes (debilidad que cuidó de ocultar á Anton), y, dominado por aquel sentimiento, apénas terminó su desayuno, se dirigió al punto indicado por Garcés, donde sabía que le habia de encontrar.

Regocijo como el que experimentó nuestro amigo Ramirito al percibir el eco conocido y reconocido en seguida de aquellas espuelas y aquel sable que tan deliciosa impresion le comunicaban, no es fácil de describir. El niño, que habia efectuado su viaje con el mayor descanso posible en la diligencia, que se habia acostado temprano la noche anterior y habia dormido con el dulce, profundo y.

[redacted]

tan reparador sueño, propio de su edad y de la robusta salud de que disfrutaba, habia madrugado lleno de excitacion y curiosidad con la novedad de su posicion y la variedad de escenas por que habia pasado, y con una alegría casi febril saludó la presencia de su tio.

—El capitan, el capitan, exclamó al distinguir los ecos sonoros que precedian á la persona de éste, separando de sus labios la jícara de chocolate que no habia llegado á apurar. Son sus espuelas, es su sable. Mi tio Baltasar.

Y Ramirito, el niño mal tratado, que tan tímido habia siempre sido miéntras le cobijó el inhospitalario techo del baron de Fenollar, con una decision y confianza ajenas á su cohibida naturaleza, saltando de la silla que ocupaba al lado de la de Garcés, se dirigió al encuentro del que era esperado por el administrador con no ménos impaciencia que por el bambino.

—Baltasar, eres bueno hasta la médula de los huesos, exclamó Garcés, siguiendo el ejemplo del niño, y entretanto el capitan, con ménos temor del que solia experimentar, besaba al pequeñuelo, estrechándole la mano con efusion. Te escribí y te supliqué que acudieras á mi llamada; pero no conté

con tan señalada eficacia... ¡cuánto te lo agradezco!...

—Pues no te tomes el trabajo... Aquí me tienes rabiando, renegando, echando pestes. Y no te digo más. Hasta traia intencion de romperte la cabeza... Pero, ¡cómo ha de ser! prorumpió el bravo militar. Se me pasó el coraje. Se me alegra el corazon con ver á ese chicuelo, dijo *sotto voce*; y doy todo por bien empleado, añadió, tan en secreto, que apénas pasó el concepto del borde de sus rizados labios.

Acto contínuo, como «aborrecia tanto á los chicos», se quedó un rato extasiado contemplando los grandes ojos de esmeralda de su sobrino, la cabellera de aquel querubin, que, como una aureola, le cercaba la nevada frente; y no, alcanzando otro medio para desahogar el efluvio de ternura que le brotaba por los ojos, por la risueña boca y destellaba en toda la expresion de su gracioso semblante, se desciñó el sable, y se lo entregó al niño.

Hecho esto, se manifestó dispuesto á entrar en materia con Garcés, y, comunicándole éste los motivos que le habian inducido á reclamar su presencia en Valencia, confirmó las bien fundadas sospechas del capitan. Jorge tenía al baron de Fenollar

[redacted]

el miedo que ya sabemos; no se atrevia á obrar en contra de sus disposiciones, y consideraba, por lo tanto, indispensable que apareciese Baltasar ostensiblemente como el director de la educacion del huerfanito. Además de éste, concurria otro motivo para que Jorge desease contar con la cooperacion del capitan: tanto él como su hermana Araceli, apetecian que la baronesa de Fenollar se encargase del cuidado y vigilancia del niño, y juzgaban que nadie mejor podia conseguirles el logro de tan cariñoso deseo. Baltasar, pues, deberia encargarse, no sólo de presentar al niño en el colegio, sino tambien de hacer lo propio en casa de la repudiada esposa de su hermano Gaspar. Y Baltasar, rabiando y renegando, y protestando contra este abuso de confianza, lo mismo en la presencia de Jorge, que lo habia hecho fuera de ella—pero entre reniego y protesta manifestándose completamente dispuesto á ejecutar cuanto el administrador tuviera á bien disponer—no sólo daba su aquiescencia, sino que allanaba el terreno para lo más difícil, que era la presentacion del niño á la baronesa.

Jorge dudaba si Benilda acogeria con gusto aquella recomendacion de su hermana; y, porque

lo dudaba, era por lo que habia empleado la mediacion epistolar de esa hermana, tan amiga como habia sido de la baronesa en un tiempo. Le habia impulsado á buscar esta recomendacion la compasion que le inspiraba el niño, el sentimiento de dejarle, tan niño aún como era, sin género de vigilancia, ni cuidado cariñoso en un colegio.

Se acordaba de lo que Araceli habia querido al padre de Ramirito; y por complacer á Araceli, los suspiros de cuyo corazon le habian hecho encanecer con tanta anticipacion... ¿de qué no hubiera sido capaz Garcés?... en tanto cuanto no tuviese que ponerse de frente al altivo señor cuyas inspiraciones obedecia con tan ciega sumision...

Jorge hizo las precedentes aclaraciones al capitan, más de una vez velándose los ojos con la palma de la mano... se enternecia fácilmente al hablar de su hermana: ¡Araceli era tan buena, tenía tanta abnegacion!... ¡Y Jorge, que se hallaba dotado con un corazon parecido al suyo, medía con conocimiento de causa los quilates de la sensibilidad!

Debatido que fué este asunto, procedieron los dos amigos—Jorge y Baltasar lo eran efectivamente—á arreglar los demás puntos que Garcés,

[redacted]

persona competente para ello, consideraba necesarios del caso para inaugurar la educacion del bambino; y, perfectamente conforme el capitan en decir *amén* á lo que era para él materia tan obtusa como lo habia sido el latin, sin la menor oposicion ni obstáculo, quedó terminado el arreglo de aquel importante asunto.

En esto, habia ya llegado la hora señalada (poco más ó ménos) por Benilda para la entrevista con su sobrinito. Y, delegada por Garcés la custodia del niño en manos de Baltasar, se dirigieron éste y aquél á la morada de la baronesa.

Como se sabe, Benilda vivia en un arrabal fuera del tránsito, y participaba por completo del carácter de campo. Era larga la distancia que tenian que andar tio y sobrino para llegar allí.

El dia estaba, sin embargo, hermoso y convidaba á pasear. Ramirito era fuerte y andaba mucho sin cansarse. Además, le deleitaba la idea de ir en la compañía del capitan, en la inmediata vecindad del sable y de las espuelas. Parecíale que cuantas personas pasaban á su lado y fijaban la atencion en él, eran atraidas por el irresistible encanto de aquellas ilusorias prendas. Creia, en su inocencia, que el colmo de la felicidad humana

[redacted]

se concentraba en el reflejo de la compañía en que iba.

Aspiraba gozoso el aire puro de la hermosa ciudad del Túria, gozaba embelesado de cuantos objetos le salian al encuentro; y, como que, á pesar de no haber tenido mucho trato con su tio Baltasar, ni inspirádole éste confianza ántes de desarrollarse su tierno corazon á impulsos del trato recibido durante los tres hermosos meses que habia pasado al lado de Araceli, ahora ya se entregaba con más abandono á sus sensaciones, disfrutaba de aquel paseo que daba bajo los auspicios del capitan, con toda la efusion de su fervorosa organizacion.

El capitan iba tan divertido y distraido oyéndole charlar, que en nada fijaba la atencion, completamente abstraido con escuchar las observaciones de aquel inocente, cuyo discernimiento le causaba la más grata impresion.

De pronto, y cuando se hallaban ya inmediatos á la morada de Benilda, sintió Baltasar que el niño le apretaba la mano y se detenia en medio de una frase.

—¡Tio, tio! prorumpió con alterados acentos: ¡Rita, Rita! añadió.

[redacted]

—¿Cómo, Rita? interrogó el capitan, parándose y mirando al niño.

—¡Que la he visto! contestó Ramirito con temblorosa voz y adhiriéndose lo más que podia á la persona de su tio.—Ha torcido por ahí, añadió, indicando una plaza por la cual acababan de pasar.—Es Rita. No me queda duda. Y me dió mucho miedo verla. Antes no le tenía tanto. Pero hoy, en cuanto la he visto, me he puesto á temblar.

—Te habrás equivocado...

—No, señor. Es Rita. Pero ella no me ha visto. Va con un hombre...

—¡Rita con un hombre!

—De muy mala facha... con su calzon de campo y una manta vieja, tan vieja, tan fea como él.

—Mucho has visto en tan poco tiempo.

—Lo ví todo más pronto por el miedo que me dió. ¡Rita aquí, tio Baltasar! Me da mucho miedo ahora de ella... más que ántes todavía. ¡Me pegaba tanto! Y no me dejaba ir á ver á Araceli; y, cuando Araceli me llamaba y me tiraba besos, me apretaba tanto el brazo que me lo ponia negro; y cuando íbamos á ver al tio Gaspar, le decia que yo era muy malo y que no sería nunca bueno. ¡Y

[redacted]

yo lo creia... hasta que Araceli me dijo que no!... y me enseñó el modo de no ser nunca malo... que consiste en mirar al cielo, en donde están mis padres, y pedir á Dios que me haga bueno para poder ir con ellos... Rita no me enseñó nunca nada de esto... ni nada parecido á lo que he aprendido con Araceli. No hacía más que reñirme y decirme que era de mala sangre y otras muchas cosas que se me habian ya olvidado, pero hoy, al verla, me he vuelto á acordar de ellas, resumió el pobre Ramirito, otra vez estremeciéndose al traer á su memoria las escenas de su pasada vida, que, comparadas con las recientes en que se habia encontrado, adquirian por la comparacion, doble carácter de amargura.

—Pues trata de no pensar en lo pasado, sino en lo presente, replicó el capitan tratando de apaciguar la alarma del pequeñuelo. Y no te vuelvas á acordar ni de la existencia de Rita... ¿Qué tienes tú ya que ver con ella? Y sobre todo, ¡un hombrecito que pretende, nada ménos que ser militar, como su tio, no debe tener miedo á una mujer!

Esta última frase reanimó á Ramirito. Mostróse á la altura de su infantil ambicion, declarando lleno de brio, que haria al pié de la letra lo que

[redacted]

su tio le decia; y, á esta conclusion llegado, y recobrando otra vez la tranquilidad, emprendió de nuevo su alegre é inocente charla, que no volvió á sufrir interrupcion hasta llegar á la morada de Benilda.

La baronesa, por lo general, salia poco de su dormitorio, en cuya estancia, sin embargo, no tenía costumbre de recibir á nadie, ni áun á su hermano político, con el que conservaba las más cordiales relaciones. Contadas eran las personas que la trataban, y á éstas las veia constantemente de ceremonia en su sala de recibo — el más humilde de los estrados, donde esperando, cómo estaba, la presentacion de su sobrino, se hallaba de antemano instalada, cuando le fué anunciada la llegada de éste, acompañado por su tio.

El niño, henchido como se hallaba de recuerdos agradables de Araceli, y preparado para encontrar en Benilda una fiel reproduccion de aquélla, apénas fijó sus grandes ojos en la figura marmórea que, como un espíritu ó un fantasma, con lentos y pausados pasos se dirigió al encuentro de él y del capitan, experimentó una sensacion muy semejante á la que le habia producido el inesperado encuentro con Rita.

[redacted]

Se le encogió el corazon, chocáronle las rodillas una contra otra y sintió que un instinto repulsivo contra aquella mujer se apoderaba de su alma. Adhirióse al capitan de tal modo, pegándosele á los faldones del uniforme, que casi desapareció de la vista de la baronesa. Obediente, sin embargo, á la voz de mando de aquél, que le ordenó que saludase á su tia, lleno de miedo y confusion, sin acertar á explicarse lo que aquella señora le parecia—si un sér viviente, un cadáver ó una sombra—se acercó á Benilda y levantó su rostro de serafin para recibir un beso de aquélla.

—¡Hermosa criatura! no pudo ménos de exclamar la baronesa dirigiéndose á su hermano político.

—Y muy valiente, añadió Baltasar con disimulada intencion, reanimando el espíritu del bambino, cuyas impresiones, no obstante de que hubiera tratado de desentenderse de ellas «en público», influian sobre él en aquel momento. Va á ser militar, y para ser militar es preciso no ser cobarde.

—Yo no tengo miedo á nada ni á nadie, prorumpió el huerfanito con la arrogancia de un Cid Campeador (en miniatura), mirando á Benilda denodadamente y luégo fijando sus verdes pupi-

las en el capitan, como para recibir la aprobacion de éste.

Baltasar le acarició la hermosa cabellera y Ramirito se animó...

—¿Tu tio Gaspar te querrá mucho? interrogó Benilda, dando á conocer con esta pregunta la pasion que vivia en el fondo de su pecho.

—No, señora, contestó el niño con brio, dando una muestra decisiva del denuedo y valentía con que era capaz de dirigirse á su tia. No me quiere nada. Ni Rita ni nadie me queria en aquella casa.

Benilda contempló con muda sorpresa á su hermano político, ínterin que éste, observando exclusivamente á Ramirito, punto ménos que soltó una carcajada ante la repentina trasformacion de aquel chicuelo.

—Pero, sentémonos, interpuso la baronesa, indicando un sitio en el sofá al capitan y señalando un taburete inmediato al niño. Hablemos con comodidad. Estoy mala, y apénas puedo tenerme en pié.

La conversacion se hizo ahora particular entre Benilda y Baltasar, mostrando aquélla el gusto que tenía en ver á éste, y al mismo tiempo la

[redacted]

extrañeza que le causaba el no haber contado con que fuese él el introductor del huerfanito.

Dióle el capitan, acerca de esto, las explicaciones que eran del caso, resumiéndo las que habia recibido de Garcés, sin omitir en sus referencias el interés de Araceli por el niño, y hasta aludiendo á la carta de recomendacion que Araceli habia dirigido á la baronesa.

Al llegar á este punto, Benilda paró al capitan.

—¡Escribirme Araceli! prorumpió con sardónica sonrisa. ¿A qué viene eso? ¡Tan pocos puntos de contacto como deberemos ya tener! Yo no le he de contestar... ¡Conduciria á tan inútil pérdida de tiempo el que reanudásemos nuestras antiguas relaciones! Díselo así á Garcés de mi parte: que estoy triste, enferma de cuerpo y de alma; que mis cartas—una sola que recibiese de mí—le caerian como un chorro de nieve sobre el corazon; que le repita esto á Araceli, pero que le diga tambien que conservo el recuerdo de la amistad que en un tiempo nos ligó, como se conserva un delicado perfume; oculto, guardado, punto ménos que sagrado... y que me perdone si no correspondo cual ella esperaria á la memoria tan inmerecida que conserva de mí; que, no obstante, por ella y

[redacted]

para ella, añadió Benilda con un esfuerzo visible, haré cuanto me pide; que viva tranquila, si su tranquilidad depende del bienestar del hijo del que amó y no ha olvidado todavía. ¿Puedo hacer más, Baltasar? Me expongo á grave riesgo en cumplir con su demanda.. Tú lo sabes mejor que yo. No importa. Para quien lo tiene todo perdido, poca diferencia ha de producir un adarme más de peso en la balanza cuyo equilibrio para siempre desapareció. Gaspar, continuó diciendo Benilda, bajando la voz por momentos para evitar que el niño se enterase del diálogo que se hallaba sosteniendo, creerá que acojo al hijo despreciado de su hermano por contrariarle. Que lo crea. Agrego un sacrificio más al cúmulo de los que el destino me ha impuesto. Apuremos el cáliz hasta las heces. No hablemos más del asunto. Díme lo que he de hacer, que os dejaré plenamente satisfechos.

—Ya lo sabía yo que no nos llevaríamos chasco, prorumpió el capitan instintivamente, asociándose con la tierna protectora de Ramirito. Se lo dije á Garcés, que no desconfiara de tí, que yo respondia del recibimiento que habias de hacerle.

—Baltasar, has sido siempre bueno conmigo: en mi desgracia no me has vuelto las espaldas, y mi

alma helada, muerta moralmente bajo el enorme peso de mis inmensas desgracias, conserva un resto de calor para agradecerte la fraternal compasion que no has dejado un momento de dispensarme. ¿Habia, pues, de negarte el primer favor que aunque tácitamente, haya sido, has venido á pedirme?

Benilda no pudo continuar: las lágrimas se lo impidieron.

El capitan se desconcertó. Perdia la brújula enteramente en casos de aquella especie; no sabía de qué palabras valerse para consolar y expresar su simpatía y animar á la pobre desterrada. Y, viniéndosele á las mientes el recuerdo de Rita y de los discursos que habia tenido costumbre de dirigirle, reprodujo las expresiones que en otra ocasion le hemos oido pronunciar.

— Sois icomprensibles las mujeres, exclamó; lo mismo las de alta prosapia que las de humilde esfera... Simples, babiecas, indescifrables. ¡Consumirse como os consumís, las unas de pena, las otras de despecho, éstas de celos, aquéllas de ansiedad... ¡Cuántas veces no le tengo dicho esto mismo á la pobre Rita, que es tan incomprensible como tú! Llora siempre su viudez, pero con un

[redacted]

furor desconocido para tí, y que, francamente hablando, añadió el capitan, me descompone algunas veces. Una pantera es más tratable que ella.

Benilda, al oir esto, se alteró, descomponiéndosele el semblante de tal suerte, que parecia cual si fuera á desvanecerse. Fijas sus cristalizadas pupilas, no en Baltasar, ni en Ramirito (que entre paréntesis sea dicho, cansado de aquel tan ininteligible coloquio, se habia levantado del taburete y asomado á la ventana para distraerse miraba al campo), sino en un punto determinado del estrado, allí, clavadas cual si descubriesen algun objeto oculto á la vista de los demás, pero perfectamente visible á la suya, permaneció un rato absorta, como petrificada ó entregada á un paroxismo, ó cual si se hallase atacada de catalepsia.

— ¿Te pones mala, Benilda? exclamó el capitan, á cuya atencion, por poco que ésta se fijase, era imposible que se le ocultara aquel estado. ¿Qué te ha dado? repitió Baltasar.

— Nada, nada, replicó la baronesa, volviendo en sí al oir las interrogaciones de su hermano político. Un mareo, sin duda. Estoy muy delicada, Baltasar.

— Hablábamos de Rita, ¿no es verdad? continuó aquél, cuya penetracion, como habrán ya tenido

[redacted]

ocasion de conocer nuestros lectores, no pecaba de excesiva, hiriendo de nuevo la imaginacion ó el corazon de Benilda con el reanudamiento de aquel asunto de conversacion.

— Me parece que sí, contestó Benilda, con un espasmo en su hermosa boca.

— ¿Sabes que la acabamos de ver? Es decir, el niño, segun dijo, la vió hoy al venir para acá. Ramirito, Ramirito...

El niño acudió solícito á la llamada de su tio.

— ¿Dices que has visto á Rita, que no te queda duda de que era Rita?

-- Sí, señor; ¡y tanto como era ella! La ví tan claro como lo estoy viendo á V. y á esta señora, añadió, ensayando otra vez su valor y clavando los ojos con denuedo en la baronesa.

— Tu tia: tienes que llamarla «tia», y no «señora» insinuó Baltasar. Tu tia, repitió, que ha prometido cuidarte y mirar mucho por tí, como si fuera Araceli. Ya verás cómo la llegas á querer tanto como á Araceli.

Ramirito no replicó: instintivamente pensó y sintió lo que sabia no era del caso decir, y se guardó bien de expresar su pensamiento.

— ¿Hace mucho tiempo que no ves á Rita?

[redacted]

inquirió el capitan, con el poco tacto que tenía, continuando la conversacion qne tan poco placer parecia proporcionar á su hermana política.

— Poco más ó ménos la edad de Ramirito, respondió Benilda, sin querer precisar la época con fijeza.

— Se me habia olvidado, prorumpió Baltasar; lo que sí tengo presente, es que se separó de vosotros colmándoos de maldiciones — lo mismo á tí que á Gaspar — ¡y lo que parece increible! — os colma de ellas todavía. Es tan tenaz como implacable; no hay quien la apee de sus convicciones, ni fuerza humana capaz de vencer su rencor. Se ha vuelto feroz, Benilda, te lo aseguro; y, en medio de la compasion que me inspiró la noche que la ví alejarse de la inmediacion de Gaspar, por lo que le pudiese afectar á él, celebré su marcha. No he vuelto á saber de ella desde entónces; y, á no ser por la seguridad con que lo afirma este chico, dudaria de que estuviese en Valencia. ¿Qué puede llamarle aquí la atencion?... ¡Aquí, en donde no puede ménos de encontrar los más amargos recuerdos!... ¡La incomprensibilidad del sexo!... No hay que darle vueltas, resumió Baltasar.

La conversacion se suspendió aquí; Benilda no

se ocupó en animarla, y el capitan, á poco de esto, observando por la marcha del reló que adornaba la consola de la sala, que era cerca de la hora de comer (segun la que habia fijado préviamente con Garcés) se despidió de Benilda, y dijo á Ramirito que hiciese lo propio.

La baronesa se mostró todo lo expresiva que le permitia su glacial manera de ser, al prometer á Baltasar que no omitiria cuidado ni atencion respecto de su recomendado, diciendo que le iria á ver á su colegio, ó que mandaria por él algunas veces; y despues, despidiéndose del niño con otro beso de hielo como el que le habia concedido al principio de la visita, evacuó el estrado.

El capitan y el niño, por el mismo camino que habian andado ántes, se volvieron á la presencia de Garcés.

Comieron los tres reunidos; comida, que, merced á las bromas del capitan con el valiente bambino (impresionado como se hallaba éste con su nada amena visita á Benilda, y la perspectiva de su tan inmediata separacion de los dos compañeros con quienes tan bien se encontraba) para animar su decaido espíritu infantil, adquirió alguna más amenidad de la que en la esencia tenía. Y, con-

[redacted]

cluida ésta, fuéronse asimismo los tres reunidos á cumplir con el objeto que les habia conducido á Valencia.

Orillado que fué éste, quedó el bambino aquella misma noche en el colegio en que su padre se habia educado; Garcés, encajonado en la diligencia que habia de trasportarle medio camino de vuelta á su casa, y el capitan y su asistente Anton, montados de nuevo en sus ya refrigeradas cabalgaduras, tomaron el camino de Murviedro donde se hallaban acuartelados.

[redacted]

[redacted]

CAPÍTULO X.

¡El Grao, el Cabañal, el Cañamelar!... ¿Puede darse algo más pintoresco, algo más poético que estos adyacentes, como se les puede llamar, de la encantadora ciudad del Cid? Campo por un lado, mar por otro, tan pronto lo uno como lo otro, á cada paso reproduciéndose el variado panorama... El Túria desembocando por un extremo, ávido de lanzarse en brazos del Mediterráneo... Este enseñoreándose de la Concha, amoroso besando las plantas de las infinitas alquerías situadas á sus orillas, que por el lado opuesto ostentan exclusivamente las galanuras del campo... jardines esmeradamente cuidados, llenos de odoríferas flores; arbustos de variado ramaje; lozanos y robustos árboles cubiertos de flor ó cargados de fruta... La mar, cuajada de buques, los unos anclados, los

[redacted]

otros próximos á darse á la vela, aquéllos cargando los frutos del país, éstos descargando los productos de lejanos climas; una lancha, á remo, cruzando de una nave á otra; otro barquichuelo, con su lona tendida á toda vela, airoso surcando las tranquilas ondas; aquí un grupo de pescadores disponiéndose á probar sus redes; acullá un peloton de marineros embarcándose con direccion á sus respectivos buques... Un poco distante de la playa, el paseo ó travesía, consagrada para el recreo del público... La escena es por demás animada y pintoresca, y en vano osaria nuestra pluma reproducirla con la fidelidad que quisiéramos.

El Grao, como puerto que es de Valencia—con una poblacion de tres ó cuatro mil almas—lo que basta para concederle con todo derecho los honores de pueblo—disfruta en todas las épocas del año de las prerogativas que se merece, siendo el conductor y trasportador de las riquezas que arroja y recibe en su regazo la soberana edetana.

El Cabañal y el Cañamelar, que forman la continuacion de aquél, aumentan en importancia durante los meses del estío, si bien hay que conceder que el mayor lucimiento de su belleza alcanza in-

[redacted]

distintamente á los tres puntos reunidos. Hállanse en su apogeo en la época del año en que los bañistas pueblan las alquerías; en que las flores, los arbustos y los árboles han alcanzado el completo desarrollo de su hermosura; en que la mar, cual si la complaciera la distincion que se la otorga, ó la envaneciera el alivio y solaz que con sus frescas ondas proporciona en contraposicion de los rigores de la canícula, henchida de satisfaccion, se muestra como nunca serena, tranquila y seductora... Empero, lo mismo en el estío que en todo tiempo, conserva aquel delicioso sitio, en mayor ó menor grado, perenne siempre, el carácter pintoresco que lo distingue; y de la justicia con que celebramos el espectáculo ofrecido por aquel adyacente, como hemos tenido á bien denominarle, de la ciudad del Cid, podrá el lector imponerse por sí mismo, á quien colocamos á vista de pájaro de la escena que sobre el fondo de aquel encantador paisaje va en breve á ocupar un lugar en nuestra narracion.

Nos hallamos en el Grao y en el balcon de una casa, con vistas sin límites sobre la gran extension de agua que domina. Es una casa humilde, señaladamente pobre, que en nada se parece á las alquerías que orillan el Cabañal y el Cañamelar.

[redacted]

En el Grao existen pocas habitaciones de carácter aristocrático. Hay fondas, paradores, infinidad de moradas para la generalidad del público, y muchas, la mayor parte de ellas, para la clase menesterosa, ó perteneciente á la marina.

La casa en que tenemos fija la vista, pertenece, á no dudarlo, ó cuando ménos, se halla ocupada por alguna familia de una de esas dos clases, que son en su mayoría las que constituyen los habitantes ó vecinos del Grao. Y con efecto, habitábala una viuda con su hijo, mozo de cerca de treinta años, la que, hallándose escasa de recursos para mantenerse, se ayudaba recibiendo huéspedes, como se puede suponer, de poco más ó ménos la misma jerarquía social que ella. Cedia á éstos las mejores piezas de su casa, y, como que en la principal de éstas se hallaba el balcon á que hemos aludido, y precisamente en la hora y momento en que mano á mano con nuestros lectores nos hemos colocado á vista de pájaro de la escena que vamos á pintar, se hallaba el dicho balcon ocupado, y ocupado nada ménos que por la persona actualmente hospedada con Soledad (la viuda); y la persona esta, apénas la han saludado nuestros ojos, ha sido reconocida como uno de los personajes más importantes de nuestra

storia, absorbiendo nuestra atencion por lo
ronto.

Ramirito Fenollar no se habia equivocado.

Rita, la viuda de Bruno, la nodriza que habia
do del niño, se hallaba efectivamente en Valen-
a, domiciliada en el Grao; y Rita era la huéspeda
tual de la viuda. Echada de bruces sobre el bal-
on, no hemos tardado un segundo en identificar-
, no obstante haber sufrido su apariencia perso-
ıl una marcada variacion.

La nodriza ha adelgazado considerablemente;
estado enferma, gravemente enferma; hace poco
e se ha acabado de reponer, y descubre todavía
su persona los estragos del mal que la condujo
orde del sepulcro.

a historia de Rita, desde la noche en que salió
ı mansion solariega del baron de Fenollar, se
ne en las siguientes palabras.

objeto, sin propósito, sin direccion, anduvo al-
s dias errante como una peregrina; tan pronto
endo en un sitio como en otro; con la misma
ad pasando el dia y la noche al aire libre
bajo techado, vagando de pueblo en pueblo,
lo lo que no hallaba: reposo y tranquilidad.
uria de las pasiones ofuscaba su razon, y
se señoreaba más de su naturaleza.

[redacted]

Ociosa, sin plan ni objeto determinado, sin pensar más que en el odio y los rencores, la sed de venganza que este odio, incesantemente alimentado y fomentado, procreaba cada dia con mayor intensidad, hacía girar cual la fiera que olfatea sangre, en torno de las Euménides de su furor, sedienta sólo por desahogar el veneno de sus iras implacables.

El mal trato del pobre Ramirito, la hostilidad ejercitada contra el baron de Fenollar, su animosidad contra cuantas personas tenía á su inmediacion, habian servido de pasto á Rita durante los años que, bien ó mal de su grado, habia permanecido bajo el albergue de la mansion solariega... y habian entretenido el torcido encono de su alma...

Pero, al desaparecer aquel entretenimiento y sobrevenirle el nuevo rigor del altivo baron en expulsarla (como pudiera haber practicado con un malhechor) de la casa en que habia nacido y se habia criado, de la manera que lo hizo, sucedió lo que era de esperar.

Las pasiones de Rita se desbordaron, y el primer efecto de esto fué sucumbir la parte física á la violencia de la excitacion moral. Rita estuvo tan mala, que las pobres gentes con quienes se hospe-

ba en los dias aquellos en que la enfermedad se sarrolló, la dieron por muerta.

Era jóven y fuerte, y la juventud y la fortaleza unfaron al fin de los embates de la muerte. La nvalecencia de aquel mal fué larga y penosa, nto más, cuanto que Rita, con la resucitada acerbacion de sus pasiones, que, á medida que rendida naturaleza iba recobrando fuerzas, á la z con ésta se robustecian tambien, entorpecia la archa de aquélla. A pesar de ello, llegó la hora l completo restablecimiento, y Rita volvió al al estado de salud de que habia siempre disfruo, y tambien con centuplicada fuerza y volun-á aquel estado moral de acre contemplacion y vescencia que habia llegado á constituir la sa-le su ser.

este estado, soñó una venganza—fraguó un abrigó un propósito, tomó una direccion, se un objeto—y procedió á ejecutarlo. Para rlo se dirigió á Valencia, y, para llevarlo á on mayor sigilo y cautela, en vez de esta-: en la ciudad del Cid, se fijó en el Grao. sualidad la condujo á la morada de la viuda, iéndole bien el módico precio que ésta re-por el hospedaje, aceptó aquella guarida.

[redacted]

Cedióle la viuda, como tenía costumbre de hacer, las mejores habitaciones de su casa; y aquí instalada Rita hacía unos quince dias, la sorprendemos, como ya hemos dicho, echada de bruces sobre la balaustrada del balcon, en la tarde del dia siguiente á aquel en que la reconoció Ramirito no léjos de la mansion de la baronesa de Fenollar.

Rita miraba el mar; distraida con la animada escena que delante de ella se representaba, ó tal vez absorbida por las imágenes de su mente... el caso es que se mostraba por completo preocupada; y que, no obstante las frases que de vez en cuando le eran dirigidas desde el interior de la habitacion á que correspondia el balcon, no sólo no contestaba á ellas, sino que, aparentemente, ni escuchaba palabra de lo que se le decia.

La persona que le hablaba se incomodó al fin, perdió la paciencia para hablar en balde, y apelando al recurso que tenía á la mano, se reunió con ella en el balcon.

Era este un hombre que contaria lo más algunos treinta años, ancho de hombros, fornido, cuadrado, de fuerzas hercúleas, á juzgar por la aparente fortaleza de todo su cuerpo, cuya tosca fisonomía era tan repulsiva como el conjunto de

su figura. Mal vestido, en mangas de camisa, y con el chaleco tan mal prendido que se le descubria el velludo pecho—semejante al de un oso—mal calzado, con unas alpargatas viejas y destrozadas, y el ceñido calzon con sus botines en igual estado, y con una barba lo ménos de tres dias de crecida, contribuia el desaliño de su persona á aumentar el carácter antipático de su presencia.

Era el hijo de la viuda con quien se hospedaba Rita, Marcial, el mozo de peores antecedentes que se conocia en el Grao—el Roder como se le apellidaba *sotto voce*—cuya hoja de servicios resumia *méritos* tan reconocidos, que, á haber representado la justicia el papel que le correspondia, no hubiera llegado el caso de que representase él (Marcial) el más insignificante en nuestra presente historia.

—¡Vaya una mujer desdeñosa! prorumpió este personaje que acabamos de presentar ante la consideracion de nuestros lectores, echándose de bruces, como lo estaba Rita, sobre la balaustrada.

—¡Desdeñosa!

—¡Pues no que no! Media hora hace que te estoy hablando, y como si le hubiese hablado á la mar...

—No habia oido á V. Le contesto á V. siempre que me habla.

—No faltaba más sino que me dejases siempre sin respuesta, como hace un rato lo has estado haciendo.

—Marcial, que no me gusta que me tutée V.

—Ni á mí que me hables de V. A ver quién puede más. A mí no me metes tú miedo.

—Ni V. á mí, replicó Rita.

—Ya lo sé; ni quiero. Yo no quiero más que servirte y darte gusto. Eres demasiado hermosa para pensar en nada más. Y eso, que ya sabes lo bravío que soy. Pero por tí, Rita, me dejaria partir en rajas.

Rita clavó sus negras pupilas en el hijo de la viuda, con una expresion de tan supremo desdén, que éste retrocedió algunos pasos de su lado.

—Ya te he dicho, exclamó el Roder con marcada intencion, soltando esta frase como en respuesta de aquella severa mirada, que á mí no me metes tú miedo... Y cuando me miras de ese modo siento que la sangre me hierve... Rita, no me mires así... que soy hombre al agua...

—Pues no me requiebre V.; que los amores y las flores acabaron para mí.

El Roder se sonrió á ocultas y á expensas de la nodriza.

El Roder habia tenido fortuna con el bello sexo, y era, por consiguiente, orgulloso. Encerraba una absoluta confianza en sus atractivos, y no desconfiaba de su poder.

La historia privada de Marcial era un digno apéndice de su vida pública; y, á no haber Rita prostituido, con las demás condiciones que le pertenecieron, hasta su dignidad personal, el aprecio de sí misma deberia haberle bastado, con la mala fama tan extendida de aquél, para no haberse jamás domiciliado bajo el mismo techo que él.

En la actualidad, érale todo indiferente á aquella desdichada mujer; más aún: con tal de alcanzar sus fines, hubiera aceptado cualquier género de circunstancias; y es más que probable que el hijo de la viuda se habia penetrado de esto, y contaba con ello para más tarde ó más temprano, alcanzar el apetecido triunfo.

Entre tanto, el Roder dejaba correr la bola, como vulgarmente se dice, y, en conformidad con esto, contestando á la frase de Rita, que estuviese tranquila, que por aquel dia al ménos no la volveria á requebrar, siguieron hablando con la fami-



liaridad que cierta analogía, si no de ideas, de carácter, habia desde el momento de conocerse establecido en su trato.

—Ya sabe V. dónde está la casa; ya sabe V. cuál es y lo que tiene que hacer. Dí con ella enseguida; me acordaba que era una casa para pobres que tenía el señor, y que en aquellos tiempos en que la señora la echaba de caritativa, se empeñaba en que el señor la diese de balde; íbamos las dos á llevar limosnas á las gentes que la habitaban. Bien lo ha pagado con el señor: ¡tan soberbia, tan orgullosa como era! ¡Metida en esa casa miserable!... Para una gran señora como ella, es una choza...

La nodriza se habia franqueado con Marcial, y el Roder se habia convertido en el confidente, fomentador y auxiliar de su ilimitado odio. Rita habia encontrado el eco de su extraviada alma, y la sed de su torcido corazon prometia saciarse por completo.

Entre tanto, saboreaba con anticipacion la venganza proyectada, deseada, anhelada...

Marcial, para halagarla y porque correspondia en ese terreno á cuanto pudiese exigir de la simpatía el furor más exagerado, entretenia el curso del tiempo hablando constantemente con ella de



[redacted]

sus ofensas—inmensas habian sido éstas, es muy cierto—de las injusticias que le habian sido impuestas, crueles é inmerecidas; pero de las cuales Rita, en vez de sacar provecho y ofrecerlas como holocausto de sus propias faltas, como expiacion oblatoria ante el Calvario que rescató á la especie humana, tan ingrato producto extraia; y él, de este modo, congraciándose con la nodriza, habia establecido entre ellos la mejor armonía.

Marcial era audaz, era atrevido, y desgraciadamente en esta sociedad, lo mismo en las altas clases, que en las medianas y en las humildes, la audacia y el atrevimiento usurpan un lugar preferente.

De ahí el que el hijo de la viuda se abrogase con la mayor facilidad derechos y prerogativas que en el terreno de la equidad, de la razon, y sobre todo de la moralidad, bajo ningun concepto deberian de haberle pertenecido, y el que Rita—una de tantas personas en quienes, como hemos dicho, ejercen la audacia y el atrevimiento ese prestigio á que nos hemos referido—cediese al del Roder.

Quince dias, tan sólo, hacía que se conocian, y hacía ya ocho que eran amigos.

[redacted]

Rita, cuya aspereza de carácter, principalmente desde que quedó viuda, le habia enajenado el afecto, la simpatía, la benevolencia de cuantas personas habia tenido á su inmediacion en la casa solariega del baron de Fenollar, cuyo desabrimiento habia llegado á ser proverbial en aquella comarca, y que parecia haber declarado la guerra al género humano, sea dicho en honor de la verdad, cedió no sólo instintivamente al prestigio de Marcial, sino que fué blanda con él hasta donde su carácter se lo permitia, porque comprendió lo que Marcial era, el partido que de Marcial podia sacar y la necesidad que tenía de él, ó de una persona semejante para alcanzar el logro de sus fines.

Con esto queda explicado el secreto de la amistad que los ligó. La nodriza confió á Marcial la historia desgraciada de su vida, y, haciéndole dueño tambien de las intenciones que abrigaba, habíale ofrecido el Roder su cooperacion, que Rita habia aceptado con efusion.

Las pasiones ciegan. A no haber sido así, ¿cómo era posible que Rita se hubiese entregado á merced de aquel tan desacreditado como peligroso cómplice?

[redacted]

Marcial, desde su niñez, habia llevado una vida airada, á ejemplo de la que llevó su padre, cuyas fechorías le hicieron célebre en la Ribera. Su madre, con la màla educacion que le dió, cooperó á perfeccionar la perversa organizacion de aquél; y como puede suponerse, el hijo del Roder, que á su vez fué tambien conocido por el mismo apodo que distinguió al digno autor de sus dias, fué una segunda edicion corregida y aumentada de éste.

Sus hazañas sobrepujaban á cuantas habia ejecutado aquél, provocando el carácter grave de ellas, así como su frecuente repeticion, la persecucion y vigilancia contínua de la justicia. Marcial y su madre, que, despues de haber contribuido por su debilidad é ignorancia á perderlo, se habia convertido en celosa encubridora de los delitos de su hijo, habian pasado la vida como unos fugitivos, constantemente cambiando de domicilio, recorriendo, no sólo los pueblos todos de la Ribera, sino la mayor parte de los comarcanos á Valencia, hasta que, por último, pareciéndoles que en ningun punto podrian establecerse con mayores ni más fáciles medios para contravenir á la persecucion de que con tanta frecuencia eran objeto, se fijaron madre é hijo en el Grao, en donde habia

conseguido, el primero, adquirir la misma «buena» fama que habia dejado donde quiera que habia permanecido.

¡Y éste era el hombre con quien tenía Rita contraidas aquellas relaciones—relaciones de complicidad más que de amistad—cuyos servicios se proponia la nodriza pagar con oro (el dinero que aún conservaba de sus ahorros) y que el Roder abrigaba el propósito de cobrarse con el amor que se habia propuesto á todo trance obtener!

La pareja, en el balcon, seguia conversando sobre el mismo tema que mereció aquellas breves frases de la nodriza, y daban tan señalados indicios de la complicidad planteada ya entre ella y Marcial.

—¡No haberlo pensado ántes! exclamó Rita, reanudando el diálogo, sin esperar la contestacion del Roder. ¡Haberla dejado vivir tranquila por tantos años!... ¡Mil veces más culpable que él como era!... ¡Falsa, engañadora, serpiente, que nos asesinó á los tres!—¡porque esto no es vivir, Marcial! ¡vivir rabiando como vivo yo!—¡Si tuviese á mi hijo siquiera! prorumpió Rita con excitacion. Pero no: ¡heridos los tres, perecimos los tres reunidos! ¡Y ella vive!... Castigada por su marido,

castigada en su orgullo, en el lujo y la grandeza. Pero ¿lo está en su corazon, como me castigó á mí? No: mil veces no. Debia ser madre algun tiempo despues que yo... fruto legítimo de su matrimonio, Marcial; lo sabía yo bien. ¡Já! ¡já! ¡já! rió Rita, con una risa sardónica que hubiera honrado al espíritu de las tinieblas. Lo podia yo jurar como nadie. Supe el júbilo que experimentó con el primer latido del amor materno... igual al que tuve yo. ¿Será madre tal vez? ¿Naceria con vida la criatura? ¿Disfrutará del amor que me robó á mí?

Los ojos de Rita despedian chispas al llegar á esta parte de su discurso; hervíale el pecho cual le pudiera hervir á una leona enfurecida: crispábansele los dedos, y cual una pantera, rugia sordamente.

—Usted no sabe, Marcial, lo que es para la mujer el amor de madre: ¡la sola idea de la maternidad! prorumpió, despues de haberse abandonado por unos momentos á aquel violento desahogo.—Si V. lo supiera, trabajaria por mí con aumentado ahinco.

—Cuanto quieras, Rita, interpuso el Roder; *cuanto* quieras, repitió, estoy dispuesto á hacer *por tí*. Te lo he jurado ya.

[redacted]

—Cuento, pues, con V.; y, si consigo mi objeto, ¡cuánto tengo en el mundo se lo cedo!

El Roder se volvió á sonreir á ocultas, y á expensas de la nodriza.

—¿Qué se me importa la vida despues? continuó diciendo Rita. Seis años como los que he pasado, no los he de volver á pasar, por mal que los pase. Venga lo que viniere, con tal de vengarme: moriré satisfecha, aunque muera en la galera, en garrote.

El baron, prosiguió diciendo, desahogando sus sentimientos é ideas por entero en los atentos oidos del enamorado Marcial, tiene bastante con el niño—le aborrece de muerte—y con la memoria de su deshonra. ¡Qué placer, Marcial, pensar en su bochorno!... ¡Tan orgulloso como era, y tanto como la queria! ¡Quién mejor que yo sabía cuánto la adoraba! Fiera como siempre ha sido, se volvia manso cordero sólo con que le mirase con sus ojos de turquí, sólo con pasarle la mano por sus rizados cabellos... La quiso todavía lo mismo, con el delito encima. ¿Que pasó despues, Marcial? Es lo que nadie ha sabido. Quedó entre los dos la verdad de lo que yo sabía; y la repudió en vísperas de ser madre de un hijo suyo ¡suyo! ¡Já! ¡já! ¡já! volvió á reir Rita, con la misma risa

[redacted]

sardónica de ántes, risa que helaba la sangre. ¿Vivirá la criatura, Marcial? ¿Será madre? exclamó Rita, interrogando á Marcial.—A V. le toca averiguarlo. Y, si lo es, Dios la ampare, ¡porque lo que es la viuda de Bruno no tendrá misericordia!

Al articular estas palabras, dirigió Rita brazos y ojos al cielo, clavó en el azul sus negras, implacables pupilas, y permaneció callada, completamente abstraida por las imágenes que le cruzaban por la mente.

Marcial la contempló lleno de admiracion, y disminuyó la distancia que los separaba en la balaustrada.

La situacion era propicia... lo hubiera sido para cualquier hombre ménos experimentado que Marcial. Pero Marcial no se arriesgaba jamás en balde, y Rita estaba segura.

La salida de la luna, cuyo disco dibujó un círculo de plata sobre el mar, contribuyó á equilibrar la posicion.

Marcial estaba rara vez ocioso; no era hombre para sacrificar lo más á lo ménos; y, siendo sus quehaceres de más fácil desempeño bajo la custodia de la noche que á favor de la luz del

[redacted]

dia, Rita, apénas volvió del ensimismamiento que la habia dominado, le recordó la hora en que vivian.

El Roder no necesitó de segunda indicacion.

No le seguiremos los pasos. Váyase en buen hora, sin necesidad de nuestra compañía, adonde lo conduce su negra estrella; que no es nuestro propósito consagrar más atencion de la indispensable á la vida y aventuras de aquel hombre, ni ocuparnos de él sino cuando lo exija la ilacion de nuestra historia; y, así, séanos permitido volverle las espaldas por ahora, y quedémonos por un rato todavía en la compañía de Rita.

Esta, á poco de separarse el Roder de ella, penetró en el interior de la habitacion.

No obstante la posicion aérea que ocupamos (de la cual no se habrán olvidado nuestros lectores), seguímosla con los ojos del espíritu, y observamos lo siguiente: que desde una de las puertas de aquella estancia ha sido pronunciado su nombre; que Rita, en contestacion á aquella llamada, se dirige á una estancia contigua, y que, al comparecer en ésta, se encuentra con una mujer, y una mesa dispuesta para cenar.

La mujer era Soledad, la madre de Marcial; la

[redacted]

cual, en su apariencia personal, representaba el tipo perfecto de una gitana vieja.

Alta, enjuta, curtida la oscura piel por efecto de la vida errante y trabajosa que habia llevado, primero siguiendo los pasos de su marido, y luégo los de su hijo; mal vestida, llena de harapos y de mugre, sus blancos cabellos enmarañados, mal prendidos con un peine de asta; su rostro, cuello, brazos y manos proclamando á voces el poco contacto con el agua, hubiera sido imposible encontrar un conjunto más marcado de desaliño y desaseo.

La habitacion en que se hallaba preparada la cena, formaba un digno apéndice de la viuda, y era tan inclasificable en su categoría, como indefinibles los diversos objetos que contenia, los cuales podian tan fâcilmente haber pertenecido á un comedor, como á una cocina ó á un lavadero. ¿Cómo Rita podia vivir en tanto desaliño?

En un extremo, veíase un hornillo con los utensilios más indispensables para guisar; pero ninguno en buen estado: los pucheros sin asas; las cazuelas rotas; las sartenes, unas sin mango, y otras, en un estado indescriptible de deformidad; cada objeto colocado á su modo y en diferente

sitio. ¿Cómo Rita se mantenia con lo qu condimentaba?

En otro límite de la habitacion se veia tesa; no léjos de ésta un cajon, con un lleno de agua sucia encima, cargado éste peloton de ropa á medio mojar, que, á juz el olor que despedia, haria lo ménos tres hallaba en aquel mismo estado. La tabla c respondia al barreño rodaba por el suelo; y pañaban á ésta tal coleccion de chismes co mente inclasificables, y que por todas par truian el paso, que se necesitaba tener conocimiento del terreno para no naufr medio de aquella masa heterogénea de ob barro, madera, loza y cristal, que pululal todos lados.

El desórden, el desaseo y la confusion, sentados sus reales en la casa de la viud esto lo decimos todo. Todo aquello rep invenciblemente á Rita, y, sin embargo vivia allí.

Un velon colocado en el centro de la preparada para cenar, alumbraba la esta permitia distinguir con facilidad la calidad viandas que se hallaban dispuestas par efecto. Estas se componian de una caz

[redacted]

arroz, lo peor hecho posible, y una fuente con verduras, de una apariencia tan poco apetitosa como aquél. Una garrafa con agua, un jarro con aguardiente — indicio irrefragable de que la viuda no desperdiciaba las libaciones *confortativas* — y los correspondientes avios para disponer de aquellos ingredientes, lo mismo de los sólidos que de los líquidos, completaban el *armamento* para el dispuesto festin.

Dos sillas desvencijadas, colocadas á los dos extremos de la mesa, indicaban el número de personas que habian de participar de él, y, ocupando éstas respectivamente la viuda y la nodriza, no obstante lo que más arriba hemos dicho acerca de aquel parco y nada bien condimentado refrigerio, le hicieron aquéllas los correspondientes honores, al principio en silencio, despues sazonándole por una y otra parte con algunas observaciones. ¿Cómo Rita podia avenirse á todo aquello?

— Marcial se ha ido sin cenar esta noche, y yo tengo la culpa, dijo Rita.

— ¿Tú, chica? interrogó Soledad.

— Sí, señora: le entretuve en conversacion; se le fué el tiempo... y, como tiene costumbre de salir de noche...

[redacted]

— Y de dia, interrumpió la viuda con presteza: siempre que le cuadra, puede salir con entera libertad... lo mismo de dia que de noche, recalcó Soledad con marcada intencion. Marcial no tiene motivo para vivir oculto ni para taparse la cara. Si hemos andado siempre de ceca en meca, es porque yo he querido, porque á mí me ha gustado... no porque hayamos tenido necesidad.

— Lo supongo, accedió Rita con una disimulada sonrisa.

La viuda adoraba á su hijo — era el único punto luminoso en el oscuro fondo de su degradadacion — al hijo que habia salido de tan mala ralea; al que su ignorancia habia contribuido á perder; al hijo que no habia cesado de darle pesadumbres desde sus primeros años...

La carrera de Marcial habia sido la que puede suponerse en un hombre que ántes de contar los treinta años, habia cumplido dos condenas y eludido por repetidas veces la merecida accion de la justicia; pudiéndose atribuir esto último, no sólo á la vigilancia, al cuidado y la astucia con que vivia, sino más eficazmente aún al miedo que infundia.

La viuda habia vivido mártir de las fechorías de Marcial — no en un sentido moral; era in-

[redacted]

capaz de esto, si rebajamos la sensacion medrosa que experimentaba en tratándose del peligro que su hijo podia correr — y, sin embargo, jamás por un momento habian las maldades de aquél logrado entibiar su cariño, ni disminuir el celo con que, constantemente alerta, le defendia y encubria, no perdiendo por un momento de vista, ni áun en el seno de la intimidad, la seguridad de aquel engendro malo.

En la respuesta que ha concedido á la observacion de la nodriza, se ha visto una prueba patente de esto.

— Marcial, continuó diciendo la viuda, reanudando la conversacion, ya sabes que no siempre cena en casa; porque, como es natural, prefiere muchas veces pasar la noche en la compañía de sus amigos.

— ¿Y quién ha dicho otra cosa? dijo Rita.

— Y además, prosiguió Soledad, sigue mis consejos: yo quiero que se distraiga.

— ¡Si no tiene nada de extraño! replicó Rita. ¡Es lo que hacen todos los hombres!

Soledad, al parecer, se tranquilizó con estas últimas frases de Rita: desaparecieron sus recelos (los recelos tan fácilmente despertados), y, habiendo ya concluido de cenar, retiróse la nodriza

á la habitacion destinada para su uso, y Soledad á estar en acecho de su hijo, á esperar inquieta y alarmada el regreso de éste, no teniendo costumbre de recogerse hasta haber regresado Marcial de sus nocturnas correrías.

[redacted]

CAPÍTULO XI.

—Pero, ¡ni una letra, Jorge!... ¡Ni siquiera un par de renglones!

—¿Qué quieres? Se ha vuelto rara, muy rara; y creyó sin duda que te dejaria más satisfecha con los tiernos mensajes que te envió por medio del capitan. Baltasar los aprendió de memoria, con mucho trabajo, segun me dijo, pero no olvidó ni una sílaba: me lo aseguró. Díjole, que me dijese de su parte, para que yo á mi vez te lo dijese á tí, lo que ya te he dicho: que estaba triste, enferma de cuerpo y de alma; que sus cartas, una sola que recibieras, te caeria como un chorro de nieve sobre el corazon. En fin, lo que ya sabes, y no tienes motivo para quejarte. Una carta hubiera tal vez expresado ménos que las cariñosas frases que te he repetido; una carta, es posible que no

[redacted]

te hubiera concedido mayores seguridades respecto del cuidado y vigilancia que promete ejercer sobre Ramirito; una carta no hubiera dado mayor ni menor fuerza á la memoria que parece conservar de tí, ni el deseo que le ha manifestado á Baltasar de complacerte.

—Es muy cierto lo que dices; pero tambien lo es que, al dejar de contestar á mi carta, me manifiesta bien, y terminantemente, la oposicion que conserva á reanudar la amistad que en un tiempo nos ligó, á restablecer nuestra interrumpida correspondencia. ¡Con tanto gusto como me entregaria yo á ella! ¡Y confiada como estaba en que Benilda acogeria con igual complacencia el reanudamiento de nuestras relaciones! ¡Nos entendíamos tan bien, Jorge!

—Las personas varian, hija mia: las circunstancias ejercen una irresistible influencia sobre la manera de ser de los individuos; y del mismo modo que los años y los diversos acontecimientos de la vida las transfiguran, como si dijéramos en su parte física, así de igual manera ocurre con la parte moral de cada uno.

—¡Yo no he variado, Jorge!

—Es muy cierto, hija mia, que eres la misma angelical criatura que niña corrió por estos suelos;

[redacted]

es más que cierto, que tu pura y bondadosa alma destella aún la misma clara luz que despedias en los albores de tu vida. Pero esto sucede pocas veces, Araceli mia. La tuya ha sido una vida ejemplar; una vida limpia como el cristal, una vida que ha tenido sus padecimientos, sus dolores; porque ¿qué sér nacido deja de experimentarlos?... pero dolores libres de reproches, dolores exentos de amargura y del inmenso peso de la acusacion de la conciencia. Has tenido tus pasiones, las tienes todavía; pasiones llenas de ternura y sentimiento; pasiones encaminadas al mejor fin; pasiones de las cuales no has tenido, ni puedes tener jamás, motivo para abochornarte; pasiones, con las que puedes presentarte en el postrero dia ante el Juez que te llamará para sentenciarte, y cuyos ecos, cuyas mismas lágrimas y sollozos, abogarán por tu entrada en la mansion celeste. Araceli, ¡bienaventurada mil veces la vida que ha corrido sin mancilla! ¡Bienaventurado mil veces el sér que, cara á cara con su conciencia, como dos amigos fieles que se encuentran al término de un viaje, pueden recíprocamente estrecharse la mano sin que la más imperceptible sombra empañe el lustre de su armonía! Estas existencias, hija mia, disfrutan de privilegios que sólo á ellas les son conce-

didos; los dolores, las penas, las mortificaciones, las contrariedades, se estrellan en vano, contra el escudo que sus inmaculadas conciencias les oponen... El desborde, la mala direccion de las pasiones; en resúmen, las malas pasiones son las que desfiguran al que ciego se ha entregado á su influencia; son las que producen efectos tan perniciosos, consecuencias tan trascendentales como las que deploras en la que fué tu amiga. No la podrias ya entender, habrias dejado de comprenderla; no te lamentes, pues, de la barrera que interpone entre vosotras. Ella se conoce, y te recuerda tal como eras, tal como comprende que deberás conservarte; y, porque se conoce á sí misma y te recuerda á tí, obra de la manera que lo hace. Cumplirá, no obstante, con la promesa que nos ha hecho; de eso puedes estar bien segura; la juzgo aún bastante recta para no desconfiar de sus palabras; consuélate con esto.

—Me basta y me sobra ¡con tal que ese angelito encuentre una parte del calor que yo quisiera prestarle! exclamó Araceli con fervor.

Como el lector habrá colegido, el precedente diálogo era sostenido por el administrador y su hermana, los que, á pesar de haberse ocupado re-

[redacted]

cíprocamente cuando Garcés regresó de su viaje á Valencia, con toda latitud y expansion de cuantas circunstancias se referian ó ligaban con la instalacion de Ramirito Fenollar en su colegio, debatian con frecuencia los diversos incidentes que se relacionaban con aquel asunto.

Los hermanos paseaban mucho reunidos, y, como durante los largos paseos que daban por los variados y cultivados campos, y aquellos hermosos plantíos que embellecian la comarca en que vivian, disfrutaban de mayor libertad para expresarse que en la presencia de su buena madre, cuyo limitado cerebro encerraba (no necesitamos recordarlo de nuevo á nuestros lectores) la más reducida cantidad de ideas, ó, para expresarnos con mayor exactitud, en cuyo meollo apénas tenía cabida una idea bien compaginada, era durante uno de esos agradables paseos á que nos referimos, y por cierto, una mañana bien temprano para poder gozar más de lleno de las bellezas primaverales, cuando se efectuaba la conversacion á que nos referimos.

—Ramirito, continuó diciendo Araceli, representa para mí dos distintos sentimientos que...

—Bien pensado, interrumpió Jorge sonriéndose, constituye uno solo. ¡Pobrecita mia!

—No lo creas, replicó la hermana del administrador. ¿Amor por su padre? ¿El recuerdo imperecedero de Ramiro? Un sentimiento es ese; el otro es el de la compasion. Mi corazon rebosa ternura por cuantos objetos conozco... por todo lo que tiene vida; y esa ternura se aumenta á medida que las distancias se van estrechando. ¡Soy tan feliz queriendo, Jorge! prorumpió Araceli. ¡Tengo tal necesidad de querer! No me ocupo de si se me quiere ó no. Esto es raro: ¿no es verdad, Jorge? inquirió, apelando al superior juicio de Garcés.

—Desconoces el egoismo en absoluto; lo mismo el material que el moral; contestó el administrador, analizando aquella manera de ser que se conservaba tan pura y libre de todo sentimiento interesado.

El administrador era no ménos bueno que Araceli, y se descifraba á sí mismo al descifrarla á ella.

Jorge habia tenido poco roce con el mundo; poseia, no obstante, por intuicion, un profundo conocimiento del corazon humano; perteneciale una condicion que ignoramos si ha sido definida y acertadamente analizada por álguien más apto que nosotros; la perspicacia intelectual, cosa muy diferente de la perspicacia material, cuya condicion

[redacted]

representa uno de los dones más indispensables para venir en conocimiento, tanto del propio corazon como del ajeno.

La perspicacia no se aprende ni se adquiere; más todavía: el que la posee no sabe ni explicarla. Es como el don de la poesía, que nace con el individuo. Pregúntesele á un poeta por qué hace versos, en qué consiste el ser poeta, y su contestacion será la más ramplona y poco satisfactoria del mundo: os contestará que es poeta porque lo es, y que hace versos porque los hace.

Lo propio sucede con la perspicacia. La perspicacia ve el interior, el propio y el ajeno, claro como la luz del dia, y lo penetra con la viveza y rapidez del relámpago al atravesar el espacio. Pregúntesele el procedimiento que emplea; interróguesele acerca de las bases en que se apoya... Os contestará como el poeta, poco más ó ménos, empleando, si no las mismas frases, formas análogas. Esto ó aquello «es» porque es; esto ó aquello «veo» porque lo veo.

La lógica de la perspicacia existe; deberá existir; la existencia de ella, empero, no depende de la lógica razonada, ni de la conjetura; depende exclusivamente del golpe de vista moral; golpe de vista para el cual se necesita poseer en iguales propor-

ciones inteligencia, imaginacion y corazon; y, como la reunion de estas tres condiciones rara vez se encuentra en un mismo individuo, de ahí la escasez de la perspicacia moral, y la inmensa superioridad—sobre todo si ha de empleársela con buen fin—que la persona dotada con ella ejerce sobre los demás.

Jorge la poseia en eminente grado, y esto explica el porqué con tan maravillosos resultados trabajaba en pró del señor á quien servia, enderezando los entuertos de éste, dulcificando las asperezas que prodigaba, y, en resúmen, de tan prodigiosa manera se ganaba la voluntad de cuantas personas le trataban.

Araceli le contemplaba como á un semidios; le consultaba y escuchaba como á un oráculo, y le profesaba el más acendrado afecto. Jorge, en cambio, era el padre, el hermano, el amigo, el todo de su dulce hermana, y la pareja estaba, con justicia, tan generalmente amada como respetada y considerada en toda aquella comarca.

No habia un arrendatario del baron, un colono, un bracero, que no se regocijara al encontrarse con ellos en aquellos paseos que daban; que no los saludaran con el mayor cariño; que de un modo ó de otro no les manifestasen su simpatía; y el her-

ıano y la hermana, tranquilos, viviendo aquella ida exenta de ansiedades é inquietudes, felices ı sí mismos, y más felices todavía con los testiıonios de afecto que se les dispensaban, disfrutaan de un bienestar muy superior á cuantos en el ran teatro del mundo pueden proporcionar los laceres, ni ninguno de los elementos de que cree hombre disponer poniendo en juego las más renadas pasiones.

Dulce y placenteramente se les deslizaba la vida aquellas dos privilegiadas criaturas, sin echar ıda de ménos en el retirado rincon donde vivian; si bien sentia el administrador el inmediato so de la posicion más que dependiente—punto nos que abyecta—que ocupaba al lado de Gas- Fenollar, abrumábale ménos, con mucha dincia, de lo que hubiera abrumado á cualquier hombre.

n cuanto perdia al baron de vista, encontrá- Jorge al lado de Araceli, tan llena siempre de ɔ y de previsores cuidados, en la presencia de ena madre, no obstante lo vacía de sentido ıta era, rica, poderosa en amor para él; y ı por do quiera que dirigia los pasos, afecto, , consideracion: se paseaba con Araceli, ıcho, cuidaba las flores de su jardin, bien

[redacted]

solo ó acompañado por su hermana, ejercitábase en no pocas obras de caridad; sobre todo, examinaba la página de su vida, y, al verla tan limpia, sin que la más imperceptible tacha empañase el puro lustre de ella, sentíase Jorge por completo dichoso.

—¿Y crees tú, dijo Araceli, prosiguiendo el diálogo, cuya reproduccion suspendimos hace unos momentos para dar lugar á las precedentes observaciones, que si el baron llega á saber que el niño ha ido á parar á manos de Benilda no se incomodará con ella, y tal vez con nosotros?

—No lo temo, ni por un segundo. El baron, con tal de no tener el cargo inmediato de Ramirito, con tal de no verlo, se abstendrá de formar causa á nadie que lo releve de tan penosa obligacion. ¿Crees tú, te pregunto á mi vez, que, si yo no abrigase la más íntima conviccion de esto, me hubiera expuesto, te hubiera expuesto á tí á provocar sus furores? ¿Hubiera expuesto á Benilda á excitarlos de nuevo? No lo averiguará fácilmente; en primer lugar, porque no se ocupará en averiguarlo; y en segundo, porque, como toda persona que se hace temer, en vez de amar y respetar, nadie se cuida de anticiparse á informarle de lo que ocurre, temiendo siempre el despertar su enojo ó desapro-

[redacted]

bacion. Pero, si lo llega á saber, podemos estar tranquilos. Le será por completo indiferente. ¿Querrás creer que ni me ha preguntado por el chico? Tres dias hace con hoy que ha vuelto de sus correrías; hemos pasado reunidos las mañanas y las veladas; hemos agotado los asuntos todos de importancia sobre los que teníamos necesidad de debatir; nos hemos pasado una, dos y hasta tres horas callados, como dos estátuas mirándonos; ni áun entónces, durante esos largos períodos de silencio, se le ha ocurrido interrumpir el eterno curso de las penosas horas evocando el recuerdo de su sobrino. Araceli, me duele confesarlo; pero Gaspar aborrece á ese niño de un modo tan profundo, que sólo viéndolo de cerca, es como se puede creer en la existencia de...

—Tan incomprensible odio, interrumpió Araceli, concluyendo la oracion de su hermano. No se lo puede una explicar por más que trate de buscarle la clave.

—Yo sí, replicó Jorge con un suspiro. Yo sí me lo explico, repitió: en el amor que profesó Gaspar á la que debió ser la madre de los hijos que no ha tenido, ni puede ya tener. ¡Pobre inocente! continuó diciendo el administrador, arrasándosele los ojos al dar articulacion á estas expresiones.

¡ Piedra de toque de las pasiones ajenas! ¡Víctima expiatoria de los actos cometidos por otros, es triste hasta no más el considerar su situacion! ¿Qué pecado puede imputársele al infeliz para servir de tal modo de blanco á tantos odios y acriminaciones? Su tio... su nodriza... hasta la misma Benilda sin conocerlo... ella tambien lo acoge con prevencion.

—Luego, interpuso Araceli con cierto recelo en sus asertos, á pesar de lo que me has dicho, de la confianza que me has querido inspirar respecto de las promesas de Benilda, tambien de ella desconfias.

— No, hija mia, no es esto. Te repito lo que ya te he dicho: que juzgo á Benilda harto recta para no dudar de sus palabras; que cuento con que cumplirá sus promesas; con que cuidará y vigilará á Ramirito; pero esto no obsta para que haya yo columbrado la verdad, oculta bajo la superficie que le presentó á Baltasar. ¿No te he referido palabra por palabra la entrevista efectuada entre ellos? ¿Pueden pedirse mayores pruebas de la fria acogida que ese inocente le ha merecido? Por complacernos á nosotros... á Baltasar... y porque no era fácil que rehuyese el compromiso, se ha prestado á cumplir con nuestros deseos; y cum-

[redacted]

plirá fielmente con ellos. No lo dudes. Empero, su corazon ha permanecido mudo ú hostil, ante la imágen seráfica de ese pobre niño.

— No tiene entónces en el mundo más corazones que los nuestros; y Dios Todopoderoso no lo desamparará, prorumpió Araceli con entrecortados acentos, ahogándola las lágrimas que le era difícil contener.

— Dios sobre todo, replicó el administrador con tanto fervor como confianza en los sentimientos que expresaba. Dios mirará por él. Dia llegará — no puede ménos de suceder — en que la inocencia triunfará y en que la justicia divina habrá de confundir los inícuos desahogos de las malas pasiones. Porque Gaspar no tuvo hijos, porque Rita perdió el que tuvo, porque Benilda se encuentra en el mismo caso que su marido ó porque teme disgustar á éste, la hidra de la envidia y del despecho clava sus garras en ese inocente, cuya presencia excita la hiel de sus almas en vez de convertirlas en miel las mismas consideraciones que engendra tanta bastarda pasion... Oh! ¡corazones pervertidos por el egoismo! ¡Oh! ¡corazones viciados por la ágria contemplacion de torcidos sentimientos!... ¡Cuál no será la cuenta que os será demandada, si ántes de que llegue ese tiempo

solemne no conoceis la lamentable obcecacion que os extravia, y tratais de reparar los funestos errores que estais cometiendo!

Jorge hablaba como inspirado, y Araceli, que le contemplaba como á un sér de órden superior al oirle expresarse de aquella manera, acogió sus palabras cual si hubieran sido pronunciadas en un sentido profético, y no las olvidó.

El curso de nuestra historia nos dirá si las vió ó nó cumplidas. Concretémonos, por ahora, á los sucesos inmediatos; y, para el efecto, no separándonos de los hermanos hasta haberlos acompañado en su viaje de vuelta del largo paseo que han dado, y siguiéndoles las huellas al penetrar en su casa, reunámonos con doña Esperanza que, llena de impaciencia, los ha estado esperando para desayunarse.

La señora mayor parecia no haberse movido de su sitio desde la última vez que tuvimos el gusto de encontrarnos en su compañia; tiesa, tiesa, como incrustada en el respaldo de su sillon; limpia, planchada (y decimos planchada, porque desde la cabeza hasta los piés, incluyendo hasta su reluciante cara y no ménos relucientes manos, parecia que se habia hallado bajo la influencia de aquel

procedimiento) daba gusto mirarla, tan aseada, tan compacta, tan perfectamente ajustada, prendida y atildada.

No vestia el traje de lujo que habia ostentado el dia del recibimiento, del que, segun las apreciaciones del microscópico cerebro de aquella buena señora, deberia haber sido su nieto; lucia, no obstante, otro vestido, si no tan lujoso como aquél (que no salia á luz sino en las grandes ocasiones y solemnes ceremonias) igualmente ajustado á su talle, y con la ventaja, á pesar del corte anticuado que propendia Araceli á dar á cuantas prendas de vestir (bien fueran para su madre, bien para su hermano ó para ella) salian de sus laboriosas manos, de no pertenecer la forma de él á una época tan fabulosa como la representada por el consabido traje de los dias que «repicaban gordo»; y como siempre, con más ó ménos extremo, pendiente del atildamiento de su persona, revelaba el mismo aire de presuncion que invariablemente se le notaba.

—¡Qué guapa, y qué fresca, y qué jóven está hoy quien yo me sé! prorumpió Jorge acariciando á la autora de sus dias.

—Más honran los retoños al tallo, que el tallo á los retoños, contestó doña Esperanza, expre-



sándose con la misma galantería que habia empleado Garcés. ¡Hoy me encuentra mi hijo más hermosa por lo que yo me sé!

— ¿Qué ha ocurrido? interrogó Jorge. ¿Algun buen mozo, al volver V. de misa, le ha echado una flor? preguntó en chanza.

— Acierta otra vez, á ver si das en el *quid*.

— El baron ha madrugado, ha salido temprano á tomar el fresco; ¿ha tenido V. la suprema felicidad de encontrárselo al paso y le ha quitado á V. el sombrero hasta los piés?

Doña Esperanza lanzó á su hijo una mirada fulgurante.

— ¡Como si me hiciesen á mí falta los saludos del baron! ¡Como si veinte saludos del baron pudiesen satisfacerme á mí! ¡A mí! ¡Que se me acercase, y ya veria si le ajustaba yo la cuenta! Hace bien en mantenerse léjos de mí. A mí no me desaira nadie nada más que una vez... ¿entiendes, Jorge?... que mi dignidad de madre no permite...

— Vamos, vamos, interpuso Garcés, templando el ardor de la anciana; no se me sulfure V., que las bromas son bromas, y no hay que tomarlas por lo serio. Por lo visto, estoy torpe hoy para acertijos, y lo mejor es que le ponga V. la charada



[redacted]

á Araceli. Araceli, continuó diciendo el administrador, sin esperar el beneplácito de su madre; ¿qué es lo que ocurrido hoy para...

— ¿Hacerme parecer más hermosa que otros dias? preguntó doña Esperanza — vencida ya la efervescencia que Jorge con sus bromas despertara — concluyendo la frase de éste y dirigiendo su interrogatorio á Araceli. «Habla ¡y no tiene lengua!» dijo con la sana intencion de auxiliar la imaginacion á su hija. Fíjate en estas palabras: «habla ¡y no tiene lengua!» repitió.

— Una carta; no puede ser otra cosa; una carta que ha llegado miéntras hemos estado en paseo, replicó Araceli sin titubear. (Las señas eran mortales.) ¿Y de quién es? preguntó enseguida... ¿La habrá V. abierto?...

— Ya lo creo. No faltaba más sino que me anduviese con esos cumplidos con mis hijos. Acierta de quién es... aciértalo.

— Eso no es tan fácil, mamá... de Benilda, no lo creo, exclamó Araceli dirigiéndose á su hermano.

— Gracias á Dios que nó, prorumpió doña Esperanza con una mueca llena de desden.

— ¿De quién entónces? ¿Y es para mí?

— Precisamente para tí, no; viene dirigida á

Jorge; pero es, sin embargo, para tí y para mí. Vamos, acierta. Empieza con *R* y acaba con *o*.

— ¡Santo cielo! articuló Araceli con el mayor regocijo. ¡De Ramirito!... Pero si Ramirito no sabe escribir, añadió, mostrándose completamente confundida. No es posible que sea de él.

— Pues es, ó casi lo mismo: contestó la anciana, sacando una carta del bolsillo; el sobre de la cual estaba puesto á nombre de Jorge; no obstante la cual circunstancia, se la entregó doña Esperanza á Araceli. Esta se la pasó á su hermano, que no bien ojeó la direccion, escrita con los caractéres más estrafalarios que podia producir la caligrafía, exclamó:

— ¡Es la letra del capitan!

— ¿Lo ves Araceli? prorumpió doña Esperanza con el aire de importancia que acostumbraba desplegar. Yo no me equivoco nunca, añadió. La he leido desde el principio hasta el fin, y es de quien tu sabes. Jorge te lo podia decir mejor que yo.

— Sí, sí, mamá, respondió el administrador, entretanto que acababa de leer la epístola que con avidez recorrian sus dulces ojos.

— Es, y no es lo que V. cree, exclamó en breve, al terminar la lectura, pasándosela á Araceli que,

[redacted]

ansiedad é interés, habia estado esperando
egase su vez de leerla. — Es, reasumió
tratando de dilucidar la naturaleza de
epístola y de reducirla á la comprension
iora mayor, una comunicacion del direc-
colegio de Ramirito, dirigida al capitan
, y que éste, desentendiéndose de la en-
a, me remite á mí, no sólo con la idea
ios impongamos de cuanto atañe al chico,
almente con la intencion de delegar en
lde persona la obligacion de emitir la cor-
ente respuesta. Dice el director que Ra-
: conduce admirablemente, que nada ¦da
:r, y que está contento, no sólo con su
colegio, sino con alguna que otra salida
túa bajo la custodia de su tia.
s sabía que su madre se habia quedado
imente á oscuras respecto del contenido
. de la epístola; sabía, en resúmen, que la
: la señora habia oido campanas sin saber
/, lleno de cariño y consideracion, le re-
abra por palabra la sustancia, no descono-
ue, análogo al suyo y al de Araceli, era el
.e doña Esperanza por el huerfanito.
:pítemelo, Jorge, repítemelo bien claro,
u hijo la nada avisada madre, al impo-

nerse por primera vez del sentido de la carta. Me gusta más oírtelo decir á tí que leerlo yo. Y no es que no me hubiese enterado bien de lo que me estás diciendo, sino que me suena mejor de viva voz. ¿No te parece á tí lo mismo? La siempre dispuesta contestacion afirmativa de Jorge, no tardó en presentarse.

— ¡Qué suerte, Jorge, el pensar los dos siempre del mismo modo! articuló doña Esperanza, henchida de satisfaccion. Sigue, sigue, hijo mio; y eso que te lo confieso; cada vez que te oigo decir «la baronesa de Fenollar» se me enardece la sangre.

— Pues si suprimo el nombrarla me será imposible continuar, respondió Jorge. El director se refiere á Benilda con la misma frecuencia que al niño, y como cuanto dice con referencia á ella se relaciona con nuestro protegido, ó tengo que suprimir á los dos, ó nombrarlos á ámbos.

Doña Esperanza, lanzando primero un prolongado suspiro, se resignó al sacrificio, y Jorge continuó: — En varias ocasiones ya ha enviado la baronesa á buscar á su sobrino, habiéndole llevado en las últimas al campo, en donde ha disfrutado mucho Ramirito. Se acuerda, no obstante, de nosotros. Lo afirma así el director repetidas veces.

[redacted]

Y al saber que le escribia éste al capitan Baltasar, hále encargado miles de besos para todos, y en particular para Araceli.

—¡Es una noble criatura ese niño! exclamó Araceli llena de entusiasmo, habiendo ya terminado la lectura, terciando en el diálogo sostenido entre su madre y su hermano. Y Benilda corresponde á tus esperanzas, prosiguió diciendo, dirigiéndose al administrador; no sólo se ocupa en cuidar y vigilar á nuestro recomendado, sino tambien en distraerle.

—Trasluzco, no obstante, una cosa, insinuó Jorge, de nuevo revisando la carta que Araceli le habia devuelto: Ramirito encarga al director que nos envie besos sin fin, y añade que le diga Baltasar á Araceli que allí no tiene á quien dárselos. Esto parece un dicho insignificante y no lo es para mí; Benilda atiende, cuida, y hasta se ocupa en distraer á nuestro niño; el director nos lo especifica terminantemente, cumpliendo, al darnos estas noticias, con la súplica que le dirigí: Ramirito, que es noble, sensible y agradecido, y que se encuentra tan aislado de todo afecto por lo que induzco de este párrafo, no parece haberse encariñado con su tia, y esto me da qué pensar. Me mantengo en mis trece, Araceli; resumió el admi-

nistrador; el corazon de Benilda ha permanecido mudo ya que no hostil. Sin embargo, añadió Garcés, contentémonos con las formas, y no exijamos más de lo que humanamente se nos puede conceder.

La conversacion entre los hermanos terminó aquí, y cada cual de aquellos tres personajes, teniendo que desempeñar sus obligaciones particulares cada uno en diferente direccion, se disolvió la reunion de familia, quedando las señoras entregadas á sus faenas domésticas en tanto que Jorge se dirigió á la mansion del baron.

Gaspar Fenollar se levantaba usualmente temprano, si bien pasaba las primeras horas del dia encerrado en sus habitaciones particulares, en las cuales, como recordarán nuestros lectores, le contrariaba infinito el que penetrase nadie, sobre todo sin anuncio prévio.

Consagraba Gaspar aquellas horas á una contemplacion espiritual que parecia constituir el credo de su existencia...

Tal como el buen cristiano consagra las primicias del dia, las de su pensamiento y su corazon á la oracion, buscando en el rezo (en esa secreta comunicacion establecida entre el hombre y su

[redacted]

Creador) el estímulo, el apoyo, la esperanza y el consuelo, así cual éste, con igual absorcion y *fe*, dedicábase el baron á meditar sobre su pasada vida...

Fija su vista, su alma, sobre un objeto al cual nos hemos ya referido, un objeto caprichoso, de cuya existencia sólo él (el baron) y el artista que lo ejecutó tenian conocimiento... absorbia su contemplacion la imágen, el recuerdo abrumador de su repudiada esposa, en esa imágen, en ese recuerdo, buscando, fomentando aliento y creciente estímulo para su implacable enojo...

¡El sepulcro imaginario de Benilda!

Mirábalo Gaspar absorto, concentrado: mirábalo y remirábalo sin cesar; y, cual si de aquella fantástica escultura viese salir la figura verdadera, palpable, de la que en un tiempo habia querido cuanto era él capaz de querer, notábasele en la contraccion de los músculos del semblante, en lo torvo de su mirada, en el estremecimiento de sus miembros, hasta en la crispadura de sus dedos y la fiereza con que sacudia la insensible piedra representante de la memoria de Benilda, que el recuerdo de las ofensas de ésta seguia vivo para él como el primer dia.

Seis años hacía que alimentaba Gaspar aquel

inextinguible rencor. Seis años hacía que un dia y otro eran sus meditaciones las mismas; que igual série de desconsolados y amargos pensamientos cruzaban por su enardecida mente, y que cada dia, al saludar uno más de vida, señalaba con él una renovacion de los votos de odio y venganza que le mereciera su culpable ó inocente esposa...

Gaspar habia tenido mucho amor á Benilda. Pero Gaspar habia tenido á la vez con este amor un amor propio excesivo: el amor propio del hombre que se ama á sí mismo más que al objeto amado. Gaspar jamás se habia pedido cuenta de sus acciones y Gaspar, como sucede con no corto número de personas, ajustaba sin cesar la cuenta ajena.

Gaspar era la personificacion del orgullo, y como tenemos dicho, del más refinado amor propio.

El equilibrio humano era, por consiguiente, materia por completo desconocida para el altivo esposo.

Gaspar amó mucho á su mujer, porque Benilda era bella, dulce, seductora en cuantas prendas la adornaban; pero, como Gaspar se amó á sí mismo

más que á Benilda, no obstante lo mucho que creyó amarla, Gaspar no estudió jamás las condiciones de su mujer... ¡Y Benilda era tímida y apocada, tanto cuanto Gaspar era fuerte y tirano!... ¿Podíanse entender hablando tan opuestos idiomas?... ¡Y uno de los dos sin poner nada de su parte para entender al otro!

Seamos justos: no nos ciegue la parcialidad, y confesemos que, en muchos casos de la vida, existe un completo desnivel entre uno y otro sexo, del cual desnivel es responsable el hombre, que exige de la parte más débil toda la fuerza que deberia compartirse entre ámbos.

Pero no nos anticipemos: las precedentes consideraciones, de mucho peso é importancia, puesto que forman la base de nuestra presente historia, se hallan aún fuera de lugar en este capítulo; páselas, pues, el lector por alto, y volvamos á la presencia material de Gaspar.

—¡Tan jóven, tan hermosa, y encerrar tal doblez!... era la meditacion que ocupaba á éste en la mañana que hemos elegido para reproducir la escena que diariamente, y á aquella misma hora, tenía lugar en sus habitaciones particulares.—¡Quién lo hubiera nunca pensado!... ¡Yo, que

enferma, moribunda casi como se hallaba, la cuidaba como una madre á una hija!... á la par que lloraba por ella, llorando por el hijo que deberia dar á luz, el hijo que creia de mi amor, el heredero presunto de mi nombre, hijo de sangre igualmente noble por una y otra parte, no producto de la vil, corrompida mezcla que habrá de manchar los timbres de la casa de Fenollar!... ¡Y no lo era! no era mi hijo aquel por el cual lloraba yo!... ¡Tremenda humillacion! ¡Verter lágrimas de sangre por el hijo de su crímen!... ¿Porqué no la maté? ¡Justo cielo! ¿Porqué en aquellas eternas veladas que pasé á la cabecera de su cama, oyéndola desvariar con el fementido que me deshonrára, en el silencio de la noche, sin que nadie lo hubiera podido ver ni saber, porqué no la ahogué entre mis manos? Habria sido ménos desdichado de lo que soy, y ella tal vez tambien. Debe ser horrorosamente desgraciada; no se me oculta, dijo el baron como entre paréntesis. «¡Luciano! ¡Luciano! gritaba de contínuo: ¡por el recuerdo de nuestro amor! ¡por mi hijo! ¡por el hijo que me hace latir el corazon de gozo, cálmate! ¡Déjame ser madre! ¡Quiero vivir por mi hijo y para mi hijo!...» ¿Tendria celos el ladron de mi honra? ¡Quizás la amenazaria!... ¡Tal vez los tuviera de mí!...

[redacted]

¡del legítimo dueño! continuó el soliloquio de Gaspar.

Al llegar á esta parte de su monólogo, una amarga sonrisa se dibujó en sus gruesos y bermejos labios.

—Déjame volver á mi casa ántes que mi marido se entere, decia otras veces, no me lo perdonaria jamás.

Sus palabras entrecortadas me dijeron lo bastante. Comprendí su crímen, y el miedo que tenía de ser descubierta. El grito incesante de «¡Luciano! ¡Luciano! ¡por el recuerdo de nuestro amor!» me zumbaba sin descanso en los oidos—bien es verdad que lo repetia sin parar—y no hubiera tenido necesidad de más. Lo de las cartas faltaba, sin embargo, para confirmar mi desventura. Recuerdo que en una de aquellas largas veladas habló de ellas: de la última... Luego, debió haber varias;—la consecuencia es lógica.—Ella misma se delató: sus propios labios, palabra por palabra, repitieron una por una las más tiernas súplicas, las más apasionadas protestas... El contenido sin duda de aquella amorosa epístola... ¡La cita!... ¿Serian varias tambien como las cartas? ¿Quién lo duda?... Entónces perdí el juicio. No lo perdí, sin embargo, tanto como para dejar de ligar los dichos del des-

varío con los hechos de la realidad. Recordé sus tristezas, sus distracciones, los sacudimientos nerviosos que más de una vez en las altas horas de la noche me habian despertado en la mitad de mi sueño, y la verdad me fué revelada. Tres años hacía que nos ligaba el vínculo matrimonial; tres años que en vano clamábamos el uno y el otro por tener hijos... Me corre el sudor frio por la frente cada vez que lo reflexiono: á no haber sido por aquella enfermedad providencial—¡necio, mentecato de mí, tan enamorado como estaba!—¡hubiera aceptado como á hijo de mi amor al fruto de mi deshonra!... La meditacion de Gaspar cesó de repente; cubrióse el rostro con las manos, por entre cuyas señaladas venas le corrian gruesas gotas de sudor, frio como el hielo, é, inclinando la cabeza sobre el pecho, se mantuvo por un largo rato anonadado, hundido bajo el peso de sus reflexiones.

Serenóse, sin embargo, ántes de cambiar de actitud; y, cuando ya se descubrió el semblante é irguió la cabeza, fué para dejar ver en su rostro aquel carácter de dureza y severa impasibilidad que constantemente le distinguia.

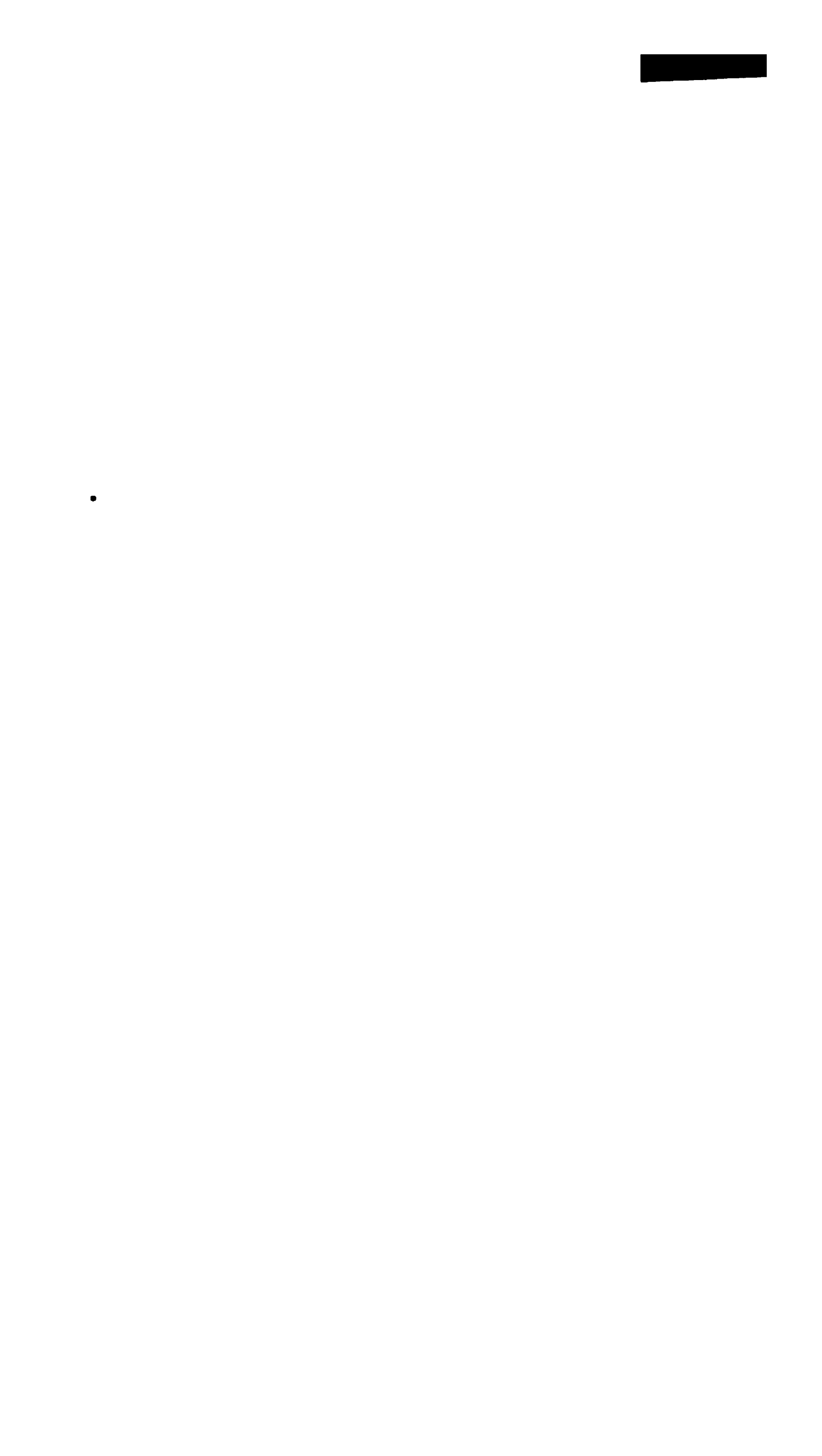
El credo de Gaspar prevaleció; dominóle la pasion que habia llegado á señorearse de su alma,

[redacted]

r sobre el imaginario sepulcro de su culpable ó nocente esposa, de nuevo sellando el odio más mplacable, dió fin á aquella amarga contemplacion :uotidiana.

Coincidió esto con la llegada de Garcés, de cuyo ıdvenimiento tuvo buen cuidado el ayuda de :ámara del baron de prevenirle. Y con la presencia del administrador, desapareciendo hasta los últimos vestigios de la escena secreta reservada para todo sér viviente, pero que manifestaba el fondo de la existencia del baron, despojado éste por completo del hombre interior, dejó ver sólo al que Garcés, al que el mundo en general conocia: al hombre activo, inteligente, laborioso y perseverante, que ni vivia ni dejaba vivir á nadie que tenía á su lado.

A no dudarlo, el baron trataba de aturdirse, y, en vez de apelar á la intemperancia de los sentidos, habia acudido para conseguir análogos resultados, á la intemperancia de las facultades morales é intelectuales.



[redacted]

CAPÍTULO XII.

Jorge habia acertado: el corazon de Benilda habia permanecido mudo ante la figura seráfica de Ramirito. Fuéle hostil al principio; mató esta hostilidad, sin embargo, una imprevista circunstancia.

Benilda, por complacer á su hermano político, Baltasar, que jamás, no obstante su ligereza de carácter, habia ni por un momento dudado de la virtud de la repudiada esposa de su hermano, por más que el público en general, apoyado en las apariencias, la condenara tan desapiadadamente, Benilda, decimos, habia cumplido fiel con las promesas que le hiciera respecto de su sobrinito; y, como quiera que entre éstas habia aceptado la de distraerle de su vida de colegio, no teniendo otra distraccion más á la mano que proporcionarle,

habíale llevado en su compañía á Nazaret, y relacionádole con los moradores de la barraca de Teresina.

¿Y qué habia de suceder?

Que María y Ramirito apénas se vieron y se trataron, se entendieron y quisieron como dos hermanos; y que esta imprevista circunstancia, el cariño tan rápido y entusiasta que se estableció entre su hija (la que pasaba á los ojos de Ramirito y de cuantas personas se le acercaban, por la ahijada de mosen Martin) y el huérfano, mató la hostilidad que existia en el helado pecho de aquella tan desventurada mujer.

¡Al fin era madre!

Ramirito, por su parte, desde el momento que adquirió aquellas nuevas relaciones, soñaba con la idea de cultivarlas; y, si bien la estudiada reserva de Benilda la cohibia de llevar al niño con la frecuencia que hubiera éste deseado á la morada de Teresina, cediendo al halago del corazon materno, menudeaba aquella complacencia cuanto le era dable.

María le suplicaba tan encarecidamente, con tanta monería y encanto, que le llevase á su amiguito, y los dias que juzgaba, habia éste de tener permiso para salir del colegio, se manifestaba tan

[redacted]

triste y desconcertada si Benilda dejaba de hacerlo, que lo repetimos — al fin Benilda era madre — halagada con el recíproco cariño de aquellos dos inocentes, cedia á la influencia de tan seductoras instancias.

Además, á poco de hallarse Ramirito domiciliado en Valencia, Benilda, que por ser tan medrosa vivia en constante sobresalto, creyó notar un hecho que la hizo aceptar con regocijo la compañía, aunque fuese de un niño, para aquellos largos paseos á Nazaret; y este incidente aumentó las ocasiones tan deseadas, igualmente por María que por Ramiro.

La baronesa vivia, como se sabe, casi en una completa reclusion; sin efectuar otras salidas más que para oir misa en la iglesia inmediata y sus expediciones á la barraca de Teresina. No obstante estas escasas salidas, empezó á notar que un hombre desconocido parecia hallarse en observacion de sus acciones, y que rara era la ocasion en que ponia los piés en la calle, que á mayor ó menor distancia no la siguiera.

Esto, como puede suponerse, teniendo en cuenta, sobre todo, el carácter indiferente ó distraido de la baronesa y hasta la misma manera de

ver sin mirar, que le era propia, tardó algun tiempo en llamarle la atencion. Al principio ni vió al hombre aquel — no hay que poner esto en duda; — pasaria tal vez media docena de veces delante de sus cristalizadas pupilas y pasaria inadvertido para Benilda; se menudeó, sin embargo, de tal suerte aquella observacion, que al fin fué imposible que se le pasase por alto, si bien la baronesa atribuyó el frecuente encuentro con aquel desconocido á la casualidad ó las causas más naturales.

Dispuesta como estaba Benilda á alarmarse con la mayor facilidad, á pesar de las sencillas interpretaciones que concedia á aquel suceso, le infundia miedo la idea de encontrarse alguna vez sola con una persona de tan sospechosa apariencia, y, con el objeto de contrarestar este fundado recelo, apelaba á la compañía de Ramirito.

Por no ir sola, como hasta entónces habia hecho, retrasaba sus visitas á su hija, y, aprovechándose para efectuarlas de los dias en que podia contar con Ramirito, llegó éste á convertirse en el constante acompañante de su tia en cuantos viajes emprendia para Nazaret.

María echaba de ménos á su madrina; mosen

[redacted]

Martin y Teresina, no ménos que la pequeñuela, extrañaban aquellas largas ausencias á que no estaban acostumbrados; pero, como que nadie se atrevia á formular una queja ni á expresar una opinion á aquella mujer tan impenetrable, quedó la causa justificadora de ellas por completo reservada al conocimiento de los habitantes de la barraca.

Una tarde, á principios del verano que siguió á aquella primavera en que quedó instalado Ramirito en su colegio, se dirigian Benilda y el niño á Nazaret. Callada y ensimismada la primera, lentamente caminaba, indiferente y abstraida, hollando la yerba bajo sus piés, en tanto que el segundo, mudo tambien por efecto de la ninguna confianza que le inspiraba su tia, se permitia, no obstante, de vez en cuando, la libertad de dar una carrera, de jugar con la rama de un árbol ó desgajar una flor. De repente, en una de las revueltas del camino, y al mediar una de las evoluciones del niño, retrocedió todo azorado, y parándose delante de Benilda, con la mayor expresion de alarma pintada en su semblante, los ojos desmesuradamente abiertos, y sin poderse contener, exclamó:

—¡El hombre de Rita! ¡El hombre de Rita! repitió.

La baronesa se detuvo cual movida por un resorte, y girando sus pardas pupilas de una manera semejante á la que pudiera producir una impresion galvánica, miró en torno suyo, de tal suerte, que, á haberla visto el huerfanito, es seguro que se hubiera puesto á temblar.

Felizmente, preocupado como estaba el niño con la vision que acababa de pasarle por delante y los recuerdos que despertara, despues de dirigir la palabra á su tia, no obstante la poca simpatía que ésta le inspiraba, instintivamente, buscando su apoyo y proteccion, sin volverla á mirar á la cara, se habia colocado al lado de ella.

Pasó, pues, inadvertida para él la expresion alarmada del semblante de la baronesa.

—¡El hombre de Rita! exclamó ésta al cabo de un par de minutos, durante los cuales, le fué imposible articular ni un monosílabo. ¿Y quién es ése? interrogó excitada su curiosidad tanto como su alarma. Explícate, Ramirito.

—El hombre que ví con Rita el dia que me llevó el tio Baltasar á su casa de V., contestó el huerfanito. Aquel dia iba peor vestido y llevaba una manta al hombro.

— Te habrás tal vez equivocado; insinuó Benilda.

— No, señora; replicó el niño con plena seguridad de lo que decia. No he visto un hombre más feo en mi vida; y lo conocí en seguida. Hoy iba muy compuesto, con calzon, botines, y hasta chaqueta. Venía detrás de nosotros; al correr yo para arrancar esta rama, lo ví, y cuando él me vió á mí, se escondió detrás de aquel árbol.

Benilda visiblemente se estremeció. ¿Sería «el hombre de Rita» como le denominaba el huerfanito, el mismo hombre desconocido que la vigilaba á ella, y le seguia los pasos? ¿Estaria real y verdaderamente siendo objeto de la asechanza de alguna aviesa intencion? Benilda no pudo ménos que dirigirse esta pregunta.

Sin embargo, racionalmente considerado, le era difícil admitir semejante suposicion. Hacía años que habia dejado de tener roce con Rita; que Rita, al parecer, se habia olvidado de su existencia... Además, susurró su orgullo á la baronesa; ¿qué podia ella temer de Rita?

Rita ostensiblemente no podia abrigar motivo fundado de rencor contra ella... La conciencia de Benilda exhaló un sordo rugido al presentarle el

orgullo de ésta aquel sofístico argumento. Y entre lo que sordamente le susurraba su conciencia, y las premisas de la presencia de aquel hombre sospechoso — doblemente sospechoso despues de lo que Ramirito le habia dicho — por más que trataba de vencer sus indefinidos temores, se esforzaba por borrar de su mente la imágen de Rita con sus resentimientos. Dirigió la vista por todos lados como para desengañarse de que era sólo una vision el encuentro que tanta alarma habia producido á Ramirito, y aunque la figura real ó imaginaria de aquel hombre no volvió á presentársele ni á ella ni al niño, sin embargo, llegó la baronesa á Nazaret presa del más profundo terror.

En pos de ella y del huérfano llegó tambien... ¿lo han adivinado nuestros lectores? ¿han adivinado quién podia ser el desconocido que vigilaba las acciones de Benilda?... Marcial, el hijo de la viuda, el cómplice de Rita, que, no contento con espiar la casa de Benilda, con seguirle los pasos cada vez que se dirigia á la iglesia, habiendo notado que emprendia otras expediciones más largas, habia elegido la tarde á que nos estamos refiriendo para seguirle la pista hasta el término á que aquéllas conducian.

[redacted]

Cual astuto cazador, que lleno de cautela y de sigilo, se mantiene vigilante á cierta distancia de la presa que se propone alcanzar; así, de la misma forma y manera, habia el Roder efectuado su paseo desde el arrabal en que vivia la baronesa, hasta Nazaret; siguiendo á ésta á la humilde morada á que se dirigia en la compañía del niño; y, cerciorado despues de ser aquél el término y objeto del viaje, fuése Marcial... ¿A qué dirán nuestros lectores?... A recoger datos que comprobasen ó desmintiesen ciertas sospechas que habia concebido.

Marcial, lo hemos dicho en otro lugar, tenía fortuna con el bello sexo, la habia tenido siempre: desconocia las reglas y hábitos de las altas clases de la sociedad; pero empleaba, no obstante, las mismas artes para conseguir sus fines. Su vocabulario, y no ménos las formas con que revestia sus fines, desdecian de todo estudiado refinamiento; mas, como los extremos se juntan, llegaba como ellos á conseguir análogos efectos.

La adulacion, la lisonja,—una adulacion vulgar, disparada á boca de jarro, una lisonja tosca, bastarda, ó como quiera que se la apellide, le valia á él empero las mismas glorias y triunfos que al almibarado galan, al astuto seductor los más melí-

fluos discursos, las frases más estudiadas, y no tardaremos en ver un ejemplo de esto.

A cierta distancia de la barraca de Teresina habia una planicie, en la cual tenian costumbre los mozos y las mozas de Nazaret de establecer su salon de baile los domingos por la tarde; y, como casualmente era domingo el dia aquel que habia elegido el Roder para seguir los pasos de la baronesa de Fenollar, al enterarse Marcial de aquella circunstancia, se propuso sacar partido de ella.

El hijo de la viuda bailaba admirablemente: no bien se presentaba en un corro y ejecutaba media docena de piruetas, ganaba la palma á los más apuestos bailarines; y, como puede suponerse, prendadas las mujeres de su habilidad, se disputaban á porfía el privilegio de servirle de pareja.

Marcial no ignoraba esto; que, como bailarin, llegar, ver y vencer, era una sola cosa para él; y, si bien al despertar la admiracion del sexo bello, á la vez excitaba sentimientos bien opuestos en el feo, como le acompañaba un aire tan marcado de «maton» donde quiera que clavaba la vista y sentaba la sombra del pié, quedaba dueño del campo.

Penetrar en el corro de los danzantes, lanzar

una ojeada, elegir pareja y ponerse en baile, fué la obra de un par de segundos.

Nadie le conocia, ni nadie apénas habia notado su presencia hasta verle, arrogante, ligero y airoso cual ninguno de los congregados, hender el aire en torno de su compañera que, dominada por el tono y gesto ménos que imperiosos con que la habia sacado á bailar, al verle tan garboso, y convertido en objeto de la admiracion general, con la misma facilidad que se habia prestado á servirle de pareja, cedia á la fascinacion de sus contoneos. No se habia visto jamás en Nazaret un bailarin semejante; y, sorprendidos y admirados cuantos contemplaban aquella rara habilidad, hízose Marcial de una vez señor y dueño, no sólo de la planicie, sino del corro de donosas muchachas que la llenaba.

¿Quién de entre ellas se hubiera conformado con dejar de bailar con el mozo desconocido? Ni una siquiera; y Marcial, que en cada uno de aquellos hermosos rostros veia escrito con letras mayúsculas el oculto deseo de aquellos inocentes corazones, cuidó de no dejar á ninguna desairada.

Y, hecho esto, Marcial, que estaba rendido, y que todavía no habia conseguido un ápice de lo que se habia propuesto, no obstante el no haber



perdido el tiempo, puesto que se habia franqueado la entrada para el objeto que tenía en la mente, se propuso descansar de su trajin y recoger el fruto de sus bailoteos.

Bellas por demás eran aquellas ninfas de Nazaret—á cual más seductoras—de cuantas formas y matices podian satisfacer los gustos más variados. Marcial, despues que las cautivó con su baile, les pasó revista con los ojos; y de golpe, penetrándose de las condiciones de algunas de ellas, clavó su aviesa mirada en una vivaracha y parlanchina muchacha que, al punto, recibió el fuego de sus baterías.

Acercóse á ella, colmóla de lisonjas, vertió sobre ella, á guisa de aguacero ó de fuego graneado, el repertorio entero de galantes, y más que galantes, de enamoradas frases que encerraba su vocabulario, envolvióla en aquellas formas atrevidas con que de ordinario revestia sus asechanzas amorosas, y, vencida la plaza sitiada, rindióse la parlera y charlatana á las tretas del Roder.

Marcial no podia pedir más para el logro del propósito que le habia conducido al corro de los bailarines.

Halagada la muchacha con la preferencia, ex-

[redacted]

citada con el deseo de complacer, y de natural habladora, habló cuanto Marcial tuvo á bien que hablase, y el Roder no necesitó de más...

En la barraca verde que se descubria en lontananza vivia un cura con su casera, y una niña, ahijada de aquél.

Amaban y respetaban los vecinos todos de Nazaret á mosen Martin. Habia motivo para ello; el buen cura vivia para cuantas personas se le acercaban... No trataba á mucha gente... Le visitaba, sin embargo, una señora, al parecer de alta clase, segun el aire tan majestuoso que tenía; una señora que parecia una estátua; los vecinos de la barraca la llamaban «la señora de mármol,» que se presentaba casi siempre cubierta la cara con un espeso velo, y que más bien se asemejaba á un fantasma que á una mujer.

Susurrábase si era algo más que madrina de la niña, que por tal nombre la llamaba.

La señora venía siempre sola á visitar á mosen Martin. Hacía uno ó dos meses que traia en su compañía á un niño, sobrino suyo, llamado Ramiro, segun los vecinos habian podido averiguar. Con el niño este nada tenía que ver la señora—no quedaba la menor duda de ello;—en las pocas veces

que los vecinos habian tenido ocasion de juzgarlo, habian notado que eran otros los ojos con que contemplaba á la niña que al niño; que eran otras las sonrisas—muy tristes siempre—pero sonrisas al fin... Malas lenguas podian ser las que decian aquello de que era algo más que madrina de la niña la tal señora. Conducíase con mucha reserva; habíase siempre conducido con igual cautela y misterio. Pero ¿dónde queda jamás oculto secreto de aquella naturaleza? El propio estudio empleado para mantener el sigilo, sirve para divulgarlo más fácilmente...

Marcial averiguó cuanto deseaba saber—la muchacha parlera nada absolutamente le dejó que desear;—y, ya con estos datos, dando por bien empleadas las piruetas y enamoradas frases con que habia sazonado las pesquisas que tan hábilmente habia practicado de nuevo, para dejar su pabellon bien puesto á la última hora, y no despertar la atencion, sino por su mérito coreográfico, acabó de trastornar la cabeza á la muchacha, y no ménos que á ésta, á cuantas formaban el corro, entregándose segunda vez á las inspiraciones de «Terpsícore.»

Entretanto que esto ocurria en la planicie, la

baronesa habia tenido con Teresina uno de aquellos desahogos á medias (los únicos que se permitia), á que solia entregarse á solas con la que fué su niñera; y, si bien no habia confesado á ésta la intensidad de los temores que le asaltaban con motivo del espionaje de que se creia objeto, habíale referido sus propias observaciones y las de Ramirito.

Teresina se burló de tan infundada alarma. Benilda, á los ojos de Teresina, era pura é inocente como el niño recien nacido. Era imposible que nadie le pusiera asechanzas. Era inverosímil que Rita, ni nadie en el mundo, le tuviese mala voluntad.

Ramirito podia haberse equivocado; y, aun dado caso de que fuera el hombre mismo que vió en compañía de Rita el que habia encontrado en el camino, ¿qué motivo podia existir para interpretar desfavorablemente un encuentro probablemente casual?.:. Ramirito, á no dudarlo, vió lo que no habia... ¡Ocultacion!... ¿Por qué, y para qué? A haber sido el paseo aquel del desconocido un paseo intencional, hubiérase acercado á Benilda con la intencion que tuviese. ¿Qué temor podian infundirle una indefensa mujer y un niño tan pequeño?



Estas reflexiones destruian la base de aquellos infundados temores... Imposible parecia cómo á Benilda no se le habia ocurrido una consecuencia tan lógica. En resúmen: el hombre sería ó no sería el mismo que el huerfanito vió en la compañía de Rita; el hombre, en vez de ocultarse detrás de un árbol como Ramirito habia dicho, tomaria otra direccion en el camino. Ramirito, al perderle de vista, se habria imaginado lo que dió por cierto. El hombre viviria en el mismo arrabal que Benilda, tal vez próximo á la casa de ésta, tendria quizás hasta una absoluta necesidad de cruzar por delante de ella, y para desempeñar sus quehaceres hasta seguir los mismos pasos de la baronesa.

Benilda experimentaba un deseo tan vehemente de calmar su alarma, de apaciguar, ó si podia ser, de extinguir las aprensiones que la dominaban, que, bien fuese porque la convencieron los argumentos de la casera, ó porque la necesidad de serenarse para poder emprender su viaje de vuelta á Valencia influyese en la impresion de aquellos raciocinios, el caso es que se dejó vencer por ellos; y que, habiendo logrado serenarse, al cabo del rato que empleó Teresina en trabajar con tan buen resultado sobre aquel excitado ánimo, gozó con

[redacted]

tranqüilidad de los únicos momentos de solaz de que disfrutaba en medio de las amarguras de su probada vida. Fuése al huerto á ver jugar á su hija; fuése á gozar, hasta donde se lo permitia su fatigado espíritu, de las gracias y encantos de aquel ángel meridional, y, acompañándola Teresina, ocuparon ámbas el asiento rústico donde los inocentes discursos de María produjeron en su taladrada alma tan dolorosa impresion.

Entre tanto, los primitos (que no se conocian por semejante nombre), acompañados, por supuesto, por el perro Leon, que, como de costumbre, formaba el principal objeto de entretenimiento, entregados á sus juegos, á sus carreras y á sus brincos, henchian el aire con sus risas y gritos de alegría. La niña imitaba á mosen Martin; poníale al can como hacía aquél, un palo para que lo saltase, y Leon, fiel á la torpeza que le distinguia, tal cual le vimos en aquella ocasion que por primera vez trabamos conocimiento con los moradores de la barraca, sin cesar tropezando contra la improvisada barrera, y entrando de lleno en la broma, acompañaba sus ineficaces saltos con los mismos ruidosos ladridos, á los que formaban coro las carcajadas de María y las no ménos sonoras risas de Ramirito.

Reinaba, pues, en el huerto la mayor algazara, que cesó, sin embargo, al comparecer la baronesa, y cesó hasta por parte del perro.

La niña corrió en direccion de su madre para besarla y acariciarla; Ramirito se quedó frio, paralizado, ante la inesperada y nunca grata presencia de su tia; y el perro, adherido á María cual si formase una parte del sér de ésta, le siguió los pasos, que era lo que constantemente hacía.

En esto oyóse en la proximidad del huerto el golpe de un baston sobre el arenado suelo: el eco de un sonido, que cual pudiera la vara mágica de una hada, ejercia la misma maravillosa influencia.

Era mosen Martin; mosen Martin, que habia estado ausente por un breve período, y que, al volver á su barraca, deseoso de disfrutar cuanto ántes de la presencia de su ahijadita, y, no hallándola en otra direccion, se habia dirigido al huerto en busca de ella; mosen Martin, con su navío de tres puentes en la cabeza, aquella *teja* del tiempo de San Vicente Ferrer, su raido y descolorido manteo, los zapatones como lanchas, rayando ya en las condiciones charoladas que les daban los bruñidos de Teresina, el ángel de aquel hogar,

[redacted]

sobre el cual, no obstante sus vestiduras, sus descomunales zapatos y desmedido sombrero, brillaba con más resplandor que si le hubiese cubierto un manto de grana y una corona real.

Cubriéronse de luz, de sonrisas y alegría, las fisonomías todas al divisarle; hasta sobre la misma marmórea faz de la baronesa dibujóse una ténue sombra de contento, reflejo de su corazon de madre; y, levantándose simultáneamente desde el primero hasta el último para saludarle, volvió aquella reunion á recobrar la animacion y la alegría que hacía unos momentos habia interrumpido la presencia de la baronesa.

Reprodujéronse los juegos; tornó Leon á representar en ellos el importante papel que le correspondia desempeñar, y, estimulada la broma y la animacion por mosen Martin, reinó otra vez la anterior algazara.

En el ínterin, Teresina, siempre activa, diligente y solícita, relevaba á su amo del peso del manteo, del de la *canoa*, le limpiaba el polvo que se le habia adherido en el paseo que habia dado; y, hecho esto, suponiendo que estaria cansado (como lo estaba efectivamente) le condujo al banco rústico y le obligó, á fuerza de instancias, á ocupar el puesto que habia ella dejado vacante.

Y, en seguida, teniendo que desempeñar alguna de sus infinitas tareas domésticas, se retiró, quedándose el buen cura, quisiéranlo ó nó el uno y el otro, solo enteramente, y frente á frente de la baronesa.

Los niños seguian jugando.

Benilda se sentia desconcertada: el aspecto benévolo, complaciente, pero á la vez tan grave de mosen Martin, le infundia un invencible respeto, y Benilda no se atrevia ni á levantar los ojos del suelo. Mosen Martin tenía los suyos, tan penetrantes, clavados en ella. Parecíale á aquélla que estos ojos, quisiéralo ella ó no, diérales ó no permiso para ello — valiéndonos de una frase de nuestra santa compatriota (1) — recorria las estancias todas de su castillo, de ese edificio (su alma), cuyas avenidas trataba de defender tan cautelosamente, y que la historia de su conciencia le era revelada con la misma facilidad que si la viese escrita en un libro.

Benilda debia grandes mercedes al buen cura que habia sido del pueblo de R..., en cuya pila

(1) Santa Teresa de Jesús en sus *Moradas*.

[redacted]

bautismal habia impuesto á su hija, la hija que ocultaba cual si hubiese sido el fruto del crímen — el más sagrado sacramento; Benilda reconocia profundamente la deuda de que era acreedora, y Benilda, como madre, en recompensa del inmenso bien que de mosen Martin habia recibido, y seguia recibiendo en la persona de su hija, le hubiera entregado su existencia si se la hubiese pedido.

Pero no pasaba de ahí.

Mosen Martin lo deploraba como ya sabemos; y, en medio del esmero que empleaba para no molestarla con inoportunas intervenciones, no podia ménos de revelar, aunque no fuera más que en su mirada, el oculto sentimiento de su corazon evangélico.

Benilda lo traslucia, y partiendo de ahí la sensacion enojosa que, á pesar suyo, la sola presencia de mosen Martin le infundia, puede comprenderse la posicion que respecto de él tomaba.

Violenta por demás era, por lo tanto, la suya en aquella tarde de que nos estamos ocupando... ¡Y, entretenidos los niños con sus juegos, no existia ni el recurso de que alguno de aquellos inocentes inclinara la balanza al lado de la reservada mujer... Mosen Martin se habia distraido. De lo contrario; ¿cómo él que tan bueno era, tan considerado y

atinado, como era posible que *motu proprio* hubiese colocado á Benilda en tan embarazosa situacion?

La indiscrecion, sin embargo, estaba ya cometida, y mosen Martin por no llamar la atencion á la baronesa, por no exponerse á aumentar el malestar y los recelos que no se le ocultaba la dominaban, tratando únicamente de volverle la tranquilidad que perdia siempre en su presencia, apeló al recurso que sabía habia de producir mejor efecto; le habló de su hija. Y, respondiendo Benilda á este mágico resorte, se estableció un poco de equilibrio entre los dos.

—No habrá echado María su paseo de menos esta tarde, en tan buena compañía como ha estado, exclamó mosen Martin, rompiendo el silencio, que es seguro no hubiera encontrado Benilda ánimo para quebrantar. No la pude llevar conmigo; tenía que desempeñar un triste deber; iba á recibir la confesion de un moribundo, y, aunque la niña conoce de la vida, lo mismo el lado alegre que el opuesto, no conviene abusar de su tierna organizacion. La muerte impone siempre, por más que yo, usando de mis derechos y privilegios de padrino y de Mentor, le haya enseñado como una de las primeras y más importantes lecciones, á no ver en

[redacted]

la muerte un término, sino un principio de resurrecion, y la verdadera vida... ¡Ay, señora! prosiguió diciendo mosen Martin, si hubiera V. presenciado la escena de que yo he sido testigo esta tarde, cuán palmariamente hubiera V. visto demostrada la verdad de lo que estoy diciendo! He visto subir un ángel al cielo, y he bendecido la hora en que Dios concede el don de la existencia, para recibirla devuelta de tan edificante manera.

—¿Ha presenciado V. el fin de algun adolescente... de algun casi niño? interrogó Benilda, dirigiendo esta pregunta por cortesía, y por decir algo.

—No por cierto; replicó el cura con viveza.

—¿De alguna persona jóven todavía, tal vez en la flor de la vida?

—De ninguna manera.

—¿De quién, pues, entónces? interrogó Benilda, dirigiendo esta pregunta con algun más interés que las anteriores.

—De un pecador arrepentido; de un hombre manchado con gravísimas faltas, profundamente sentido de haberlas cometido, y reconociendo la enormidad de ellas y la inmensa misericordia de su Creador en perdonárselas, de un pecador que, despojado del hombre antiguo, lleno de esperanza

y fe, ha muerto con la paz de los santos y la alegría de los ángeles. Las puertas del cielo—¡no lo dudo, yo que he presenciado su conversion y su fin!—le habrán sido abiertas de par en par, el coro celeste habrá entonado un himno de alegría y en los ámbitos todos de la mansion divina habrá resonado sólo una voz de regocijo... Porque así nos lo dice el Evangelio; que habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hizo penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester de ella. Y las palabras de nuestro Señor no fallan, no pueden fallar.

Benilda levantó los ojos que hasta entónces habia tenido clavados en el suelo, y, mirando á mosen Martin de hito en hito, pareció cual si se dispusiera á dirigirle alguna pregunta ú observacion.

Mosen Martin lo comprendió así, y, devolviéndole la mirada con otra llena de benevolencia y cariño — una mirada que descifrada, era una invitacion para la manifestacion del pensamiento ó sentimiento que habia inducido á Benilda, no sólo á levantar la vista de la tierra, sino á clavarla tan fijamente en la noble fisonomía de su interlocutor — permaneció callado, atento sólo á lo que pudiesen pronunciar los labios de la baronesa.

[redacted]

no, sin embargo, esperó: la idea ó el sen-
espiraron al nacer.

ia nada dijo; cruzóse el manto sobre el
duda para ocultar las palpitaciones de éste,
io modo que habia sofocado la expresion
niento ó idea que esas palpitaciones cau-
presurosa apartando la vista con igual ra-
: accion que la habia clavado en mosen
tornó de nuevo á reinar la misma emba-
tuacion que al principio de encontrarse
re el banco rústico aquellos dos seres tan
os el uno del otro, y, sin embargo, por
: la voluntad de uno de ellos, tan separa-
si un mundo los dividiese.

mpano de hielo no hubiera podido comu-
nosen Martin sensacion más glacial que la
odujo la inesperada accion de su compa-
esesperó de la redencion de Benilda, y,
l cabo de un rato trascurrido en muda con-
on, reflexionando lo que habia ocurrido,
: su abstraccion la voz de la baronesa, que
lia de él, alegando para la precipitacion de
ia la disculpa del miedo que abrigaba de
canzase la noche en el camino, se le vino
mente al pensamiento el recuerdo de las

referencias de María en la tarde aquella á que ya una ó dos veces hemos aludido, que al asir entre las dos suyas la delgada mano que Benilda le alargó, se le escapó desde las más íntimas profundidades de su corazon evangélico, un suspiro tan involuntario como melancólico — suspiro que, en forma de oracion, fué dirigido al cielo para que el Todopoderoso tuviera piedad y misericordia de aquella desdichada mujer.

Despues mosen Martin, como tenía costumbre de hacer con María, bendijo á Ramirito; y Teresina, que habia ya vuelto á presentarse para dar el último abrazo á su hija de adopcion y esto vió, adquirió una aumentada confianza de que ningun daño podia sobrevenir, partiendo, como partia, custodiada bajo la influencia de un inocente bendecido por su amo.

Para mayor tranquilidad, Teresina se hallaba persuadida de que Benilda habia sido víctima de una ilusion propia y ajena; y ¿cómo no abrigar la casera esta conviccion, si para ella era imposible que, ni aquella tarde, ni nunca jamás, se pudiesen dirigir contra Benilda las armas del rencor, ni las asechanzas de ningun oculto ni descubierto enemigo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

[redacted]

ÍNDICE

DE LOS

PITULOS CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO.



[redacted]







OBRAS DE LA AUTORA.

El Hilo del Destino.

Isabel ó la Lucha del Corazon.

La Rosa del Genio.

El Hada doméstica.

Magdalena.

En el Peñon.

POR NO ENTENDERSE...

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA, ETC.

TOMO II

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

[redacted]

POR NO ENTENDERSE...



[redacted]



NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

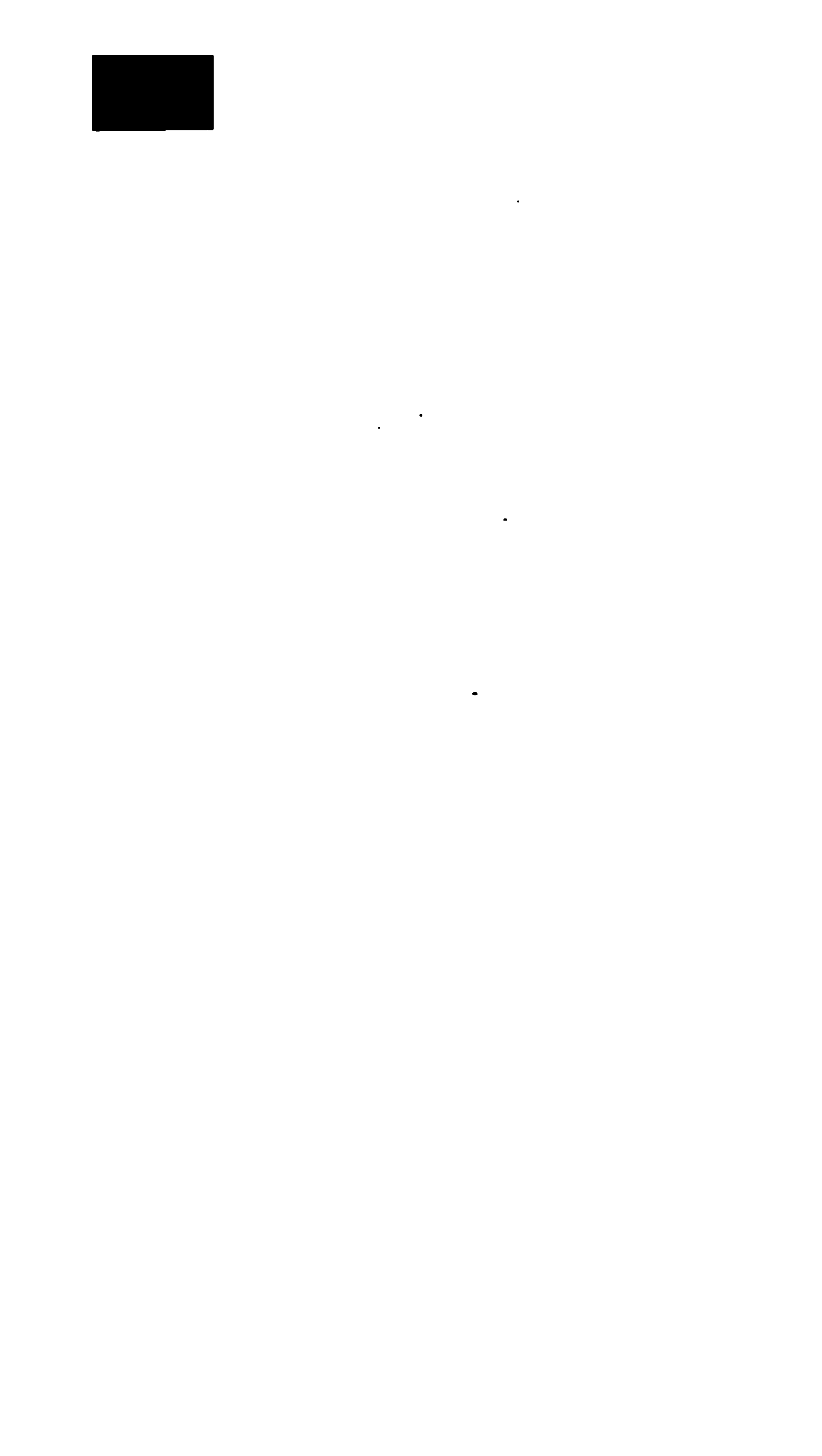
AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA,
A DOMÉSTICA, ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON,
A ROSA DEL GENIL, EN EL PEÑON, ETC.

TOMO II

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1879







OBRAS DE LA AUTORA.

El Hilo del Destino.

Isabel ó la Lucha del Corazon.

La Rosa del Genil.

El Hada doméstica.

Magdalena.

En el Peñon.

POR NO ENTENDERSE...

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA, ETC.

TOMO II

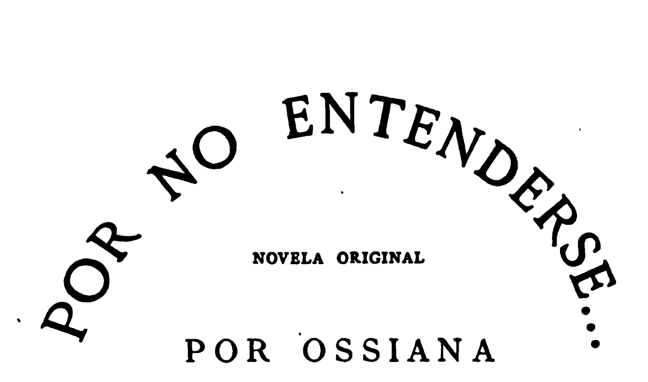
SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

POR NO ENTENDERSE...

[redacted]



POR NO ENTENDERSE...

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

EL HILO DEL DESTINO, MAGDALENA,
EL HADA DOMÉSTICA, ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON,
LA ROSA DEL GENIL, EN EL PEÑON, ETC.

TOMO II

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

[redacted]

CAPÍTULO PRIMERO.

?asaron dias y dias, y pasaron semanas, y Be-la no volvió á ver al desconocido que la habia ıdo espiando. En vista de esto, convencióse de : Teresina habia acertado; de que habia soña-con una vision, y de que á Ramirito le ha-sucedido lo propio, y con circunstancias agra-ıtes.

Díjoselo así un dia al pobre querubin, y hasta ɔuso en duda el que hubiese visto á Rita. El ɛdo le habia abultado los objetos; el miedo le ›ia inducido á ver lo que no habia; era más : posible que cuanto habia creido ver, no ha-sido más que una alucinacion, por miedo.

Ramirito se sintió anonadado ante aquellos car-, tan severos como inmerecidos. Antojósele se cubierto de ridículo. ¡Él, medroso! ¡Él, arde! ¡Y sin tener á su tio Baltasar al lado

para sacar la cara por su dudoso valor!... ¡para responder del denuedo del presunto militar!... Por poco se echa á llorar. Fué aquel en que la baronesa le dirigió tan injustos ataques, un dia de los más amargos que habia pasado Ramirito en su vida; es decir, desde que se habia separado de su tio Gaspar y de Rita; y por vía de protesta (tan seguro como estaba de no haber sido juguete de una fascinacion de los sentidos) contra las calumnias de que era objeto—el pobre niño, que no obstante sus conatos de valiente, conservaba aún latente la timidez que el mal trato habia producido en su sér—formó la siguiente resolucion: que viese lo que viese, al «hombre feo» ó á Rita, solos ó reunidos, ó como quiera que se le volviesen á aparecer, tendria buen cuidado de no participárselo á su tia.

—Pues, no que no, se dijo á sí mismo el futuro Cid—en miniatura—no es nada el que se me crea un cobarde, el que se me diga que veo lo que veo, no porque lo veo, sino porque el miedo me lo hace ver! ¡No me lo volverán á repetir! No daré yo ocasion de que se me vuelva á llamar medroso, ni cobarde, sino cuando esté mi tio Baltasar delante, que ya sabria él decir si era yo valiente ó no!

[redacted]

El dia mismo en que formó Ramirito este propósito, tuvo ocasion de cumplirlo; y como verán nuestros lectores, lo cumplió al pié de la letra. Siempre que tenía permiso para salir del colegio y dirigirse á la casa de su tia Benilda, lo llevaba ésta á Nazaret; y, como de costumbre, cumpliendo aquel dia con el ya establecido uso, fuéronse tia y sobrino á pasar la tarde á la barraca de Teresina.

Era ya á fines del verano: hacía, no obstante, un calor abrasador; el aire, en vez de consolar, quemaba—bien es verdad que apénas el más leve ambiente movia las hojas de los árboles;—el mar estaba tranquilo como una balsa; el Túria parado, inmóvil; ni el menor burbujo interrumpia la serena quietud de su cauce en aquel paraje, cuyas márgenes orillaban las barracas, entre las cuales sobresalia la de Teresina de tan señalada manera: hasta parecia que las aves, abrumadas por el peso de la atmósfera, habian suspendido su vuelo ó refugiádose en algun oculto rincon para descansar; ni una sola se columpiaba sobre una rama, ni el menor gorjeo interrumpia la profunda quietud y silencio de aquella escena. Nazaret estaba tan callado como desierto; poca ó ninguna gente se veia en ninguna direccion, divisándose única-

mente alguna persona aislada, obligada por la necesidad á desafiar los abrasadores rayos del sol, que, á pesar de hallarse próximo á ocultarse, ejercia aún la plenitud de su poder. Facilitaban, pues, el silencio y la soledad que prevalecian el distinguir mejor cualquier objeto ó sonido que tendiesen á interrumpirlo. ¿Puede, por lo tanto, extrañarse que con la mayor claridad se distinguiese el eco de dos vocecitas infantiles que rompieron aquel estado de mudez, y que sin género de dificultad se reconociera de dónde procedian?...

Para Ramirito y María estaba demás la techumbre de la barraca; para Ramirito y María no habia calor, ni motivo alguno que les impidiese disfrutar de las ventajas del aire libre, por más que en aquella ocasion de que nos estamos ocupando, no era «aire» lo que habia al «aire libre,» sino vivo fuego; y, eligiendo para campo de sus juegos el redondel, á la entrada de la barraca, allí instalados, jugaban y se entretenian. El perro Leon los acompañaba; pero, rendido el animal con el sopor de la atmósfera, por más que los niños lo llamaban y animaban, permanecia insensible á sus invitaciones. Esta falta de cooperacion por parte del can no bastaba, sin embargo, para desanimar

á los niños. Ramirito y María corrian, saltaban y charlaban; sus gritos de alegría, sus vocecitas infantilcs eran los únicos ecos que se escuchaban en Nazaret.

Parecia aquello hecho de intento; parecia cual si alguna hada mala tuviese ojeriza á alguna de aquellas criaturas, y hubiese dispuesto el silencio y la quietud tan absoluta que reinaban para conseguir el logro de algun propuesto mal fin...

El ángel de la Guarda de uno de aquellos hermosos niños habia sin duda cedido, cual cediera la naturaleza entera, el mar, la tierra, el rio, los árboles, los hombres, hasta las aves voladoras, á la influencia de la temperatura...

¿Cómo, si no hubiera sido así, si el ángel guardian de alguno de aquellos inocentes no hubiese por un momento descuidado su ministerio, habria sido posible que permitiese lo que permitió?...

Un hombre y una mujer penetraron en Nazaret, y, sin que nadie reparase en ellos, se acercaron á la barraca. Lenta, sigilosa, cautelosamente, sin meter el menor ruido—dejándose oir apénas sus pisadas,—dieron una vuelta en torno de su recinto, empezando por la parte posterior, regis-



trando lo que podia verse del huerto, luégo las entornadas ventanas que resguardaban á la baronesa, á mosen Martin y á Teresina de la inclemencia del sol, y por último, dirigiéndose á la fachada, al llegar á cuyo punto (la inmediacion del redondel), aumentaron el cauteloso sigilo de sus movimientos.

Los niños seguian jugando, charlando y riéndose.

El hombre y la mujer se detuvieron para escucharlos mejor.

—Es Ramirito; bien se lo decia yo á V. que debia ser Ramirito, prorumpió la mujer con acento tan bajo, que escasamente podia llegar á los oidos del hombre á quien fué dirigida la frase.

—La niña es la suya, á no dudarlo, añadió. Apártese V. un poco para que yo la mire.

La mujer se asomó por la tosca empalizada que circuia aquella parte de la barraca; y, apénas pasaron cinco segundos, se asió del brazo de su compañero con tal violencia, que, desprevenido como éste estaba, estuvo á punto de caer.

—Es la misma cara del baron, exclamó la mujer, soltando esta frase con trémulos acentos, los dientes castañeteándole, y un temblor convulsivo agitando todo su cuerpo.

[redacted]

—Sosiégate, dijo el hombre, mirand
mujer con visible zozobra, pareciéndole
iba á ver sucumbir á la excitacion de s
siones.

Al decir esto el hombre, ladró un perro

El eco de este ladrido sonó tan inmediat
próximo al lugar en que la pareja se habia
en observacion y exámen de los niños, q
razon alarmada con este aviso, huyó preci
mente. No lo hicieron, sin embargo, con l
teza que hubiera sido del caso; el perro f
listo que ellos, y los niños tambien. Nuestr
cido Leon, al advertir el susurro de aquell
desconocidas, se acordó del puesto que o
fiel guardador de la casa y de las persona
amos, y venciendo su pereza, no se conte
con ladrar, sino que, aguijoneado por su
partió á correr en direccion del sitio de
salian los alarmantes ecos.

Los niños lo siguieron; y, llegando á
parte de la empalizada cuando escasamente
tenido el hombre y la mujer tiempo para
alejado de ella media docena de pasos, re
Ramirito en los causantes de la alarma d
ni más ni ménos que á Rita y al hombre
nocido.

Ramirito miró bien y fijamente á la pareja que con precipitados pasos se alejaba de su vista; persuadióse de lleno de que por tercera vez no se habia equivocado; y, como un «valiente», reprimiendo hasta el menor gesto que indicase un átomo de la impresion que habia recibido (y hay que confesar, aquí *sotto voce*, sin que se entere nadie más que el que leyere este libro, que como siempre fué profundamente medrosa) se portó como un héroe.

Esto, sin embargo, no impidió que desde aquel momento se quedase como paralizado.

María habia visto á la pareja lo mismo que su primito; pero, como María no estaba prevenida, ni habia motivo alguno para que la alarmase la presencia de aquellos dos personajes, ni abrigaba aún en su inocente alma el menor átomo de malicia que pudiera haberla inducido á interpretar el estado de casi paralizacion á que, como ya hemos dicho, quedó reducido Ramirito, pasó la escena que habia tenido lugar, completamente inadvertida para ella.

Ramirito, á solas consigo mismo, ratificó la protesta que la injusticia de Benilda le habia inducido á formar; y, no obstante que le costaba un

esfuerzo supremo el callar lo que habia visto, y callarlo sobre todo con María, con quien encontraba el mayor placer en desahogar sus impresiones, se propuso cumplir su resolucion sin vacilar.

Las lecciones de su tio Baltasar, el recuerdo del sable y de las espuelas de éste, no habian dejado de producir su efecto...

Lo único notable que pudo observarse en el huerfanito, desde el momento de ocurrir lo que acabamos de referir fué ese estado, remedo de paralizacion á que ya hemos aludido; pero, como el calor era tan excesivo, y no habia objeto animado ni inanimado que en aquella tarde dejase de ceder á su soporífera influencia, y las personas que podian haber buscado la clave para la trasformacion del niño, se la explicaron de la más sencilla manera, ni la menor sospecha próxima á la realidad acometió á ninguno de los que podian y debian haber tenido interés en averiguar la causa de tan repentino cambio.

Y no era esto efecto de que no se hubiesen fijado en él.

Apénas permitió la ocultacion del sol á los que se habian guarecido contra la inclemencia de sus rayos bajo la techumbre de la barraca, salir en



busca de los niños, le faltó á María tiempo para hacerles advertir—en son de queja, sea dicho al paso—que Ramirito se habia cansado de jugar; que Ramirito no tenía ganas de reirse; que Ramirito parecia tener sueño y deseos de marcharse; que ella, María, no sabía lo que Ramirito tenía, pero que él se habia puesto muy triste, y no se alegraba con nada de lo que ella le decia...

Nada de esto sirvió: lo mismo mosen Martin que la baronesa y Teresina, dieron á aquel estado del niño la interpretacion que ya hemos dicho; y el hada mala, que parecia haber arreglado entre las circunstancias de aquella tarde aquella combinacion necesaria para el logro de sus fines, lo consiguió por completo...

El ángel de la Guarda, que se habia descuidado, apénas volvió en sí de aquel descuido, lanzó un suspiro, derramó una lágrima, y no pudiendo ya contrarestar la funesta consecuencia de su distraccion, recogió la cristalina gota que por su mejilla corriera, y formó con ella la joya principal para la corona de un ángel.

—¡Bebe, Rita, bebe, y brinda por la salud de los que tú sabes!

—Vaya, pues: ¡á la salud de los barones de Fenollar! Pero no me haga V. beber más, Marcial, que me enardece la sangre.

—Dame á mí lo que esa chica desprecia, que tu madre no tiene la garganta forrada de seda como ella.

—No tengo costumbre...

—Ya se ve, te criaron como una señorita para luégo tratarte como á un perro.

—No tiene ya que pensar en eso, madre: somos dueños del campo.

Al anochecer de la tarde en que Rita y Marcial, en amor y compañía, se habian dirigido á Nazaret (expedicion que no era la primera vez que habian hecho, si bien infructuosamente) se reproducia una escena representada ya en el teatro de nuestra historia: cenaban reunidas Soledad y Rita, en esta ocasion acompañadas por Marcial. El velon, la cazuela de arroz, la fuente de verduras, el jarro de aguardiente, nada faltaba; y, sazonada como se hallaba la cena por los dichos y observaciones de los tres, que se habian congregado para hacer á aquella bazofia el honor de consumirla, reinaba la mayor animacion en el comedor, cocina ó lavadero (como se le quisiera llamar), de la madre del Roder.

[redacted]

Rita, excitada á un punto indescriptible, á pesar de no seguir el ejemplo de Marcial y de su madre en las abundantes libaciones á que éstos se entregaban, parecia sobradamente más resentida que ellos de los efectos del alcohol. Se reia, charlaba sin tono ni medida; otras veces lloraba, gemia, sollozaba; pudiéndose colegir por estos síntomas que tan pronto se entregaba al regocijo como á lo contrario. Hubiera podido pasar por una poseida ó una demente mejor que por una persona en su cabal juicio.

El Roder y su madre contribuian á excitarla, sobre todo la última.

Degradada como se hallaba Soledad hasta lo infinito, se complacia en rebajar á los demás al nivel de ella. Soledad era astuta, rastrera, viperina; y si algo faltaba á Rita para acabar de encanallarse, cuidaba aquella vieja de darle los últimos retoques.

—Ya se ve, te criaron como á una señorita para despues tratarte como á un perro, era una de las frases que habia dirigido á Rita, á la cual habia dado, no ésta, sino Marcial, la respuesta que hemos consignado.

Aquella frase indica el resorte á que apelaba la viuda para excitar las nunca dormidas pasiones de

[redacted]

la nodriza; y, complacida ésta de encontrar un eco ó un estímulo tan en armonía con su torcida naturaleza, correspondia cumplidamente á las excitaciones que, á pesar de no necesitar de ellas, recibia constantemente por parte de Soledad.

—No digas que no piense ya en eso, habia sido la observacion dirigida por la madre á su hijo, en contestacion. Lo que necesita es no dejar de pensar en ello un momento; y mas que lo piense la vida entera, y les haga penar gota á gota la sangre que le han corrompido en el cuerpo, nunca se lo hará penar bastante. Por mucho que les quite, más le han quitado á ella; por mucho mal que les haga, más es el que le han hecho á ella.

—Pero ¿quién lo duda? interrumpió Marcial con enojo. No parece sino que yo me he vuelto atrás ó que necesito que me echen para adelante.

—No hablo contigo, Marcial; hablo con Rita, que no sé á lo que vienen esos pucheros y lloriqueos.

—Son los nervios, madre; interpuso el Roder con sorna. La gente de pelo en pecho no entendemos de esas cosas; ¿cómo quiere V. hablar en chino si no ha estado nunca en China? Mírela V. ahora cómo se rie y enseña cada diente que vale un Perú... Rita, que me tocas un almirez en la cabe-

za... cierra esos corales ó no respondo de lo que pueda hacer.

La nodriza suspendió las risotadas á que se habia estado entregando, risotadas alternadas con pucheros y lloriqueos, como habia dicho Soledad, y que demostraban por su carácter histérico que el Roder habia acertado en la calificacion que les habia impuesto.

La conversacion se sostuvo girando sobre el mismo tema, con pocas variantes; los resentimientos de Rita y la razon y justicia que la acompañaban para querer vengarse de las ofensas recibidas; hasta que, habiéndose retirado Soledad ántes que los otros de la mesa, entablaron Marcial y Rita un coloquio en baja voz, cuya sustancia se perdió entre la diversidad y confusion de baratijas de tan diversa índole y carácter que llenaban la estancia, en que aquella íntima conversacion se efectuó.

Ramirito no durmió aquella noche, grabadas como tenía en su infantil pensamiento las imágenes de Rita y del hombre feo: por más que daba vueltas en la cama, y trataba de fijar su consideracion en otros objetos, inútilmente se esforzaba el pobre querubin.

[redacted]

El sueño huia tenaz de sus cansados párpados; y, excitada su imaginacion con el recuerdo del encuentro que habia tenido, donde quiera que dirigia la vista, y áun con los ojos cerrados, y hasta apretándolos con toda su fuerza para mejor conseguir su objeto, parecíale estar constantemente viendo á la pareja.

—Como soy un niño—esta era la sustancia de uno de los soliloquios á que en su desvelo se entregaba el huerfanito — tia no me quiere hacer caso: ¡cree que no sé pensar, ni sentir, ni siquiera ver! Araceli no haria lo que hace tia; no por cierto. Araceli me cogeria en sus brazos; me haria el mismo caso que si yo fuese un hombre, me besaria y me acariciaria. (Ramirito se expresaba á solas consigo mismo, aunque fuera de una manera algun tanto inconveniente. Hay que dispensárselo en gracia de su inocencia.) No se acordaria de que era yo chico para pensar, para sentir, para ver. No se burlaria de mí, como hace tia. ¡Es seguro que no me llamaria medroso, ni cobarde! Si tia me hubiese creido, ya le habria yo dicho lo de esta tarde. Pero ¿para qué? ¡Para que no me crea! Nó, nó, nó; tres veces nó; no se lo diré jamás. ¡A quien yo se lo quisiera decir es á Araceli, que me quiere tanto!... y Araceli me consolaria; me

diria alguna de aquellas cosas tan bonitas que, en cuanto me las decia, se me quitaba cualquier miedo que tuviese... Podia escribirle... en las cartas se dicen las cosas lo mismo que si fuesen habladas... El caso es que yo no sé escribir; no sé más que poner mi nombre con unas letras muy grandes, que parecen los faroles de las calles... Si el director quisiera hacerme el favor de ponerle una carta á Araceli, se enteraria de lo que pasa y me quitaria este miedo que tengo... porque yo no soy medroso ni cobarde... bien lo sabe el tio Baltasar, y hasta me ha llamado valiente; pero lo que es á Rita y al hombre feo, creo que sí, que les tenga un poquito de miedo. ¿Y quién no se lo tiene? Hasta Leon. Bien les ladraba. De María no hay que hablar; ¡es tan pequeña! dijo el huerfanito con no escasa importancia, midiendo con ojos de gigante la estatura y la edad de su primita. Ni siquiera los veria. Por eso no se asustó. El director es tan bueno, prosiguió el soliloquio de Ramirito, y se acuerda tanto de mi padre que está en el cielo... (¡Yo que no lo sabía hasta que Araceli me lo dijo!) Y me dice tantas veces que me quiere por lo que me parezco á él, que, si yo le pido el favor de escribirle á Araceli, de fijo lo hace. Pues se lo voy á pedir

[redacted]

mañana en cuanto me levante, resumió el niño con decision.

Llegado á esta conclusion, se sintió Ramirito reanimado ante la idea de entenderse con Araceli, y desahogar con ella estas medrosas impresiones que á pesar suyo le dominaban; y si bien, no obstante y haber encontrado una solucion para el estado de excitacion en que se hallaba, el sueño continuó aún algun tiempo todavía tenaz, negándose á las instancias de sus tan hermosos como rendidos ojos de esmeralda, la llegada del dia siguiente, lo rehabilitó por completo.

El director del colegio, que era un anciano tan entendido como amante de su profesion, y que sabía inspirar á sus discípulos tanto amor como respeto, en lo que podiá ser no excusaba complacerlos cuanto le era dable, sobre todo á los colegiales de tan tierna edad como Ramirito, á favor del cual se inclinaba señaladamente, tanto por las dotes que éste revelaba, cuanto por el cariñoso recuerdo que conservaba de su padre: en medio de lo original que le pareció la solicitud del huérfano, no titubeó en acceder á ella.

El niño le contó su historia; la historia del mal trato de Rita, del miedo que le habia siempre

inspirado—aumentado despues que la perdió de vista—sus recientes encuentros con ella y con el hombre feo; la burla de su tia Benilda (burla, como la calificaba Ramirito, de la cual no pudo ménos de participar el director, sin embargo de que cuidó de no manifestárselo á su discípulo por no herir su inocente susceptibilidad) las impresiones que estos encuentros le produjeran, y, por último, la conviccion que abrigaba Ramirito de que habia de encontrar consuelo en los consejos de su querida Araceli. Este era el objeto que se proponia al quererla imponer de lo que pasaba: el pobre niño no queria sentirse oprimido con la sensacion que, por más que trataba de concederle otra calificacion, era lo que ya sabemos: puro miedo... Y el director que así lo comprendió, tuvo mayor incentivo para corresponder á su solicitud. Escribió á Araceli una carta, al parecer dictada por el niño, y en la que puso éste su firma: un «Ramiro», que real y verdaderamente no era una obra de caligrafía, sino lo que el huerfanito habia dicho: una coleccion de faroles del alumbrado público. Y hecho esto, despues de haberla dirigido debidamente, puso el colmo á los deseos de su discípulo llevándole en su compañía, para que por su propia mano depositase la referida

[redacted]

epístola en el buzon del correo. Llegó ésta como puede presumirse, con toda felicidad á su destino, y, como debe igualmente colegirse, produjo el recibo de ella la mayor alegría á la cariñosa Araceli.

—Carta de Ramirito, carta de Ramirito, dijo apénas la abrió, fijándose en la firma de aquella epístola.

—¡De mi nieto!... ¡del que deberia ser mi nieto! rectificó doña Esperanza, que á la luz de un quinqué hacía calceta al lado de su hija; ¡y nada ménos que dirigida á la que deberia ser su madre!... Las cosas del corazon. El corazon habla más que la lengua, Araceli. ¿Quién, sino el corazon puede haber dicho á ese angelito que te escriba? Y es la segunda vez, prosiguió diciendo doña Esperanza, porque aunque la otra carta iba dirigida por fuera al capitan Baltasar, la de dentro era para nosotras. Dí que no. Vamos, dí que no, como te empeñaste entónces en decir.

—Lo que V. quiera, contestó Araceli con su inalterable dulzura. Esta es para mí. De eso sí que no queda duda. El director del colegio escribe en nombre del niño, y Ramirito firma de su propio puño. Vea V. su letra.

—¡Qué grande y qué hermosa! prorumpió la señora mayor, recreándose con el exámen de aquel nombre escrito con unos caractéres tan descomunales. Vamos, lee, lee, y dime lo que dice... la sustancia, como hace Jorge.

Araceli devoró la carta de su amiguito que, expresando los conceptos del niño, pero revestida con las formas que le concediera el amanuense, estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi querida Araceli: Me acuerdo mucho de ti »y de las cosas que me decias; pero necesito que »me repitas algunas de ellas. Me da vergüenza de»cirlo; pero tengo miedo otra vez. Tú me lo ha»bias quitado. Habia aprendido bien aquello que »me enseñaste de que Dios no desampara á los que »le tienen presente, y que el que tiene á Dios, de »nada más necesita. Pero he visto á Rita...»

Aqui se extendia el director refiriendo la historia de los encuentros del niño con aquélla y con el hombre feo, a cuya historia seguia la de las quejas de Ramirito con su tia Benilda; y de nuevo volviendo al mismo tema con que daba principio á la epístola, concluia de esta manera:

«Tú sabes bien que Rita no me quiere; y no »me llamarás cobarde si, como soy tan chico toda»via, me ha dado miedo el volverla á ver. Díme



»algo para que se me quite, que no lo quiero tener; »y dímelo como tú sabes decir las cosas, no como »las dice tia Benilda, que me dan ganas de llo- »rar cuando me habla; y no la quiero más sino »porque me lleva á ver á María, que es su ahi- »jada. María la quiere, yo no sé por qué. Verdad »es que tia le da besos y abrazos á María como »los que tú me dabas á mí; y es porque sin duda »quiere á María como tú me quieres á mí. ¿Será »eso, Araceli? Tú lo sabrás mejor que yo. He es- »tado muy contento siempre que me ha llevado »á ver á María y á jugar con ella. Ahora creo »que no me gustará tanto: me acordaré de Rita »y del hombre feo. Quítame, pues, el miedo, »Araceli, para que vuelva á estar tan contento »como ántes, al ir á ver á María; y para poder »dormir, que no he dormido en toda la noche, »pensando en lo que me pasa. Ya lo sabes; y, »si no, pregúntaselo al tio Baltasar, que yo no »soy un cobarde, y no quiero parecerlo. Muchos »besitos á la abuelita Esperanza y á Jorge, y para »tí un millon de tu amiguito

»Ramiro.»

—¡Rita en Valencia! ¡Rita, al parecer, rondando á ese pobre niño! dijo para sus adentros



Araceli. ¿Qué objeto puede llevar en ello? Es imposible adivinarlo... A no ser que tenga razon la baronesa en desentenderse de los asertos de Ramirito. El miedo tal vez le haya abultado los objetos...

— ¡Y me manda á mí muchos besos, á la abuelita Esperanza! exclamó la señora mayor llena de satisfaccion, á la vez que su hija meditaba sobre todo el contenido de la carta, fijándose exclusivamente en el párrafo que le era referente.

— ¡Su abuelita! prosiguió la señora. ¿Y qué me falta para serlo? Apénas nada. Mi hija fué, casi, casi, baronesa; casi, casi, madre del hijo de Ramiro Fenollar, y es casi un hecho consumado esto de ser yo abuela del hijo que deberian haber tenido, á no haberse puesto por medio ese energúmeno en forma de hombre, Gaspar Fenollar, que tanta guerra le hizo á mi pobre Araceli.

Entretenida la buena señora con esta série de reflexiones y su calceta, á la que habia vuelto á dedicarse despues que se hubo enterado de la sustancia de la carta de Ramirito, que Araceli le trasmitió perfectamente arreglada al alcance de su microscópica inteligencia, quedó sumida en el más profundo silencio, estado que favoreció á Araceli para que pudiese consagrarse con entera libertad á la meditacion de aquella misiva, cuyo contenido

[redacted]

le produjo un efecto, que ni Ramirito al dictarla, ni el director al escribirla, pudieron imaginarse...

Y no era lo que más la preocupaba el motivo que habia inducido al niño á dirigírsela.

Araceli por un momento se habia inquietado... Esto no hay que negarlo. Mas, dando lugar á la reflexion, no habia podido por ménos, aunque partiendo de diferente base, de llegar á la misma lógica conclusion á que habia ya llegado otro de los personajes de nuestra historia: la fresca y bondadosa casera de mosen Martin.

La estancia de Rita en Valencia podia ser casual, asimismo como los encuentros que el niño habia tenido con ella y con el hombre feo; era cierto que Rita no habia querido nunca al niño; pero esto no constituia razon fundada para sospechar que le estuviese espiando ni persiguiendo, como podia presumirse en vista del contenido de la carta del niño.

La baronesa no parecia haber concedido el menor valor á la alarma del niño; y nadie como ella se hallaba en el caso de juzgar con más acierto de la entidad de aquella ocurrencia. Araceli era incapaz de ofender la susceptibilidad de su amiguito.

No ponia, ni por un momento, en duda, la realidad de lo que el niño habia visto. Sólo que no

concedia á aquel suceso la importancia que el pequeñuelo.

Explicóselo como un incidente trivial; y, al cabo de un buen rato que empleó en meditar sobre el asunto, se identificó con el juicio de Benilda.

Ni por incidencia se le ocurrió atribuir aquel espionaje que Ramirito, sin darse cuenta de ello, habia sorprendido, á la verdadera causa...

Y la razon de esto se explica fácilmente... Para la buena y sencilla hermana de Jorge Garcés, era Benilda intachable. Rectifiquemos. Lo habia sido hasta aquel momento que, con la carta de Ramirito en la mano, al llegar á un párrafo de ella, el párrafo en que trataba de las visitas del huerfanito á María, y del cariño de Benilda por esta niña desconocida, una sombra nubló los dulces ojos de Araceli y un subido tinte de escarlata tiñó su nacarado rostro.

Araceli era, no sólo virtuosa sino tan pudorosa como lo habia sido á los quince años—el pudor no tiene edad—y una sospecha vergonzosa contra la que habia sido su amiga, la hirió de repente.

Jorge Garcés, como se sabe, pasaba la mayor

[redacted]

parte de las noches en la sociedad de Gaspar Fenollar, y se retiraba ordinariamente á su casa á una hora avanzada, á no ser cuando aquél tenía por conveniente abreviarle el período de su compañía, lo que precisamente ocurrió la noche de que nos estamos ocupando.

Sin que su madre y hermana lo esperasen, sorprendiólas con su presencia justamente en el momento en que aquel tan vivo colorido á que hemos aludido cubria el noble rostro de su buena hermana... En pié Araceli, con la carta en la mano, el reflejo del quinqué dándole de lleno sobre la cara, hubiera sido imposible, con la perspicacia que distinguia á Garcés, que se le pasase por alto la impresion que la dominaba.

—¿Qué es eso? dijo, despues que saludó á su madre con un cariñoso beso, dejando caer una mano sobre el hombro de Araceli, y señalando la misiva. ¿De algun galan? inquirió en tono de broma. No faltaba más sino que saliéramos ahora con eso.

—De Ramirito, se anticipó á contestar doña Esperanza, que habia seguido con maternal ternura los movimientos de su hijo.

—¡Del niño! exclamó Jorge con sorpresa.

—Del mismo, confirmó Araceli. Tómala, Jor-

ge; léela con atencion y dime lo que piensas de ella.

Jorge se apoderó de la carta. Leyóla; no una vez, sino dos, tres veces; miró luégo á su hermana, hízole una seña indicando la presencia de su buena madre, á la que lo mismo Jorge que Araceli amaban lo más entrañablemente que era posible amar á una madre, pero de la cual, no obstante el tierno y profundo afecto que le profesaban, tenian el sobrado conocimiento para saber que deberian reservar ciertas conversaciones; y, acostumbrada como estaba Araceli á entender á su hermano, recogió su carta y no volvió, por lo pronto, á ocuparse de ella.

[redacted]

CAPÍTULO II.

Doña Esperanza tenía pasion por hacer media; no por la aficion que le pudiesen inspirar los menguados y crecidos, sino por la pasion que tenía á sus hijos. Estas medias, que la buena de la señora se llevaba haciendo desde el dia primero del año hasta el último, se destinaban, unas veces á Jorge, otras á Araceli, y doña Esperanza las trabajaba, más que con las manos, con el corazon. Con demasiado corazon, podia decirse: materialmente la estropeaba aquella infatigable laboriosidad, de tal suerte, que rara era la velada en que, rendida con los esfuerzos de su aplicacion, no se quedase dormida—por supuesto, cayéndosele la calceta de la mano.

No se habia dado caso jamás, sin embargo, de que confesase esto; y, como Araceli, por no con-

[redacted]

trariarla, cuidaba de cogerle los puntos que se le pudiesen haber soltado por efecto del éxtasis que con tanta frecuencia se apoderaba de ella y hasta de seguir el curso de los menguados y crecidos, se le fortalecia la ilusion.

Los hermanos, que como tenemos ya manifestado, se entendieron para no analizar en la presencia de la señora mayor el contenido de la carta de Ramirito, no bien ocurrió el caso de quedarse doña Esperanza dormida (como se quedaba todas las noches del año) entablaron conversacion sobre el asunto.

Jorge coincidió con Araceli en la manera de ver y juzgar de ésta, con respecto á Ramirito; Rita, segun el juicio del administrador, en lo último que pensaba era en dirigir sus tiros contra el huerfanito.

– Ni contra nadie, habia alegado Araceli.

– Estás en un gravísimo error, habia sido la contestacion de Garcés.

Araceli defendió su opinion.

El administrador acabó por reirse, burlándose de la inocencia de su hermana.

– El niño, arguyó Jorge, no tiene motivo para temer, y puedes con toda confianza tranquilizarle.

[redacted]

¡Pobre pequeñuelo! El tiro va dirigido á Benilda, y lo que me maravilla es que la baronesa no haya caido en ello. Cuando la Providencia consiente en que un hombre se pierda, le pone una venda en los ojos.

—¡Jorge! ¡Jorge! exclamó Araceli sin acertar á comprender el verdadero sentido de las palabras de su hermano, á pesar de que, como ya hemos dicho hacía un rato, una sospecha contra la amiga que hasta aquel momento habia creido intachable, la habia hecho enrojecer.

—No te entiendo, Jorge, ni acierto á explicarme cómo y por qué puede Rita querer mal á la baronesa.

—Con razon ó sin ella, respondió Garcés, Rita aborrece á los barones de Fenollar. Esto nadie lo ignora, y créetelo, Araceli, que, aunque no pueda yo traslucir el objeto que lleva Rita en celar á la señora de quien la voz pública, no obstante el misterio y la contradiccion en que fué envuelta la historia de su separacion conyugal, habló tan desfavorablemente, á no dudarlo, por más que tú y otras personas tan inocentes como tú no hayan querido jamás creerlo, esa separacion y el suceso de Bruno, el marido de Rita, tienen entre sí la más íntima relacion. El proceder de Rita deberia

convencerte de ello. Rita, como todo el mundo, ignora lo que entre el baron y su esposa pasó. Rita defendió la verdad de lo que su marido alegaba. No le valieron, sin embargo, á éste, las declaraciones de su mujer. Pudo más la confesion del moribundo y la intachable reputacion de la baronesa de Fenollar. ¡La intachable reputacion! repitió Jorge con ironía. Tú misma, Araceli mia, no crees ya en ella. «María, que es su ahijada,» exclamó Jorge repitiendo ese párrafo de la epístola de Ramirito que tanto efecto habia producido en Araceli: «María la quiere, yo no sé por qué.
»Es verdad que le da besos y abrazos como los
»que tú me dabas á mí; y es, sin duda, porque
»quiere á María como tú me quieres á mí...»

El administrador meditó un momento.

—Ramirito forma un proceso en regla á su tia. ¡Oh! no sabía Benilda con quién tenía que habérselas; no conocia la precocidad de nuestro amiguito. Benilda es culpable, prosiguió diciendo Garcés; así la he juzgado desde el primer momento, y paga bien su merecido; porque ese hombre, dijo Jorge, refiriéndose al señor á quien servía, la quiso con el alma y con la vida cuanto era él capaz de amar, y Benilda le pagó con la más negra ingratitud. Esa niña desconocida, su ahija-

[redacted]

da, esa María, tan imprudentemente dada á conocer á Ramirito—imprudencias que Dios inspira ó permite para castigo de los criminales—no hay que ponerlo en duda, es fruto del pecado de Benilda; y, por más que Dios la haya castigado, no la castiga lo que se merece, puesto que, aunque sea criminal, posee un vínculo del que carece su burlado esposo.

—¡Quién sabe, Jorge, interpuso la dulce Araceli, si las apariencias la condenan injustamente! Esa niña puede efectivamente ser una ahijada... Lo confieso, y lo confieso con vergüenza y remordimiento: por un momento me he dejado llevar de un pensamiento desfavorable; creo que he obrado mal, y lo siento. Bien pensado, añadió con acento festivo, repitiendo algunas de las palabras de su hermano, si Ramirito le forma un proceso á su tia, tambien me lo forma á mí. Tal cual Benilda quiere á María, lo quiero yo á él; y no es mi hijo, Jorge, ni existe motivo alguno aparente, prosiguió diciendo Araceli, acentuando la palabra «aparente» que justifique la infinita ternura que ese niño me inspira.

—El mundo, contestó Jorge á las observaciones de su hermana, áun ese mundo que con mayor intimidad te ha tratado, y te trata, dejaria de

conocer el verdadero; por consiguiente, dices bien: motivo aparente no existe. Yo me sé el que te asiste, y me sé tambien que, aparte de esto, tienes una manera tal de ser, que, áun dado caso de que no existiera en tí otro móvil para querer á Ramirito que el de los impulsos de tu tierno y sensible corazon, tendrias de sobra para llegar al mismo resultado. Pero, Araceli mia, no todas las personas se te parecen. ¿Crees, por ventura, que muchas mujeres, colocadas en el caso que lo estás tú con Ramirito, serian para él lo que tú has sido? ¿Crees acaso que existen muchos corazones tan libres de egoismo, de amor propio como el tuyo? ¿Crees que las pasiones inferiores, cuales son el orgullo, el resentimiento, el rencor, se hubieran mantenido tan alejadas de otros pechos como lo han estado del tuyo—el amor imperando exclusivamente—señor siempre, jamás vasallo? Araceli mia, el mundo en general no sabrá hacerte justicia; en general es nimio, es pequeño, es ruin, y para encubrir sus nimiedades, sus pequeñeces, sus ruindades, necesita hacer la guerra á las virtudes contrarias. Te llamarán—porque así apellidan á las personas que se te asemejan—necia, pobre de espíritu, falta de sentimiento, tal vez hasta hipócrita, porque el mundo en general es incapaz de

[redacted]

comprenderte y apreciarte... ¿Y crees tú, volviendo á nuestro tema, que Benilda ha de parecérsete? De ninguna manera. Benilda pertenece al comun de las mujeres—no me juzgues severo prque así la califique—no confundas su organizacion con la tuya tan privilegiada, y cree que Benilda ama á la niña desconocida, y la ama del modo que puede colegirse por las referencias de Ramirito, con el extremo que una mujer cual ella es capaz de experimentar, sólo por los vínculos que le son propios.

—Me es doloroso pensarlo, Jorge, prorumpió Araceli con un profundo suspiro.

—No te fijes en ello, hija mia; desecha hasta el recuerdo de la conversacion que acabamos de tener, y piensa sólo en nuestro amiguito, en la carta que le vas á escribir para tranquilizarle...

—Tranquilizarle, tranquilizarle, dijo doña Esperanza, despertándose en aquel momento, y repitiendo todavía medio dormida la última palabra que habia pronunciado Jorge. Eso es justamente lo que yo estaba diciendo, exclamó, haciendo como que entraba de lleno en la materia que deberia haberse discutido durante su sueño. ¡Pues no se me ha caido la calceta! añadió, restregándose los ojos y buscando la media que Araceli, como de cos-

tumbre, le puso en las manos. No sé cómo se me puede haber caido, prosiguió diciendo, porque lo que es dormirme... aunque se lo hayan ustedes figurado... ni por pienso... ni una palabra he perdido de cuanto han estado diciendo.

—¿Y quién lo duda, mamá? contestó Jorge, mirando á su hermana sonriéndose.

La conversacion íntima entre los hermanos terminó por aquella noche; y, como la hora era ya algun tanto avanzada, se retiró Jorge á su dormitorio, entretanto que Araceli, como pudiera haber hecho con un hijo de tierna edad, se ocupó en acostar á su madre.

Hecho esto, encerróse en su propia habitacion, que lindaba con la de doña Esperanza, y, pareciéndole que le sería imposible conciliar el sueño sin haber satisfecho préviamente los deseos de Ramirito Fenollar, escribió á éste la carta más tierna, cariñosa y llena de «cosas bonitas» (como el niño las llamaba) que jamás salió de las profundidades de un corazon sensible, carta que es seguro habria de colmar por completo las aspiraciones del tierno querubin.

Y asi fué efectivamente; lo debebemos consignar: los raciocinios, los argumentos, los cariñosos

[redacted]

y estimuladores consejos que contenia, reforzados como estuvieron por el director del colegio que, así como habia tenido que desempeñar el papel de amanuense, desempeñó igualmente el de intérprete de la respuesta á su carta, lograron un completo triunfo sobre la imaginacion del huerfanito.

Las cosas volvieron á su ser: Ramirito recobró tranquilidad; y, como que, unida al efecto que le habia producido la contestacion de Araceli, iba la circunstancia de no haber vuelto á ver á Rita ni á su compañero desde aquella tarde en que los reconoció, tan inmediatos á la empalizada de la barraca de Teresina, dejó de preocuparle el recuerdo de aquellos personajes. Fué más allá todavía: si alguna vez pensaba en la probabilidad más ó ménos remota que pudiese existir de volverlos á encontrar, era con el propósito de no dejarse amedrentar, ni siquiera débilmente impresionar por tan pueril motivo.—Y, llegado á esta conclusion, emprendió sus habituales paseos á Nazaret, no ya sólo con el placer de costumbre, sino hasta con cierto desenfado.

Benilda nada notó de esto, del mismo modo que habia dejado de notar las anteriores emociones del pobre niño.

Benilda vivia concentrada en sí misma; y, si algun destello de luz lanzaba su encogido espíritu, despedíalo únicamente en la presencia de su hija, bajo la influencia del amor materno.

¡Cuántas veces en aquellos largos paseos de ida y vuelta á Nazaret que daba el huerfanito en compañía de su tia, hubiera el niño querido formar un ramo con las flores y yerbas olorosas que llenaban las sendas y jardines que recorrian, para regalárselo á Benilda, tal cual en aquella nunca olvidada temporada de tanta felicidad que habia pasado al lado de su querida Araceli, habia tan repetidas veces formado para ésta! Pero Ramirito, no obstante los nobles y generosos sentimientos que abrigaba (y los que revelaba, sólo con alimentar el deseo de dispensar aquella atencion á la baronesa) y en medio de ser tratado por su tia, merced á la preferencia que María le demostraba, con alguna más benignidad que al principio de conocerle, experimentaba invariablemente á pesar de sus conatos de valor en la presencia de Benilda el mismo embarazo y malestar que el primer dia que la vió.

Sin embargo, llegó un dia en que las distancias se estrecharon; en que tia y sobrino, aquélla con

[redacted]

su manera de ser, tan glacial en la apariencia, éste con el embarazo y timidez que la sola presencia de Benilda le comunicaba, se confundieron en un tiernísimo abrazo y se convirtieron en el universo el uno para el otro. Y esto no tardaremos en atestiguarlo.

Un mes habia pasado desde que Ramirito habia recibido aquella tan afectuosa carta de Araceli, período durante el cual habian continuado sin interrupcion sus visitas á Nazaret, el sensible niño encariñándose cada dia más con los moradores de la barraca, sobre todo con María, y saboreando con aumentado agrado aquel tan ameno trato. Un dia (era ya á principios del otoño) en que reinaba un aire fresco y agradable, se dirigieron Benilda y su jóven compañero á una hora desusada á aquella expedicion tan deleitosa para una y otro. Y decimos hora desusada porque, durante el estío, habian tenido costumbre de efectuarla con la fresca de la tarde. Fuera de uso, pues, estaba, tanto para los que hacian la visita, como para los que la recibian, el que ésta se efectuara al medio dia. Sobre el agrado de la temperatura habia existido otro motivo para producir esta variacion, y era el siguiente: que Ramirito habia sido premiado en su colegio y que, considerando el direc-

tor que la mejor recompensa que podia concederle era la de anticiparle la hora de su salida, dió esto márgen para que la baronesa se anticipase, y le anticipase á él tambien la única distraccion que podia ó se le ocurria proporcionarle.

El niño estaba como nunca, alegre y contento, y gozaba, sin límites, de la belleza del dia; no obstante la presencia de Benilda, corria y saltaba como de ordinario, entreteniéndose en coger las flores ó las yerbas que más le llamaban la atencion, en desgajar las ramas de los árboles, y, henchido de placer, surcaba el camino que le conducia al término de su viaje.

Llegaron á Nazaret y á la barraca.

La puerta de la empalizada estaba abierta y abierta tambien la de la casa, y varios grupos de personas desconocidas para la baronesa—no así para Ramirito, que con la aficion que él y María tenian á jugar en el redondel, y muchas veces en los alrededores de la barraca, conocia á la mayor parte de los vecinos de Nazaret—á mayor ó menor distancia de aquélla, la rodeaban. Hablaban entre sí, ostensiblemente con referencia al mismo objeto, y, fijas las miradas sobre la habitacion de Teresina, daban á conocer que se ocupaban de ella ó de algo que le era referente. Habia

hombres, mujeres y niños de diferentes edades; de éstos, los unos asidos de las manos ó de las faldas de sus madres, los otros, los de pecho ó punto ménos, en los brazos de aquéllas, que los estrechaban con efusion contra el seno, y que, al señalarles la barraca y al propio tiempo el distante campo, con ojitos espantados, lo mismo los de más edad que los de ménos, se cogian de los brazos, de las faldas y de los cuellos maternos como henchidos de terror.

Hablaban los grupos entre sí, y hablaban bajo, como se habla cuando ocurre algo triste ó siniestro, pero no tan quedo que sus acentos se perdiesen en el espacio. Unos decian: ¡pobrecito mosen Martin, tan bueno, tan cariñoso y ya tan viejecito! Otros pronunciaban el nombre de Teresina, acompañándole con iguales ó semejantes exclamaciones de compasion y simpatía, en tanto que las madres, no pocas de ellas con los ojos arrasados en lágrimas, señalaban á la barraca y al distante campo, y estrechaban á sus hijos con aumentado ahinco contra sus amorosos pechos.

Este espectáculo, esta escena, tan sospechosa como incalificable, fué la que se presentó á los ojos de Benilda y del huerfanito; escena que bastó para congelar la sangre de la baronesa. Vibró la

cuerda sensible de su triturada alma, la cuerda viva, dispuesta siempre á responder á la más insignificante llamada. Las madres—distinguió en seguida á las que lo eran—que habia en los grupos, sin dirigirle la palabra, le hablaron á voz en grito.

El corazon le dió un vuelco.

La sangre le corrió fria por las venas.

Los grupos al verla y reconocerla por sus largas faldas grises y el manto con el espeso velo, la miraron despavoridos, llenos... ¿de qué!... De infinita compasion.

Benilda no miraba jamás á derechas; sus cristalizadas pupilas, ya lo sabemos, acostumbradas como estaban á fijarse siempre en vago, no hubieran jamás en ninguna otra ocasion distinguido ni los grupos, ni la expresion de los semblantes de las personas que los formaban. Tal vez ni áun en ésta fué su vista material la que los distinguió. ¡Sería su alma; los ojos de su corazon, de su corazon de madre!...

Miró en torno ántes de penetrar en el redondel; miró despues á la barraca, como pidiéndole que le presentara lo que buscaba; miró luégo á Ramirito—á Ramirito, á quien jamás dirigia una

[redacted]

mirada de simpatía,—y, viendo que ni sombra de lo que buscaba se presentaba en lontananza, que la barraca nada le daba de lo que allá en el confuso laberinto de su alarmada mente é inquieto corazon le pedia, y que Ramirito, instintivamente dominado, aunque en grado menor, por la misma impresion que ella, permanecia mudo, estático casi, á su lado, abriéndose paso entre los grupos, como una exhalacion se dirigió á la barraca. Como una exhalacion se dirigió, y como una exhalacion se presentó, produciendo el mismo efecto que si real y verdaderamente lo hubiera sido.

Tal vez una centella lo hubiera causado menor.

Su presencia era inesperada, y fué saludada con un grito desgarrador...

Mosen Martin y Teresina ocupaban la pieza de recibo ó de labor de la última, y de la casera partió aquel grito tan lastimero.

Benilda se presentó como una muerta resucitada; más blanca que nunca; sus cristalizadas pupilas saliéndosele de las órbitas, sus labios de color de ceniza, pudiendo apénas formar un sonido.

—María... María... queria decir; pero era un María pronunciado con unos acentos tan ininteligibles, que fué preciso adivinar el vocablo.

Mosen Martin al verla, y oir á la vez el grito que arrancó á Teresina la sola presencia de la baronesa, se dirigió al encuentro de Benilda.

—María, seguian diciendo, ó queriendo decir los morados labios de la madre. ¿Dónde está la niña? pudo al fin articular Benilda, mirando de mosen Martin á Teresina, de ésta á aquél, y despues, paseando su extraviada mirada por todo el ámbito de la estancia.

La sospecha, la horrible sospecha de que algo siniestro habia ocurrido, ó le estaba ocurriendo á su hija, la habia acometido desde el momento de ver aquellos grupos parados en las inmediaciones de la barraca: cual un dardo le habia atravesado el corazon y el cerebro.

Alentaba aún, sin embargo, una indefinida é instintiva esperanza de que aquella terrible idea sería sólo una quimera de su alucinada imaginacion.

Pero, al penetrar en la casa y no hallár en ella la figura de querubin que rara vez se alejaba del lado de mosen Martin ó de Teresina; al no oir el eco de aquellos infantiles acentos que, cuando la presencia faltaba, suplia el lugar de ésta; cuando, en resúmen, ni vió ni oyó á su hija, y aquel grito involuntario de Teresina, un grito que expresaba,

[redacted]

no sólo la sorpresa experimentada por la inesperada aparicion de Benilda, sino un sentimiento de profundísimo dolor, se anticipó á cualquiera pregunta que pudiera ella dirigir, y no necesitó la baronesa de mayor confirmacion á sus temores.

—¿La niña está mala? dijo, no me lo oculten VV.; no tengo necesidad de preguntarlo. María está mala... Mosen Martin, Teresina... díganmelo de una vez. Peor es la duda que la certeza... voy á verla...

—Señora, prorumpió mosen Martin deteniéndola y asiéndola por ambas manos con el mayor cariño. Dios es misericordioso, y no nos abandonará. Confiemos en Él, y pidámosle fuerza para sufrir lo que tenga á bien enviarnos. La niña no está mala... la niña estaba buena ayer tarde... lo estará todavía, Dios mediante. No hay que desconfiar. Pidámosle á Dios amparo y proteccion, y no nos desatenderá.

—Pero ¿qué es de la niña? casi gritó Benilda; digámelo de una vez, mosen Martin; ¡por el amor de Dios!... no me tenga V. en esta horrible ansiedad. ¿La niña vive?...

—Sí, señora, vive.

—¡No está mala!... Luego ¿que es de mi niña?... ¿Qué le ha sucedido á mi hija? clamó Be-

nilda fuera de sí, atropellando el terror que experimentaba las formas del lenguaje que usualmente empleaba. Yo lo quiero saber: quiero saber lo que es de mi hija, y no se me debe ocultar. Voy á verla, voy á buscarla...

Mosen Martin la volvió á detener.

—Yo quisiera habérselo podido ocultar á V., prorumpió el buen cura, hablando con entrecortados acentos; y esperaba... confiaba... que ántes de la tarde podríamos haberlo logrado... Pero María... María... desde ayer tarde... no parece...

La baronesa cayó desplomada, felizmente en los brazos de mosen Martin y de la casera, que se apresuraron á recibirla, y Ramirito, que le habia seguido los pasos, de rodillas á los piés de su tia, anegado en lágrimas.

La niña, efectivamente, habia desaparecido. Desde la tarde anterior la habian echado de ménos. Habíase ido, segun tenía costumbre, á jugar en el redondel ó en el huerto, tal vez quizá á los alrededores de la casa; pudiera ser—horrible pensamiento fué éste para mosen Martin—á las orillas del rio, y nadie la habia vuelto á ver. Teresina no sabía más sino que la vió salir de la barraca; mosen Martin, que al despedirse de ella, le

habia dado al perro Leon una de sus lecciones de gimnasia. Al volver aquél, se encontró con la novedad de que Teresina, extrañando la larga ausencia de la pequeñuela, la buscaba por todas partes: por los rincones de la barraca, del huerto, por las inmediaciones de la casa, por las de cuantas personas conocia y trataba, ó no conocia ni trataba en Nazaret, por el campo, por los sitios más retirados de éste, en balde dirigiendo sus amorosas pesquisas.

La niña no pareció por ninguna parte.

Mosen Martin estaba desolado.

Empleó lo que quedaba de tarde, la noche entera, en las mismas infructuosas diligencias practicadas por Teresina, pero con la precaucion de llevar al perro Leon en su compañía. ¡Recurso tan ineficaz como los demás! El perro se hallaba en el mismo caso que el buen cura y la casera; echaba á la niña de ménos; punto ménos que la lloraba como los dos seres de órden superior, que se hallaban sumidos en el dolor más profundo con la pérdida del ángel que embellecia la existencia de uno y de otro, en cuyos inocentes encantos se encontraban con igual ternura los corazones de ámbos; pero ignoraba, lo mismo que ellos, cuál habia sido la suerte de su jóven ama. ¡Oh! ¡á



haberlo él sabido, con el instinto que tenía, ya lo hubiera explicado bien el leal compañero de la niña!

Para la desgracia de los que tanto la querian, para la desgracia de la desventurada María, lo ignoraba totalmente. ¿Y cómo fué que esto pudo ocurrir, Leon? ¿Cómo fué que la niña se extravió de tu lado sin que, fiel á tu inveterado cariño, te cuidases de seguirla, y hasta de salvarla—todo podia ser—del horrible pensamiento que, entre los muchos que le habian asediado, habia invadido la imaginacion de mosen Martin? ¿Cómo fué que pudo esto ocurrir? Y si ocurrió, ¿cómo era que con el instinto que te pertenecia, cual habias hecho en circunstancias de poca ó ninguna importancia, no indicabas el sitio de la catástrofe? Leon, Leon, ¿faltaste acaso á tus deberes de fidelidad?

Mosen Martin se perdia en cavilaciones.

Si la niña se hubiese caido al rio, Leon no la hubiera visto caer con indiferencia. Leon habria alborotado á Nazaret con sus ladridos para llevarle socorro—esto, dado caso que el noble animal no la hubiese podido salvar por sí solo.—Y si hubiese ocurrido esa tan horrible catástrofe

(mosen Martin respiraba ante la consoladora reflexion) es seguro que Leon sabria indicar el sitio de la ocurrencia.

El fiel Leon habia sido burlado. ¿Por la niña?... Parecia increible: el perro formaba parte integrante de los juegos, como la formaba la niña de la existencia del noble can. ¿Qué era, pues, lo que habia ocurrido? ¿Qué le habia pasado á María?

Mosen Martin se volvia loco, y más loco al ver que el tiempo pasaba; que la tarde tuvo fin; que la noche reemplazó su lugar; que otro dia amaneció; que el sol llegó al zénit, y que ni él ni Teresina, por más que hacian, daban con el paradero de la niña. Dió parte á la policía; envió mensajeros en todas direcciones; hizo reconocer el rio; ofreció cuanto tenía ó no tenía, pero que buscaria al precio de su vida, en recompensa al que le diera noticias, al que le presentara á su querida María, y, no obstante su inmenso dolor, su terror y desconsuelo, esperó, confió todavía en que su alarma tendria fin, y en que la niña pareceria ántes de tener que participar á Benilda lo ocurrido.

La hora inusitada de la visita de la baronesa desbarató estas últimas ilusiones: no eran, pues, de

extrañar, ni el grito que arrancó á Teresina la inesperada aparicion de la doliente madre, parte principal en aquel aflictivo suceso, ni los balbucientes acentos con que, sin saber apénas lo que decia, trasmitió mosen Martin á la desdichada la desaparicion de su hija.

Benilda tardó largo rato en salir del desmayo que la habia acometido; y, cuando recobró el conocimiento, se ocuparon mosen Martin y Teresina en informarla, hasta donde se hallaban en el caso de hacerlo, de aquel tan triste como misterioso acontecimiento, á la vez que esto hacian, tratando de comunicar á la infeliz el posible consuelo.

La baronesa parecia haber perdido el juicio, y en balde se esforzaban sus compañeros de desgracia por apaciguar su agonía y comunicarle un átomo de la esperanza que no los habia aún abandonado á ellos.

La pobre señora habia roto los diques que hasta aquí la aprisionaran, y, como un huracan, se desencadenaba su herido corazon.

En vano le rogaban que se calmara y alentase alguna confianza en el resultado de las eficaces medidas que se habian tomado para averiguar la suerte de su hija; en vano le suplicaban que no desespe-

[redacted]

rara aún del buen logro de las diligencias que se estaban practicando.

Benilda no atendió á razones, á consuelo alguno, y, deshecha en lágrimas, ahogada en sollozos, presa de la afliccion más excesiva y desgarradora, despertaba la mayor compasion y simpatía en los que, á la par con ella, lloraban la desgracia que á todos alcanzaba—á Ramirito no ménos que á los demás.—Arrodillado el pobre niño á los piés de su tia, lloraba sin consuelo, y en aquel momento supremo de dolor, al verla tan profundamente afectada, identificándose con los sentimientos de Benilda, no sólo se atrevió á besar á ésta las delgadas manos, sino que, aumentando por momentos su simpatía por el dolor de la baronesa, llegó hasta á mezclar sus ruegos y palabras de esperanza con los de mosen Martin y Teresina.

—No llore V. más, le decia, tratando de contener sus propias lágrimas para dar ejemplo á Benilda; María volverá, María parecerá; sin María no podríamos ninguno vivir, y Dios, que lo sabe, y sabe lo buena que es, y lo que la queremos, nos la devolverá. Yo se lo pediré tanto, tanto, que Dios, que oye á los niños mejor que á nadie (Araceli le habia enseñado esto á Ramirito, y el noble niño lo retenia, así como todo cuanto

habia aprendido de aquélla, fielmente en su recuerdo y en su corazon) Dios me oirá á mí y me hará caso enseguida.

De esta suerte se expresaba el tierno huerfanito; empero, como les pasaba á mosen Martin y á Teresina, en vano empleaba los recursos de su afectuoso corazon. Benilda á nada atendia, nada estaba en el caso de escuchar ni apénas comprender. No la separaba razon ó argumento alguno de su profunda agonía: habia perdido á su hija y la habia para siempre perdido;—el mismo misterio que acompañaba á su desaparicion, contribuyendo á aumentar su desconsuelo, la amargura de su dolor—abandonábase la desdichada madre á la desesperacion.

En este estado, pasó lo que quedaba de dia en la barraca de Teresina; en vano contando con la realizacion de las esperanzas que abrigaran sus compañeros de infortunio. Ni la autoridad pública, ni las diligencias particulares consiguieron el menor resultado.

El dia concluyó del mismo modo que habia empezado, sin dar el menor indicio del paradero de la niña.

En la barraca no se oyó ya más que una voz de duelo y lamentacion.

[redacted]

CAPÍTULO III.

Los grupos que, relevándose unos á otros y llenos de interés y compasion, habian incesantemente rodeado la morada de mosen Martin, y cuyo interés y compasion habian crecido desde que la presencia de la baronesa dió mayor complicacion al suceso que tan en conmocion habia puesto al usualmente pacífico vecindario de Nazaret, al oir aquellos tan desconsolados sonidos, les formaron el más triste coro.

Las madres lloraban á más no poder; las mujeres todas, sin excepcion, madres ó no madres, hasta algunos de los hombres y no pocos de los niños, mezclaban sus lágrimas de simpatía con aquel duelo que llegaba íntegro á sus oidos.

—¡Pobre señora! decia una viuda con cuatro hijos, á los cuales habia llevado al lugar de la des-

gracia para impresionarlos con el ejemplo de ella—lo propio que habian efectuado la mayor parte de las madres,—no sólo llora, sino grita; distingo sus clamores por entre los sollozos de Teresina, el llanto de Ramirito y las ineficaces palabras de consuelo que se conoce le dirige el bueno de mosen Martin.

—¡No diga V. pobre señora, sino pobre madre!... porque lo es. ¿Quién lo puede dudar al oirla llorar y gritar de ese modo? prorumpió otra de las madres allí reunidas.

—Pongámonos en su lugar, añadió una tercera; ¡perder á una hija y no saber si se ha ahogado!...

—Que será lo probable, interpuso una jóven cuya vivaracha y picaresca fisonomía reconocemos, y que no era otra que la ninfa picotera cuya fácil locuacidad, en una ocasion que no habrán olvidado nuestros lectores, correspondió tan cumplidamente á los ardides de la curiosidad del Roder.

—Muchas veces me la he encontrado jugando á la orilla del rio, tirando piedras y riéndose y palmoteando de alegría al verlas hundirse en el agua. La corriente estaba fuerte ayer tarde y la resaca puede habérsela llevado. Vaya V. á averiguarlo. Maravilla será, concluyó diciendo la piz-

[redacted]

pireta, que la pobre criaturita no haya sido pasto de los peces.

—Pues yo lo dudo, exclamó un anciano cazador, que al pasar por el teatro de la tragedia misteriosa sobre la cual se estaban formando toda clase de comentarios y suposiciones, oyó las últimas palabras de nuestra parlera ninfa, y se detuvo para dar su parecer. He sido cazador toda mi vida, dijo, como para dar mayor importancia á la opinion que se proponia explanar, conozco mejor que las propiedades del hombre las de la raza canina; no he pasado nunca por este sitio, ni encontrado á la niña, sin haberla visto constantemente acompañada por su perro; de sobra lo saben VV. que la niña y Leon eran inseparables. A haberla visto éste caer, sus ladridos hubieran llamado la atencion; ó la hubiera seguido él al rio. El suponer otra cosa, conociendo lo que es la lealtad de un perro, es suponer un desatino.

—Pues entónces, interrogó la jóven habladora que habia expresado la probabilidad que el anciano apoyándose poco más ó ménos en los mismos argumentos en que habia tratado de apoyarse mosen Martin, refutaba de tan convincente manera, ¿qué es lo que se le ocurre á V., que puede haber sucedido?

—Imposible es dar en el *quid*, á ménos que no haya sido un secuestro.

La mayoria de los concurrentes acogieron esta conjetura con el mayor desprecio.

—¡Un secuestro! ¡Secuestrar á una chicuela como esa!... ¡Pues no dejarian de sacar caudales á mosen Martin! respondió la ninfa que habia tomado sobre sí el discutir con el cazador. ¡Como si me secuestraran á mí!

—Chica, dijo la segunda de las tres madres que habian hablado anteriormente, hay que tener presente que la niña no es más que ahijada, y puede que ni eso siquiera de mosen Martin; y algo más que ahijada de otra persona más encopetada. Aquí hay misterio; y donde hay misterio, tiene que haber dinero.

—¡Que hayan de ser estas mujeres tan mal pensadas! exclamó el anciano que no se habia ocupado jamas de la genealogía de María, ni fijádose en las habladurías que las visitas de la baronesa habian constantemente promovido, y que ni tampoco habia llegado á incorporarse con los grupos á tiempo de oir las apreciaciones de las tres madres que habian hablado.

Con que es decir que una señora rica no puede ser madrina de una niña pobre sin que la



infamen las mismas de su sexo, las que deberian ser las primeras para no echarse las unas á las otras la ceniza en los ojos.

—Repórtese el deslenguado, prorumpió la charlatana interrumpiendo el discurso del contrincante masculino.—Lo que las mujeres somos, es más perspicaces que los hombres, tenemos ojos para ver, y vemos con ellos una mosca cuando VV. no vén un elefante. No que no: que nada tiene de sospechoso el que una señora cubierta con un espeso velo venga á ver á una niña que no tiene madre conocida, que no ha de haber venido llovida del cielo, y que de todo tiene aire ménos que de una niña campesina. Sin duda que se necesita pensar muy mal para ver el sol con los ojos abiertos.

—Chist, chist, susurró la madre de los cuatro hijos, imponiendo silencio á los grupos: que sale Teresina de la casa.

La concurrencia en masa rodeó á la frescachona Teresa, asediándola á preguntas, y colmándola de expresiones de interés y simpatía, acerca de aquel suceso que traia consternado á Nazaret. Teresina tenía priesa, y apénas concedió sino alguna ligera respuesta á sus interlocutores, de los



cuales se separó inmediatamente alejándose de seguida de su vista.

La noche, entre tanto, habia reemplazado al dia, sirviendo de señal para la dispersion de los grupos, que, como hemos dicho, relevándose unos á otros, habian rodeado constantemente durante todo el curso del dia la barraca de la casera.

Las que movidas por más íntimo interés en el suceso, ó mayor curiosidad, ó más ociosidad, permanecieron todavía por una hora larga en el lugar del suceso, tuvieron ocasion de conocer el objeto de Teresina al practicar la salida que habia efectuado.

Vieron llegar una tartana, y, observando que la casera se apeaba de ella y volvia á entrar en la barraca, coligieron sin necesidad de emplear gran caudal de imaginacion para ello, el objeto para el cual habia requerido aquel vehículo, que no era otro que el de conducir á la baronesa á su casa. Benilda se hallaba imposibilitada de volver por sus piés á Valencia, y, penetrados á cual más de esto, lo mismo mosen Martin que Teresina, así como de la profundidad de la herida abierta en su corazon, no sólo discurrieron aquel medio para que regresase á la ciudad, sino que, llenos de compasion y alarma ante la intensidad de sus

sufrimientos, emplearon las más cariñosas instancias para que aceptase la compañía de Teresina hasta su casa.

Pero Benilda no lo permitió.

Sola con Ramirito, como habia venido aquella mañana á Nazaret, ocupó la tartana, y sola con Ramirito, cruzó en muda agonía, rendida de dolor, el camino que mediaba hasta llegar á su morada: el niño, no obstante el cambio que se habia efectuado en sus sentimientos respecto de Benilda, con el precoz instinto que le adornaba, cuidó de no perturbar con palabra, accion, ni ademan, el silencio que guardaba la consternada baronesa.

No obstante, despedido que fué el tartanero, y despues que las criadas de Benilda se retiraron de la presencia de su ama, condujo la baronesa al huerfanito á su dormitorio, y ocupando allí el sitial en que usualmente se sentaba, suave, dulcemente, casi tímida, ó medrosamente atrayendo á sí al niño, le dirigió la palabra.

—Ramirito, exclamó; tú dices siempre la verdad... toda la verdad, repitió, como queriéndose cerciorar de la veracidad del huerfanito; ¿y me dirás la verdad sobre lo que yo te pregunte?

—Sí, señora; por nada en el mundo miento, re-



plicó Ramirito con acento fervoroso, lleno de solicitud por complacer á su afligida tia, y de afan por corresponder á la opinion de veracidad que parecia tener de él.

—Ramirito, prosiguió diciendo Benilda con voz tan alterada por la agitacion que, al dirigir al niño la pregunta que estaba á punto de salir de sus labios, apénas era inteligible su acento: ¿has vuelto á ver á Rita y al hombre feo? Dímelo... Has prometido decirme la verdad. Has dicho que tú nunca mientes. Ten presente que si me dices una mentira...

—Tia, tia, prorumpió el huerfanito, interrumpiendo la oracion de Benilda: ¿por qué me lo pregunta V. así, tan enfadada?

El pobre niño no alcanzaba á descifrar la agitacion de Benilda de otra manera. Recordaba la promesa que se habia hecho á sí mismo de resultas de la incredulidad de Benilda acerca del asunto sobre el cual le interrogaba ésta ahora con tan grave, casi solemne entonacion; y en su inocencia juzgando que por algun arte mágico habia adquirido su tia conocimiento de aquella promesa, lleno de candorosa confusion, se dispuso á confesar su «delito,»—haciendo, no obstante, las debidas salvedades para librarse de la grave inculpacion de él.

—Le diré á V. la verdad, sí, señora, exclamó con la mayor contricion; se la diré á V. ahora que me lo pregunta; me lo prometí á mí mismo, es muy verdad, que aunque los volviese á encontrar, nunca, jamás se lo diria á V. Obré muy mal en enfadarme con V., prorumpió la noble criatura, lanzado en el terreno de las confianzas y concesiones, entregándose por completo á ellas; pero V. se reia de mí, me hacía burla, creia que veia lo que no habia, porque le tenía miedo á Rita y al hombre feo; ¡porque era yo un cobarde!... resumió Ramirito, expresando sus sentidas quejas con la libertad que le hubiera sido imposible emplear bajo otras circunstancias que aquellas en que se hallaba.—Me dijo V. que ni siquiera era Rita la que yo habia visto el dia que iba con el tio Baltasar; que el miedo me habia hecho ver... ¡Como si yo pudiese equivocarme! Y se lo repito á V., estaba muy enfadado con V., y ya que no me queria V. hacer caso, se lo escribí á Araceli para que me consolase y quitase aquello que tenía... por si era miedo, añadió el niño ruborizándose. Y Araceli, continuó diciendo, me consoló tan bien, que no me volví á acordar de ellos.

—Pero, prorumpió Benilda con creciente agitacion, recapacitando sobre las palabras de su in-



fantil compañero; despues de aquella tarde en que me dijiste por la última vez que habias visto al hombre feo, al mismo que iba con Rita cuando tú ibas con el tio Baltasar, despues de aquella tarde, repitió Benilda, ¿la has vuelto á ver? Dime la verdad: has prometido decírmela; ¿has vuelto á ver á Rita? apostrofó la baronesa con voz ronca por la emocion.

—Sí, señora.

—¿Y dónde, dónde? casi gritó Benilda, apoyando sus dos brazos sobre los hombros del niño, y devorando á éste con sus ahora no cristalizadas pupilas.

—Tras la empalizada de la barraca, contestó Ramirito, y en el acto refirió cuanto se relacionaba con aquel su tercer encuentro con el Roder, confirmando las sospechas que, no obstante no habérselas confiado á nadie, habian acometido á Benilda.

Informes, confusos pensamientos habian cruzado por la trabajada mente de aquella desdichada mujer desde el punto y hora de saber la misteriosa desaparicion de su hija; el nunca dormido sentimiento que aguijoneaba su existencia; la sombra que jamás la abandonaba, que semejante

[redacted]

á la cadena que arrastra el presidiario, arrastraba constantemente en pos de sí; donde quiera que dirigiera los pasos, se le habia puesto de frente.

Benilda desde el principio habia sospechado la causa y quién pudiera ser el autor de su desgracia. El grito de su conciencia habia evocado un fantasma aterrador. La venganza triunfante se le presentaba—cubierta, sin embargo, con el espeso velo de la confusion y la ignorancia. Pero Benilda la veia clara y distintamente, y la referencia de Ramirito—testimonio auténtico—confirmó sus tan fundados recelos.

El niño concluyó de hablar, y esperó á que su tia le contestara.

Benilda permaneció callada. Un cúmulo de imágenes á cual más acongojadoras, invadió su pensamiento; traspuso la distancia de seis largos años; de seis años eternos, pasados en la agonía y la zozobra; representóse de nuevo una y otra escena posterior á esos años de tan penoso curso; recorrió de golpe los acontecimientos que aquellos años de amargura habian producido; y, una vision tras otra presentándose en formidable aparato ante su excitada mente, midió cual nunca la enormidad de las faltas que produjeran tales y tan dolorosos resultados.

En vano el niño la miraba, y la miraba, y, asustado ante la inmovilidad de Benilda, la instaba para que le hablase, para que le dijese (¡el inocente!) si era que estaba incomodada con él por lo que le habia contado, y, si así era, que le perdonase su indiscrecion.

Benilda ni oia ni veia al tierno querubin. Una sombra rojiza le ofuscaba la vista: cuantos objetos tenía delante se le aparecian cubiertos con el mismo tinte de escarlata; las blancas paredes de su estancia, los nevados muebles que contenia, cuanto encerraba aquella habitacion... y el zumbido, cual de millares de abejas, le aturdia los oidos.

—Tia Benilda, tia Benilda, exclamaba entretanto el niño, esforzándose por llamarle la atencion, y hacerla volver de aquel paroxismo:—¿Qué es lo que tiene V? ¿se ha puesto V. mala? le preguntó por último, no sabiendo ya qué interpretacion dar al estado en que la veia.

—Sí, hijo mio, replicó al fin la baronesa, articulando esta frase con tal dulzura, con tan inusitado cariño, que el niño se enterneció; creyó que escuchaba á su querida Araceli, y, cediendo á la impresion que recibia, apoyó su carita de marfil contra la marmórea de Benilda y la besó en silencio.

[redacted]

Las distancias se iban estrechando entre la tia y el sobrino... leguas de terreno se habian andado de la una y la otra parte en el corto espacio de tiempo que habia mediado desde el momento de llorar reunidos una misma desgracia. El paroxismo de Benilda fué el límite de aquella separacion...

La baronesa, al sentir el beso del niño, lo enlazó con sus brazos, y, estrechándole contra su pecho con la más viva efusion, le besó, más que con ternura, con entusiasmo.

—¡Ramirito! ¡Ramirito! exclamó; ¡Dios nos va á devolver á María!... ¡lo siento... lo creo... lo espero!

—Sí, señora; fué la contestacion del huérfano; no he dudado de ello un momento; no he cesado de pedírselo á Dios desde que se lo dije á V., y Dios, que tanto quiere á los niños, no puede dejar de oirme.

Pocas palabras más se cruzaron entre aquellos dos seres que, como anunciamos—la una con su manera de ser tan glacial, en la apariencia; el otro con el embarazo y la timidez que la sola presencia de aquélla le comunicaba—se habian al fin de confundir en un tiernísimo abrazo... La hora para



recogerse el niño habia sonado, y, á pesar de que la baronesa hubiera deseado no separarse un momento de él, sacrificó sus sentimientos á las consideraciones del deber.

Envióle á su colegio y se quedó sola con su despertada conciencia, larva hasta aquel momento, que se disponia á trasformarse en crisálida.

A la mañana siguiente, y cuando apénas los rayos del sol doraban el horizonte, una de las criadas de la baronesa fué enviada por ésta á Nazaret con una esquela para mosen Martin.

El buen cura, lo mismo que Teresina, habian pasado una segunda noche en vela, y con los albores del dia, cual el dia anterior, se disponian á continuar activando las pesquisas, tanto las judiciales como las particulares, para dar con el paradero de la niña.

Ocupábanse amo y casera en el asunto que, desde que habia ocurrido, monopolizaba la existencia de uno y otra, en formar conjeturas y discurrir nuevos y variados medios para dar con la solucion de aquel impenetrable misterio, cuando fué entregada la carta de Benilda al primero de los referidos personajes.

—Teresina, prorumpió éste al imponerse del

contenido; la señora me llama y con urgencia, á su casa, donde jamás he puesto los piés.

—¿Sabrá algo de la niña? exclamó la casera llena de júbilo, animándose su rosado semblante; y, por entre las lágrimas que lo cubrian—lágrimas cuyo curso no se habia interrumpido desde que echó de ménos á la niña—se asomó en forma de sonrisa el íris de la esperanza.

Mosen Martin meneó la cabeza, sobre la cual tenía ya colocado su *navío de tres puentes* y que, con el movimiento, imitó la oscilacion de un bajel, y, tristemente mirando á su compañera de desgracia, le contestó:

—¿Qué tiempo ha habido, buena Teresina, para ello, ni con qué nuevos elementos cuenta esa infeliz señora para obtener un resultado que tan difícil se nos está haciendo á nosotros, que disponemos de otras relaciones; qué nos hallamos en otras circunstancias; que, en fin, podemos obrar con la libertad que le está vedada á ella?

—¿Qué querrá, pues, con V., interrogó Teresina, en momentos tan críticos, en que sabe que el tiempo es oro, en que no puede perderse en beneficio de ella un solo instante?...

—No lo perdamos tampoco en inútiles cavilaciones, interpuso mosen Martin envolviéndose en



su manteo y disponiéndose á obedecer la llamada de Benilda. Dame el baston, que me marcho enseguida. Ocúpate tú, entretanto, de las diligencias á que no podré yo atender hasta más tarde y ¡Dios nos conceda hoy el consuelo que nos negó ayer! concluyó diciendo el buen cura.

Sin otra palabra más, emprendió el camino para Valencia.

El pobre viejo, no obstante su avanzada edad, lo encorvado de su cuerpo, encorvado tanto por efecto de los años que contaba, cuanto por el físico delicado que habia siempre tenido, marchaba, sin embargo, estimulado por el deseo de complacer á la señora á quien tanto compadeciera, con una portentosa agilidad, y atravesó el largo trecho que habia que recorrer desde Nazaret hasta la humilde morada de la repudiada esposa del baron de Fenollar, en un espacio increible de tiempo.

Las criadas de Benilda, que estaban advertidas de aquella visita, condujeron al buen cura, no cual tenian costumbre de hacer con las contadas personas que trataban á la baronesa, á la sala de recibo de ésta, sino al dormitorio que ya conocemos; aquella estancia que Benilda, para ahuyentar

[redacted]

los terrores que incesantemente la acosaban, habia revestido de tanta blancura, y habia alhajado de tal manera, que alejase en cuanto fuese posible toda idea fantásticamente medrosa.

La baronesa recibió á su compadre—al que pasaba por tal—en el mismo dintel de la puerta de la habitacion. Conocíase que le habia estado esperando con impaciencia.

—¡Cuán bueno es V.! exclamó *incontinenti;* y, cerrando la puerta de la estancia, condujo á mosen Martin á un asiento frente al sitial en que tenía ella costumbre de sentarse, ó mejor dicho, en que se dejaba caer con el abandono que distinguia todos sus actos.

Benilda estaba como nunca desencajada: habia habido un cambio tan extraordinario en su fisonomía desde la tarde anterior, que mosen Martin no pudo ménos de notarlo, y se sorprendió.

—Mosen Martin, exclamó la baronesa sin más preámbulo, comenzando la conversacion— una conversacion que prometia ser de la mayor importancia, segun el aire de solemnidad con que parecia revestirla—he vivido un siglo en una sola noche, y mi hija, dijo por segunda vez, empleando esta frase en la presencia de mosen Martin, va á serme devuelta; ¡lo creo, lo espero, lo siento!...

Mosen Martin la escuchó estupefacto por dos motivos: el primero, porque nunca, jamás, no obstante estar tácitamente impuesto del secreto de la repudiada esposa y de haberse conducido con tanta generosidad como nobleza respecto de ella, habia observado la menor reciprocidad por parte de Benilda en el terreno de la franqueza y de la confianza — el orgullo no se lo habia permitido á la culpable ó inocente esposa — y el segundo porque, esperando hallarla en un estado de desesperacion y desaliento mayor aún que el que la habia dominado la precedente tarde, le sorprendió el que, sin haber adelantado un paso, segun podia él suponer, en las diligencias que se practicaban para averiguar la suerte de su hija, se mostrase, sin un fundado motivo, tan confiada en el éxito de ellas. Juzgó, pues, que las expresiones que le habia dirigido eran fruto de la demencia.

Benilda habia continuado en el uso de la palabra.

Mosen Martin, tengo que hablar con V., tengo que descargar mi abrumada conciencia, y Dios, que me ve y me juzga en este momento, el mas solemne de mi vida, tendrá misericordia de mis pecados, y me devolverá á mi hija. ¿Lo duda V.?... No, se contestó á si misma, sin esperar la respuesta de mosen Martin; V. ménos que nadie



[redacted]

puede dudar; V. que tantas veces en el curso
su vida ha presenciado los efectos del remor-
miento; que no hace mucho tiempo me habló
ello... aquella tarde en la cual, se lo confieso
V., las palabras evangélicas que profirió me to-
ron en el corazon... este corazon lleno de orgullo
vanidad, este corazon, repitió, apoyando una
sus delgadas manos sobre su seno, completa-
ente mundano, que todavía entónces se resistia
los clamores de la voz de Dios!... Anoche la
uché por la primera vez, mosen Martin... ano-
e desperté de mi letargo... anoche derribé los
olos á que sacrificaba mi atribulada existencia!...
quién es quien me ha robado á mi hija, y por-
e lo sé, es por lo que se ha labrado un cambio
portentoso en mi sér!... Mi alarmada concien-
y mi instinto de madre me advirtieron desde
principio cuál pudiera ser la suerte de mi niña.
ltábanme, empero, datos suficientes para con-
mar mis sospechas, y los labios de un inocente
los han proporcionado. Es Rita, la mujer de
uno, la que de mí se venga, y se venga á manos
nas: en estas horas de agonía que estoy padecien-
, recojo con usura el fruto de cuantos males le
sé á ella... ¡Ha sabido bien por donde he-
me!...

Mosen Martin, V. ignora mi criminal historia, y creerá que son delirios de mi imaginacion las palabras que pronuncio. Cuando se haya V. impuesto en los detalles conocidos hasta aquí sólo de Dios, verá como no deliro. Al cerciorarme de lo que le he dicho á V., de las fundadas sospechas que abrigaba, se efectuó una revolucion en mi corazon. Comprendí el poder de Dios y su justicia en la expiacion que me imponia, y hubiera enloquecido de dolor y de espanto á no haber escuchado entónces esa voz á que ya me he referido. El Señor se apiadó de mí.

Mosen Martin prestó mayor atencion.

— Una luz, celestial sin duda, desconocida para mí hasta aquel momento, alumbró mi oscurecida mente: ví teñidos de rojizo tinte cuantos objetos contemplaban mis ojos; parecíame que esta estancia despedia refulgentes llamaradas; que el niño Ramirito que se hallaba á mi lado, estaba envuelto en una nube grana. Estuve loca por un breve período. No me queda la menor duda. Lo que por mí pasó, apénas lo puedo explicar. Fué un tránsito, mosen Martin. De las puertas de la demencia, pasé sin embargo, á las de la luz y la vida. Recuerdo que la voz de un ángel me hizo volver del síncope que me habia acometido, y que, cuando

[redacted]

›ara contestar al niño Ramiro, al escuchar opios acentos, desconocí su timbre. En nomento, mosen Martin, me acordé de V.: ɜn grito clamaba mi conciencia por la pre-le V., y he pasado la noche entera ansiando ıda del dia para arrojar el grave peso de pas á los piés del Señor. Mosen Martin, ɔ confesar mis delitos, necesito desahogar ɜno de Dios mi conciencia. Necesito que la la religion me anime y me consuele. ¿Y nejor que V. puede verter en mi dilacerado el bálsamo que apetece? Las fuerzas me ɔara permanecer por más tiempo en el es-ı que he pasado la noche. Fáltame hasta el para moverme de esta habitacion hasta que de la absolucion calme la agonía de mi do espíritu. Mosen Martin, creo que mi ha de ser devuelta; creo que Dios ha de ·se de mí, despues que releve á mi alma o que la agobia. ¿No es verdad que el ar-miento y la confesion de los pecados nos ᵣen la perdida gracia?

í, hija mia, replicó con el mayor fervor el :utor de Benilda; Dios es un Dios de mise-ı, más aún todavía que de justicia. Con-en Él y en su infinita clemencia, y tenga

presente lo que ya me oyó decir en otra ocasion: que hay más regocijo en el cielo sobre un pecador que hace penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester de ella. Tranquilícese V., y cuente con su nunca desmentida misericordia, que para todo la habrá de alcanzar.

—¡Y me devolverá á mi hija!... Yo me humillaré tanto, mosen Martin, será tanto lo que le rogaré á Rita y le pediré que me la devuelva, que Rita se ablandará. Baltasar, mi hermano político, á quien ella siempre ha querido, que no la desamparó en su horrible desgracia, la desgracia cuyo recuerdo me ha tenido llena de espanto desde que ocurrió, unirá sus ruegos con los mios, y no le rogaremos en balde. Mi marido será otra vez mi juez; mi marido, que tan inexorable ha sido hasta aquí puede que, al presenciar mi arrepentimiento, se mueva á compasion. He empleado una parte de la noche en escribirle, en explanarle los resultados de mis funestos errores, las consecuencias de mi fatal orgullo. Le he escrito tambien á Baltasar, descubriéndole toda la extension de mis imperdonables faltas, y declarándole la existencia de mi hija, su legitimidad—dijo la baronesa con grave entonacion y señalando al cielo—ese Dios

[redacted]

murió por nosotros, y al que tan imperfecta-
e he conocido y servido hasta aquí, sabe la
ad de mis afirmaciones — y Baltasar, continuó
ndo, que es noble y generoso, se compade-
de mí, porque me creerá, y acudirá sin de-
ı á restituirme mi hija. La carta para éste ha
:hado á su destino bajo la custodia de un emi-
bien pagado, que llevándola á uña de caballo,
ındrá con la mayor rapidez en manos de mi
ıano político. De la de mi marido no me he
ido aún á disponer. Téngola aquí todavía
errar, añadió Benilda, extrayendo un pliego
to por los cuatro lados, de un pupitre que
aba el centro del velador, que la separaba de
n Martin, y entregándoselo á éste: — Impón-
V. bien de ella, y aconséjeme lo que he de
acer, si entregarla ó romperla. Despues que
yo desembarazado mi alma, iré en busca de
, iré á pedirle perdon y á rogarle que me de-
ra á mi hija... Y que lo sepa el mundo en-
— quisiera vocearlo de un extremo á otro del
erso — que es mi hija la que voy buscando.
me importan ya los ídolos á que hasta aquí
ndido el culto que no debió nunca perte-
más que á Dios y á la santa y verdadera
d que he desconocido? He sido criminal,

como verá V., mosen Martin, ménos en la intencion que en la esencia, y debí haber tenido valor para defender los derechos de mi conciencia de madre y de esposa. Aunque tarde sea, saldré á la defensa de ellos; y, aunque el mundo me señale con el dedo más todavía de lo que ya lo ha hecho, ¡el deber es ántes que todo!... No puedo, no debo perder un momento más. Buscaré á Rita; daré con ella; emplearé tantas cuantas lágrimas derramó la Magdalena á los piés del Redentor para conseguir ablandarla; y, si no lo logro, para eso he pedido los auxilios de Baltasar, y los de mi marido, si es que juzga V. oportuno que le remita á éste mi carta, para que uno y otro se apiaden de mi dolor, y consigan de Rita lo que no haya yo podido obtener.

— Ha obrado V. con el mayor acierto en entenderse con ellos, contestó mosen Martin, puesto que la cooperacion de uno y otro, ó la de ámbos, puede sernos con extremo provechosa, despues que hayamos dado con el paradero de esa Rita. Antes nada podrian hacer que no estemos haciendo nosotros, y que ahora, sin necesidad de ellos todavía, en posesion como nos hallamos de un dato tan importante como el que nos proporcionan las sospechas de V., serán de un desempeño, tanto

más fácil, sabiendo contra quién han de dirigirse nuestros procedimientos.

— Rita tiene un cómplice, interpuso la baronesa, y contra este cómplice es contra quien principalmente deberán emplearse. El corazon y la cabeza del secuestro son de Rita; el brazo ha de haber sido el de ese cómplice, y la prueba de esto se halla en que la persona que he visto rondando mi casa y siguiéndome los pasos, no ha sido Rita, sino el hombre desconocido, que deberá ser el mismo identificado por Ramirito.

La baronesa se ocupó ahora en referir á mosen Martin cuanto ya sabemos acerca del espionaje de que habia sido objeto, espionaje, que, no obstante la diferente apreciacion anterior, formaba en aquel momento el eslabon principal de la cadena de pruebas en que apoyaba sus tan fundadas sospechas, y, coincidiendo mosen Martin en las premisas sentadas por su compañera, sin embargo de ignorar todavía el orígen del odio de Rita, aceptó en absoluto tales suposiciones.

Dilucidado que fué este punto, y despues de haber recibido Benilda por parte del buen cura de Nazaret las más consoladoras esperanzas respecto del éxito de las diligencias que se proponia seguir



practicando, volvió la conversacion á recaer (como no podia ménos de ser) sobre el objeto que habia inducido á la baronesa á requerir la presencia del sacerdote.

—Dios sólo sabe, prorumpió mosen Martin, cuán de veras y sin cesar, desde que conozco á V. le he pedido que llegara este deseado momento de hallarse V. tocada de su Divina gracia. Ignoro aún cuáles fueron los errores de V.; desconozco el carácter y la entidad de las faltas que llena de contricion y arrepentimiento se dispone á confesar. Una cosa sin embargo veo, hija mia, clara como la luz del dia, exclamó con la mayor dulzura y cariño aquel digno apóstol del Evangelio, y es que el fuego sacro de un alma que yacia envuelta en tinieblas, se ha dirigido al seno de Dios, y bendigo la hora, y—séame permitido el que diga esto—hasta el medio de que se ha valido la Divina piedad para lograr la purificacion de un espíritu ceñido hasta aquí por el férreo lazo del mundo y sus falaces pasiones. Hija mia, lo repito otra vez; ignoro aún la historia de su pasado de V.; desconozco las faltas que se atribuye; he traslucido, no obstante—y hace ya tiempo de esto—que su pobre alma caminaba por una senda ficticia

y engañadora. El sacerdote, el ministro del altar, el representante de Jesucristo en la tierra, sería indigno del ministerio que desempeña, si osara fingir ó disimular sus sentimientos. El mundo con sus pasiones la encadenaba á V.; el orgullo y el amor propio le ofuscaban la inteligencia, y le cerraban el corazon para el conocimiento de la verdad. Háse despejado su razon de V.; hánse abierto de par en par las puertas de su corazon; hánse convertido en polvo los ídolos, como V. ha dicho bien, á que sacrificaba su atribulada existencia... Jesucristo anda entre nosotros. ¡Bendito sea su nombre! prorumpió el anciano con fervoroso entusiasmo, elevando las manos con arrobamiento al cielo, las lágrimas asomándose á sus pupilas...

—¡Ha devuelto la vista al ciego, el andar al cojo, el habla al mudo, la salud al paralítico, ha resucitado al muerto! ¡Dios es la verdad, hija mia, Dios es la vida, Dios es la virtud!... La única virtud verdadera. No hay virtud posible que no emane de Él, que no se apoye en Él, que no Le busque como á su único fin y objeto. La virtud que se apoya sólo en sí misma, en el orgullo, por más ensalzada que en el mundo sea la moral emanada de su código, si la religion no la apoya, si Dios no la sostiene y fortalece, si no emana de



Dios, y á Dios sólo se dirige, es una virtud falsa, frágil, y expuesta como lo está una paja á que el aire se la lleve.

Mosen Martin hablaba verdaderamente inspirado, y hablaba de esta suerte, no movido á emplear aquellos evangélicos argumentos por efecto de las circunstancias en que se hallaba, ajeno por completo como estaba aún á la confesion de Benilda, sino por el prévio conocimiento que de ésta tenía, por la íntima conviccion que habia abrigado desde que la conoció respecto de la manera de ser de aquella rara mujer; y secundaba con fruicion las propicias tendencias de la arrepentida pecadora.

Benilda, entretanto, le escuchaba, deshecha en lágrimas; lágrimas dulces, lágrimas balsámicas, que no eran ya como habian sido hasta aquel instante las lágrimas de Benilda, expresion de un dolor, sino suave desahogo de una consoladora esperanza... Lágrimas que no cesaron de correr un momento por una larga hora, durante cuyo trascurso se entregó la contrita penitente á la confesion de sus pecados, y que acabaron de purificar su regenerada alma. . . . .

[redacted]

CAPÍTULO IV.

La confesion de Benilda fué llena, entera, pero breve y sucinta, como no podia ménos de ser, atendidas las circunstancias especiales y tan críticas en que se encontraba. La historia de su vida dejó de ser un secreto, no sólo para el que habia tenido la dicha de recibir el primer desahogo de aquella alma rescatada del poder del espíritu de las tinieblas, sino para cuantas personas quisieran imponerse de ella; pues tal fué la súplica que la interesada dirigió al ministro del Señor.

Nos incumbe, pues, como á fieles cronistas, anticiparnos á informar á nuestros lectores de los hechos que han formado el centro, el eje, como si dijéramos, de nuestra narracion, y este es el objeto que nos proponemos en nuestro presente capítulo.

Se sabe ya cuál fué el orígen de la baronesa de Fenollar, la manera tan triste de deslizarse su niñez, y cómo, hallándose aún casi en esa niñez, amó á Luciano, hijo segundo del marqués de Algobendas. Teresina lo sabía mejor que nadie, cuántas lágrimas habian costado á Benilda aquellos amores imposibles de realizar, y, cómo tan niña cual era aún, se imaginaba que jamás podria amar á otro hombre que á Luciano.

A los quince años se piensa así: á los quince años—lo aprendió Benilda más tarde—el amor, los sentimientos todos se hallan en embrion...

Pasemos por alto los pormenores que conocen ya nuestros lectores acerca de aquellos secretos amoríos. Bástenos referir lo que sigue.

El padre de Benilda estaba arruinado y enfermo.

Era su padre al fin, y Benilda su única hija. El baron de Fenollar era rico, poderoso, y la pidió en casamiento; y su padre, que nada sabía de los ocultos amores de Benilda y Luciano, de sus promesas y esperanzas; su padre, que era ya un anciano decrépito, y que decia que tendria que ir á morir á un hospital si ella no le salvaba, su padre le pidió entre lágrimas y caricias que se casara con el baron. Nunca ántes habia Benilda visto á su padre llorar, ni acariciarla así... Se casó,

pues, sin querer, con el marido que su padre le presentó. ¿Y cómo le habia de querer si pensaba todavía en Luciano? Gaspar Fenollar era hermoso, era grande, era fascinador; y, áun sin quererle todavía, Benilda le admiró.

¡Cuánto le amó despues, sólo Dios lo pudo saber! ¿Se comprende que le llegara á amar? ¿Y cómo no, si Benilda era buena, si Benilda era una niña dulce, tierna é impresionable? Gaspar la queria cuanto era él capaz de querer; Gaspar amparó la prematura decrepitud de su padre; y Benilda empezó por estar agradecida á Gaspar.

Una mujer que agradece, está muy próxima á amar.

¡Un marido!... ¡Cuánto propende la mujer buena, sencilla, la mujer organizada para amar, á querer á su marido... áun al marido con quien se ha casado sin profesarle amor, si éste se lo profesa á ella, despierta su admiracion, y sabe ganarle el aprecio y el respeto... si sabe conquistarle el corazon, no con la autoridad del mando, la superioridad material, sino con la del cariño y la dulzura, con la autoridad del amor, basada en el sacrificio... el sacrificio, que todo lo hermosea, y hace fácil y llevadero, el sacrificio, que fué la piedra fundamental del amor de Benilda á Gaspar!



[redacted]

¿Puede entenderse esto? Creemos que sí, por las personas que saben sentir como sintió Benilda al sacrificarse.

Tan pequeña como se juzgaba, tan frágil y apocada, tan tímida como era, se encontró, sin embargo, grande, como jamás se habia considerado al cumplir con aquel que juzgó deber de su corazon de hija.

El sacrificio engendra mucha tranquilidad; inspira una fuerza capaz de todo; produce un bienestar de tan inefable dulzura, que la persona que una vez lo ha experimentado, no encuentra en la vida goce alguno que le sea comparable.

Todo esto lo experimentó Benilda al obedecer á su padre, y recoger en la felicidad material el fruto cumplido de su sacrificio.

Su padre sobrevivió un año escaso al matrimonio.

Cuando murió, la admiracion que Gaspar inspirára á Benilda, habia tomado otras formas: de la admiracion habia pasado Benilda al respeto, de éste al aprecio... ya estaba cerca del amor.

Lo repetimos, y no nos cansaremos de decirlo; la mujer buena y sensible, que es incapaz de faltar á sus deberes, no sólo propende á amar á su marido, sino que experimenta una necesidad de

[redacted]

ello, de desahogar el efluvio de su ternura, de verter las ricas corrientes de su jóven corazon sobre un vínculo autorizado.

Benilda era buena, pero habia recibido una educacion imperfecta, si bien la leal Teresina, única persona que se habia ocupado en formarle el corazon, le habia inculcado las más sanas doctrinas.

Su organizacion se prestaba á recibir con preferencia las buenas inspiraciones. Dominábala, sin embargo, un orgullo desmedido y un amor propio sin límites, que jamás se ocupó nadie en corregir.

Casada con Gaspar, este orgullo, este amor propio, la dominó de una manera absoluta: tuvo orgullo de su marido, de su posicion; tuvo orgullo hasta de la dignidad, de la casi austeridad con que sobrellevaba su ostentosa posicion.

Embriagábala el áura de respeto, de veneracion, ó punto ménos, en que la sociedad la envolvia: era tan jóven y tan hermosa, que preciso era que perteneciese á una naturaleza semi-divina —así decia la voz pública, cuyos halagadores ecos llegaban á sus oidos—para que tan cumplidamente llenara el puesto que ocupaba.

Entiéndase esto bien: sus tendencias eran buenas; pero habria tal vez dejado de seguirlas, de ceder á la influencia de ellas, si sus acciones no hubiesen pertenecido al dominio del público, de esa sociedad que la enloquecia con sus aplausos y lisonjas.

Gaspar Fenollar, para la desgracia de ámbos, era no ménos orgulloso que Benilda y se hallaba dominado por un amor propio superior al de ésta. A condiciones tan peligrosas como insidiosas siempre, pero de muchos más graves resultados en la union matrimonial, unia Gaspar un carácter tan altivo como violento. Deducirse puede lo difícil que sería la amalgama de dos seres tan poco á propósito para unirse y entenderse.

Amaba á Benilda mucho, pero sin sacrificar al amor por ella ni el orgullo ni el amor propio, ni la altivez y violencia de su carácter. Tan pronto la embriagaba con el exceso de su pasion, que, en momentos dados lo reducia á la condicion de un esclavo, pendiente sólo del deseo que pudiera ella, no se diga manifestar, sino sólo concebir, como, pasando al extremo contrario, sin motivo al alcance de Benilda, por cualquier frívola causa, cediendo sólo á las desmedidas irregularidades de su organizacion y educacion viciosa, se convertia en un tirano despótico...

Benilda no podia comprender esto: Benilda, sin embargo, iba por dias cobrándole creciente amor. Los momentos de pasion, aquellos en que Gaspar era una cera en las manos de su mujer, surcaban profunda huella en el corazon de ésta; y, buena como era Benilda, y tan jóven, suave é impresionable, no obstante la manera tan egoista de amarla que su marido tenía, y las extrañas dudas y confusiones que este modo de amar sin sacrificio le producia, y los momentos de sufrimiento que le proporcionaban, llegó á amar á Gaspar con todas las potencias de su alma, con todo el acopio de sentimientos que encerraba en su tierno corazon.

Esto no impedia que Benilda, á la par que le amaba, hubiese cobrado miedo á su marido y á la altivez y violencia de carácter que por la más ligera causa desplegaba, áun contra ella misma.

Benilda tenía dos existencias al lado de su marido. Esto parecerá increible. No lo es.

En momentos dados, era Gaspar el amante, el adorador, el esclavo de su mujer... Despues, se pertenecia Gaspar á sí mismo, se pertenecia siempre...

Gaspar no sabía ser ni compañero, ni amigo, ni hermano; y la mujer y el marido, para vivir felices, necesitan ser compañeros, amigos, hermanos...



Así vivieron, la tímida Benilda amando cada dia más á su marido, él amándola á ella sobre todo otro objeto en el mundo (se puede decir, única y exclusivamente) gozando y sufriendo aquélla alternativamente por tres años cumplidos, sin que ocurriese novedad alguna particular entre ellos. Al cumplirse los tres años de su matrimonio, sobrevino un acontecimiento, si no inesperado para la jóven baronesa, á lo ménos sobre el cual, despues que amaba á su marido, no habia fijado la consideracion. Y fué el regreso de Luciano Algobendas al país de su nacimiento.

Benilda no conservaba ya ni la sombra de un recuerdo amoroso para Luciano; tres motivos á cual más poderosos se habian reunido para borrar la imágen de su primer amor, no sólo de su corazon, sino hasta de su pensamiento: el amor por su marido, el orgullo y la mala fama de Luciano.

El que Benilda habia amado ó creido amar tanto, habia dejado de ser lo que ella, allá en su inocente ensueño de quince años, habia juzgado.

Luciano perteneció siempre á una naturaleza inferior, propensa sólo al vicio; empleó las escasas esencias de aquélla en el sentimiento que experimentó por Benilda, quien recogió los albores y

tambien los últimos resplandores de luz que se extinguió, para no volver á brillar, sino para consumirse...

La fama de las disipaciones de Luciano precedió á su regreso á Valencia.

Luciano, aunque por diferentes causas, se habia olvidado de Benilda, como ésta de él; pero, al encontrarse de nuevo con ella y verla más hermosa todavía de lo que era cuando se separó de su lado, sintió renacer la extinguida pasion—con esta diferencia:—que tánto cuanto habia sido la anterior pura é inocente, era la actual sensual y desordenada.

Luciano se propuso por todos los medios imaginables, alcanzar el logro de sus odiosos fines: rogó, instó, suplicó, pintó con los más vivos colores el fuego de su amor; apeló á las antiguas memorias, á los recursos más eficaces y más hábilmente empleados para conseguir ablandar á Benilda.

Inútilmente.

El escudo de aquélla era impenetrable; amaba á su marido, y no hay escudo más fuerte que un corazon que de veras y honradamente ama.

La pasion de Luciano crecia con la resistencia: llegó á perder los estribos y los hubiera por com-



pleto perdido á no haber luchado con otra mujer que Benilda; mejor expresado, con la misma Benilda, á haberse hallado ésta colocada en otras condiciones con su marido. Luciano acudió por último á las amenazas; apeló á las armas del terror; atacó á Benilda en la única parte vulnerable que Benilda tenía, y Benilda vaciló...

¿Quién contar puede las luchas que padeció, las inquietudes y temores, los impulsos y combates?

Luciano la amenazaba con la calumnia; con delatar á su marido una falsa intriga, en la que se hallaba él dispuesto á jugar el todo por el todo, á perder la vida si fuese menester, si Benilda le negaba el favor de verle á solas por una sola vez. Despues le prometia retirarse y no molestarla jamás.

El primer ímpetu de Benilda fué arrojarse en los brazos de su marido y pedirle que la amparase contra aquel enemigo de su reposo. Pero era el caso que Gaspar ignoraba los antiguos amores de su mujer, y que ésta, conociendo la suspicacia y violencia del carácter del baron, tuvo miedo de promover sus recelos.

El baron de Fenollar era celoso como un turco, y Benilda le tenía tanto miedo como amor.

[redacted]

¿Qué hacer en las críticas circunstancias en que la colocaba Luciano?... Todo, ménos despertar el enojo de Gaspar.

El miedo es la más dominante de las pasiones; y, si una mujer tiene miedo á su marido, por más que se quieran el uno al otro... los separa un abismo... Esto no lo conoce el hombre, porque el hombre rara vez desciende á estudiar á la mujer...

Gaspar era fuerte, grande, dominante, y, por efecto de estas mismas cualidades, ejercia mayor fascinacion sobre Benilda, dotada, como se hallaba, con las contrarias.

¿Por qué Gaspar no se ocupó en dar un paso, siquiera, en direccion de la íntima esencia de Benilda? ¿Por qué no descendió al nivel de su mujer, puesto que á ella le era tan difícil subir al de él?

¡De cuánta infelicidad, de cuántos errores, de cuántas graves faltas hubiéranse librado el uno y la otra!

No se entendieron. Y, por no entenderse, labraron su desgracia y la ajena.

Coincidió con las amenazas de Luciano, un acontecimiento que ligó á Benilda con creciente entusiasmo al tálamo nupcial.

Al cabo de tres años de matrimonio estéril, empezó á sentir los preludios de la maternidad.

¡Cuán afortunada se consideró y Gaspar con ella! Sus enamorados corazones se confundieron anticipadamente en un mismo objeto, y fueron como nunca venturosos, saboreando su primitiva dicha.

Benilda amó—si podia ser—con creces á su maridc. Empero, no depuso ni la timidez de su carácter, ni el miedo que le inspiraba. Por el contrario, embeiesada con la dulce esperanza que le llenaba el alma, y como nunca temerosa de que el inefable bienestar de que disfrutaba (el inefable bien de verse como nunca mimada por Gaspar, cuyo amor con el estado en que se hallaba Benilda, se habia convertido, al parecer, en adoracion) se desvaneciera, creció su dificultad para resolver la situacion que el brutal egoismo de Luciano le creara...

Se ha dicho en algun lugar de esta historia que los barones de Fenollar pasaban el otoño en el pueblo de B... Era la época en que acostumbraban trasladarse allí, y Luciano, cuya familia poseia una hacienda en el mismo punto, siguió los

[redacted]

pasos de Gaspar y Benilda, con el objeto de insistir con renovado empeño en su pretension. Y Benilda, que no sólo temia la realizacion de la amenaza, sino que desconocia la torpe doblez que movia á Luciano, accedió al fin. Juzgó en su pureza, é ignorancia de las viles tretas de la seduccion, que bastarian sus razones para convencer á Luciano; además, creyó ciegamente en la verdad y nobleza de las promesas de éste, é, incauto corderillo, se prestó á los amaños del hambriento lobo.

El baron, para atender á un negocio urgente que requeria su presencia, tuvo que ausentarse por tres dias del lado de su esposa, y esta fué la ocasion de que se aprovechó Benilda para salir del compromiso que el miedo le habia inducido á contraer.

El baron de Fenollar y el padre de Luciano—aficionados uno y otro á la caza—se trataban con bastante intimidad; entre los demás individuos de una y otra familia no existia la menor relacion. Temerosa, pues, Benilda de llamar la atencion de sus criados si recibia á Luciano en su casa, y, no queriéndose alejar de las inmediaciones de ésta, efectuó su entrevista con él en una alameda

de copudos árboles, y la efectuó para abreviar la tortura de su posicion en la tarde del propio dia de la marcha de Gaspar. Luciano se mostró al principio deferente y respetuoso, y Benilda, que habia pasado el dia inquieta y agitada, instintivamente temiendo el resultado de aquella imprudente cita, se tranquilizó por completo al escuchar las primeras palabras que oyó.

—Me he tomado una imperdonable libertad en escribir á V.; y no merezco ni que me mire á la cara, despues del atrevimiento con que he osado amenazarla, fueron las frases con que el jóven Algobendas empezó la conversacion; pero tenía necesidad de ver á V., de hablarle, y he debido valerme de los únicos medios á mi alcance para conseguirlo. Perdóneme V., Benilda, y escúcheme con la misma calma que yo me propongo emplear.

—En verdad, fué la respuesta de Benilda, que no exagera V. sus faltas; pero, puesto que las reconoce y me pide que se las perdone, prefiero tratar á V. como amigo, mejor que como enemigo.

—Ese es el objeto que me propongo, replicó Luciano, y, para manifestárselo á V., añadió alejándose de Benilda y ocupando un banco rústico que habia á alguna distancia—empiezo por sen-

[redacted]

tarme todo, lo léjos que me sea posible. Suplico á V. únicamente que me escuche con la misma calma que pienso emplear, y le ruego que no me interrumpa. Creo que no necesito recordar á V. cuánto la amé, ni la creo á V. tan pueril ó tan hipócrita que se ofenda por saber que el hombre que una vez la amó, la ama todavía. Se lo he manifestado á V. así en las varias cartas que la he dirigido. Se ha mantenido V. sorda, insensible al contenido de ellas: y á ese desprecio era imposible que me resignase. No he dejado jamás de amar á V., ni pienso en otra cosa en el mundo más que en V.; cuanto ese mundo encierra, es el vacío para mí, y la existencia me es insoportable, si la he de pasar léjos de su vista de V. Nada quiero, nada pido en cambio, sino que me conceda V. el permiso de tratarla, de visitarla, de disfrutar del goce de mirarla, de respirar la misma atmósfera. Para decirle esto tan sólo es para lo que me he propasado á pedirle esta entrevista, de una manera osada, insolente, si así quiere llamarla... Pero tengo á mi favor, ¿por qué lo he de ocultar? la disculpa de mi amor... Y, sin embargo, añadió interrumpiéndose, moriria cien veces ántes que causar á V. el menor perjuicio. Mi amor en nada puede ofender á V.; es el amor mismo de mi adolescencia, que

existe con toda su virginal pureza encerrado dentro de mi corazon, y cuya esencia jamás empañará la honra, para mí tan sagrada como una religion. ¿No merece este culto alguna recompensa? ¡Y es tan pequeña la que le pido á V.!... la que se le otorga á un conocido de ayer, de mañana...

—Luciano, exclamó Benilda, interrumpiendo á su interlocutor con visible impaciencia; se olvida V. de que no me pertenezco á mí misma, é ignora que amo al que es mi dueño con toda la fuerza de mi corazon. No he podido permanecer por más tiempo callada é impasible; y le suplico á mi vez que me dispense si he faltado á la calma que me suplicó conservar. Me pide V. un imposible, al cual, ni mi corazon ni mi deber, me permiten acceder. Olvide V. esos sentimientos, de los que no me es dado ya participar. Olvide V. para siempre lo pasado; los ensueños de nuestra adolescencia, aquel imaginario amor de niños que nos embelesó, ántes de conocer lo que el amor era, y de conocernos. Piense V. en que V., lo mismo que yo, tiene deberes que cumplir; que yo faltaria al mio, y V. al suyo, si le concediera lo que me pide; y no me haga V. arrepentirme de la condescendencia que he tenido en permitirle que me dirija la palabra á solas. Luciano, no debemos ya

[redacted]

tratarnos: estoy casada, y con un hombre que me glorío en llamar mi esposo, con un hombre digno de la adoracion que le profeso...

—¿Y me querrá V. hacer creer que ama V. á su marido?

—Con mi alma y con mi vida, respondió Benilda.

Luciano se levantó del banco, que hasta aquel momento habia ocupado con tanta aparente tranquilidad.

—Benilda, exclamó iracundo, ¡eso es burlarse de mí!

—Luciano, es decir á V. la verdad; es cumplir con el deber de mi corazon y de mi conciencia, contestó Benilda, fingiendo una serenidad y entereza que estaba léjos de sentir, al notar la alteracion que habia sufrido el rostro de Luciano.

—Es imposible que así le ames, gritó el jóven Algobendas. Tu corazon fué mio, y no puede pertenecer á nadie más en el mundo. No quieres acceder á mi súplica; te niegas á concederme un tan insignificante favor como el que te he pedido... Es porque me temes, y me temes porque todavía me amas.

—Se engaña V. completamente. Engaño fué el de aquel tiempo, cuando creí que lo queria á V.;

y, si lo hubiese alguna vez querido, bastaria el insulto que acaba de dirigirme, para borrar toda huella de tan inmerecido amor, respondió Benilda con altanería.

Luciano se encolerizó.

—¿Pretendes dominarme con la altivez? interrogó. Mal camino has emprendido, Benilda, añadió con sarcasmo. Todo me lo niegas, prosiguió diciendo: ni el más insignificante favor estás dispuesta á concederme; ¡y de todos, exclamó Luciano fuera de sí enteramente, puedo apoderarme! ¿Lo entiendes?

Benilda se alarmó, y trató de retirarse en direccion de su casa.

—No, prorumpió el jóven Algobendas asiéndola por un brazo; no te irás de esa manera. Esta será la primera y la última vez que nos hayamos visto á solas, pero guardarás de nuestra entrevista un perpétuo recuerdo.

—¡Luciano, por piedad, déjeme V., suélteme V!... ¡Tiene V. el corazon demasiado noble para abusar de tal suerte de una indefensa mujer! exclamó Benilda, pugnando por desasirse de la presion del jóven y esforzándose por rendirle á sus instancias.

—¡Por el recuerdo de nuestro amor! prorum-

[redacted]

pió apelando á los argumentos que en aquel momento de terror creia, en su inocencia, que habian de ser eficaces. Modere V. su violencia, me llena de terror. Se lo pido en nombre de mi pobre honra, que me deje retirarme á mi casa: ¡se lo suplico en nombre del hijo que Dios me va á conceder; del hijo cuya vida siento latir junto á mi alarmado corazon!... ¡Compadézcase V. de mí, y déjeme en paz!...

Luciano no atendia, y en balde clamaba la aterrada Benilda: asióla el atrevido jóven, no ya por un brazo, sino por ámbos, y, con hercúlea fuerza ciñéndola contra su fornido pecho, partió á correr, conduciéndola como pudiera haber conducido á un niño de pecho.

Benilda, entre tanto, henchida de espanto, dejó de suplicar: gritaba descompasadamente, pidiendo socorro y proteccion con todo el poder de su voz.

Luciano la estrechaba con frenesí contra su palpitante pecho, á la vez colmándola de caricias y palabras amorosas, y de esta suerte, llevándola en volandas, llegó á la espesa enramada del bosque, en cuyo punto los clamores de Benilda llamaron la atencion de Bruno, el marido de Rita.

Se sabe lo que ocurrió...

La imaginacion del lector ha suplido el vacío que dejamos en un lugar de nuestra narracion.

La honra de Benilda fué salvada, pero á muy triste costa: á costa de la existencia de su generoso libertador.

Por el contrario, la muerte de Luciano fué la que tuvo merecida, si bien dejó en pos los más lamentables resultados.

Su confesion, al morir, fué un testimonio condenatorio de la verdad. Luciano, es de suponer que en los últimos momentos de su vida, se arrepentiria de su ideado crímen, y que, deseoso de librar á la mujer contra quien habia sido éste dirigido, de toda inculpacion, trató del modo que creyó mejor, de salvar la pureza de su nombre.

Pero perdió á un inocente: á un inocente, al cual debió la gratitud elevar un altar de perpétuo reconocimiento; y que, léjos de esto, vencida como fué la gratitud por el miedo y el orgullo, recibió por premio un presidio y en él la muerte.

Salvada Benilda, y protegida por la casualidad, no habiéndose impuesto nadie de su ausencia de la casa, ni de su regreso á ella en el estado de agitacion que puede suponerse; y, desde el momento de haberse visto tan absolutamente entre-

[redacted]

gada, como lo habia estado, á merced de un libertino, habiendo comprendido la grave imprudencia que habia cometido, comprendió tambien el efecto que pudiera ésta, reforzada con los trágicos resultados que habia tenido, producir en el espíritu de su marido.

Benilda se aterró, y presa de la más dominante de las pasiones (el miedo), pensó sólo en salvarse contra la violencia de Gaspar.

Benilda se precipitó de error en error. Benilda que habia sido sólo ligera, se convirtió en criminal. ¿Quién expresar puede lo que su existencia fué desde el punto y hora que no alimentó otro pensamiento, otra ánsia, que la de librarse de los celos de Gaspar, de la ira, de la venganza del hombre á quien amaba tanto cuanto lo temia?

La noche primera que pasó despues del suceso de Luciano, fué una noche de locura; la duda, la incertidumbre de lo que podia haber ocurrido, le trastornaba el juicio. No sabía más sino que un hombre desconocido (el terror sin duda, le impidió reconocerlo) habia acudido en su auxilio, que un tiro habia sido disparado, y que, al huir ella, le pareció oir el ruido de un cuerpo que cayó sobre el suelo.

El desenlace de aquella tragedia en la cual habia representado el principal papel, lo ignoró hasta la siguiente mañana. Sus criados se lo trasmitieron, sin ocultarle quién habia sido su libertador ni la defensa de éste ni el testimonio contradictorio de Luciano.

Benilda se tranquilizó con este último incidente.

Al volver Gaspar, Benilda habia en gran manera depuesto su inmenso terror.

El desdichado Bruno fué juzgado como un vil calumniador.

Y la mujer que dos dias ántes habia sido inocente como una paloma, la página de cuya conciencia se habia hasta entónces mantenido blanca como el armiño, fué manchada con la tacha de homicidio... porque homicida fué Benilda, no hay que desconocerlo.

Fingió, mintió, dejó crecer la causa contra el inocente á quien debia más que la vida—la honra y, por más que se esforzó por trabajar en favor de aquella victima inmolada en el altar de su miedo y de su orgullo, por más que interpuso instancias y lágrimas para librarle de la pena en que incurrió, como no declaró nunca la verdad,

[redacted]

como no lo defendió de la única manera eficaz, en balde la empleó.

Excusamos repetir detalles que hemos ya referido: el cómo la posicion, y las relaciones del baron de Fenollar le libraron hasta donde fué posible, de ver á la mujer de quien tan enamorado y orgulloso estaba, mezclada en los autos de una causa criminal; el cómo el desdichado Bruno pagó la pena de su generosidad, sin que ni en el último extremo permitiese el egoismo á Benilda declarar la verdad de lo que habia pasado; el cómo la justicia divina se encargó de castigar á la orgullosa con el mismo castigo, por huir del cual habia sido culpable de tan cobarde doblez. Harto al corriente se hallan nuestros lectores de las circunstancias todas que acompañaron el triste suceso que ha dado motivo á nuestra narracion, y no queremos cansarlos con enojosas repeticiones.

Benilda, se puede decir, mató á Bruno; pero Benilda á la vez se suicidó.

Desde el momento en que ocultó á su tan temido marido la ligereza cometida, no volvió á conocer una hora de tranquilidad. La conciencia —esa voz divina que manda en nuestro sér—no

cesó un momento de amonestarla, y fué ya la vida que llevaba, martirio insoportable.

Su orgullo habia quedado vencedor: la sociedad en masa habia escupido indignada al vil calumniador que osára defender su crímen, apoyándose en la inmaculada honra de aquella esclarecida mujer: ni una voz osó empañar la pureza de su intachable nombre... Pero Benilda, á pesar de lo orgullosa que era, no volvió á disfrutar un momento de satisfaccion.

La muerte de Bruno en presidio puso el colmo á su amargura.

Faltáronle entónces hasta las fuerzas físicas para sobrellevar el peso de su inmensa culpa.

Enfermó, y de tanta gravedad, que peligró su existencia.

Gaspar estaba fuera de sí de dolor.

Empero, hubiera preferido llorarla muerta, á haberla visto salir de aquella enfermedad.

En los delirios de la calentura confesó Benilda su delito, y con circunstancias agravantes: confundió sus pasados recuerdos con los más recientes; los de aquella tarde de tan inextinguible impresion; y Benilda acabó para el hombre que escuchó aquella confusa, si bien tan perfectamente verídica relacion.

[redacted]

Las pasiones de Gaspar se desencadenaron. Costóle un trabajo ímprobo refrenarlas.

Hubo momentos en que Gaspar estuvo á punto de mancharse las manos en sangre.

Pero Gaspar, con todas sus violencias, no era vil ni cobarde.

Respetó el estado doliente de su mujer.

Pasado éste, ya no aguardó un momento más.

Tuvieron los consortes una escena terrible.

Descubierta Benilda, confesó entónces la verdad, la pura verdad, con sus más minuciosos detalles.

Era tarde, y Gaspar no la creyó.

Nególe hasta la paternidad de su hija.

Firme, inexorable, fulminó su sentencia condenatoria; y Benilda, resignada, la acató, no en reconocimiento de la justicia marital con que habia sido aquélla fulminada, sino en fuerza del remordimiento que le corroia la existencia.

El orgullo selló los labios de Gaspar. Esta misma pasion, unida con el grito de la conciencia, produjo el mismo resultado en Benilda.

La sociedad, pues, ignoró los motivos de aquella separacion; pero, condenada Benilda por su marido, la sociedad, como sucede ordinariamente

en casos de esa especie, no obstante que préviamente habia librado á Benilda hasta de la más mínima sombra de culpa, se colocó de parte del baron.

La vida de Benilda habia sido horrible desde entónces: sola enteramente, entregada siempre á sí misma, á las reconvenciones de esa voz interior que sin cesar le recordaba su homicidio, á medir, pesar y considerar la entidad de sus faltas... el remordimiento se señoreó de su existencia.

Perseguida constantemente, no ya tanto por el recuerdo de sus desgracias matrimoniales, cuanto por el de su verdadero crímen; acosada de continuo por la memoria de aquella muerte de que se consideraba culpable, en todas partes, y á todas horas viendo delante de sí la sombra acusadora de su víctima, supeditóla por completo la pasion del terror.

No acudió, sin embargo, al único consuelo que hubiera podido aplacar la agonía de su existencia. Años y años pasó sufriendo, manteniéndose, no obstante, orgullosa siempre en sus mismos acerbos sufrimientos...

Fué menester que Dios le enviase una prueba cruel para domeñarla; y se la envió... como hemos visto, hiriéndola en su corazon de madre.

[redacted]

CAPÍTULO V.

Lector querido, ¿nos permitirás que consignemos en un rinconcito de esta historia las impresiones de un sér viviente, que no por andar sobre cuatro piés en vez de sobre dos, dejaba por esto de hallarse tan profundamente afectado como el que más de los que la querian, con la desaparicion de nuestro ángel meridional? Lector querido, te vemos sonreir, te miramos lanzar una mirada de desprecio sobre las frases que anteceden... ¿No te gustan los perros?...

Estás en tu derecho para ello. Nada tiene de extraño si no has tenido en tu inmediacion á uno de esos leales cuadrúpedos, que, modelos de amor y fidelidad, te hayan proporcionado ocasion para conocer de lo que son capaces.

Por el contrario, ¿te agradan? ¿has estudiado la

noble abnegacion y generoso afecto de algun can que quisiste con todo el entusiasmo de tu corazon infantil, compañero de tus juegos y paseos, guardador de tu sueño, de tu persona, de tu existencia, si era menester? El amigo que fué de tu juventud, que fué sombra de tus pasos, y que lo parecia ser hasta de tus sentimientos é ideas, con sus ojos fijos en los tuyos, su cola dispuesta á responder á cuantas sensaciones le querias hacer experimentar, formaba el eco más cumplido, lo mismo de tus pesares que de tus alegrías. Lector, que en este caso te has hallado; que has visto llegar el amor y la lealtad de uno de estos nobles amigos del hombre al extremo á que rara vez llega el amor y la fidelidad humana, á sacrificar por el objeto querido, no se diga las pasiones más arraigadas—de esto no hay que hablar: el perro aventaja al hombre en desconocer el amor propio, el orgullo, la soberbia, tratándose del amor que profesa á su amo,—sino hasta la existencia; á tí es á quien dirigimos la pregunta que acaba de salir de nuestra pluma...

¡Y el cuadrúpedo de cuyos sentimientos (séanos permitido emplear esta frase, no obstante de aplicarla á un sér irracional) nos vamos á ocupar, es tan acreedor á recibir la distincion que deseamos otorgarle!...

[redacted]

Tú lo juzgas así tambien; y ¿cómo no, si Leon forma una parte integrante de la niña, de cuya misteriosa desaparicion nos hallamos hace un rato tratando, y tu interés de lector se halla no poco concentrado, como no puede ménos de ser, en la suerte de esa niña?

Dijimos que al echarla de ménos el perro, punto ménos que la lloraba á la par que mosen Martin y Teresina.

El pobre animal no tenía consuelo; aullaba sin cesar; buscábala por todos los rincones de la casa, en el redondel, en el huerto, y, cuando esto no hacía, tendíase á la vista de la camita de su perdida ama ó seguia con las más tristes miradas el curso de las lágrimas de la desconsolada Teresina.

Así pasó la tarde y noche del primer dia, el dia entero que á éste siguió y la mañana del tercero.

Despues, al llegar al medio dia de este tercero, Leon pensó (¿y quién duda que los perros piensan á su modo?) que con llorar á María no lo tenía todo hecho; que su dolor le imponia otra manifestacion, otra accion más eficaz y provechosa.

Leon, excusamos repetirlo, habia sido burlado; su lealtad de perro habia faltado en el momento más importante de su vida; algun ardid, alguna

astucia se habia interpuesto entre él y la niña. ¿Tendria Leon remordimientos? Sospechamos que algo de esto revelaba su manera tan acerba de expresar el sentimiento que le embargaba...

Y Leon, despues que pensó, obró cual compete á la nobleza de un corazon arrepentido y sediento de reparar sus faltas, poniendo en juego los medios más eficaces para conseguirlo.

Al regresar mosen Martin de su visita á la baronesa de Fenollar, echóle de ménos; no lo extrañó, sin embargo, suponiendo que habria salido con Teresina, á la que, como sabemos, habia encargado le representase en su ausencia, la que se habia prolongado con exceso; mosen Martin, despues de desempeñar la sagrada mision que habia desempeñado cerca de Benilda, habia empleado un tiempo no escaso en hacer uso de los datos proporcionados por ésta, hasta donde la prudencia, el tacto y su conocimiento de los hechos le ponian en el caso de hacerlo; habia reforzado las actuaciones, así las judiciales como las particulares que bajo su direccion se estaban practicando para dar con el paradero de María, y, como puede colegirse, no habia podido ménos que emplear en estas diligencias una medida dilatada de tiempo.

[redacted]

El resultado de ello fué que no pudo volver á su casa hasta pocos momentos ántes de su hora de comer.

Mosen Martin, que conocia á su casera á fondo, que reconocia el esmero, la eficacia, la puntualidad con que atendia al cuidado y servicio de su persona, sabía bien que con la primera campanada de la prefijada hora compareceria aquélla. Y así fué con efecto; Teresina no se retrasó ni un segundo.

Pero Teresina se presentó sola. Leon habia tenido por conveniente obedecer á sus propias inspiraciones.

Leon, no hay que ponerlo en duda, habia pensado, y sobre este pensamiento—¿para qué andarnos con rodeos ni ocultaciones?—habia empezado á obrar, habia empezado á seguir el consejo de su instinto.

No era poco esto, ni se juzgue exagerado, ni mucho ménos inverosímil el papel que va á representar en nuestra historia el fiel amigo de la perdida María.

El que ha observado y estudiado, y tenido ocasion de conocer hasta donde llega el instinto de estos animales, y el maravilloso desarrollo del sentido del olfato en ellos, no se sorprenderá de

la obra acometida por nuestro can de Nazaret, y ménos todavía de los resultados que alcanzó.

Dejemos esto, no obstante, por ahora; ya hemos consignado, conforme nos lo propusimos, las impresiones de aquel sér irracional, afectado no ménos que cuantos seres humanos conocian y querian á la niña, con la desgracia que á tantos corazones abrumaba, y esto nos basta por el momento.

Volvamos á la presencia de mosen Martin y de Teresina.

Fácilmente puede imaginarse, cuánto tendria el buen cura que referir á la no ménos buena casera, y cuál sería la sustancia de sus comunicaciones, autorizado como estaba por Benilda para revelar las circunstancias reservadas hasta entónces al conocimiento, no sólo de Teresina, sino de cuantas personas la conocian; así como sería imposible reproducir la emocion de la niñera que habia sido de Benilda, al imponerse de la nueva faz tomada por la situacion de la arrepentida pecadora y de la metamorfosis efectuada en ésta.

Teresina escuchaba á su amo, y porque era él quien hablaba, le creia, y aceptaba los hechos que tan léjos se habian hallado de su mente como de

[redacted]

su bondadoso corazon. Teresina lloraba y rezaba, y rezaba y lloraba, á la par por Benilda (sobre las faltas y los sufrimientos de ésta) y por su querida María, tan injustamente tratada por su padre, víctima del orgullo de los que le habian dado el sér.

Sin embargo, á la vez con su llanto brotaba una viva luz desde el fondo de su fervorosa alma: cual le habia pasado á Benilda, Teresina ante la confesion y el arrepentimiento de aquélla, creia, confiaba, esperaba que la niña sería restituida á los que tanto la amaban... Dios se apiadaria de la contrita pecadora, se compadeceria de los sufrimientos padecidos ya por aquel tierno corazon de madre... y, animándose por momentos ante la consideracion de tan halagüeña perspectiva, acabó por cobrar una plena confianza.

En este estado, no deseaba nada con más ahinco que encontrarse en la presencia de Benilda, para llorar con ella y confiar, y esperar y bendecir la misericordia divina, que habia vertido el bálsamo de su clemencia sobre aquel dilacerado corazon, ante cuyo regenerado pensamiento brillaba la aureola de una esperanza tan consoladora como la que le alentaba á ella, con no ménos fuerza que á la desolada madre, y mosen Martin, habiéndole

otorgado permiso para ello, se dispuso la casera para ir á ver á Benilda.

Préviamente, sin embargo, cuidó de buscar á Leon en todas direcciones: en el huerto, en el redondel, de llamarle y de encargar á sus vecinos y conocidos, que si lo encontraban, no dejasen de traerle; ocupóse tambien, con la asiduidad que acostumbraba, en limpiar las prendas de vestir de su amo, que descubrian no pocos vestigios del paseo tan largo de aquella mañana; y, ejecutado esto, satisfecha y tranquila de que su buen amo y señor podia prescindir de sus servicios por lo que quedaba de tarde, se encontró entónces autorizada para aprovecharse del permiso que aquél, con tanta benevolencia respecto de ella como de Benilda, le habia concedido.

Mosen Martin se quedó solo en la barraca; y solo enteramente como se hallaba, se abandonó á la tristeza que le abrumaba, al ver que el tiempo trascurria y que nada habia aún logrado saber de su ahijadita.

Libre mosen Martin de la impresionabilidad nerviosa propia de la delicada organizacion de la mujer que siente (hagamos esta salvedad) y, más

[redacted]

profundo pensador que sus compañeros de desgracia, se hallaba léjos de participar de las ilusiones de éstos.

Y la desaparicion de Leon habia venido á aumentar el peso de su desaliento.

Era un acontecimiento nunca ántes registrado en los anales de la vida de aquel cuadrúpedo, haberse ausentado por su propia cuenta y riesgo de la mansion de cuyos umbrales jamás se alejaba sino en la compañía de alguno de sus amos. ¿Qué significacion podia tener este hecho? Mosen Martin se perdia en un piélago de conjeturas, á cual más inverosímiles é inexplicables.

Fijóse, no obstante, con más tenacidad que en ninguna de las demás, en una extremadamente melancólica: ¿habria sido la desaparicion de Leon una consecuencia de la de María? ¿La ignorada suerte de la una, habria de haber sido la del otro?

Probable parecia esto.

Los autores del secuestro de María, si es que habia sido sólo un secuestro (mosen Martin se estremecia ante el temor de un funesto resultado más) ¿habrian tenido miedo de que su delito fuese descubierto por el perro?

No sería el primer caso.

Esta desconsoladora presuncion llenaba de afliccion al pobre mosen Martin.

Parecíale que nunca como en aquellos momentos se habia debilitado su confianza; y, hundido bajo el peso de su desaliento, tal cual si para siempre hubiese perdido á su querida ahijadita, recorria su pensamiento las escenas todas de los últimos años de su existencia, tan íntimamente ligados con los de la niña.

¡Con cuánta ternura le reproducia su mente cada acto, cada incidente, que creia no haber apreciado en todo su valor hasta aquella hora desgraciada!... Cual un panorama le cruzaban uno tras otro por delante, y su corazon, rebosando el desconsuelo que producia cada recuerdo, se inundaba de tristeza.

¿Sería posible que nunca más habia de volver á ver al hermoso querubin, encanto, alegría y recreo de su ancianidad?

¿Jamás volverian á saludar sus oidos, llenándolos de regocijo, aquellos dulces acentos, cuyo eco le parecia estar constantemente á punto de oir, ya en el interior de la barraca, ó ya en el redondel, ó en el huerto... en cuantos lugares habia frecuentado su ahijadita?

[redacted]

Aquellos puros ósculos que imprimia la cariñosa niña sobre sus secas y arrugadas mejillas, ¿no serian ya más que una memoria, un recuerdo?

Los juegos de María, aquellas risas y palmadas que acompañaban á los saltos y brincos del torpe Leon, cada vez que los tres, él, la niña y el perro, entraban y salian de la barraca, ¿no volverian ya nunca á interrumpir la monotonía de su gastada vida?

Los razonamientos de María, sus nobles sentimientos, nunca desmentidos en ninguna ocasion ni momento de su breve vida, ¿no volverian á embelesarle y rejuvenecer su caduco corazon?

Sus paseos, con la niña y el perro por compañeros; las conversaciones con María; la primera parte de las veladas consagradas á instruirla en la virtud y verdades de la religion, que la niña aprendia con tan maravillosa facilidad y efectos tan portentosos... todo esto, ¿lo habria para siempre perdido el pobre cura de Nazaret? Más aún: ¿habríale Dios negado la satisfaccion, que enmedio de su desaliento se habia atrevido á acariciar, de ver á aquel hermoso querubin convertido en el símbolo de union de dos corazones tan indebidamente separados, como lo estaban los de sus padres?



Casi toda la tarde se la pasó mosen Martin entregado á estas tristes reflexiones. Sentado en el huerto, á cubierto de la curiosidad de las personas que pudieran pasar por delante de su humilde morada, morada que tan feliz habia sido hasta aquellos momentos de aflictiva ansiedad, interrumpió el pobre anciano el hilo de sus pensamientos, para dirigirse de vez en cuando al redondel, y asomarse por la empalizada para ver si Leon parecia. Prolongábase con exceso la ausencia del can. Robustecíase, á consecuencia de ella, el desaliento, la desconfianza de mosen Martin...

¿Qué hacer á fin de entretener el curso de las horas que faltaban aún para la llegada de la noche; y aligerar el peso del tiempo que corria sin traerle noticia ninguna favorable acerca de las diligencias que para averiguar el paradero de María se estaban practicando?

Mosen Martin se acordó de la carta al baron que la baronesa de Fenollar le habia entregado para revisarla ántes de encaminarla á su destino. Teníala en el bolsillo; y, con el objeto de distraer la corriente de sus ideas, se entretuvo en leerla.

Benilda ratificaba en aquella epístola la confesion de los hechos que su marido habia rehusado creer;

[redacted]

Benilda llamaba á Dios por testigo de la verdad de sus afirmaciones, declarándose, como se habia siempre declarado, inocente de todo delito grave respecto de su esposo, culpable sólo de una ligereza cometida exclusivamente á impulsos de la timidez de su carácter. La gravedad de su culpa pertenecia á las consecuencias que aquella ligereza habia producido.

Nada nuevo podia Benilda alegar por no haber sido franca, plena, entera, como lo habia sido su confesion el dia que su marido fulminó contra ella su sentencia condenatoria. Pero sentia en aquella hora solemne de prueba que le habia sido enviada, de otra manera que en la época en que su esposo la condenó sin apelacion; en que, dudando de la verdad de sus aseveraciones, hasta le negó la paternidad de la hija que en aquellos momentos á que habia llegado le habia sido tan misteriosamente arrebatada... Benilda no se dirigia á su marido con el objeto de pedir la absolucion de su condena. La merecia, y la sufria resignada, acreedora como era á la más severa expiacion.

Dios habia vertido sobre su oscurecida alma la luz de su misericordia...

Referia á su marido la trasformacion efectuada en su espíritu... y, apoyada en esa luz divina, le

reiteraba la verdad de sus declaraciones. No le pedia más, sino que la creyese... no que la perdonase ni la relevase de su castigo, sino que creyese en los derechos de su hija, la niña secuestrada, á no dudarlo, por Rita.

Benilda entraba en pormenores, en los detalles consignados ya en otro lugar de esta historia, y proseguia despues rogando á su marido que emplease cuantos recursos, así morales como materiales, pudiera tener á su disposicion, para conseguir el rescate de la niña.

Concluia su carta de la siguiente manera:— «Cuando veas á tu hija, á nuestra hija, Gaspar; »cuando mires sus hermosos ojos; cuando estudies »las líneas de su semblante, te verás retratado, »Gaspar...

»Un traslado de mi amor es la copia fiel de la »imágen que tenía constantemente grabada en el »fondo de mi corazon. El orgullo que mandaba »en mí no me habria permitido ántes de estos »desgraciados momentos hacer semejante confe»sion... Tengo presente que, no obstante lo mu»cho que te queria, al verme tan ultrajada por tí, »rehusé manifestarte el exceso del amor que te »profesaba... Gaspar, ¿por qué te tuve miedo? »¿por qué me lo inspiraste?... Te adoraba, Gaspar,

»pero te temia tanto cuanto te amaba... ¡Era tan »tímida, tan cobarde, tan apocada... que temblaba »ante tus enojos como tiembla la hoja á impulsos »del huracan!... Tú, ni aun pensaste jamás que »tanto miedo me inspirabas, ¿no es verdad, Gas»par? ¡Pobre de mí!... incapaz de llegar al nivel »del gigante á quien hubiera querido tener cons»tantemente estrechado contra mi amoroso pe»cho... ¿por qué, Gaspar, el gigante no bajó una »línea siquiera de su colosal altura? Hubiéranse »estrechado las distancias entre nosotros: ¡nos »hubiéramos entendido, Gaspar!... El miedo me »perdió, y el miedo y el orgullo me precipitaron »al crímen; al crímen, que una vida entera de »martirio como la que mis propios errores me han »impuesto, no basta á expiar, ni las horas de ago»nía que estoy padeciendo, alcanzan á rescatar.

» Por eso te lo repito: no es mi objeto alcanzar »la absolucion de mi condena, ni pedirte que me »perdones los males que te he causado. La des»honra que fué el resultado de mi ligereza, es »contra lo que se rebela mi corazon de madre; no »por mí, sino por nuestra hija, inocente de todo «delito y harto injustamente castigada por el crí»men que fué el resultado, nunca expiado bas»tante, de la cobardía de su madre.



»Salva á nuestra hija, salva á ese ángel de ino»cencia y de bondad; sálvala, y, si lo quieres des»pues, arráncamela de los brazos. Es tu hija, lo »mismo que lo es mia. Tienes el mismo derecho »que yo á disfrutar de su amor y sus hechizos.

»Tú le devolverás la honra que al lado de su »madre no ha tenido; tú la amarás tanto cuanto »su madre la ama, y yo sufriré su ausencia, resig»nada, contenta sólo con tenerla en mi corazon, »contenta con haber sacrificado su dicha á la mia. »Habré inaugurado mi regenerada vida por un »sacrificio, el mayor que pudiera habérseme im»puesto, y Dios, al ver que he comprendido al »fin el verdadero objeto de la existencia, que he »alcanzado á ver la luz á que hasta aquí he per»manecido ciega, me dará la paz que por primera »vez, desde que fuí criminal, he vislumbrado »hace unas cuantas horas.

»Adios, Gaspar. No te volveré á molestar ni »con una línea. Mi vida, de aquí en adelante, »despues que Dios nos haya devuelto á nuestra »hija, debe consagrarse exclusivamente á la expia»cion. Breve tiempo me queda aún para saborear »las delicias del amor de madre. Dios, no lo dudo »ni por un momento, nos restituirá nuestra hija; »tú me permitirás que la abrace por última vez,

»y que aspire las esencias de sus besos para guar-»dar su aroma como el postrer recuerdo de mi »amor de madre. Despues, haré lo que hasta aquí »he hecho; obedecerte y resignada sufrir mi me-»recido castigo.—Tu amante

BENILDA.»

—¡Mucho has pecado, pobre mujer desdichada! dijo para sí mosen Martin al terminar la lectura de la carta precedente, pero has hallado al fin la libertad de tu espíritu; vivias olvidada de la esperanza; en medio de tu amargura esclavizábate la presuncion; te apoyabas sólo en tí misma, en tu soberbia, y gemias desconsolada sin acordarte de la misericordia divina, que es el único apoyo del que yerra. Lo has conocido, al fin, y no hay ya que desanimarse, pobre contrita pecadora. Todo lo habrás tal vez perdido en este mundo, resumió mosen Martin con un profundo suspiro, exhalado en eco de sus propios sentimientos, pero habrás rescatado tu alma. Y, si el Señor así lo quiere, que un pecador se salve, á costa, aunque sea, de la existencia de un ángel, que irá á enriquecer el reino de los cielos, humildes y agradecidos deberemos acatar la voluntad Omnipotente, que así lo tiene dispuesto.



—Esta carta, prosiguió diciendo mosen Martin, guardándosela en el bolsillo de su raida sotana, es capaz de ablandar un corazon de piedra; no ha de tenerlo más duro el indirecto causante de tan deplorables consecuencias, y yo he de poder poco ó he de haber desmerecido de la gracia de Dios, si con esta carta en la mano no consigo el fin que me propongo.

Al llegar á esta conclusion, por la vigésima vez aquella tarde, se asomó mosen Martin á la empalizada, y en esta ocasion, alcanzando el logro del objeto que le habia inducido por tan repetidas veces á practicar aquella operacion, tuvo la imponderable alegría de encontrarse con el fugitivo Leon, que, contra todas las premisas de su amo, volvia á su casa y al poder de éste, en la plena posesion de su existencia, así como de todas sus facultades.

Mosen Martin, al divisarle, dió gracias á Dios.

¿Obró bien mosen Martin en esto?

Los no aficionados á la raza á que pertenecia Leon, podrá ser que contesten negativamente; hasta podrá suceder que califiquen aquel acto inocente, sencillo, natural del buen cura de Nazaret, punto ménos que de conato de herejía.





Les concedemos permiso para ello.

A nuestro juicio, le sobró la razon para acordarse de Dios y para estarle reconocido. La presencia de Leon desvanecia una de las más negras sombras en la bruma de los pensamientos del buen anciano (de los pensamientos que se referian á la desaparicion de su ahijadita) y comprensible es que, áun con relacion á un cuadrúpedo, se dirigiera la savia de su corazon á donde invariablemente y bajo todo género de circunstancias, se dirigia.

Leon penetró en el redondel.

Mosen Martin le salió al encuentro.

El perro, al entrar en la morada y encontrarse con la persona de su amo, en vez de festejar uno y otro suceso, segun acostumbraba, con una salva de ladridos, suprimió toda demostracion de alegría.

A no dudarlo, Leon venía triste, y mosen Martin se penetró en seguida de ello.

Confirmaron esta suposicion las siguientes señales: no bien vió el can á su amo, léjos de echársele encima y envolverle en una andanada de caricias, que era su práctica usual, se paró delante de él, é irguiendo las orejas y la cola, exhaló un tristísimo

[redacted]

aullido. Hecho esto, y bajando orejas y cola simultáneamente, se tiró al suelo, y, arrastrándose como una culebra hasta los piés de mosen Martin, despues de lamérselos, empezó de nuevo á llorar. Aquello no parecia otra cosa.

Su amo le acarició.

—¿Qué traes, Leon? ¿Qué te ha pasado? le preguntó, cual si el perro tuviese la facultad de responderle. ¡María! ¡María empezó á decir, llamando á ésta á voces, como habia tenido costumbre de hacer, empleando este recurso, por vía de estímulo á la inteligencia del can.

Leon, por toda contestacion, miró á uno y otro lado del camino que se distinguia por entre la empalizada, luégo á su amo, y volvió á levantar las orejas y la cola y á continuar con sus tristes aullidos.

—Este animal no necesita hablar para que se le entienda, prorumpió mosen Martin. Apostaría cualquier cosa á que ha estado buscando á la niña; que, naturalmente, no ha dado con ella, y que este resultado es el que le acongoja y quiere participarme. No llores, Leon, no llores, que ya vendrá; Dios nos la devolverá, si así conviene. No te descorazones todavía; trabaja Leon, trabaja; búscala mañana, pasado, el otro... De nada me valió

u ayuda, hace tres dias, Leon, que te llevé en ni compañía por si tu olfato me servía de algo. ?odrá ser que tengas más suerte ahora que obeleces á tu propia inspiracion. La voz de tu amo 10 te ha de contrariar. ¿Qué puedo hacer yo más jue lo que he hecho; más de lo que hago? Los re:ursos humanos están á punto de agotarse y Dios ólo es el que ha de decidir de esto, resumió el ouen cura de Nazaret.

El regreso de la casera de su expedicion á Vaencia coincidió, con poca diferencia, con la reparicion del perro; y, ocupándose sobre la marcha e dar aquélla de comer á éste, y despues de in'rmar á su amo del resultado de su visita á Belda, visita de la cual volvia como nunca henchido corazon de ternura y maternal amor, cumplióse :ercer dia de la desaparicion de la niña, sin hase adelantado un paso en averiguacion de su ıdero.

l dia siguiente, el perro Leon volvió á dar que ır lo mismo á mosen Martin que á Teresina: ó la operacion del dia anterior, y la repitió os veces.

sen Martin confirmó sus conjeturas del pre- e dia: Leon obedecia el consejo de su ins-

tinto, practicaba un plan preconcebido, y las señales que dió de ello el primer dia, se repitieron con las mismas formas en la mañana del segundo.

Por la tarde, la escena varió.

Mosen Martin leia su Breviario; Teresina regaba las flores del huerto, mezclando con las gotas de agua de la regadera las lágrimas que, á pesar de las esperanzas que la animaban, se deslizaban á lo mejor por sus rosadas mejillas.

Era que la ausencia de la niña se iba prolongando con demasía, y Teresina sentia renacer el desaliento, en vista de que ni las diligencias judiciales, ni las particulares, que no cesaban de practicarse, producian el menor resultado.

Agobiábala, pues, de nuevo la tristeza; y su amo, no ménos afectado que ella, en vano trataba de distraer el curso melancólico de sus ideas.

Cada cual se esforzaba por engañar al otro: cada uno empleaba los recursos que creia más eficaces para conseguirlo. Empleábanlos, sin embargo, en vano.

Amo y sirviente no tenian más pensamiento en su imaginacion que la perdida niña, y cada hora que pasaba, aumentaba la melancolía que á uno y otro dominaba.

Habian aquel dia carecido de ánimo hasta para

[redacted]

ir á ver á Benilda, faltos de todo consuelo ó fundada esperanza que comunicarle.

Era mucho más temprano que la tarde anterior, y ninguno de los dos, guiándose por lo ocurrido entónces, contaba todavía con el regreso de Leon.

De pronto alzó mosen Martin sus ojos del Breviario, y Teresina simultáneamente suspendió el movimiento de la regadera.

Un ladrido fuerte, un ladrido que hacía cuatro dias habian dejado de oir, sorprendió los oidos de ámbos: miráronse como pidiéndose mútuamente explicacion.

—¡Es Leon... es el ladrido de Leon! prorumpió la casera.

—Es su ladrido efectivamente, replicó mosen Martin.

—Ladra de nuevo, y ya se le oye más próximo, articuló Teresina, escuchando con atencion.

—Y no aulla; ladra fuerte y claro: ¿no es verdad que eso es ladrido y no aullido? apostrofó mosen Martin, como temeroso de equivocarse en el eco del sonido que habia puesto su sangre toda en movimiento.

—Ladridos, y tan ladridos como son, confirmó Teresina; y cada vez se oyen más claros y fuertes.

[redacted]

Los ladridos se iban efectivamente acercando, y no cabia género de duda que eran los de Leon.

Mosen Martin no pudo contenerse: se levantó del banco en que habia estado sentado leyendo su Breviario, y se fué á buscar al perro.

Pero éste habia sido más ligero que él; ántes que mosen Martin hubiese andado media docena de pasos, habíasele arrojado encima Leon, y arrojádose con tal violencia, con tan arrebatador ímpetu, que por poco le derriba; á la vez que esto hacía, lanzando tal clamoreo de ladridos, que en vez de un solo perro, hubiera creido cualquiera que se habia reunido una docena.

Leon parecia haber perdido el juicio.

Saltaba, brincaba, lamia los piés y las manos, lo mismo á mosen Martin que á Teresina, pugnaba por ponerles el hocico y las patas en la cara, en la cabeza... por acabar con ellos á fuerza de caricias... pero pugnaba sobre todo por llevárselos fuera del huerto, fuera de la barraca...

¿A dónde?

Él lo sabria.

Mosen Martin no tardó en penetrarse de esto, y se lo hizo comprender á Teresina.

—¡Dios sea loado! exclamó el pobre anciano,

[redacted]

levantando ojos y manos al cielo. ¡Ha encontrado á María! ¡Bendita mil veces sea la misericordia divina!... ¡Pronto, Teresina, mi sombrero, el manteo, mi baston!... ¡Vivo... vivo!... que este animal me va á hacer pedazos, va á dejarme sin sotana, si me detengo un momento.

El perro se deshacia verdaderamente, y deshacia á mosen Martin; y no se tranquilizó hasta que le vió envuelto en su manteo, con su navío de tres puentes en la cabeza, hasta que —puede decirse— le condujo fuera de la barraca; hasta que tomando él la delantera, se cercioró de que aquél le seguia.

Leon tomó la direccion del Grao.

[redacted]

CAPÍTULO VI.

Hemos llegado á un capítulo de nuestra historia que nos cuesta trabajo escribir.

Duélele al operador la operacion que practica, no obstante el resultado beneficioso que el operado debe reportar.

Autores concienzudos como somos nosotros, hasta donde alcanzan nuestras pobres facultades, proponémonos un resultado análogo al que el operador se propone: él sobre un individuo aislado, ó sobre los diversos individuos que está llamado á operar; nosotros sobre los personajes, que como ejemplo ó escarmiento, presentamos á la consideracion de nuestros lectores.

Empero, identificados con ellos como una madre con sus hijos, no obstante de reconocer, cual lo reconoce el cirujano, la necesidad de practicar

[redacted]

una operacion dolorosa, júzguese si habremos dicho con razon que nos cuesta trabajo escribir nuestro presente capítulo, teniendo que tratar en él nada ménos que de la suerte de nuestro ángel meridional; de lo que habia sido de ella en los cuatro dias que se habia hallado perdida, durante cuyo período, como puede colegirse, no durmió sobre un lecho de rosas la secuestrada niña; secuestrada, como Benilda con tantos datos para suponerlo presumió, por Rita y el Roder.

¡Pobre María! ¡Cuan hábilmente urdieron su trama! ¡Cuán diestramente desempeñó el Roder la parte que le correspondió ejecutar! ¡Burlarse hasta de la lealtad de tu perro!

Leon, Leon, no lo dijimos al aire, que alguna pasion material debió interponerse entre tu apetito y tu deber...

Y así fué, con efecto.

El Roder sorprendió á la niña jugando á la orilla del rio; arrojóse sobre ella como un milano sobre la indefensa alondra, cubriéndole la boca con un pañuelo, para sofocar sus gritos, si, como era de esperar, apelaba la inocente á esta instintiva defensa. A la vez que esto hacía, y que con un solo brazo la levantaba del suelo, para huir

[redacted]

con ella, arrojaba al can un descomunal pedazo de carne.

Entretanto que Leon lo devoraba, el raptor desapareció ágil, listo y silencioso con su presa. Una tartana, dispuesta al efecto, le esperaba á alguna distancia; y, depositando á la niña en el interior, de cuya custodia se encargó Rita, ocupóse él en dirigir el vehículo, que con la rapidez de un rayo, se alejó de las inmediaciones de Nazaret.

Aturdida María al encontrarse en aquella tan inesperada como violenta situacion, y libre ya al ser introducida en la tartana, del pañuelo que le habia aplicado su raptor, lloraba y gritaba, pidiendo explicaciones de lo que le pasaba, y suplicando ¡el pobre ángel! que la volvieran á llevar á su casa. Rita se desesperaba con ella, temiendo que su llanto y sus clamores fuesen oidos, y que despertasen la curiosidad, el interés ó la sospecha de cualquier transeunte que acertase á pasar por las solitarias sendas, por las cuales, con deliberado estudio, conducia el Roder la tartana.

María no habia recibido la educacion áspera y dura que Ramirito; conocia ménos el temor; era, por consiguiente, más expansiva que el huerfanito; y, naturalmente, en medio del miedo que experimentaba, y la afliccion de encontrarse sepa-

[redacted]

rada de una manera tan brusca de su casa y de las personas á quienes queria, se entregaba con abandono á la expresion de sus sentimientos.

Rita llegó á perder la paciencia, y, apelando á las amenazas, merced á ellas y al creciente terror de la pobre niña, consiguió acallar sus gritos y lamentos, no obstante de que, por más que el angelito se esforzaba por obedecer las imperiosas órdenes de la carcelera, en cuyo poder se encontraba, le era imposible sofocar su llanto. Pero lloraba quedo la pobrecita, dejando que sus lágrimas le inundasen las redondas mejillas, sin atreverse á enjugarlas, por miedo de aumentar la exacerbacion de su compañera.

En este estado llegaron al Grao y á la casa de Soledad.

Era de noche casi; y, merced á las armas á que habia recurrido Rita, habiendo cesado María de gritar, no obstante de que, como hemos dicho, sus ojitos no se habian secado ni por un instante en su tránsito desde Nazaret al Grao, penetró en la que habia de ser de allí en adelante su morada, ó su cárcel, sin que la resistencia que oponia, tan pasiva y silenciosa, como habia llegado á ser, llamase la atencion de nadie.

[redacted]

lad se encargó de ella.

cial habia iniciado á su madre en su pro-
e complicidad con Rita, y Soledad, á pesar
ıteresada que era, y las promesas de recom-
ue habia recibido de la nodriza, lo habia
ıbado, no por otro motivo, sino por el com-
o que pudiese su hijo contraer, á traslucirse
lelito, y por el riesgo de caer en poder de
cia, que era el constante terror que la ase-

Roder habia empleado los más poderosos
entos para tanquilizarla, entre otros, apo-
e con más fuerza de conviccion en el del
ılo que ofrecia las situacion anómala de la
ara la práctica de ninguna diligencia en
ıacion de su paradero.

lad, sin embargo, no se habia conven-

lad era mala, era perversa; tenía el corazon
igre, pero queria á su hijo, y la seguridad
hijo, tan malo como ella, era el único punto
so en su encenagada alma.

ınada su mente por esa luz, pidió como
a ó recompensa por su adhesion á la idea
uestro, que la niña fuese entregada á su
a, y Rita y el Roder, que no podian ape-

tecer otra cosa mejor, no titubearon en acceder á su demanda.

María, pues, desde el momento de poner los piés en casa de la viuda, pasó al absoluto dominio de ésta.

La impresion de la niña al encontrarse en la presencia de Soledad, fué la de un desmedido terror; la figura de la vieja era imponente: su aspecto desaliñado y sucio, la madeja enmarañada de cabello, entrecano y erizado, que tan mal prendido llevaba en el peine de asta, sus facciones tan varoniles, aquel color cobrizo que parecia el de una egipcia, todo aquel conjunto, no podia por ménos que inspirar una profunda repulsion, y nuestro ángel meridional la experimentó al mayor extremo.

Soledad habia estado esperando á su hijo y á Rita para ponerse á cenar; y, como el arroz, segun sus afirmaciones, no estaba todavía en punto, iba á aprovechar el tiempo que tardaria aún en llegar al estado debido para halagar el apetito, en disponer de la niña.

María lloró más amargamente que nunca al oir estas frases, que instintivamente comprendió querian indicar que la iban á encerrar en alguna parte.

[redacted]

Mucho terror le habia inspirado Rita, pero le infundia más aquella vieja avinagrada, áspera y de tan repulsiva apariencia.

Soledad, al ver que su llanto crecia, como medio de estimularla á que lo suspendiera, le dió un tremendo empujon.

—Cállate, que vas á alborotar la vecindad, dijo—y de eso te guardarás muy bien, añadió, estremeciendo á María con el sonido iracundo de su voz.

María exhaló un sollozo, resultado del inútil esfuerzo que empleó para satisfacer la exigencia de aquella arpía.

Soledad repitió el empujon, y, sin dirigirle otra palabra, cogiendo con una mano el velon que ocupaba el centro de la mesa preparada para la refeccion nocturna, y con la otra asiendo á la aterrada niña, la condujo por una serie de pasillos y escaleras tan incomprensibles como complicadas, que cruzó y bajó la criaturita como en un torbellino, apénas pudiendo ni respirar, hasta que la expedicion terminó, que fué al llegar á una especie de patinillo. Deteniéndose en este sitio, penetró la viuda en una habitacion destinada, al parecer, para algun uso inmundo, segun el hedor que despedia, y soltando aquí de la mano á la niña, le mandó que

se quedase quieta, que no la siguiera y que se guardase bien de gritar, porque le pegaria.

Comunicadas estas órdenes, se alejó Soledad y cerró la habitacion con llave.

María se quedó completamente á oscuras, completamente sola y completamente paralizada de terror. Tan niña como era, no se podia explicar la razon de lo que le pasaba, ni la entidad de su desgracia, ni el carácter del miedo que la supeditaba. María no sabía más que llorar y llamar sin cesar á las personas á quienes queria y que la querian á ella, cual si fuese posible que escuchasen sus afligidos acentos y pudieran acudir en su socorro.

— Padrinito, decia, Madrina, Ramirito, Teresina, Leon, no olvidaba á ninguno.

Llamaba la pobrecita hasta á su querido Leon, lloraba; hasta que al fin, rendida por el miedo y el llanto, se acurrucó en un rincon en el mismo sitio en que la habia dejado Soledad, y del cual no habia tenido ánimo para separarse, y apoyando su cabecita contra la pared se quedó dormida.

Entretanto, Rita y sus compañeros cenaban; Marcial, comiendo y bebiendo ménos que en otras ocasiones, y excediéndose mucho más que de ordinario en galanterías con la nodriza.

[redacted]

Rita empezó á escamarse. Miéntras no habia alcanzado el logro de su propósito; miéntras la dominaba en absoluto la sed de venganza que la consumia, la realizacion del secuestro de la hija de Benilda, Rita habia mirado con indiferencia la pasion del Roder; habíase resistido á ella sin temor, sin recelo, y dejado de concederle la importancia que no podia ménos de tener en un hombre de la naturaleza de Marcial.

Marcial, con el sistema que empleaba, habia ayudado, y no poco, á alcanzar este resultado.

Pero la hora de la recompensa habia sonado, y Marcial se disponia á recoger el premio de sus servicios.

Por eso dijimos que Rita habia empezado á escamarse. Él cambio efectuado en el Roder desde el momento de entregar á su madre, la secuestrada niña, no pudo ménos de ponerla en guardia. Marcial tomó el aspecto de un conquistador, y Rita se dispuso para la defensa.

Habian acabado de cenar; y, hallándose la nodriza harto recelosa ya con las evoluciones del enemigo—valerosa y decidida—abrió la brecha de frente, sacándose del bolsillo un talego, y desplegando ante la codiciosa vista de la viuda y la de su enamorado hijo, una columna de monedas de

oro, con las que confió deslumbrar á la primera, y seducir no ménos al segundo.

El Roder se rió del anzuelo.

—Todo esto es para Vds., dijo Rita, vertiendo el talego sobre la mesa, que conservaba aún los restos de la cena, y otra cantidad igual el dia que se vaya la chica. Este ha sido el trato: secuestrarla y quitarla de enmedio. De V. depende, Marcial, el cobrar el resto mañana mismo si quiere. Los gastos de viaje, ya se sabe, corren por mi cuenta. El caso es que desaparezca enseguida... Se la lleva V...

—A Berbería con los moros, ó á Tetuan con las monas, interrumpió con sorna el Roder.

—A donde quiera V.; á donde á V. le venga mejor, Marcial, respondió Rita, desentendiéndose de la ironía con que se habia expresado Marcial. Se la lleva por mar ó por tierra... Ya le he dicho que preferiria el mar; se pierde mejor la pista, dado caso que se echen á buscarla... Pero me desdigo: si es el viaje más fácil por tierra... si se puede efectuar más pronto... ya sabe V. en lo que hemos quedado: que es salir cuanto ántes de ella. Y si mañana mismo pudiera ser...

—¿Tanta prisa te corre el perderme de vista? interrogó el Roder.

[redacted]

—No se trata de V. ahora, Marcial. Tenemos que ocuparnos de un asunto más grave y urgente.

—¿Y para cuando dejas tú el mio?

—¡Marcial! exclamó Rita en tono de reconvencion.

—¡Rita! replicó el Roder, imitando los acentos de la nodriza. ¡Rita hermosa! añadió.

Soledad contaba las monedas.

Su hijo era de ordinario poco generoso con ella. Madre é hijo eran igualmente codiciosos. Sin embargo, en aquella ocasion, miraba el Roder con inusitado desprecio la dádiva de la nodriza. Esta habia sido concedida mancomunadamente á hijo y madre. ¿Qué más natural que el que la viuda sacase el partido posible de las circunstancias?

Contadas las monedas, Soledad se apropió la mitad, y, considerando que su persona se hallaba tan de sobra como ellas en la revuelta é inclasificable estancia, en la cual el amor se disponia á entronizarse, dejó á éste en plena posesion del campo.

¡Pobre amor! ¡Tantas veces disfrazado, con tan harta frecuencia prostituido, vendido!

¿Podia, debia concedérsele este suave, dulce nombre, al sentimiento que hervia en el pecho

del Roder? ¿La imágen pura del vendado niño, no desdecia delante de la presencia de aquel bandido manchado con infinitos crímenes, degradado por los vicios, dominado exclusivamente por las pasiones materiales?

Pasion monstruosa era la concebida por aquel hombre con quien Rita se habia ligado, en nada parecida al sentimiento inefable que nadie aún ha alcanzado á definir. Apénas desapareció Soledad, rompió Marcial los diques de la sujecion.

Era la primera vez en su vida que Marcial habia esperado, que Marcial habia refrenado sus ímpetus, que Marcial se habia impuesto una violencia, que, por lo mismo que le era desconocida, requeria más ámplia compensacion.

La demandaba, no ya con súplicas ni amorosas instancias, sino con el despotismo de un acreedor inexorable.

Rita habia pretendido un imposible: apagar la hoguera encendida por sus atractivos con un puñado de oro, y la hoguera pretendia incendiarla ó perecer con ella.

No intentaremos reproducir la escena que tuvo lugar aquella noche en la desaliñada estancia.

Rita llegó á considerar su jugada perdida.

Marcial podia volverse en contra de ella. Y algo

[redacted]

de esto vislumbraba en las embozadas amenazas que el Roder le dirigió.

El cómplice podia convertirse en acusador, en delator.

Peor todavía: tenía la presa entre sus manos; era dueño de disponer de ella, y el ensueño, punto ménos que realizado, el triunfo de la pasion por tanto tiempo acariciada en el implacable seno de la nodriza, podia desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos.

Rita comprendió esto, y, al comprenderlo, empezó á expiar su delito.

Rita habia sido cruelmente tratada por el destino. No hay que desconocerlo.

Esto, sin embargo, no justificaba en manera alguna el proceder que habia tenido Rita; cuya desgracia pudo haberle servido de tanta purificacion en la tierra, cuanto de compensacion en el cielo.

La venganza me pertenece, dice el Señor. El Dios de la Misericordia se abroga tambien el derecho de convertirse en el Dios de la expiacion; pero al hombre le está vedado usurpar privilegios á que no tiene derecho.

¡Ay de aquel que con sangre venga la vertida sangre!

[redacted]

¡Ay de aquel que al recibir el bofeton en el carrillo derecho, en vez de presentar el izquierdo, contesta con otro!

¿Qué pasion no engendra su propio castigo?

Y así fué con Rita.

Rita habia siempre, desde el momento de conocerle, y no obstante la ligazon que se estableció entre ellos, despreciado al Roder.

Aquella noche, en que contó con saborear el logro de su venganza, y en la cual las exigencias del enamorado Marcial se interpusieron entre ella y la pasion con tanto ardor como perseverancia alimentada, aborrecia á éste con todo su corazon.

¡Cuál, pues, no seria la desesperacion de Rita al verse cautiva en sus propias redes, entregada por completo á merced de su cómplice!...

Y Rita, hallándose de tal suerte asediada por efecto de sus mismas pasiones, y, no encontrando otra alternativa á que acogerse, Rita, la soberbia, la altiva, no tenia más remedio que transigir...

Para ganar tiempo, para dar treguas á su difícil situacion, Rita acabó por fingir, por mentir, por presentar á Marcial una esperanza, contra la cual se proponia, sin embargo, emplear los ardides todos de su imaginacion.

[redacted]

Marcial se dió por satisfecho. Era dueño de las circunstancias y no habia contado con tanto para empezar...

Aquella noche (lo que quedaba de ella) ¡extraños acuerdos de la Providencia, dispuesta siempre á patentizar su fuerza y poderío! Rita no consagró un solo pensamiento al objeto que la habia inducido á contraer aquella complicidad que tan gravemente pesaba sobre ella.

Benilda, el baron de Fenollar, la secuestrada niña... todo desapareció ante la idea de burlar la pasion del Roder, y lanzada á este nuevo torbellino la astucia monopolizó las potencias de su alma.

Entretanto, la olvidada niña, víctima de las diferentes pasiones que se habian agitado en torno de su inocente existencia, dormia el sueño de los ángeles en el inmundo recinto á que la habia consignado Soledad.

Despertó cuando ya contaba el mundo un dia más de vida.

Lo conoció por el ténue resplandor que penetraba por un hueco (no merecia el nombre de ventana) cubierto con un opaco cristal y bordado con telas de araña, que era el único punto por

donde podia introducirse la luz en la hedionda cárcel á que se hallaba reducida.

La estancia que tanto pavor le infundió en la noche anterior, no presentaba mejor aspecto contemplada, estudiada, analizada á favor de la incierta claridad que permitia imponerse de sus desfavorables condiciones. Filtraba agua por todas partes, lo que inducia á suponer que existia algun pozo allí próximo, ó bien que los materiales con que habian sido construidos los muros de aquel aljibe, más bien que habitacion, eran salitrosos y despedian la humedad consiguiente que naturalmente habian de producir los miasmas más deletéreos.

El suelo era de tierra, desigual y lleno de agujeros, que servian de conducto para las excursiones de una numerosa familia de ratas que, amén del solaz que aquellas expediciones le proporcionaban, encontraban en los montones de basura que alguna que otra vez se formaban en aquel muladar escasos y cicateros recursos de alimentacion.

La niña, al despertar, sintió sed, y un frio tan glacial, que tiritaba y daba diente con diente. A pesar del sueño de que habia disfrutado, no habia bastado aquel intervalo de descanso para borrar de su mente los sucesos de la tarde anterior.

[redacted]

Apénas adquirió conciencia de sus sensaciones, adquirió tambien el recuerdo de cuanto la habia ocurrido, y, si bien María no era por hábito medrosa, como la situacion en que se encontraba le era tan por completo desconocida, nada tiene de extraño que de nuevo la venciese el mismo terror que habia experimentado la precedente noche.

Miró en torno suyo con la esperanza de encontrar algun refugio, tal vez algun recurso para contrarestar su inmerecida suerte.

Lo hizo por instinto. Pero sus ojitos abarcaron, primero, la puerta del cuarto, luégo el hueco que tan mal merecia los honores de ventana, y por último, los agujeros abiertos en el suelo.

Creeria, quizá, que por alguno de aquellos conductos habia de aparecérsele la salvacion.

Entumecida, helada y toda trémula como estaba, se levantó, sin embargo, del rincon en que habia pasado la noche, y esforzándose cuanto podia para no caerse, difícil como era el abrirse paso con tan escasa luz por entre las complicadas y abundantes pirámides de inmundicia y escombros que llenaban la habitacion, se fué á observar las condiciones de la puerta, despues las de la ventana, y por último, á registrar los agujeros.

Aquí, sin embargo, terminó el viaje de exploracion de la pobre prisionera.

Una rata descomunal asomó su repugnante cabeza por una de las simas del inmundo suelo. Esta la miró de hito en hito — María lo hubiera jurado — y, como puede presumirse, aquella vision contribuyó á aumentar su pavor.

Empezó á chillar y á huir, no obstante de que la rata, al eco de aquellos gritos, no perdió tiempo en desaparecer.

Pero el agujero por donde se habia presentado parecia como el cráter de un volcan, dispuesto á arrojar á cada instante un raudal de animales semejantes al que habia producido, y la niña, temerosa de este resultado, no se tranquilizó hasta que llegó de nuevo al mismo retirado rincon del que se habia por un momento separado.

El frio, el hambre y la sed, volvieron á apoderarse de ella. Empezó otra vez á llorar. ¿Qué habia de hacer la inocente?... Llorar y llorar, y como habia hecho la precedente noche, llamar á los que amaba para que acudieran en su socorro.

Media hora ó más pasaria en este estado de afliccion. Despues — aquel ángel que desde que empezó á balbucear las primeras palabras, habia

[redacted]

aprendido á amar y conocer á Dios, y acudir á él en sus tribulaciones—se puso á rezar: á pedir á su Creador que se compadeciera de ella, que la sacase de aquel sitio.

Y la oracion la consoló.

Tan niña como era, habia bebido con la leche de la vida, la de la fe y la esperanza; y su tierno corazon cobró vigor y aliento al evocar las doctrinas que le habia inculcado su padrino.

Pasaban las horas, sin embargo, y la situacion de la infeliz criaturita no variaba.

Habia estado esperando ver á alguna de las personas en cuyo poder se hallaba, y hasta lo habia estado deseando, confiada en que la presencia del Roder, de Rita, y áun de la más repulsiva, Soledad, concederia alguna tregua al aislamiento y abandono en que yacia. Algun tanto olvidada de la vision que tanto miedo le habia infundido, (la aparicion de la rata) habia tenido valor para volverse á acercar varias veces á la puerta del cuarto, y escuchar por si oia algun ruido que le sirviese de compañía y consuelo en su soledad: habia tratado de llegar á la ventana; hacinando con este objeto, algunos ladrillos sueltos que habia encontrado á la mano, pero en el primer punto nada habia conseguido de lo que se habia propuesto, y

en el segundo, estaba la ventana tan alta, tan fuera del alcance de su reducida estatura, que si pensó que por allí habia de venirle algun socorro, tuvo que desistir muy pronto de todo intento de obtenerlo.

En resúmen: llegó la tarde, y áun la noche, cuya presencia conoció por la completa ausencia de la exígua claridad de que hasta entónces habia disfrutado, y ni la tarde ni la noche produjeron ningun cambio en su tenebrosa prision.

¿Se habrian sus carceleros olvidado de ella? ¿Sobre todo, Soledad la habria desechado de su pensamiento? ¡Sentia sed, hambre!

Para la desgracia de nuestro ángel meridional, era la vieja furia demasiado celosa de la seguridad de su hijo para que tal sucediera.

Y la pasion de ese hijo por Rita, le inspiraba los más fundados recelos.

Rita habia pasado una noche inquietísima, como no há mucho dijimos; no porque saborease los esperados tormentos de la mujer contra quien habia dirigido su premeditada venganza, sino por efecto del dogal que ella misma se habia puesto al cuello.

Por más que discurria, estrellábanse los recursos más apurados de su imaginacion contra el ca-

[redacted]

rácter desesperado del Roder, contra la exquisita vigilancia, ejercida por éste, contra la indomable fiereza de su ardiente pasion, dispuesta á sacrificarlo todo á la satisfaccion de sus deseos.

Y no obstante de que la viuda, por otros motivos y fines que Rita, coadyuvaba con ésta para abreviar la permanencia de la niña en su casa, para apresurar su marcha con Marcial, ni la una ni la otra conseguian debilitar la resolucion del bandido de no demorar el logro de la segunda y más importante parte de su cometido.

Entretanto Soledad no descuidaba el estudiar con el espíritu de las tinieblas...

Los actores principales en el secuestro de la niña habian dejado de representar sus correspondientes papeles, y Soledad, animada por el único punto luminoso en su encenagada alma, tácitamente asumia los de ámbos.

Además, se hallaba autorizada por la concesion de uno y otro de aquellos personajes, para hacer respecto del depósito confiado á su custodia, lo que mejor le pareciese. Y así lo ejecutaba.

Soledad concibió un proyecto infernal; y el dia primero que pasó la niña en la especie de mazmorra á que la habia consignado, empezó á ponerlo por obra.

Tenía el juego en sus manos; obcecado su hijo por su feroz pasion, podia olvidarse de lo que más debia importarle, que era su seguridad personal, pero allí estaba ella para tenerlo presente.

La niña era un grano de anís en la balanza del riesgo á que pudiera exponerse aquel pobre hijo enamorado, y Soledad no titubeó...

Para vivir hay necesidad de comer y de beber, de dormir y de no sufrir más de lo que humanamente alcanzan las fuerzas para sufrir. Sin comer, sin beber, sin dormir—porque los horrores que deberian rodear á la niña, llegarian á privarla de todo descanso, y los sufrimientos físicos y morales que la acometerian, serian muy superiores á lo que humanamente podrian resistir sus fuerzas infantiles—era indudable que quedaria asegurada la impunidad de aquel secuestro. (Soledad así lo pensaba, y no le faltaba razon para pensarlo, dispuesta como estaba á cooperar hasta el último extremo al logro de su objeto.) A la reunida combinacion de tantas privaciones y horrores, si Marcial persistia en su resistencia de apresurar la marcha, sería imposible que dejase de sucumbir la frágil naturaleza contra la cual disponia Soledad tan crueles ataques. Para lo que á esto siguiese, para encubrir por completo el delito, el doble delito premeditado,

[redacted]

para eso estaban la noche y la mar; la mar, que el secreto de tantos secretos encierra; la mar, siempre voraz y dispuesta á tragar la presa que se le entrega.

Este era el resúmen de los coloquios de Soledad con el espíritu del crímen.

Del mismo modo que habia dejado pasar la tarde y el primer dia del encarcelamiento, dejó pasar el segundo y el tercero. Al llegar el cuarto, la aguijoneó la curiosidad de conocer el resultado de su plan.

Pero, como ántes de llegar ese instante ocurrieron varios acontecimientos de la mayor importancia en el curso de nuestra narracion, que no debemos dejar de consignar, para dar lugar á la insercion de ellos, suspenderemos por ahora ese resultado, del que á su debido tiempo nos ocuparemos.

CAPÍTULO VII.

De la carta de la baronesa de Fenollar á su hermano político Baltasar, podia decirse, con escasas variantes, lo que el ilustre César al Senado romano, que llegó, vió, venció.

Aquella carta rindió por completo á nuestro bravo capitan.

Renegó, pateó, protestó, voceó, iniciando (relevado como estaba de todo compromiso de reserva) á su asistente Anton en el motivo de aquellas expansiones, pero no titubeó.

Anton sabía de sobra que aquellos reniegos, aquellos pataleos, aquellas protestas y voceos eran descargas de pólvora sin bala, perdidas en el espacio.

—He errado la vocacion, Anton, exclamaba el capitan, estudiando, y á pesar de cuanto decia, aceptando y digiriendo todo el contenido de la mi-

siva de Benilda, que acariciaba entre sus dedos.— Debí haber nacido nodriza, ó niñera, ó maestro de escuela. Es destino el mio: ¡quiéralo ó no, andar siempre convertido en caballero andante de esos bichos tan enojosos! ¡Si á mí no me gustan los niños! demasiado lo sabes. Mi sobrino Ramirito, pase; pero, como si con el embeleco ese no tuviese yo bastante, se me descuelga ahora la babieca de mi hermana con otro morito, ó morita en la costa. Y no hay tu tia: es indispensable que vaya á romper lanzas... con el diablo... ¿qué se yo con quién? Es friolera lo que esa bendita mujer me pide. Delira. No hay duda. Hace seis años que no sabe hacer otra cosa, y esto es una continuacion del acceso. No accedo, Anton. Me resisto. Esta carta no me ha dejado dormir en toda la noche... no porque me inquietase su contenido en lo más mínimo--ya sabes que en este corazon, prorumpió el capitan, colocándose una mano sobre el pecho, no hace mella ni la metralla—sino porque, como cuestion de milicia, de táctica militar (ya me entiendes) he estado entreteniéndome en estudiar, por gusto sólo, el plan de campaña que convendria seguir, si yo fuese bastante tonto para aceptar la encomienda de mi cuñada... Pero como no la acepto...

[redacted]

—¿Que no la acepta V., señorito? interrogó Anton, interrumpiendo á su amo.

—De ninguna manera. Esa mujer está loca rematada, y no hay que hacerle caso...

Sin embargo, añadió Baltasar, atusándose el sedoso bigote, por si acaso mudase de parecer, ¿crees que están los caballos en estado de emprender otra jornada como la del otro dia?... Reniego de las mujeres, Anton, continuó diciendo el bravo militar, paseándose con agitacion por las escasas piezas de que constaba su pabellon en el cuartel donde tenía lugar este coloquio; de sus miedos, de sus flaquezas, de sus melindres. A la vez, Anton, ¡las quiero tanto! y ¡me da una lástima de las inocentes, tan simples, tan crédulas, tan babiecas como son! Ahí tienes á esta infeliz, que sólo por haber sido demasiado mujer, juez que hubiera yo sido, la hubiera mandado ahorcar. Ni más ni ménos. Y hubiera muerto mártir la desdichada; mártir de la tiranía de un marido, que trasformó á un ángel en una bribona. Es fuerte la frase, Anton; se me han secado las fáuces al pronunciarla, porque fué y no fué, y no lo fué ni dejó de serlo. Las circunstancias, Anton, valen por mucho en los casos de la vida. Hay que tener esto presente. Y mi cuñada, á no haberse encontrado en el caso que

se halló enlazada con mi amable hermano, que es capaz de meter miedo á tres escuadrones de caballería, de seguro que no hubiera tenido hoy necesidad de mis servicios. Y me ruega que no pierda tiempo en acudir á entenderme con ella; que no demore satisfacer sus deseos... ¿Te parece, Anton, que los caballos resistirán?

—Y tanto, contestó Anton.

—No porque yo piense, interpuso Baltasar, darme tanta prisa, y ni siquiera haya determinado todavía lo que habré de hacer, sino porque es bueno saberlo, por si al fin me decidiera. ¡Cáspita! ¡y qué papeles tan soberanamente ridículos estoy llamado á representar! ¡Qué ridículos!

El capitan meditó un momento en silencio; pero á poco, saliendo de aquel estado de abstraccion, llamó la atencion de su asistente que, entretanto que escuchaba los monólogos de su amo, se habia estado ocupando en cepillarle el uniforme que deberia aquél ponerse, prorumpiendo en un sonoro reniego, al que acompañó la siguiente interpelacion:

—¿En qué has estado pensando que no me has traido el desayuno? He madrugado... No lo has tenido presente, tú que otras veces me adivinas tan fácilmente.

[redacted]

El asistente, á la sombra del cepillo que tenía en la mano, se sonrió, y soltando este utensilio, desapareció por un momento de la presencia de su amo.

Volvió en breve, armado con el refrigerio matutino de aquél.

—Anton, vales un imperio. Desayúnate tú tambien ; y, si hay medio, arréglame la fiambrera. Nada se pierde por tener estas cosas dispuestas: ¿no es verdad, Anton?

—Nada falta, señorito; todo está á punto ; fué la contestacion del sagaz y diligente servidor. Ahora, continuó diciendo, á tomar un buen trago; á calentarse. Y como yo aquí ya no hago falta, añadió, observando que el capitan se habia dedicado á consumir el desayuno, me voy á ensillar los caballos... que si espoleamos como Dios manda, ó no me llamo Anton ó en ménos que se reza un credo vamos á estar en Valencia.

Anton no esperó ni á recibir la aquiescencia de su amo ; sabía que correspondia al deseo más vehemente de aquél, y, como le conocia mejor que el capitan se conocia á sí mismo, habia sabido anticiparse á las intenciones que abrigaba.

Por eso dijimos no hace mucho, que Anton

sabía de sobra que los reniegos, los pataleos, las protestas y voceos, no eran más que descargas de pólvora perdidas en el espacio. Y no lo dijimos al aire, puesto que, ántes que el sol formase un círculo en el cielo, dos jinetes militares, jefe el uno y soldado el otro, tomaban la direccion que habia de conducirlos al punto á que era llamado el vocinglero, pero tan bondadoso hermano político de la baronesa de Fenollar.

Espoleados los caballos, y no descansando ni éstos ni los jinetes que los montaban, ni lo más indispensable, con imponderable celeridad llegaron nuestros viajeros á Valencia y á la misma mala posada en que tenía el capitan costumbre de alojarse.

Baltasar se aseó, tomó un ligero refrigerio, y sin permitirse otro descanso, entretanto que cuidaba Anton de los infelices cuadrúpedos, que habian llegado punto ménos que reventados, se dirigió á la morada de Benilda.

Esta le habia estado esperando con la más viva ansiedad; sin embargo, no habia contado con verle tan pronto.

Baltasar era poco perspicaz; parecióle no obstante, al salirle su hermana política al encuentro y arrojarse en sus brazos con la franca confianza y

[redacted]

abandono, autorizados por el vínculo y el afecto que los ligaba, así como por las circunstancias en que se encontraban, que Benilda se habia rejuvenecido desde la última vez que la habia visto.

Aquella tez semejante al mármol, que habia dado orígen al nombre que algunas personas aplicaban á la baronesa, se hallaba ligeramente coloreada, las ojeras que circuian las azules pupilas, ménos marcadas, los cárdenos labios animados por una sombra bermeja, y los parados y cristalizados ojos no eran ya los mismos.

Miraban, se fijaban, destellaban la revolucion que se habia efectuado en el alma de la regenerada pecadora.

Benilda lloraba y gemia; Benilda clamaba por su hija, no obstante las esperanzas que aún todavía la animaban; triste y afligida, llorando el tiempo que tardaba en ver esas esperanzas realizadas; pero Benilda lloraba sin desesperarse, confiando en la misericordia divina que hasta entónces desconociera.

Entre lágrimas y sollozos confirmó á Baltasar el relato que le habia trasmitido por escrito, iniciándole despues en lo que tenía que hacer para corresponder á los deseos que con tanta nobleza y generosidad como abnegacion, habia tan cariñosa-

[redacted]

mente secundado; y Baltasar, á pesar de que constante á sus hábitos vocingleros, renegaba y protestaba (contradiciéndose á sí mismo cuanto le era dable) abundando en los mismos sentimientos que la inquieta madre, del mismo modo que no habia perdido tiempo en responder á la llamada de ésta, no tardó tampoco en ponerse á sus órdenes y obedecer la direccion que juzgó aquélla del caso imponerle.

Si bien calculan nuestros lectores, no habrán dejado de fijarse en la medida de tiempo á que concurren en este momento los principales acontecimientos de nuestra historia, que no necesitamos recordarles era el cuarto dia del secuestro de la niña; el mismo cuarto dia en que el buen cura de Nazaret, apoyándose en las indicaciones del perro Leon, habia creido dar con el rastro de la perdida Maria, y el propio dia en que la cruel carcelera de ésta se habia sentido aguijoneada por la curiosidad de conocer el resultado del plan infernal que habia concebido y ejecutado.

En el cuarto dia, pues, del secuestro de Maria, no bien se impuso el capitan Baltasar de las disposiciones de su hermana política, procedió á cumplir con ellas; y fué la primera que practicó, des-

[redacted]

pues de buscar á su asistente Anton, el dirigirse (ocupando la primera tartana que halló á la mano), en la compañía de aquel individuo á Nazaret y á la barraca de Teresina.

Llegó allí justamente en los momentos en que mosen Martin, acompañado, ó mejor dicho, guiado por el perro Leon, acababa de emprender su expedicion adonde el can tuviese por conveniente conducirle; pero, habiéndose el capitan dado á conocer á Teresina—á reconocer, puesto que Teresina le habia conocido y tratado desde la época del casamiento de Benilda—Teresina, no sólo re-representó las veces de su amo de la manera más digna, sino que saludó con regocijo la llegada del militar cuyos auxilios consideraba de la mayor importancia.

Sin pérdida de tiempo, refirió al capitan lo ocurrido hacía pocos momentos con el fiel amigo y compañero irracional de la perdida niña; y Baltasar, aceptando (como no podia ménos de ser) las indicaciones del perro, con igual fe y esperanza que las habian aceptado el cura y su casera, se propuso no perder un momento.

Teresina le indicó la direccion tomada por su amo y Leon, y, como quiera que la senda emprendida por éstos, á pesar de hallarse fuera del trán-



sito comun, era fácil de seguir, y que nuestro capitan y su asistente la emprendian con la ventaja sobre aquéllos de seguirla sobre piés ajenos, no habrian pasado ni ocho minutos, cuando divisaron el *navío de tres puentes* y el raido manteo de nuestro cura de Nazaret, que identificaron en seguida, con mayor motivo al ver en lontananza precediéndole á un perro más feo que cuantos perros habian nunca conocido, pero del cual, Anton, que se preciaba de conocedor en la materia, se permitió decir, cuando estuvieron cerca, que tenía una pinta que no marraba jamás.

El capitan, con el objeto de darse á conocer, é incorporarse con mosen Martin, se apeó de la tartana, dejando á Anton dueño y señor absoluto del vehículo.

Armado de punta en blanco como iba Baltasar, el ruido producido por el sable y las espuelas no tardó en llamar la atencion de mosen Martin; y éste, al detenerse para reconocer la causa de aquellos inesperados sonidos, conoció instantáneamente al promovedor de ellos.

Paróse, y mirando al capitan:

—¿Hablo con el señor hermano político de la señora baronesa de Fenollar? preguntó *incontinenti*.

[redacted]

—Con el mismo, replicó Baltasar, saludando cortés; con el capitan Baltasar, como se me llama comunmente, que viene corriendo la posta para servir á la referida señora, añadió nuestro bravo militar; y que, como viene con el propósito de cooperar al propio objeto que V., y ve que anda V. no poco fatigado, empezará por ofrecerle el apoyo de su brazo. Es un brazo de hierro. Y esta mano de plomo donde quiera que cae, prosiguió diciendo, mostrando sus nervudos dedos á mosen Martin. ¡A que no le viene á V. mal el encuentro que acaba de tener!... porque ha de tenerlo entendido: que si hay golpes que repartir, entre este humilde servidor y mi asistente Anton—en la tartana viene—somos capaces de exterminar un pueblo... si no se ponen por medio las mujeres ó los niños, que constituyen la cruz que me ha impuesto la Providencia.

De esta suerte charlando y hablando lo que venía ó no al caso, entabló el capitan las más cordiales relaciones con su nuevo conocido; y, no obstante la ligereza de sus palabras y los ex-abruptos con que se expresaba, se captó la simpatía del cura de Nazaret, tanto con los nobles sentimientos que su proceder revelaba, cuanto con la originalidad de su trato, estableciéndose entre ellos, en el más

breve período, una perfecta homogeneidad de ideas respecto del asunto que ocupaba á ámbos. Y, llegados á este término, prosiguieron uno y otro con renovado ánimo la excursion que habian emprendido.

El perro no quiso ser ménos que su amo, y al echar de ver la presencia del socio que se les habia agregado, le otorgó el más cortés recibimiento, á pesar de la impaciencia que revelaba con sus incesantes ladridos y los frecuentes viajes de retroceso que efectuaba, tanto para cerciorarse de que su amo le seguia, cuanto para activar los movimientos del anciano que, naturalmente rendido con los esfuerzos de los dias que acababan de trascurrir y la agitacion de su espíritu, áun valiéndose del apoyo del fuerte brazo del capitan, era imposible que compitiese con la agilidad del cuadrúpedo (al que no podia seguir en la tartana).

Marchaba, sin embargo, la pequeña tropa formada por las diferentes personas que seguian la direccion de Leon: el perro, de vanguardia; mosen Martin y el capitan, constituyendo el centro, y la tartana, obediente á las órdenes del jefe militar que la pagaba, representando la retaguardia, con una celeridad increible; y, de tal suerte crecia la velocidad del movimiento á medida que iba

aquel remedo de ejército aproximándose al deseado fin, el interés y la ansiedad prestando á cada cual de ellos aumentado brío y fuerza para seguir adelante, que, hasta donde se lo permitia á mosen Martin el grave peso de sus años y el de sus descomunales zapatos, punto ménos que á paso redoblado llegaron á marchar.

La excitacion de Leon, sobre todo, crecia de tal manera, que parecia cual si fuese á perder el juicio.

Sin embargo ¡extraños instintos de la raza canina! al llegar al Grao, y penetrar Leon al frente de su ejército en el pueblo, cual si comprendiese la conveniencia del sigilo y la prudencia en aquellos momentos, al parecer de la más grave importancia, cesó de ladrar, é, imponiendo con su ejemplo el más absoluto silencio á sus compañeros, en este estado le siguieron, hasta que los condujo á una estrecha, sucia y sombría callejuela, que parecia ser el basurero de las casas vecinas, á la cual daban las puertas y ventanas de algunos corrales, cuadras y otras habitaciones de clase inferior, interrumpiendo las altas y ennegrecidas tapias que imprimian tan lóbrego carácter al inmundo callejon.

La tartana no pasó de la entrada de ésta, que-



dándose como de reserva para espiar la seguridad del resto de la tropa.

Leon, al frente del ejército, penetró en aquel inmundo sitio. Mosen Martin y el capitan, llenos de anhelo, apresuraron uno y otro el paso para dar alcance al perro, y, siguiendo la direccion de éste, se detuvieron á imitacion de él en el extremo de la calle y delante de un muro, que se diferenciaba de los demás en que éstos descubrian en su superficie numerosa cantidad de huecos de mayores ó menores dimensiones, y aquél, uno sólo, pequeño y ennegrecido, que, como una limosna dada de mala gana, parecia haber conseguido su colocacion en aquel sitio.

El perro al llegar aquí, meneó la cola, miró á mosen Martin, con las orejas tiesas como un par de vigilantes centinelas, y, colocando las patas delanteras sobre la pared, la empezó á arañar, pero á arañar con tal fuerza, que parecia cual si se propusiera derribarla.

El capitan observaba atentamente, estudiando la posicion del muro, y no tardó en hacerse cargo de la arquitectura de la casa á que correspondia, entretanto que mosen Martin, completamente concentrado en las acciones del perro, se fijaba en el

hueco que hemos ya indicado, y descifraba las tan significativas señales del can.

Brevísimos momentos habrian trascurrido desde que el perro y sus acompañantes habian aparentemente llegado al deseado término de su expedicion, cuando de pronto, asiéndose mosen Martin, todo trémulo y agitado al brazo del capitan, exclamó:

—¿No oye V.?... ¿no percibe V.?... un quejido... un quejido, apénas perceptible. Preste V. oido... Quieto, Leon... no respires; déjanos oir. ¡Ay! ¡Es la niña!

El capitan aproximó el oido al muro, y en direccion del hueco ya mencionado, que no levantaria ni tres varas del suelo, é instantáneamente, devolviéndole á mosen Martin la presion que de éste habia recibido:

—Cierto, y tan cierto—prorumpió con la más viva excitacion—no cabe género de duda: es un quejido, débil, ténue, apénas inteligible; pero es un quejido, no hay que ponerlo en cuestion; estamos, no sólo sobre la pista, sino sobre la presa.

—¿Y qué vamos á hacer? ¿Qué es lo que debe hacerse? inquirió el cura de Nazaret. ¿Cómo, ni de qué manera, ni con qué derecho ni autorizacion, vamos á atrevernos á penetrar en el interior de



esta casa? ¿Cómo vamos á averiguar lo que pueda haber de cierto en estos tan sospechosos indicios? ¿Cómo, si resultan acertados los instintos de Leon, cómo van unos criminales, que para todo estarán preparados y dispuestos, á franquearnos la entrada?

El capitan se cuadró.

—¿Cómo?... Como lo disponga este jefe superior, contestó indicando su persona.—Ahora mando yo; y le advierto á V. que mando en jefe, con plenos poderes. Al que me chiste, lo fusilo en el acto. Espérese V. aquí... Quieto, Leon... no te insubordines, porque empiezo por escarmentarte á tí. Quieto, y calladito... vuelvo en seguida, mosen Martin.

Baltasar se dirigió al extremo opuesto de la callejuela; se puso de acuerdo con el ejército de reserva, que como sabemos, se habia mantenido á alguna distancia del centro, y no tardó ni dos minutos en volver al lado del cura de Nazareth acompañado con el poderoso refuerzo de su asistente Anton.

Mosen Martin poseia el valor, el aplomo y la serenidad, que son invariablemente el patrimonio del hombre verdaderamente virtuoso, y, soldado valiente alistado en el ejercito del Altísimo, no

[redacted]

temia, ni retrocedia jamás ante el severo cumplimiento de sus deberes. El deber del ministro del Señor, del apóstol de la caridad y del amor, le llamaba en aquel momento á salvar á su hija de adopcion—le hubiera conducido del mismo modo á salvar á la más ínfima de las criaturas humanas, consagrada como se hallaba su existencia al más sagrado ministerio: el de la abnegacion—¿y habia de retroceder ante los riesgos que pudiera ofrecer la salvacion de María?

Poco ó nada le conocia el bravo militar si pensó que habia de carecer de valor en aquel solemne momento.

Breve, sin embargo, fué el período en que Baltasar pudo dudar (si lo dudó por un momento), de las dotes que adornaban á aquel noble anciano.

Mosen Martin, que era incapaz de quitar la vida á una mosca, en el verdadero sentido de las palabras valor y heroismo no se quedaba en zaga á nadie; y el capitan se penetró bien de ello, al ver la efusion, la entereza y serenidad con que, dictadas que fueron sus disposiciones, secundó la direccion del jefe que habia tomado sobre sí dirigir las operaciones propias de las circunstancias en que se encontraban.

No obstante la fe que cifraba mosen Martin en los instintos de su perro, le inspiró alguna inquietud en el momento crítico de creer que habia dado con el paradero de la secuestrada niña, el temor de errar; y, movido por la prevision y la prudencia, habia manifestado una parte de aquellos sentimientos de recelo y zozobra.

Pero apénas fueron estas sensaciones combatidas, ó mejor dicho, vencidas, por el bravo y atrevido auxiliar que la Providencia habia tenido por conveniente proporcionarle, cedió al impulso de la voluntad tan decidida que se le imponia; y, con igual decision y denuedo que el capitan, acompañado, por supuesto, del asistente Anton y el perro (que, á pesar de la ansiedad con que volvia la vista en direccion del hueco en el muro, no se separaba del lado de su amo) tomó juntamente con sus compañeros la direccion indicada por el improvisado general en jefe, á cuyas órdenes obedecian, que habia de conducirlos al frente de la casa en cuyo interior se proponia el capitan Baltasar á todo trance penetrar.

La casa, no necesitamos decirlo, era la de Soledad, la morada del Roder, el domicilio de Rita, la cárcel temporal de la inocente María, en cuya

sa habia reinado, durante el curso del dia que ›s hallamos atravesando, tal agitacion, tal género : malestar, de violencia, la complicada reunion : tantas encontradas y desbordadas pasiones, ›das ellas tan estrechamente ligadas con los acon- :cimientos que nos hallamos refiriendo, que es e la mayor importancia el que preceda la refe- :ncia de aquel estado de cosas al de hechos pos- :riores.

Rita, la nodriza de Ramirito Fenollar, como emos ya manifestado, se habia aprisionado en sus ropias redes; y luchando sin resultado contra la ısion que, para castigo de su implacable odio ins- ·ara á su repugnante cómplice, habia pasado los s del encarcelamiento de la inocente víctima de venganza en un vértigo de ansiedad.

)e resultas de esto, la suerte de María habia por completo abandonada al cuidado de la 'a.

ita no tenía lugar ni sentimiento alguno que grar á otro objeto más que al que exigia la dad y la energía del momento presente.

Roder la perseguia, y, cuando esto no, la ›a, sin distraerse un momento. Desconfiaba . Marcial apénas salió de su casa; y si se por algun momento, encargaba á su madre



el más estricto espionaje, que Soledad ejercia con *amore*, bastándole para ello el temor por la seguridad de su hijo.

Rita, entre tanto, por más que trataba de disimularlo, rugia como una fiera enjaulada.

En balde clamaba por que el Roder cumpliera con la segunda parte de su cometido—esto en algun raro instante en que las instancias de aquél daban treguas á la ansiedad de su espíritu.

Marcial permanecia inflexible.

Columbraba las apénas formadas intenciones de Rita, que, en medio de la intranquilidad en que vivia, y hasta de la falta de tiempo para concebir un propósito, proyectaba huir del poder de su cómplice, y hasta sacrificar su venganza al horror que le inspiraba aquel hombre, para ella tan repulsivo.

Pero, como carecia en absoluto de los medios necesarios para conseguir el logro de este resultado, vivió los dias aquellos que corrieron desde la tarde del secuestro de María hasta la llegada del dia cuarto del encarcelamiento de ésta, en un abismo de temores y confusiones.

Habia engañado á Marcial; es decir, habia tratado de engañarle, estudiando á la vez, sin cesar, el modo de eludir su vigilancia y de burlar sus enamorados intentos.

[redacted]

Pero Marcial sabía mucho, y, si bien habia aparentado creer y aceptar las falsas promesas que le habia Rita dejado vislumbrar, la paciencia se le agotó al fin. Y se le agotó precisamente en ese dia al que han concurrido ya algunos de los acontecimientos de nuestra historia, al que concurrió igualmente, como no podia ménos de ser, el estallido de que Rita habia en balde tratado de librarse...

Marcial habia salido, y, sola Rita en la habitacion destinada para su uso, meditaba sobre las fases de su situacion, revolviendo diversos y variados intentos dirigidos á un mismo fin: el zanjar la difícil posicion en que se veia colocada.

Sentada cerca del balcon, dentro del cual la vimos en aquella tarde en que la requebraba el Roder, parecia cual si desde entónces hubiesen pasado una docena de años sobre ella.

El perenne alimento de la pasion cuyo triunfo apénas habia saboreado, habia impreso en su semblante huellas tan indelebles, que no sería fácil se borrasen ya jamás.

Aquella mujer, jóven todavía, tenía ya los primeros indicios de las arrugas: las extremidades de sus párpados describian curvas que no tardarian en

convertirse en pliegues; sus delgados labios parecian haber aumentado la severidad de su expresion; marcábanse notablemente, más que ántes, las pronunciadas quijadas, los prominentes pómulos.

Las malas pasiones afean, envejecen; y Rita que, en su género, era tan bella, que lo habia siempre sido, habia dejado de serlo, ajada la flor de su belleza por el azote asolador de sus pasiones.

La lucha que sostenia, que hacía cuatro dias habia estado sosteniendo, ayudaba á descomponer la regularidad de sus facciones; y, salvo sólo el brillante colorido que conservaba aún en su prístina belleza, y el cabello de ébano que le ceñia la estrecha frente, y le caia en gruesos y rizados mechones por los hombros y el pecho, no parecia la misma.

En los últimos dias trascurridos, le habia faltado el sosiego y la tranquilidad hasta para los actos más indispensables de la vida, y revelaba naturalmente, en el mismo desaliño de su persona, el estado punto ménos que vertiginoso en que habia vivido.

Rita habia pasado un dia de prueba luchando, ya no sólo con Marcial, sino con la madre.

Soledad, astuta y maliciosa, tanto ó más que

[redacted]

su hijo, abrigaba respecto de Rita la misma desconfianza que aquél; y, aguijoneada por el temor del riesgo que pudiese éste correr de resultas de la resistencia de la nodriza, y la pérdida de tiempo que esto ocasionaba, la abrumaba con reproches é invectivas, que exasperaban al más crecido punto á la orgullosa Rita.

Marcial se habia mostrado como nunca resuelto y decidido; y Rita experimentaba como un presentimiento de que el momento crítico se aproximaba.

Meditaba y meditaba, en vano buscando recursos para salir de aquel estado de tortura.

Ningun medio se le habia pasado por alto; hasta habia medido con la vista la altura del balcon de su habitacion; pero era tan elevado, que tenía por imposible aprovecharse de él. Además, muy pocos momentos despues de haber salido el Roder, habia descubierto que durante alguna de las ausencias de ella de su estancia, habia Marcial tenido la precaucion de clavarlo, inutilizando su uso por completo.

Para mayor abundamiento de vigilancia y precaucion, Soledad, que no cesaba de espiarla, le habia dado á entender que su hijo se habia llevado la llave de la casa.

Estaba, pues, presa; presa como la inocente contra la cual habia dirigido la furia de sus implacables pasiones.

La ley de las represalias se estaba cumpliendo; y Rita mordia con furor los grillos de que en balde trataba de librarse, despechada, rugiendo como una pantera enjaulada.

Las últimas precauciones del Roder la exasperaron á un grado indescriptible.

Toda la ferocidad de su naturaleza se concentró; y, al efectuarse esta trasformacion, dejó de ser dueña de sí misma, como hasta entónces lo habia sido.

Entretanto volvió Marcial.

Rita, como hemos dicho, habia pasado, si no todo el dia, una gran parte de él, en abierta lucha con la madre y con el hijo; habia tenido escenas violentas, á cual más, con la una y con el otro; habia agotado con éste los últimos recursos de su imaginacion, y estaba rendida de aquella desigual pelea.

Sobre esto, hallábase excitada por los motivos que ya hemos indicado, y recibió á aquél con tan visible desagrado, que robusteció las desconfianzas del Roder.

[redacted]

— Rita, exclamó mirándola con ademan resuelto y decidido hasta no más: te estás divirtiendo conmigo; y conmigo, ténlo entendido, no se ha divertido nadie en este mundo todavía. Hace cuatro dias que me estás engañando.

— ¿Quién á quién? interrogó la nodriza con descaro.

— No toquemos ya ese punto.

— Es lo único que puede tocarse entre nosotros, replicó Rita con altanería.

— ¿La echas de plancheta?... Vamos, que eres demasiado hermosa para gastar tantos desdenes, añadió Marcial disminuyendo la distancia que lo separaba de la nodriza, y tratando de acariciarle la barba.

— Váyase V., Marcial, y déjeme en paz, prorumpió Rita apartando la mano de aquél y revelando, tanto en la expresion de su semblante, cuanto en lo brusco de sus movimientos, el horror que le inspiraba el Roder.

— ¿No me quieres, Rita? Habla claro: dílo con todas sus letras. Te he esperado tiempo de sobra; y sábelo de una vez, que no te espero más.

— Es lo mejor que puede V. hacer, contestó Rita cambiando el sentido de la frase.

Marcial hizo lo propio con la de ella; y sin de-

[redacted]

tenerse un momento, sin dar lugar á la menor consideracion, sin medir ni la oportunidad, ni aun las fuerzas de la persona con quien tenía que habérselas, fijas sus oblícuas pupilas en el rostro de su compañera, excitado, anhelante, ciego enteramente, se arrojó sobre ella, y la enlazó con sus robustos brazos.

Rita se levantó del asiento que habia hasta entónces ocupado, y, no menos ciega, aunque en diferente sentido que el enamorado Roder, llena de ira, de indignacion, de furia, lo rechazó con tan irresistible violencia, que consiguió hacerle retroceder.

A la vez que esto hacia toda la ferocidad de su naturaleza, brotando en palabras, convirtiéndose en expresion, colmaba á Marcial de denuestos.

Su bermeja boca, semejante al cráter de un volcan en ebullicion, vertia un torrente de candente lava: raudal de injurias, de verdades amargas, de sentimientos de ódio, que, lejos de apaciguar la excitada pasion del Roder, la avivaba, despertando ó á la vez aguijoneando en el pecho del bandido otras de tan funesta índole, que auguraban el mas grave é inminente desenlace.

[redacted]

En esto, y cuando apénas habia aún tenido tiempo Marcial para reponerse del empellon de Rita, interrumpió aquella escena la inesperada presencia de Soledad que, toda azorada y manifestando la mayor alarma, compareció ante los sorprendidos ojos de su hijo y de la nodriza, exclamando con acentos apénas ininteligibles por la agitacion :

— ¡Somos perdidos! sálvate, Marcial... huye... corre... por la puerta falsa... aquí tienes la llave. Es lo primero que he pensado; en traértela... Que la cojan á ella, que la arrastren, que la rajen, que la emplumen, que la frian... ¡Maldita sea la hora en que entró por esta casa!... Corre, huye, Marcial, y que pague ella su culpa. Tú, nó; que ninguna tienes. ¿No te lo dije que te estaba engañando, que te iba á vender?

— Pero, ¿qué pasa, qué ocurre? interrogó el Roder, abandonando sus amorosos intentos y ocupándose exclusivamente en averiguar el motivo de la alarma de su madre.

— Que llaman á la puerta, que la están echando abajo á golpes; que claman por entrar en nombre de la justicia... que estás perdido y no tienes un momento que perder. ¿No oyes, Marcial? ¿no oyes los golpes?

El Roder se acercó al clavado balcon y oyó enseguida los golpes que, por efecto de la excitacion de su espíritu y de las recias voces de Rita, no habian llegado ántes á sus oidos. Entretanto, le impuso su madre en brevísimas palabras de lo que habia ocurrido y estaba ocurriendo.

Al dirigirse ella al calabozo de nuestro ángel para enterarse del estado de ésta que, por cierto— se dejó decir entre paréntesis que se conservaba sin novedad, dormida como un tronco — oyó ya llamar á la puerta de la casa, y, habiéndose asomado á una ventana, averiguó cuanto necesitaba saber. ¡Rita la tenía inquieta! ¡Rita la tenía escamada! exclamó la madre del Roder, interrumpiendo sus referencias para dar lugar á estas explanaciones, y Rita era de todo capaz.

Marcial recogió estas frases con tal destello de desconfianza, que, á haberse Rita fijado en la torva expresion de sus torcidos ojos, no hubiera podido ménos que alarmarse.

La viuda concluyó su relacion.

Un grupo, compuesto de una docena de personas, se apiñaba contra la casa; capitanéabanlo un par de militares y un clérigo que, golpeando la puerta y dando voces, clamaban en nombre de la justicia por que se les franquease la entrada.

Auxiliaba á éstos con sus ladridos y visibles esfuerzos por alcanzar el mismo fin que ellos, un perro, que promovia más ruido que nadie. Enfurecidos los militares porque no lograban su objeto, golpeaban la puerta hasta con los puños de sus sables.

No quedaba la menor duda de esto, y Rita y el Roder, desde el momento que fijaron la atencion en lo que pasaba, distinguieron, no sólo aquel sonido, sino el fuerte eco de las voces de los que pretendian allanar la casa...

El Roder, apénas oyó á su madre nombrar á los militares, asociados los nombres de éstos con el de un clérigo y un perro, palideció.

Rita, por el contrario, que al informarse de lo que ocurria perdió no poco el aliento, lo recobró visiblemente.

Soledad seguia clamando por que su hijo huyese, por que no perdiese tiempo en quitarse de en medio.

Entretanto los golpes redoblaban y el grupo se engrosaba. La gente que, al pasar, se imponia de lo que ocurria, tomaba parte en el suceso, formando coro y causa comun con nuestro bravo capitan Baltasar y su asistente Anton, con mosen

Martin y el perro, que no otros que ellos eran los que promovian aquella algazara, cooperando lo más eficazmente posible para el logro del objeto que aquéllos se proponian.

La historia del secuestro de la niña habia circulado con la rapidez del relámpago; Anton habia tomado sobre sí hacer circular la noticia, y puede suponerse el interés y la indignacion que produciria.

Al mismo tiempo, la escena en el interior de la habitacion de la nodriza se agravaba por instantes.

El Roder habia por completo cambiado de aspecto. Tan enardecido y excitado como estaba, de pronto se manifestó sereno, frio, impávido. La desconfianza respecto de Rita que habia alimentado hacía cuatro dias, se robusteció bajo la influencia de las palabras tan ponzoñosas que habia soltado su maliciosa madre. No se le ocultó el aliento que habia cobrado la nodriza al oir nombrar las personas que se hallaban á la puerta. Adivinó quién podia ser uno de los militares mencionados; no ignoraba la benevolencia con que, segun ella misma le habia referido, habia sido siempre tratada Rita por el capitan Baltasar, y sus sospechas se confirmaron.

[redacted]

Eran injustas, eran inmerecidas, no obstante de que era innegable que Rita, bien fuese por instinto ó por conviccion, habia saludado con alegría la esperanza de encontrarse con el capitan.

El Roder no sondeó la causa verdadera de aquella expresion que habia sorprendido en el rostro de la nodriza.

Una idea sola, un pensamiento exclusivo, se apoderó de su mente.

Rita le aborrecia, se lo habia manifestado plenamente, Rita le habia estado engañando, le habia querido convertir en su instrumento para conseguir sus propios fines, y, viéndose perdida, porque su amor era una perdicion para aquella altiva mujer, lo habia delatado, se habia delatado ella misma, prefiriendo hasta el sacrificio de su venganza á corresponder á la pasion que despreciaba.

Marcial formó su resolucion.

—Madre, exclamó, déme V. la llave.

Soledad le entregó la que le habia ofrecido; la de la puerta falsa.

—Ahora, váyase V. á arropar á la niña, á meterla en una cama, dormirá así mejor... ¿me entiende V.? Tú, Rita, añadió con imperioso ademan, quieta aquí. Madre, continuó diciendo,

cuando escuche V. mi silbido...—el Roder empleaba esta señal con frecuencia, era un signo convenido entre él y su madre—puede V. abrir la puerta. Estaré ya en salvo. Despues, ó ántes—como quiera—quítese V. de enmedio, y búsqueme... en el infierno.

Soledad no necesitó segunda indicacion, alejóse de la estancia con toda maldad y prevision cuidando de cerrar la puerta en pos de sí.

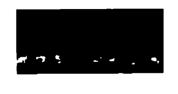
Solos otra vez Rita y el Roder, se acercó éste de nuevo á la nodriza, y la miró de tal manera, que Rita, no obstante lo valiente que era, retiró la vista, y se espeluznó.

—Marcial, ¿por qué me mira V. así? preguntó.

El Roder siguió mirándola con la nariz dilatada, el pecho hirviéndole, y á poco, asiéndola por la cabeza y el cuello, y arrastrándola casi al centro de la habitacion, se registró la faja.

—Marcial, Marcial, volvió á decir Rita, luchando cuanto le era posible por librarse de la sujecion en que la tenía el Roder.

Marcial le habia cogido la vez, y era inútil que se defendiese contra él, tan decidido como estaba.



—¿Qué he hecho? ¿Qué motivo tiene V., Marcial? gritó Rita creyendo adivinar las intenciones del despechado Roder. ¿Porque no le he querido? ¿es ese mi delito?

—Me has vendido: los has llamado. No lo niegues, maldita, que ni por eso te has de librar. Me echarias el delito encima, te salvarias tú, y te reirias burlándote del Roder. Te lo anuncié muchas veces, que de mí no se ha burlado nadie en el mundo todavía, y no lo has querido creer.

—¡No me mate V., Marcial, no me mate V., clamó Rita forcejeando con los brazos y las manos, desesperada defendiendo su amenazada vida.

Marcial luchaba con no ménos fuerza que ella; pero por más que hacía, sujetábale Rita con tal violencia, que le era imposible vencerla.

La resistencia, los bríos de Rita aumentaban la desesperacion del Roder. Al mismo tiempo oia crecer el ruido en la calle, los golpes en la puerta, y las voces que amenazaban derribar ésta á la fuerza.

Empleó un esfuerzo supremo; libertó su brazo derecho, y con la velocidad del pensamiento, sacándose una navaja de la faja, se la clavó á la nodriza en el cuello.

[redacted]

Rita lanzó un quejido; pero un quejido tan extraño, tan penetrante, tan sobrehumano, que pareció más bien el bramido de una fiera, y cayó contra el suelo bañada en sangre.

Luchando, sin embargo, con el instinto de la vida, levantóse con suma dificultad, y sin saber lo que hacía, adhiriéndose con las piernas, con las manos, con el cuerpo todo al de Marcial, que se hallaba aún á corta distancia de ella, le clavó las uñas en la ropa, como para que le sirviese de apoyo, y vivir... ó vengarse.

El Roder se volvió otra vez contra ella, y, lleno de despecho, de odio, de desesperacion, de nuevo hizo uso de la navaja: le dió dos, tres, cuatro golpes, más... no sabía cuántos, ni dónde se los dió... Se los dió sin mirarla, de prisa, al vuelo, para acabar de una vez con ella... Y despues que se cercioró de que el bulto en el suelo nadando en sangre, no volveria á respirar, se alejó de la estancia, cruzó volando los pasillos, las escaleras y complicadas habitaciones, que conducian al patinillo de la casa, adonde estaba la puerta falsa, y dió un fuerte silbido.

Soledad, que habia estado en acecho, se presentó en el acto. Marcial iba tan ciego, tan afanoso por huir, que ni fijó la vista en su madre.

Deslizóse por la puerta falsa, é iba á cerrarla con llave por la parte de fuera (por el lado de la callejuela estrecha), cuando, aprovechándose la viuda del mismo recurso que habia proporcionado á su hijo, le dió alcance; no para importunarle con su compañía—era demasiado práctica para eso—sino para salvarse á la vez con él de la responsabilidad del nuevo crímen que presentia haberse perpetrado.

Como dijimos, Marcial no vió á su madre; pero la sintió al rozarse contra él, en el dintel de la puerta, y, tácitamente felicitándose del auxilio que pudiera prestarle, dejó que se encargase de cerrar la llave, dejó caer la ropa (la exterior) toda ensangrentada que llevaba puesta, reservándose sólo la interior, y, presuroso continuando su camino, dirigióse con la rapidez de una flecha á la orilla del mar, y rápido, listo como un pez, se sumergió en las ondas.

Soledad no tardó en hacer con las prendas de vestir de aquél, lo que habia él hecho con su persona:—madre é hijo eran maestros en el oficio,—y despues, como si tal cosa, tomó el camino de Ruzafa, para esperar el giro de las circunstancias.

[redacted]

CAPÍTULO VIII.

En el ínterin que con tanta facilidad y felicidad, como prevision y precaucion habian huido del lugar de sus crímenes los dos delincuentes que acabamos de perder de vista, y cuya suerte ulterior nos es por ahora completamente indiferente, la concurrencia aglomerada ante la casa, teatro que habia sido de tan enormes delitos, habia ido aumentándose de una manera notable. Era una turba ya. Gritaban á cual más, y golpeaban la puerta sin cesar, unos con palos, otros con las manos, excitados por la más profunda indignacion, y por la resistencia que aquélla oponia.

Baltasar los capitaneaba, y, desesperado enteramente al ver la inutilidad de sus esfuerzos, clamaba por que trajesen una escalera, por que alguien buscase un hacha, cualquier instrumento cortante

[redacted]

y eficaz, por que no se omitiese recurso para cuanto ántes poner término á aquella violenta situacion.

Mosen Martin fomentaba el ardor de la turba dejando ver su desconsuelo y temor, ante la consideracion del tiempo que se estaba perdiendo.

Al fin, y en el momento mismo de la fuga del Roder y de su madre, se presentó un hombre con una escalera de mano, y otros dos ó tres con hachas.

Baltasar, lleno de ansiedad, de excitacion, encolerizado con la demora que habia sufrido, se apoderó de la primera, en tanto que Anton, cogiendo una de las hachas, y ayudado por otros dos hombres, que se valieron de los mismos instrumentos, arremetió con todas sus fuerzas contra la puerta.

El capitan apoyó la escalera contra el balcon principal de la casa, que casualmente correspondia con la habitacion que habia sido de Rita; subióla con la velocidad de una ardilla, y encontrándose con la puerta cerrada, la abrió con un furioso puntapié, al mismo tiempo que el aumentado ruido y gritería que llegó á sus oidos desde la calle, y el movimiento oscilatorio de la gente, que en el momento de franquear él las vidrieras del balcon,

[redacted]

vió precipitarse en direccion de la puerta, le anunciaron el derribo de ésta.

Un clamor de triunfo resonó por el espacio.

En medio de aquellos ecos, distinguióse, empero, una voz de espanto, una voz, desde el balcon mismo por donde habia entrado el capitan, que llamaba descompasadamente al asistente Anton.

En este momento — la noticia del secuestro de la niña y de lo que estaba ocurriendo delante de la casa de Soledad, habiendo circulado por el Grao y llegado (con no poca lentitud, sea dicho entre paréntesis) á conocimiento de los que se hallaban competentemente autorizados para representar el papel que se habia abrogado el capitan Baltasar — varios agentes de la autoridad se incorporaron á la excitada muchedumbre; y, como era natural, asumiendo la preponderancia que tanto habian descuidado, fueron los primeros que se dispusieron á penetrar en el lugar del crímen.

Detúvolos, sin embargo, en su intento el asistente Anton, que presurosamente dirigiéndose á ellos, se expresó de la siguiente manera:

— Mi capitan, D. Baltasar Fenollar, que hace un minuto, á la vista de todos nosotros ha entrado

[redacted]

en la casa por esa escalera de mano, llama á cualquiera de Vds., dijo, refiriéndose á los representantes de la justicia, y ántes que nada hay que responder á su llamada. Suban Vds..., venga el que quiera.

— ¿Pero á dónde se nos quiere llevar? interrogó el principal de los agentes.

—Suban Vds. adonde está mi capitan...

Los agentes se miraron.

Anton habló en secreto al jefe.

Este no necesitó segunda indicacion.

Trasmitió á sus subalternos la sustancia de la comunicacion que del asistente habia recibido, que á pesar del sigilo que creyó emplear para comunicarla, no pasó inadvertida para algunas de las personas que se agrupaban en el zaguan y planta baja de la casa de Soledad, y, dando órden á dos de sus subalternos para que prosiguieran desempeñando sus funciones bajo la direccion ó consejo de mosen Martin, que era la persona allí presente más inmediatamente interesada en la suerte de la niña, subió la escalera de mano acompañado por un tercero de aquéllos y por Anton, á obedecer la perentoria llamada de éste.

Entre tanto, circuló por la reunion una noticia estremecedora.

[redacted]

Eran dos los crímenes cometidos en aquella casa.

Al saberse esto, las pasiones de la turba se excitaron á tan alto punto, que costó trabajo á los representantes de la ley contener á aquélla dentro de los límites de la prudencia. Y el segundo crímen era de tan grave naturaleza, que era imprescindible que los agentes empleasen su autoridad para despejar el sitio en que habia tenido lugar aquella inesperada tragedia. Los trámites de la justicia así lo reclamaban, para el riguroso desempeño de las funciones de aquélla; y, manifestándoselo así los agentes á la muchedumbre, y cediendo ésta á sus instigaciones, retiróse en seguida, estableciéndose, no obstante, desde la primera hasta la última persona á vista de la casa, para desde allí vigilar el desenlace de los acontecimientos.

Estos se han precipitado en el curso de nuestra historia.

Procedamos, sin embargo, á narrarlos con el órden que nos sea posible.

Cercado mosen Martin por la muchedumbre que habia invadido la casa, y á la vez abrumado, por efecto de la confusion que reinó en el mo-

mento importante de forzarse la puerta, y adquirirse casi en el acto conocimiento del asesinato que se habia cometido en la persona de una mujer (esto fué todo lo que se dijo, pero fué bastante) permaneció por algunos momentos parado, indeciso, confundido, sin saber lo que debia hacer, ni qué direccion seguir para realizar el objeto que le habia conducido á aquella mansion.

En aquel estado de conflicto y vacilacion se olvidó hasta de su perro. No era para ménos. Pero fué sólo por unos cuantos instantes. Apénas se marchó Anton con los agentes que habian ido en su compañía, y se ofrecieron los restantes, los que habian permanecido al lado de mosen Martin, á las órdenes de éste, se acordó de su fiel é inteligente Leon.

—¿Y mi perro? ¿Qué se ha hecho de mi perro? Debió entrar conmigo en la casa. No se ha separado un momento de mi lado, ni cesado un instante de dar señales de que nos hallábamos sobre la pista... El perro nos hace una falta inmensa. Leon, Leon, Leon, empezó á gritar.

Una carrera desaforada fué el eco que respondió á estas llamadas.

Leon se le subió á su amo hasta las orejas, y

[redacted]

ladró con tal regocijo, con tal alegría, que le recordó los ladridos compañeros de los juegos de gimnasia que hacía tantos dias se hallaban suspendidos.

¡La niña habia parecido! Leon habia dado con ella... cada ladrido que soltaba, cada salto que daba, era una confirmacion de la bienaventurada noticia.

La Providencia habia velado por la inocente víctima de las pasiones ajenas.

Dios habia escuchado el grito compungido de la madre desolada; la voz del arrepentimiento, exhalada desde las profundidades más íntimas de aquel corazon dilacerado.

Dios habia acogido con benignidad á la contrita pecadora.

La luz de la esperanza y de la fe no habian iluminado en balde el alma extraviada, por tanto tiempo sumergida en las densas tinieblas del orgullo y del error.

¿Cómo habia sido esto?...

Mosen Martin no consagró mucho tiempo á la inaccion. Su mente voló al cielo; pero sus pasos vacilantes—no ya tanto en este momento, por efecto de los años, cuanto por la emocion y la alegría—apénas dejó Leon de acariciarle, y de ladrar, y se echó otra vez á andar, mirando á su amo para

que le siguiera, tomaron la direccion que las huellas de aquél le señalaban. Los agentes le acompañaron.

Leon no titubeó: cual si toda su vida hubiese vivido en aquella complicada mansion, tan llena de vueltas y revueltas, de pasillos, é inclasificables habitaciones, llegó sin detenerse una sola vez al patinillo en que se hallaba el calabozo de María; y, aquí llegados, parándose Leon delante de aquella lóbrega é inmunda estancia, empezó á ladrar y á aullar alternativamente, y á arañar la puerta con toda la fuerza de sus patas.

Mosen Martin y los agentes examinaron la cerradura, y se pusieron á escuchar; el primero, por si volvia á oir los quejidos que le habian llamado la atencion en la callejuela; los segundos, con la esperanza de que el eco de algun ruido pudiese orientarlos en las para ellos tan oscuras diligencias que se hallaban practicando.

Reinaba un completo silencio.

El cuarto estaba cerrado con llave.

La cerradura era, sin embargo, endeble é imperfecta; y, á poco de hallarse reconociéndola los tres que la examinaban, se convencieron de lo fácil que sería violentarla.

Pensarlo y hacerlo, fué la obra de un segundo; y la mirada de Dios, la luz del dia— escasa, no obstante, cual era ya con tanto como habia avanzado la tarde—reflejó de lleno sobre la improvisada prision.

Leon se precipitó dentro de la habitacion.

Mosen Martin le siguió trémulo.

El perro corrió en direccion del sitio en que María se quedó dormida la noche primera que su cruel carcelera la instaló en aquella especie de mazmorra; y fuera de sí enteramente, se arrojó sobre un bulto tendido en el negruzco suelo. Ladró, saltó, volvió á correr en direccion de los que con él habian penetrado en aquel hediondo lugar; de nuevo á arrojarse sobre el bulto, otra vez á ladrar y á saltar. No le faltaba más que hablar; no le faltaba más que decir:—Aquí está: ¿la veis? yo no me habia equivocado. Vedla; es ella; nuestro amor. Acercaos como yo; acariciadla, besadla, abrazadla... venid, venid... ¿Por qué tardais? ¿Qué os detiene? Mosen Martin, es vuestra ahijada... aun cuando no os lo parezca; es ella...

Mosen Martin no lo dudó por un momento; no era posible que lo dudase; era María, su ahijada, la dulce flor de su vida, el encanto de su ancianidad, el perfume de su existencia, el ángel que



habia sido de su pobre, pero tan feliz hogar, la que tenía delante... Pero ¡Dios eterno y justiciero! ¡en qué estado!

El pobre anciano estuvo á punto de caer desfallecido de dolor... No parecia la misma niña. Blanca como la nieve, ella tan rica en colores y lozanía, y con los ojos cerrados—aquellos ojos agarenos, iguales á los de su padre, pero como se sabe, con otra expresion, destello fúlgido de la hermosa alma encerrada dentro de aquel diminuto cuerpo— y fria como el mármol cual estaba, hubiérasela tomado por el cadáver petrificado del ángel que conocimos. Brotaba, sin embargo, sangre por las redondas mejillas, por los desnudos bracitos, por las manos en miniatura, acribilladas por mordiscos y arañazos.

Lo que le habia pasado era horrible.

El hambre, la sed y el abandono, no fueron los mayores sufrimientos de aquella desdichada criatura, por mucho que la hubiesen hecho padecer. Otro más imponente siguió á los resultados de aquéllos. Cuando la falta de nutricion, de aire sano, y el efecto de los miasmas perjudiciales que prevalecian en su prision habian logrado debilitarle las fuerzas, se convirtió su desvalido

[redacted]

cuerpo... ¡horror de horrores!... ¡en festin para las ratas!...

¿Concebirse puede el género de terror que esto produciria en el excitado cerebro de aquella desventurada niña?

La pluma se nos cae de las manos al escribirlo.

No en vano lo dijimos en uno de nuestros precedentes capítulos: hubiéramos querido no tener necesidad de llegar á esta parte tan lamentable de nuestra historia... Empero, la niña era enérgica, y, abundando en instintos vitales, moribunda ya casi como se hallaba, se habia, no obstante, defendido desesperadamente contra sus repugnantes agresores.

Habíalos al principio rechazado y vencido. En este último dia la vencieron á ella.

Los quejidos que el perro Leon ántes que nadie habia percibido en la callejuela á que daba el hueco único (que no merecia el nombre de ventana) que habia en el calabozo, fueron los postreros esfuerzos de las fuerzas instintivas que no la habian abandonado sino en los momentos de hallarse tan próximo su rescate.

No se habia vuelto á quejar.

Si la redencion de aquel ángel se demora un

instante más—todo hubiera concluido en el mundo para ella.

Mosen Martin, tan valiente como era, tan esforzado y acostumbrado á dominarse, al ver aquello, al fijarse en el cuadro tan desgarrador que ofrecia su querida ahijadita, rompió en un copioso llanto. Los agentes, habituados como estaban á presenciar con impavidez todo género de dolores, toda clase de escenas, mezclaron sus lágrimas de simpatía con las que corrian á mares por las arrugadas mejillas del padre adoptivo de aquella inocente, sacrificada por los errores, la mala inteligencia y las no domadas pasiones de los que le habian dado el sér...

—¿Vive? ¿Vive? pudo al fin preguntar á los agentes el afligido anciano. ¿Están Vds. ciertos que respira? ¿no me engañan?

Los agentes se habian acercado al inánime bulto de la niña, y se deshacian en protestas para calmar la agonía del pobre cura.

Mosen Martin se reanimó ante la reiterada confirmacion de aquellas seguridades, y, venciendo su conmocion, ayudado por supuesto por los representantes de la ley, separó á la niña de la inmundicia, del lodazal en que yacia medio sepul-

[redacted]

tada sobre aquel hediondo suelo, y, cogiéndola con la posible suavidad en los brazos, la estrechó con infinita ternura contra su amante corazon. Besóla, acariciola, no obstante lo que trataba de contenerlas, mezclando sus lágrimas con sus caricias, y la niña, cual la flor abrasada por el cierzo, que mustia ya se dispone á morir, y es vivificada por el rocío consolador, así del mismo modo recibiendo al parecer igual consuelo con aquellas cristalinas gotas que se deslizaban por las mejillas del buen cura, para refrescarle el herido rostro, no bien sintió la impresion de ellas, exámine como la habian todos creido, inclusos los agentes á pesar de sus contrarias aseveraciones, exhaló un suspiro:—dió señales de volver á la vida.

Mosen Martin era enérgico, activo, inteligente. No perdió, pues, un momento en obrar segun exigian las necesidades del caso.

Instantáneamente sacó de la mazmorra en que habia yacido, á aquel pobre ángel, hízole aspirar el aire algo más sano del patinillo, y despues, tratando de abrigarla, y no teniendo otro objeto á la mano, se quitó su raido manteo y la envolvió en él.

Y como de todas maneras, requeria la niña otros auxilios, envió á los agentes no sólo en busca de



alguna bebida confortativa, sino de ropa de abrigo y demás socorros que requeria la situacion. Ordenóles igualmente que participasen al capitan Baltasar el hallazgo de su sobrina, el estado en que habia sido hallada, y la necesidad de prestarle los más prontos y eficaces auxilios facultativos.

Dispuso tambien que hiciesen aproximar la tartana que los habia conducido á la casa teatro de tan nefandos crímenes, para cuanto ántes trasladar á la enfermita al punto que su tio dispusiera; y los agentes, secundando gozosos tan activas como acertadas disposiciones, nada absolutamente le dejaron que desear.

Evacuaron, en primer lugar, las diligencias más importantes, cuales eran las de devolver el perdido calor á la casi cadáver niña; y, ayudados por la gente, que no se separaba del lugar de aquellos siniestros, y que á porfía se disputaban el privilegio de corresponder á la urgencia y necesidades del momento, sobróle á mosen Martin ropa, y caldo, y cuanto podia requerir, no sólo para el caso en que se encontraba, sino para veinte análogos que se hubiesen presentado.

La humanidad—no hay que calumniarla—es buena en general: aborrece el mal y aplaude el

[redacted]

bien, por más que se quiera decir y se quiera hacer creer lo contrario; la naturaleza humana conserva no poco de su prístino orígen. El aliento divino la anima todavía, y la hermosa compasion nos proporciona la mayor prueba que de esta verdad podemos recibir; la hermosa compasion, hija predilecta del cielo, cuya voz, rara vez deja de encontrar el más cumplido eco en la multitud.

La que en esta ocasion se aglomeraba en torno de la cárcel que habia sido de nuestro ángel meridional, exhaló unánime un grito de dolor y simpatía al enterarse de los detalles del secuestro, y, como hemos dicho, disputándose á porfía el placer de proporcionar cuantos recursos podia necesitarse, apénas habia dictado mosen Martin las órdenes á que nos hemos referido, se las encontró plenamente satisfechas.

Fué uno de los primeros auxilios que se le presentaron, el de la ciencia. ¡Con cuánto regocijo no lo saludaria mosen Martin!

La niña apénas respiraba, no habia vuelto á dar otra señal de vida despues de aquel suspiro que le habia arrancado la impresion de las lágrimas de mosen Martin. En balde le habia éste aproximado á los cárdenos labios las diversas be-

bidas de una y otra clase que le habian sido enviadas; la niña no habia abierto la boca. En vano habia el pobre anciano tratado de llamarle la atencion, de despertarla de su aparente letargo, empleando los epítetos más cariñosos; ineficazmente habia estimulado á Leon para que ladrase; por más que el fiel cuadrúpedo, respondiendo á esas instancias, habia henchido el espacio con sus sonoros ecos y colmado á su querida ama de las más expresivas caricias, María no habia vuelto á manifestar el menor síntoma de sensibilidad.

Un médico llegó, pues, en el momento más oportuno, y, con su exámen y su fallo, y las medidas que adoptó, reanimó las decaidas esperanzas de nuestro cura de Nazaret.

Entretanto, ¿qué hacía el capitan Baltasar, que no habia comparecido todavía en la presencia del tierno objeto de las ánsias de su hermana política, la baronesa de Fenollar; del tierno objeto que habia motivado su tan improvisado como imprevisto viaje á Valencia, que le habia conducido á aquel sitio, donde no pensó jamás que habia de encontrarse con lo que se habia hallado?

Cumplir con un sagrado deber.

Considerarse puede cuál sería la impresion que

[redacted]

le habia de haber producido el encuentro con el cadáver de Rita, el ensangrentado cadáver de su hermana de leche, y las desconsoladas reflexiones que, no obstante la ligereza de su carácter, habian de haberse desprendido de aquella horrible sorpresa.

¡Rita asesinada, Rita muerta á manos del secuestrador con quien, en un vértigo de su locura, se habia asociado!... La ley del Talion se habia cumplido, y la justicia divina patentizaba una vez más la fuerza y el poder con que en el sagrado libro de las verdades se nos dice:

No te vengarás, porque *la venganza es mia...* dice el Señor.

Rita yacia tendida boca abajo contra el suelo, nadando, como hemos dicho, en un arroyo de sangre; su hermoso cabello desprendido la cubria como un palio de terciopelo, pero manchado tambien con el cruento tinte, que teñia igualmente toda su ropa y cuantos objetos habia próximos: destilaban aún los espesos mechones las rojizas gotas que, casi calientes, corrian sin haber aún tenido tiempo de cuajarse.

Apénas el capitan habia forzado la vidriera del balcon y encontrádose con aquel espectáculo, comprendió, como no podia ménos de ser, la sustan-

cia del horrible drama que hacía unos cuantos momentos se habia representado.

No necesitó acercarse ni levantar el cadáver del suelo para reconocerle.

El instinto se lo revelaba á gritos.

Ni tenía necesidad tampoco de preguntar por el autor de aquel asesinato.

Poco númen se requeria para venir en conocimiento de una y otra cosa.

El capitan Baltasar, á pesar de su fuerte fibra, se estremeció; y, horrorizado de remover por sí sólo el cadáver de la desdichada que tenía delante, no perdió un momento en salir al balcon y reclamar los auxilios de su asistente.

Anton era el buen ángel del capitan Baltasar; Anton era la buena razon, el aplomo, el consejo, la direccion; y Anton obró en aquel caso como obraba invariablemente en cuantos se le ofrecian á su amo.

Listo, precavido y prudente, cuidando ante todo de evitarle el más ligero disgusto ó compromiso, sin perder un segundo, como hemos visto, se llevó á dos de los representantes de la ley al lugar del doble crímen cometido en aquella casa; y, esto hecho, incorporándose los agentes con el capitan y su asistente, penetraron reunidos en la

habitacion mortuoria. Acercáronse al cadáver, levantáronlo del suelo y se cercioraron (á pesar de que no era fácil dudarlo) de que el hálito vital habia por completo cesado en aquella desventurada mujer.

No obstante, al incorporarla, un movimiento, como de sorpresa en los unos, de espanto tal vez en los otros, indicó que algun síntoma ó aspecto descubierto en el cadáver, habia venido á sobrecogerlos.

La pasion que habia imperado en el alma de la malhadada nodriza, destellaba aún todavía por encima de la inmovilidad de la muerte. Rita tenía los ojos abiertos; habia muerto llena de ira y ardiendo en deseos de vengarse; y la feroz pasion que la habia perdido, á pesar de lo cristalizado de las negras pupilas, se trasparentaba en la retina de éstas. ¡Pobre mujer! ¡Tan mal tratada por la suerte, tan gravemente herida en sus más íntimas afecciones, tan severamente castigada, cuando aún no pesaba sobre su alma ni el pensamiento más remoto del crímen!

¡Ah! ¿Por qué cuando la dura muerte, de una manera tan cruel como imprevista, cortó el hilo vital del hombre á quien amaba, y despues el leve

[redacted]

soplo que animó por un breve instante la existencia del tierno vínculo de su amor; por qué, en vez de ofrecer en holocausto de su dolor y sus desgracias el justo sentimiento que no le está vedado á ningun sér humano experimentar, léjos de llorar y sentir, y doblar la cabeza resignada á la voluntad suprema que habia permitido aquello, trocó las flores siemprevivas, la corona de martirio, la cruz de amargas espinas que le habia sido impuesta, en manantial de delitos?

Calló su corazon; hablaron las pasiones; se señorearon de ella... Y ¡ay de aquel que obedece á ciegas el dictámen de tan terribles consejeros!...

Arroyo desbordado, precipítase en el revuelto mar de la vida, para no volver jamás á ocupar su abandonado cauce!

Y así fué con Rita. Faltóle el freno, olvidóse de los mandatos divinos, desentendióse del principio más sagrado de la ley de Dios: la ley del sacrificio.

Dura fué la prueba para ella, inmensa fué su inmerecida desgracia; pero, hubiérase sometido á lo uno y á lo otro, como se sometió nuestro Divino Maestro á la cruz, á los clavos, á las espinas; hubiera tratado de imitar el noble ejemplo de Aquél, y las flores siemprevivas, la corona de

[redacted]

martirio, la cruz de amargas espinas, habrian abogado por ella, y asegurádole la paz del corazon en esta vida, y despues una diadema de gloria inmarcesible en la otra.

Truncó el curso de su destino, y se mató con su propio rencor.

La justicia se encargó del final de aquel acontecimiento; los agentes procedieron á requerir la presencia del juez á quien correspondia actuar en aquel suceso, para que se encargase de formar el sumario del crímen—del doble crímen—que deberia sustanciarse: procedióse igualmente á reconocer y registrar la casa y sus inmediatos lugares para ver de encontrar al asesino, dictáronse las oportunas medidas para perseguir y averiguar el paradero de aquél, en cuyas diligencias, como puede colegirse, fué indispensable emplear una buena porcion de tiempo.

El capitan Baltasar, que quiso ser considerado con Rita hasta el postrer momento, se ocupó entretanto de encomendar la custodia del cadáver á su asistente Anton, y de disponer que, para cuando los trámites de la justicia lo permitiesen, se la enterrase á su costa, sin omitir gasto ni género de atencion.

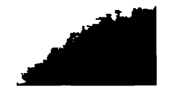
Y estos arreglos, naturalmente, retrasaron, bien á pesar suyo, su comparecimiento en la presencia de mosen Martin. Respondió, sin embargo, á la llamada del cura en los momentos en que, dirigida la operacion por el facultativo, se preparaba la tartana para recibir á la enfermita, y trasladarla á donde quiera que fuese con la posible comodidad; y, como pariente tan inmediato de la niña, habiendo sido consultado por mosen Martin sobre este punto, decidióse de comun acuerdo, que sería lo más oportuno por todos estilos conducirla de una vez á los brazos de su madre.

La multitud, al presenciar la salida de la secuestrada niña de la que habia sido su cárcel, rodeó la tartana; pero la rodeó en silencio, llena de respeto y recogimiento.

Y ¿cómo no, si la multitud es buena, si la humanidad por más que se quiera decir y hacer creer lo contrario, abriga aún no poco de su prístino orígen; y el cuadro que contemplaba no podia ménos que despertar sentimientos punto ménos que sagrados?

¡Cuan bello era el espectáculo!

¡Aquel noble anciano lleno de canas y de arrugas, doblado por efecto de los años, llevando en



sus brazos estrechada contra su amante corazon á la doliente niña! ¡Con qué ternura no la contemplaba, con qué esmero no la tenía asida, con qué atento cuidado no la conducia, y, despues que la sacó del zaguan de la casa, con cuánta precaucion, con cuánta solicitud (ayudado por el facultativo) la colocó en la tartana!

¿Quién no sentia latir el corazon ante la impresion de tan tierna escena?

Todos á una hubieran querido tomar parte en los oficios desempeñados por el buen cura; todos á una hubieran querido acariciar á la niña; pero el respeto y el temor los contenia: la situacion era crítica; el menor abuso, la más leve imprudencia, podia comprometer la existencia salvada de una manera tan milagrosa, y la multitud se contentó con expresar su simpatía por medio del silencio y la inaccion.

No pasó esto inadvertido para mosen Martin.

Cuando ya habian tomado sitio en la tartana, además del médico, el capitan Baltasar, con el perro Leon, que no se habia separado un momento del lado de su amita, y que, al verla colocada en el vehículo, sin esperar el beneplácito de nadie tuvo cuidado de seguirla y situarse en el puesto más inmediato, el apóstol del Señor, el

[redacted]

ungido de Dios bendijo á la concurrencia, y ésta, recompensada plenamente con aquella bendicion, dirigió al cielo los más fervorosos votos, tanto para que la Providencia permitiese el completo restablecimiento de la enfermita, cuanto para que conservase la existencia de aquel tan benémerito sacerdote.

No pocos ojos se arrasaron al arrancar la tartana de aquella casa tan criminal; no escaso número de personas siguieron el rastro de ella hasta que las fuerzas les faltaron para darle alcance, y por no breve espacio de tiempo se refirió en el Grao la historia de aquel secuestro, y de aquel rescate para honra y gloria del ministro del Señor que habia desempeñado el papel principal en tan extraordinario suceso, y (al César lo que es del César) no menos edificacion de la raza canina; siendo indispensable el que consignemos que, no obstante de haberle con justicia cabido en suerte al primero de los referidos personajes la mayor parte del lustre de aquel hecho, no por eso dejó de otorgarsele á nuestro amigo Leon el que de juro le correspondia.

[redacted]

CAPÍTULO IX.

La vida es un teatro en la cual se siguen sin intermision las escenas más variadas y opuestas.

Los actores van y vienen, salen, entran, suben, bajan y se remudan sin cesar. A imitacion de lo que pasa en el teatro del mundo, pasa en el de nuestra historia. Los personajes que figuran en ella obran cual obrarian (nos hacemos esta ilusion) colocados en situacion análoga, los actores verdaderos de ese mundo que el novelista se abroga el derecho de imitar y trasladar al papel, y, como quiera que—ya lo hemos dicho—en el teatro de la vida se siguen sin interrupcion las escenas más variadas y opuestas, el escritor puede tomarse la libertad, sin por ello incurrir en un delito de *lesa sociedad*, de copiar, en cuantos terrenos y sentidos lo juzgue conveniente, el modelo que se propone calcar.

En el mundo real hay casas y lugares que respiran alegria, pureza, bienestar; otras que por el contrario despiden ponzoña, melancolía, tédio; cuyas emanaciones — hablando en un sentido moral — matan; existen igualmente personas, cuyo advenimiento, el eco de cuyas pisadas, el apénas perceptible sonido de cuyos acentos vibran sobre todas las arterias del cuerpo, producen un repique de alegria en las membranas del corazon, cuya presencia vivifica ó refrigera el espíritu, cuya existencia embellece cuanto tiene en torno, que donde quiera que se las encuentra, representan un oásis.

Y esto que en el mundo de la verdad existe; esto que constituye uno de los mayores atractivos de la vida verdadera, que reconcilia al ser mas escéptico con el mundo en que ha dejado de creer, ó en el que no ha creido jamás; estas casas y lugares, y personas, que tanto realce dan al globo que habitamos; que respiran. las primeras, alegria, pureza, bienestar; las segundas, cuyo advenimiento, el eco de cuyas pisadas, el apenas perceptible sonido de cuyos acentos vibran sobre todas las arterias del cuerpo, produciendo un repique de alegria en las membranas del corazon, estas casas, lugares y personas, existen tambien en nuestro reducido mundo imaginario.



El lugar de la residencia de Araceli Garcés, la casa en que vivia y sobre la cual vertia aquella aura de alegría, pureza y bienestar, que sólo las almas buenas, tiernas y amorosas son capaces de verter, esa casa que convertia en un paraiso para su madre, y no ménos para su excelente hermano, nido de amores que habia sido para Ramirito Fenollar, el niño mal querido, que, tan niño como era, habia cifrado la apénas formada poesía de su corazon infantil en la morada de la dulce hermana del administrador de su tio, en la encantadora sonrisa de aquella plácida fisonomía—este es el cuadro que en este momento comparece ante nuestra vista, y con indecible placer, lo confesamos, saludamos su comparecimiento, felices en conceder algun descanso á nuestro espíritu, abrumado bajo el peso de las tan trágicas como dolorosas escenas que acabamos de presenciar.

En el jardin de Araceli Garcés habia un cenador cubierto de jazmines, en el cual, despues que concluia con sus faenas domésticas, y en las horas del sol para guarecerse de sus rayos, tenía ella costumbre de sentarse á coser. Este cenador daba al camino, y precisamente por efecto de esta circunstancia Araceli se situaba en él.



[redacted]

¿Quién hubiera pensado, que Araceli, tan laboriosa, con tanto como tenía á que atender, con la cantidad de costura que quitaba de en medio, hubiera elegido un puesto que tan fácilmente pudiera distraerla de su labor y hacerle perder un tiempo que tan precioso debia serle?

Cualquiera que la hubiera conocido.

Promediaba el trabajo de sus dedos con el de su corazon. Le sobraba lugar para ello, y el cenador le servía de un eficaz conducto. Los pobres del lugar sabian dónde encontrarla; donde, sin testigos, ni ocasionar molestia á nadie, podian depositar la historia de sus necesidades, de sus desgracias, de sus dolores y de sus alegrías tambien; y á Araceli le parecia el trabajo de sus dedos doblemente ameno, entretanto que al compás de sus puntadas respondian los latidos de su corazon.

Bien es verdad, que el tierno y amoroso corazon que ocupaba un lugar tan ámplio en el hermoso pecho de aquella bienaventurada mujer, tomaba parte, y no pequeña, con sus activas é incansables manos en la labor á que generalmente se dedicaba. Y ¿cómo no, si constituia esta labor la confeccion ó arreglo de las ropas de su madre y de su hermano; aquellos talles de avispa que le placia ostentar á doña Esperanza; aquellas pren-

[redacted]

das de vestir cuyo corte original no pertenecia á época ni moda alguna conocida, que unas veces ceñian el cuerpo de Jorge como la faja á un recien-nacido, y otras le colgaban como zarandajas?

Pero, ¿qué importaba esto, si á Jorge le parecia que no habia nadie en el mundo que sobrepujara á Araceli en cuantos oficios desempeñaba, y Araceli abrigaba la íntima conviccion de que no habia otro hombre que fuese mejor vestido que su hermano?

La verdadera felicidad consiste en hallarse cada cual contento con lo que tiene...

Numerosa fué la clientela que aquel dia acudió al enrejado del cenador; y hacía ya cerca de dos horas que la *Sibila* de aquel *Delfos* se hallaba en pleno ejercicio de sus funciones, dispensando consejo, consuelo, atencion, simpatía, y hasta donde se lo permitian sus facultades, socorros materiales, cuando fué su tarea inturrumpida por el siguiente suceso.

Una tartana, tirada por un caballo jadeante de cansancio, y conducida por un carruajero, al parecer, no ménos cansado que aquél—los tres, conductor, caballo y vehículo, cubiertos de polvo,

cual si hubiesen efectuado un viaje largo y penoso—se detuvo delante del jardin.

Este incidente nada tenía de particular, ni envolvia, como puede presumirse, motivo fundado para excitar impresion alguna de importancia en Araceli.

No vivia tan separada del trato que no estuviese acostumbrada á recibir las visitas de amigos y conocidos establecidos en aquella comarca ó en las inmediatas.

Llamóle, sí, la atencion y despertó su interés y curiosidad la vista inesperada, el carácter de la persona que se apeó del vehículo, y, á tal punto fué esto, que al dibujarse la sombra de la figura de aquél en el cenador, suspendió *incontinenti* su trabajo.

Era un sacerdote el recien llegado, cuya raida sotana de color dè ala de mosca; cuyos enormes zapatos, sobre todo; cuyo descomunal sombrero de teja, semejante á un navío de tres puentes, balanceándosele sobre la cabeza, bordeada ésta por un fleco, al parecer, de hililló de plata, y coronando el rostro más radiante, con inteligencia y benevolencia, á la vez, que podia verse en un sér humano, nos revelan en seguida su nombre.

[redacted]

Mosen Martin, al apearse de la tartana, pagó al tartanero con largueza, á juzgar por la sonrisa especial con que fueron recibidas las monedas que colocó en la palma de la mano del auriga; y, ántes de pisar el umbral de la casa, á cuya puerta se detuvo, despidiendo el vehículo, aumentó con esta accion el efecto que su desconocida presencia no habia podido ménos de producir en la hermana del administrador.

Sacudióse despues el polvo que le cubria desde la cabeza hasta los piés, y hecho esto penetró en el jardin.

Araceli, que habia abandonado el cenador, se dirigió á su encuentro.

Mosen Martin la saludó cortesmente y al punto manifestó el objeto de su visita.

—Busco al Sr. D. Jorge Garcés, ó á su señora hermana, dijo *incontinenti;* y vengo á hablarles de la señora baronesa de Fenollar. Mi mision es la que mi traje indica: de paz y misericordia. Pero vengo tambien á suplicarles que me dispensen los auxilios que necesito.

—Soy Araceli Garcés, amiga que fué de Benilda, baronesa de Fenollar, replicó Araceli, y me tiene V. por completo á su disposicion para lo que guste decirme. Si el asunto que ha de ocupar-

nos urge, añadió Araceli, vislumbrando el prolongado talle de doña Esperanza en la ventana de su salita de recibo, y no tiene V. inconveniente en que hablemos al aire libre, con el cielo por techado...

—Nada podia serme más agradable, contestó mosen Martin. El tiempo es precioso; y además lo que tengo que comunicar á V. se puede resumir en brevísimas palabras, suponiendo, como debo suponer, que se halla V. enterada de las circunstancias especiales que han existido hasta aquí entre el baron de Fenollar y su esposa.

Araceli, sin más preámbulos, condujo á su visita al cenador.

Harto adivinado está lo que el buen cura de Nazaret trasmitió á la amiga que habia sido de Benilda—á la que, no obstante lo desfavorable de las apariencias, y á pesar de los fundados raciocinios de su hermano Jorge, y de cuantos motivos habian concurrido para condenarla, habia Araceli siempre amado y defendido, y á la que, como se lo habia expresado en la carta que le dirigió recomendándole á su sobrino Ramirito, habia conservado sagrada en su memoria y en su corazon.

[redacted]

Araceli escuchó la triste relacion entre lágrimas y suspiros; y cuando, despues de haberse impuesto de los primeros detalles de aquella funesta historia, se informó de los postreros, del secuestro de la niña, del estado en que habia ésta sido hallada, y, por último, del trágico fin de la desdichada Rita, rompió en lastimosísimos sollozos.

Mosen Martin le habló despues—cuando la vió un poco más serena—del objeto que le habia conducido á su presencia y á la de su hermano, y encontró en el corazon tan simpático y lleno de abnegacion de aquella dulce mujer, el más sonoro eco á los deseos que le animaban.

—La hora de la misericordia ha llegado al fin, exclamó el noble anciano, resumiendo la sustancia de sus anteriores discursos; y todos, señora, nos hallamos obligados á contribuir con nuestro óbolo. Ya se lo he dicho á V.: mi propósito es ver al señor baron de Fenollar, para entregarle la carta de su esposa; para trabajar en pró de la reconciliacion de los esposos; y, á fin de conseguirlo, me he tomado la libertad de dirigirme á Vds., bien para que me indiquen el modo que puede favorecer más mi objeto, bien para que su hermano de V. me anuncie, si lo considera oportuno, ó me aconseje, con mayor conocimiento de las condiciones de

[redacted]

carácter del señor baron, lo que juzgue mas acertado. Advierto á V., sin embargo, que no pienso cejar en mi intento; que tanto los deberes de mi sagrado ministerio, cuanto la promesa que he hecho á la señora baronesa, me obligan á llevar mi propósito á cabo á todo trance; y, aunque como está bien á la vista, añadió indicando su persona, soy ya un carcamal, moriré, si es preciso, en el servicio de Dios y de mis hermanos; pero no abandonaré ni lo uno ni lo otro miéntras conserve un adarme de mis fuerzas.

—Estará V. rendido del viaje, insinuó Araceli llena de interés y benevolencia; tendrá V. necesidad de descansar, y, ántes que nada, quisiera que reposase V. un rato, y tomase algun refrigerio.

—Dos dias traigo de camino, replicó Marta. Tres hace con el de hoy que recobré á mi perdida ahijadita; y, como ya he manifestado á V., no abrigo otra ánsia que la de volver cuanto ántes á su lado. Así es que ignoro si estoy ó no cansado. Ademas, señora, añadió aquel hombre tan inteligente, tan firme, tan entendido, tan hábil, y á la vez tan sencillo, franco y candoroso como una criatura, expresándose con la mayor naturalidad; he viajado con la comodidad de un príncipe. ¡Me ha llovido dinero! La señora baronesa y e

[redacted]

capitan Baltasar me han entregado entre los dos un caudal para mis gastos. Yo hubiera venido de todas maneras; así hubiera tenido que caminar á pié, ó á expensas de la benevolencia ó la caridad. En vez de esto, he efectuado mi viaje, en donde quiera que la he encontrado, en diligencia; y cuando no, en tartana, pagada á peso de oro, para aumentar su celeridad. ¿Puedo quejarme? ¿Me asiste el derecho de declararme cansado? Bajo ningun concepto.

—Pero siquiera un corto refrigerio, insistió Araceli.

—Ni eso siquiera. Despues que llegamos con la niña á casa de su madre, prosiguió diciendo mosen Martin, que, como puede V. presumir, se volvió loca de alegría, y de dolor tambien; de alegría, al recobrar á su adorada hija; y de dolor, al ver el estado en que se la encontraba; despues que la metimos en la cama—en la de su madre—y que ésta la auxilió como sólo una madre sabe auxiliar, y cuidar, y acariciar, y que nada dejó por hacer el facultativo que nos habia acompañado, mandamos llamar á Teresina, mi casera, que, como ya le he dicho á V., es la segunda madre de nuestra María. Y aquí del refrigerio. Teresina me preparó una cesta con provisiones tan delicadas y abundantes,

que, á no haberlas compartido con mis compañeros de viaje, todavía me hubieran sobrado para el viaje de vuelta. ¡Pobre Teresina! ¡Cuán afligida la dejé, sentada con la señora baronesa al lado de la cama de nuestra niña! ¡No dejé al perro Leon ménos triste! Y esta consideracion, el recuerdo de las lágrimas de la una y de los tristes aullidos del otro, que no se separa un momento de su querida amita, y que no cesa de aullar—pero muy quedito—y de lamerle la cara y las manos, me contrista sobremanera. ¡Paréceme cual si, lo mismo la cariñosa Teresina que el leal perro, abrigasen ménos confianza que la baronesa en las halagüeñas esperanzas ofrecidas por el facultativo!... A pesar de esta triste reflexion, emprendí mi viaje bajo la influencia de las mismas impresiones que dominan á la señora baronesa. Durante el curso de la noche habia dado la niña señales marcadas de sensibilidad. Dejéla yo en la mañana que siguió á esa noche, en que la devolví á su desolada madre, no sólo completamente sensible á los dolores que experimentaba y á la impresion de los remedios facultativos, sino con notable propension á dormitar. Esto promete. ¿No es verdad, señora?... Las mujeres todas entienden un poco de medicina, y confio en que será V. de mi misma opinion. ¡Oh!

[redacted]

Cuando su padre la conozca, cuando el baron de Fenollar contemple el hermoso querubin que el Señor le ha concedido para cicatrizar las heridas de su vida, bendecirá mil veces la hora de su reconciliacion conyugal... Pero pierdo el tiempo, señora, exclamó mosen Martin, interrumpiendo su discurso: urge que cuanto ántes le vea, que, cuanto más pronto pueda ser, consiga el objeto que me he propuesto; y quisiera que me dijera V. dónde podré ver á su hermano de V., ó si, sin necesidad de molestarlo, me sería otorgado penetrar en la presencia del señor baron.

Araceli se franqueó con su nuevo conocido. La mansion de Gaspar Fenollar era impenetrable, y era indispensable la influencia de Garcés para conseguir franquearla. Aun valiéndose de este medio, no confiaba la hermana del administrador en el fácil logro del objeto del cura de Nazaret. Comprometióse, no obstante, á influir lo más eficazmente posible sobre el oprimido espíritu de su hermano, que por efecto de la dura ley de la necesidad, se hallaba tan supeditado al despotismo y arbitrariedad del señor á quien servia; y mosen Martin, que, además de lo bien preparado que estaba á favor de las dulces y relevantes condicio-

[redacted]

nes de carácter de Araceli, habia cedido, como cedian cuantas personas se acercaban á ella, al irresistible prestigio de su encantadora sonrisa y seductoras maneras, descansó, y se conformó á esperar el beneplácito y la cooperacion de Jorge, confiando plenamente en las promesas de su tan simpática hermana.

Conocido que fué el móvil de la visita del emisario, ó mejor dicho, voluntario embajador de Benilda á su marido, y, correspondiendo mosen Martin á las instancias de Araceli, aceptó la hospitalidad que ésta le ofrecia.

Doña Esperanza, que como nadie, celebraba el trato social, al presentarle su hija á mosen Martin como un señor que buscaba á su hermano Jorge, hizo á aquél el más cortés recibimiento. Anonadóle á fuerza de ofrecimientos cordiales y materiales; hubiera querido que participase de cuanto tenía en su casa, y, por lo pronto, nada le dejó que desear.

El noble anciano por su parte, juzgó á doña Esperanza como una señora extremadamente hospitalaria, y casi tan agradable como su hija.

A poco rato, sin embargo, varió de opinion, especialmente respecto de la última circunstancia.

Doña Esperanza no tardó en presentarse con sus verdaderos colores.

Tanto cuanto habia colmado á su nuevo conocido de ofertas y protestas tan expresivas como generosas, lo abrumó despues con un diluvio de preguntas y observaciones, tan inoportunas como innecesarias.

Preguntóle cómo se llamaba (esto pase), de dónde era, y la edad que contaba, si tenía todavía padre y madre, y si ésta le habia criado, como ella habia hecho con sus hijos.

—Porque ese, exclamó con el tono magistral que usualmente empleaba, es el deber de todas las madres, y la madre que no lo desempeña, es una egoista consumada.

—Señora, interpuso mosen Martin, hay casos en la vida, hay excepciones...

—En los grandes personajes, ó en los que la echan de tales, interrumpió doña Esperanza con marcada intencion en sus palabras. Verbi gracia, continuó diciendo y señalando á la mansion solariega, que se distinguia en lontananza desde la ventana de su salita de recibo. Si la baronesa actual hubiese tenido hijos, de seguro se hubiera desdeñado de criarlos. No hubiera obrado así mi hija, ¿no es verdad, Araceli?... ¡Hija de mi alma! ¡que

tanto lustre hubiera dado á la tal familia!... porque, sí, señor, bueno es que lo sepa V. y que lo sepa el mundo entero, que mi hija, y nadie más que mi hija, deberia ser la baronesa de Fenollar.

Araceli se puso carmesí.

Doña Esperanza continuó impertérrita dilucidando su tema predilecto.

—Y, si mi hija hubiera sido, como debiera ser, la dueña y señora de esa casa, á no dudarlo, no estaria la casa en el dia como está: manchada, deshonrada, y sin heredero directo; porque, si el antiguo baron de Fenollar hubiese hecho las cosas en regla, y hubiera elegido para sucederle (como es permitido hacer en esa familia) en vez de al hijo mayor al menor, que era el que deberia haberse casado con mi Araceli, Ramirito sería su hijo; el hijo de mi hija, nieto de ésta servidora de V., y nada de lo que ha pasado habria sucedido. ¿Me entiende V.?

Mosen Martin, por no aumentar la confusion de Araceli, que era imposible se le ocultase, á pesar de haberse quedado en una absoluta ignorancia acerca del verdadero sentido de las palabras que le habian sido dirigidas, contestó afirmativamente.

Y muy satisfecha doña Esperanza con la fácil comprension, y, á su juicio, perfecta aquiescencia de su visita á las complicadas imágenes que le habia presentado, se creció de tal suerte, que no volvió á cerrar el pico, explanando el asunto que, por lo general, formaba la base de sus conversaciones.

Araceli, entre tanto, se esforzaba en balde por dar otro giro al diálogo.

Doña Esperanza, erguida en su cátedra sobre la silla de alto respaldo—tan erguida como ésta—proseguia denodadamente su peroracion.

En las luchas oratorias establecidas por aquella buena señora, pertenecíanle casi siempre las palmas y los laureles...

Así sucede con frecuencia en la sociedad... que el buen sentido, el recto juicio, la prudencia, la templanza y la moderacion suelen ser oscurecidos por el descoco y la palabrería.

Antes de presentarse Jorge, que, segun tenía de costumbre, cuando no se quedaba á comer con el baron, acudia puntualmente á su casa media hora ántes de la prefijada para la comida de la familia, tuvo tiempo doña Esperanza de marear por completo al oyente tan sufrido que le habia deparado su buena estrella.

Felizmente, con la llegada del administrador terminó aquel ejercicio de descompuesta locuacidad por una parte, de tan inusitada paciencia por la otra; y, apresurándose Araceli á presentar á mosen Martin á su hermano, consiguió aquél verse libre de la larga tirada que habia tenido la condescendencia de escuchar con la resignacion de un mártir.

—Este señor, exclamó Araceli, tiene que hablar á solas contigo... Mamá y yo nos retiraremos.

Doña Esperanza ardia en curiosidad por enterarse del objeto que habia llevado á mosen Martin á buscar la presencia de su hijo; pero, como Jorge, al oir la indicacion de su hermana, dió un afectuoso beso á la autora de sus dias, y como quien no hace más que cumplir con las prescripciones de la galantería, la condujo á la puerta de la salita, no dió á la pobre señora ni siquiera lugar para manifestarla.

La triste historia de las desavenencias conyugales de los barones de Fenollar, con los trágicos resultados que habian tenido lugar, produjo en el administrador el mismo sensible efecto que en su hermana; y, si bien Jorge no rompió en sollozos ni

[redacted]

inundó su rostro un raudal de lágrimas de compasion y simpatía, la nube oculta detrás de sus gafas que le empañó la vista, de sobra indicó lo que aquella desconsolada narracion lo habia conmovido.

Al propio tiempo que conferenciaban Jorge y su nuevo conocido, se ocupaba Araceli en comunicar á su madre el objeto de aquella conferencia.

El suceso pertenecia ya al dominio del público; y, como imprescindiblemente, más tarde ó más temprano, habia de llegar á conocimiento de doña Esperanza, juzgó Araceli que nadie mejor que ella podia ajustar el relato á la obtusa inteligencia de su progenitora.

En todos los casos de la vida, é indefectiblemente bajo todo género de circunstancias, del mismo modo que ajustaba á su querida madre los trajes y demás prendas de vestir, cuidaba Araceli de ajustarle las ideas, las imágenes y los hechos, segun calculaba que podian tener más ó ménos cabida en aquella estrecha capacidad.

¡Pobre Araceli! ¡Y con qué exceso de cariño, con qué exquisita delicadeza de sentimientos practicaba estos amorosos oficios!...

El corazon no está reñido con el juicio: el corazon está por encima de él. Es el amor propio, es el orgullo, es la vanidad... son ellos, los tres enemigos principales de la humanidad, los tres falsos consejeros del hombre — reunidos ó separados — los que ahogan esa voz y predominan sobre ella.

El juicio ve, conoce, mide y distribuye; apela al corazon, ó mejor expresado, el corazon acude en su auxilio, y el corazon á todo sabe hacer frente; subyuga las pasiones á su ministerio... Y en verdad, no nos cansaremos de repetirlo, la criatura que, como Araceli Garcés, sabía ser la madre de su propia madre—porque el amor perfecto, el amor intenso y de abnegacion, es siempre un amor maternal—que lo era igualmente de su hermano, que lo era asimismo de cuantas personas se le acercaban ¿necesitaba ser madre de hecho, para representar como nadie ese tan sublime carácter?...

La mujer soltera está atrozmente calumniada.

La «moza vieja» que porque ha sido desdichada en sus amores, ó porque ha dejado de experimentarlos, se desentiende de las impresiones y afecciones de esa juventud de la cual se halla ya alejada, y que, por olvido de su pasado, ó por despecho, se manifiesta enemiga declarada de la poesía del alma, cuyo aroma ha dejado de percibir; la

[redacted]

que, en resúmen, se absorbe en sí misma y aleja sus simpatías del terreno que ha dejado de pisar, esa mujer es de hecho una «moza vieja» con todos los atributos que se le suponen.

Pero la mujer soltera, la mujer que permanece soltera porque amó mal, equivocadamente, ó porque en la época de su flor no halló un corazon en perfecta consonancia con el suyo; la que á pesar de no haber cumplido—tal vez por abrigar demasiada fe en su corazon, ó por permanecer harto leal á un sentimiento ó á un recuerdo—con la ley de la naturaleza; la que no se desentiende de las impresiones y afecciones que un tiempo la dominaron, que abriga todavía las más puras esencias de la savia mejor del alma; la que vive consagrada á simpatizar con los demás; la que desprendida de sí misma no piensa, ni obra, sino para practicar el bien, para desempeñar la más sublime de las misiones; la de la abnegacion... ¡oh! esa mujer no es una «moza vieja», tal cual la sociedad tiene la ligereza de calificarla, y de juzgar que lo son la mayoría de las mujeres que permanecen solteras. Es, por el contrario, ángel tutelar de las familias y de la sociedad. Sin vínculos ni obligaciones propias que la liguen desempeña los deberes que aquéllas deberian imponerles, con doble

[redacted]

mérito que las demás, puesto que los cumple sin compensacion, sin otra recompensa por lo general que la hallada en su propia conciencia.

Y ¿quién como nuestra Araceli representaba mejor ese tipo de la mujer soltera que hemos tratado de bosquejar?

Miradla en este instante y admirad con nosotros la fruicion con que trabaja en el servicio de la causa de aquellos seres que tan desgraciados han sido por efecto de la falta de inteligencia establecida entre ellos...

Hase entendido con su madre, y sacado el posible partido de aquella bendita señora; despues ha buscado la presencia de Jorge, y aquí, otra vez instalada en su salita de recibo, evoca nuestra pluma su sombra bienhechora. Conoce como nadie a fondo el carácter de Jorge, y sabe lo que Jorge teme y acata á su severo principal. Sabe mejor que nadie tambien que el motivo primordial de ese temor y acatamiento, proceden del amor que su hermano les profesa a ella y á su madre.

A Jorge le horroriza la idea de que esa madre y esa hermana puedan carecer en lo más leve de la feliz medianía de que invariablemente han disfrutado.

[redacted]

Y, si Araceli trabaja á favor de la causa de aquéllos en pró de cuyo servicio se halla embarcado con tan decidido propósito el cura de Nazaret, es porque Araceli se propone derrocar el baluarte más inexpugnable que existe en el corazon de su hermano.

Mosen Martin desea la cooperacion del administrador, le suplica que se la conceda; Jorge está tan habituado á temer al baron, y conoce tan íntimamente las circunstancias de su vida—de la vida que ha llevado desde que se separó de su esposa, y el ódio que aparentemente profesa á cuantos seres, objetos ó asociaciones se ligan con la memoria de la baronesa—que, contra la misma sensibilidad y simpatía que ha despertado en su pecho la narracion de los hechos referidos por mosen Martin, opone la más decidida resistencia á prestar los auxilios que se le demandan. Es una jugada arriesgada, del éxito de la cual depende el porvenir de sus queridas madre y hermana, y Jorge las amà demasiado para correr tan peligroso albur.

Si estuviese el capitan Baltasar á la mano, si el bravo capitan de caballería, no obstante lo que él tambien respeta al adusto baron de Fenollar, coadyuvase para el logro del propuesto fin, Jorge contribuiria con su influjo. ¡Pero, él solo hacer

frente al orgulloso señor!... Jorge se interesaba profundamente por el resultado de aquel tan gran negocio; pero Jorge carecia de valor para arrostrar las consecuencias de introducir á mosen Martin en la presencia de su señor.

En balde le instaba mosen Martin, y oponia contra los argumentos del administrador otras razones en sentido contrario no ménos valederas. Jorge permaneció inflexible.

Se quitaba y se ponia las gafas, y manifestaba tanto pesar en rehusar, como temor de acceder á la cooperacion que se le pedia.

Al mismo tiempo sabia que sin sus auxilios seria materialmente imposible que el embajador de Benilda penetrase en la presencia del marido de ésta. El hijo del Sol, el mikado del Japon, no era más inaccesible que el baron de Fenollar.

Araceli decidió la cuestion.

¿Qué valia su posicion y la de su madre, pesada en la balanza de aquel caso de conciencia, de aquella felicidad que podia aún rescatarse, de la honra de un ángel, de la redencion de una infeliz extraviada?

Araceli excusó el dar á Benilda otro nombre. Hallábase ella dispuesta á sacrificar cuanto hubiese

que sacrificar ante la consideracion de deberes tan sagrados. No temiera Jorge que ella habia de flaquear ni dolerse jamás de los resultados que la intervencion de Jorge pudiese producir. Le ayudaria, ella á él á trabajar; y trabajaria con tanta fe y constancia, que Dios no la desampararia: sabía bien su hermano cuán hábilmente ejecutaba toda clase de labores. ¿Quién, en toda la comarca se presentaba mejor vestido que él? ¿quién más primorosamente que doña Esperanza? Y en vista de estos modelos ¿cómo habia de faltarle á ella clientela?

Absorberia la de la provincia.

¡Pobre Araceli! Harto lo sabemos que no descollabas por el corte de tus tijeras!... Pero tu intencion era tan noble, que se te puede dispensar el amor propio que te cegaba.

Y la nobleza de esa intencion acabó por desarmar á Jorge.

El cura de Nazaret comió con sus nuevos conocidos, y despues, á la hora que juzgó Jorge oportuna, se dirigió en la compañía de éste á buscar la presencia del baron de Fenollar.

[redacted]

CAPÍTULO X.

Mucho tiempo hace que hemos perdido de vista al jefe de la mansion solariega, dentro de cuyo recinto habia éste inmolado hasta los recuerdos de la dicha de que por tan breve período disfrutara, y en el interior de la cual no habia ocurrido la menor alteracion desde la última vez que la vimos.

Gaspar Fenollar habia seguido viviendo, si aquello podia llamarse vivir, la existencia exclusivamente material, seca, árida y desabrida, que el jefe de aquella familia de Fenollar se habia impuesto, á la que su despecho le inducia, rabiando y trabajando sin objeto, ni esperanza, ni otro móvil que el de desahogar la violencia de su arrebatado carácter.

¡Ay! Si Gaspar no nos fuese conocido, si igno-

rásemos las causas que dieron lugar á los crímenes de Benilda, si no le exigiéramos á él la responsabilidad, lo mismo de aquellos crímenes que de cuantos delitos, errores y desgracias les siguieron, ¡al fijarnos en la existencia de Gaspar, cuánto le compadeceríamos!

Gaspar tenía un gran talento, y tan vasto como cultivado: en la época en que estudiaba, habíase distinguido señaladamente en las aulas. Pero el talento por sí sólo, cuando no le acompañan otras dotes más esenciales todavía, en vez de constituir un bien, puede trocarse en lo contrario. Y éste fué el caso con Gaspar.

Carecia de corazon: no amaba, no propendia á amar: era un hombre de pasiones, que vivia sólo del cerebro; y, sordo á la voz de la sensibilidad, á esos acentos bienhechores cuando se los conoce y se los atiende, desconoció por completo, como ya hemos dicho en otro lugar, la ley del sacrificio.

El corazon es la balanza de la vida, es el equilibrio verdadero de la humanidad; y el que desconoce su influencia ó se desentiende de sus clamores, ni puede ser dichoso ni labrar la dicha de los demás.

Engreido consigo mismo, regido por el orgullo y el amor propio, amó Gaspar á Benilda con la

[redacted]

pasion, no con la sensibilidad, cual lo llegó ella á amar á él; la amó mucho en el sentido en que comunmente se emplea esta voz, pero sin vivir de ella, por ella, ni para ella. No trató ni de estudiarla ni de conocerla, ni aun siquiera de hacerla feliz. Él lo era, entregado á la pasion que ella le inspiraba. ¿Qué le importaba lo demás?

El orgullo y el amor propio no le deben nada á nadie.

Benilda le ofendió. Gaspar no descendió á averiguar el verdadero orígen de esas ofensas.

El orgulloso esposo era impecable.

Contra él no podia jamás dirigirse cargo alguno.

Demandó estrecha y exclusiva cuenta á la compañera que sus propias imperfecciones é irregularidades de carácter habian precipitado de error en error, hasta conducirla al crímen; y, sordo á todo raciocinio y argumento, á cuanto pudo ésta alegar en atenuacion áun de su mismo delito (del homicidio, punto ménos, que habia cometido) la condenó sin apelacion ni piedad.

Despues, satisfecho de su severa justicia, ardiendo en ira y rebosando hiel, se consagró á lamentar su desgracia, sin pensar, ni por un segundo, en la de Benilda.

[redacted]

Así habia vivido hacía seis años cumplidos.

Mosen Martin tenía que luchar contra grandes dificultades.

Al iniciarle Jorge en su tránsito desde la casa de éste á la mansion solariega, y con toda extension en las condiciones de carácter del baron de Fenollar y en las circunstancias de su vida, lo comprendió así el esforzado cura de Nazaret.

No desmayó, sin embargo.

Léjos de eso, á medida que el momento decisivo se acercaba, iba mosen Martin adquiriendo creciente resolucion y valor, que llegó á su colmo (causando no poca extrañeza á Jorge, tan supeditado como se habia hallado hasta aquel momento á la tiranía y arbitrariedad de su señor) cuando, llegados que fueron al punto á que se dirigian, penetraron en la tétrica morada cuyos complicados, oscuros é interminables pasillos cruzara el niño Ramirito, henchido su infantil pensamiento de imágenes tan medrosas como indefinibles.

Jorge, se podia decir que iba temblando: habia perdido el hábito (ó mejor dicho, no lo habia conocido jamás) de la independencia, y se asustaba de sí mismo, del desacato que se proponia cometer.

[redacted]

Mosen Martin, por el contrario, sereno y valiente como un intrépido guerrero, marchaba con la firmeza que le permitian sus ya tan caducas piernas; pero sin que nada en él demostrara otra cosa que lo que su tranquilo y resuelto continente indicaban.

Su presencia sorprendió á la servidumbre de la mansion solariega.

El baron no acostumbraba á recibir visitas de la clase á que pertenecia aquel humilde sacerdote; bien es verdad que no las recibia de nadie.

Item más: el administrador, que daba la clave en aquella casa para lo que deberia practicarse, que conocia tan perfectamente los gustos y tendencias del baron, que halagaba y acataba sus disposiciones con la más rendida sumision, despertó no poco asombro tambien con presentarse bajo el carácter de introductor ó acompañante de aquel desconocido personaje.

Jorge se dirigió á las habitaciones forradas de damasco carmesí.

Esto nada tenía de particular, puesto que Jorge pasaba la mayor parte de las noches en aquellas estancias.

Lo original fué lo siguiente: que, no obstante

de haber suplicado Jorge á su patrocinado que le permitiese anunciarle y esperase, para penetrar en el santuario del baron de Fenollar, el beneplácito de éste, mosen Martin se negó á ello; y Jorge, arrollado materialmente por la voluntad tan decidida del cura, no tuvo más remedio que ceder.

Mosen Martin, pues, adherido por completo al administrador, le siguió los pasos hasta llegar á la misma puerta del gabinete en que pasaba el baron las veladas, la habitacion en que le vimos la noche que decidió de la suerte de Ramirito; y aquí únicamente, accediendo á separarse unos cuantos pasos de su introductor, esperó pegado á la mampara por la cual se introdujo Jorge en la estancia, la oportunidad del momento para presentarse delante del baron.

Entre tanto, prestaba oido atento á lo que pudiera decirse en el interior del gabinete.

—Mucho has tardado, fué el saludo que dirigió Gaspar al administrador.

—He estado ocupándome de V., replicó Jorge excusándose, y al propio tiempo aprovechándose de aquella coyuntura para entrar de una vez en materia.

—¡De mí! exclamó el baron.

[redacted]

—Una persona ha venido á buscarme para manifestarme el más decidido empeño por verse con V.

—Y lo habrás mandado á paseo. Yo no necesito ver á nadie, respondió Gaspar con la altanería y el desagrado que le eran habituales. Será algun majadero impertinente, que pedirá proteccion ó dinero. Para esos estás tú: para entenderte con esa clase de gente.

—La persona que me buscaba, nada tenía, nada tiene de comun con ese género de personas. Por el contrario, ni necesita, ni pide, ni quiere más que verse con V., y lo solicita con tan fervorosas instancias, y á mi modo de ver... dispénseme V. que le hable con esta franqueza—dijo Jorge, aguijoneándole el recuerdo de Araceli y el de la promesa que le habia hecho de no desmayar en el desempeño de la mision de que se habia encargado—con tan fundada razon, que he juzgado... he creido... indispensable, añadió Jorge, anudándosele la garganta con el inaudito esfuerzo de expresarse de esta suerte al dirigirse á su principal, el acceder á su demanda.

—¡Acceder!

Este vocablo sonó casi como una detonacion en los oidos de mosen Martin.

—Era... es... un caso de conciencia, insistió el pobre Jorge, sacando fuerzas de flaqueza.

—¿De mi conciencia, ó de la tuya? inquirió el baron con sarcasmo.

Jorge se disponia á contestar: no sabía qué, ni cómo, ni de qué modo: no sabía más sino que iba á emplear un esfuerzo supremo para salir de una vez de la embarazosa situacion en que le habia colocado el generoso corazon de su hermana, cuando le detuvo en su intento el eco de unos acentos, que le causaron tanto asombro como temor.

—De la conciencia de V., señor baron, dijeron estos acentos.

El baron de Fenollar se incorporó, y miró, con no ménos sorpresa que enojo, á la persona que, de una manera tan inesperada como repentina, habia osado dirigirle aquellas frases.

Su primer impulso fué arrojarse sobre el intruso que con tan inaudita audacia habia comparecido delante de él, y á la vez, comprendiendo que aquella instrusion deberia dimanar de los manejos ó falta de manejo de su administrador, simultáneamente le dominó el deseo de embestir contra éste.

[redacted]

A haber tenido un arma ofensiva á la mano, es más que probable que Gaspar Fenollar hubiera disparado un tiro, ó asestado un golpe.

Sin embargo, casi instantáneamente reconoció una parte de su error.

El atrevimiento era grande de todas maneras, y la responsabilidad que pesaba sobre Jorge no podia, ni debia quedar impune.

Pero emplear argumentos belicosos contra la persona de quien aquellos acentos habian procedido, hubiera sido la accion de un loco ó de un mentecato, y Gaspar no era ni lo uno, ni lo otro.

Aquel anciano sacerdote, que parecia haberse desprendido de alguno de los vetustos cuadros que cubrian las paredes del gabinete, aquel viejo encorvado por el peso de los años, con aquella fisonomía tan radiante de benevolencia é inteligencia, vestido con tanta pobreza, era incapaz de despertar, no digamos, como ya hemos dicho, sentimientos belicosos, pero ni siquiera hostiles. Lo que á Gaspar le pareció por unos cuantos momentos, fué que era presa de una ilusion de fantasmagoría.

Mosen Martin se aprovechó de aquella impresion, y de aquellas favorables treguas; y, con la

serenidad que jamás perdia, acercándose lentamente al sitio en que se hallaba el baron, erguido á toda su notable altura, sin sentirse en lo más mínimo cohibido por el siempre altanero continente y la severa mirada del airado personaje, de esta suerte se expresó:

—Un deber sagrado me conduce á la presencia del señor baron de Fenollar; y, puesto que logro el ansiado deseo de encontrarme cara á cara con él, el señor de Garcés tendrá la bondad de permitirnos que nos entendamos á solas.

Jorge no volvia en sí del asombro que le habia causado, tanto la inesperada aparicion del cura de Nazaret, cuanto la aparente fascinacion que su noble figura parecia haber ejercido sobre el ánimo de su temido principal; y, como nada le podia venir más á gusto que huir de la presencia de éste en unos momentos que no desconocia habian de ser de verdadera prueba, pidiendo ántes el beneplácito del baron, que no se lo negó, cumplió *incontinenti* con la indicacion de mosen Martin.

Quedaron, pues, solos el baron y el embajador de Benilda.

Gaspar no era amable: no era, sin embargo, descortés, y ofreció á su visita un asiento en frente

[redacted]

del que él comunmente se apropiaba: mosen Martin lo aceptó con el mayor placer.

El pobre viejo, á pesar de no haberse ocupado en averiguarlo, estaba cansado, rendido completamente.

Colocó su navío de tres puentes, que con toda política habia conservado hasta aquel momento asido entre sus manos, de punta sobre el suelo; y viendo que Gaspar no cesaba de contemplarle y estudiarle, pero que á la vez, sin duda perdido en conjeturas para adivinar el objeto de aquella extraña visita, no se acordaba de invitarle para que se lo manifestase, entabló *motu proprio* la conversacion.

Empezó por disculpar la manera tan brusca que habia empleado para introducirse en la presencia del baron: como hombre, no tenía costumbre de ejercer aquellos medios: conocia harto bien el humilde lugar que le correspondia ocupar en la esfera social: además como miembro, por ínfimo que fuese, de la sociedad, sabía el deber en que estaba de respetar y acatar, desde las primeras hasta las últimas consideraciones mundanas, en tanto cuanto no irrogasen menoscabo al sagrado ministerio que desempeñaba: por sí y para sí le hubiera sido imposible llegar hasta la presencia del baron

de Fenollar; pero, como apóstol del Evangelio, como ministro del Señor, soldado de la cruz de la caridad, cumplia con su deber á toda costa y por encima de toda clase de consideraciones.

Despues de esta especie de exordio, pasó á decir á su oyente quién era, y cuál su nombre; y, orillado este punto, siguió hablando de la siguiente manera:

—Actualmente soy vecino de Nazaret. Debo, sin embargo, advertir á V., para la ilacion de una historia que necesito referirle, que, hará cosa de cinco ó seis años, era yo cura párroco del pueblo de R... y tenía ya hacía algun tiempo á mi servicio... Se reirá V. de estas particularidades, prorumpió mosen Martin, interrumpiendo su apenas principiada narracion; pero son indispensables... Tenía, pues, á mi servicio, como iba diciendo, á una honrada labradora, viuda sin hijos, que había sido en su juventud niñera de una señora de alta jerarquía.

Gaspar frunció las cejas al oir esto: empezó á columbrar una sombra de lo que deberia seguir á aquella introduccion; susurróle su alarmado instinto el nombre de su repudiada esposa; y, arrellanándose sobre la poltrona que ocupaba, se puso en guardia y á la ofensiva.

[redacted]

—En esa época á que me refiero, habia continuado diciendo el cura de Nazaret, la mujer esa (mi casera) fué requerida por la señora á que ya he aludido para asistirla en el nacimiento de una criatura que recibió el sér en Nazaret, bajo el humilde techo que en el dia constituye mi feliz hogar... es decir, exclamó mosen Martin con un suspiro, que lo constituia hasta hace unos dias; y que, como cura párroco que era yo del pueblo de R... recibió de mis manos el agua del bautismo. ¿Me entiende V.? ¿Va V. fijando la atencion en los detalles de que le voy imponiendo? El principal de ellos es el que acabo de comunicarle.

El baron de Fenollar, tan suspicaz como era por carácter, y receloso ya, como estaba, con el exordio é introduccion de su nuevo conocido, no necesitó oir más para comprender la sustancia de las frases que le habian sido dirigidas. No era de extrañar. Mosen Martin habia dejado trasparentar su historia. Y Gaspar, aguijoneado como se hallaba de contínuo por los amargos recuerdos de su vida matrimonial, se impuso al momento de ella.

En el acto dejó ver la impresion que experimentaba. Irguióse sobre su asiento, y clavando

[redacted]

sus agarenos ojos, cual si fuesen dardos, sobre e
impasible anciano, que le miraba apoyado el no
ble rostro sobre su nudoso baston que sostenia
entre sus dos manos, llena su actitud y la ex
presion de su semblante de fe y de uncion (que
eran los impulsos que le movian) le preguntó con
voz estentórea:

—¿Es que se está V. burlando de mí? ¿V. sab
con quién está hablando? ¿Y me puede V. decir
qué derecho le asiste para contarme historietas
que ni me interesan ni le he pedido el favor de que
me cuente?

—Señor baron, replicó mosen Martin sin alte
rarse en lo más leve, no obstante la descarga que le
habia sido dirigida; no acostumbro á burlarme de
nadie y ménos de una persona que me inspira el
más profundo interés. Sé que hablo con un her
mano y con un hijo de Dios, y me basta. Todavía
no he concluido, y suplico á V. que me conceda
un poco mas de atencion y paciencia. No sólo ad
ministré á aquella criatura, como ya le he dicho
el primer sacramento que recibimos en la vida
sino que cuidé, como debia cuidar, de que constase
como debia constar, la legitimidad de su nacimien
to. Señor baron de Fenollar, fuí tan paternal con
ella, como con V.; bauticé á aquella niña con

[redacted]

hija legítima de los barones de Fenollar, porque lo era, porque lo es.

—Mentira. Miente V. y miente la infame que tal le ha hecho creer, gritó Gaspar furioso. Ha abusado V. de su ministerio: ha cometido V. un delito en el que, yo se lo prometo á V., entenderán los tribunales. Si hasta aquí, por mi propio decoro y dignidad, he conservado oculta, cuanto me ha sido dable, la deshonra que me cayó encima, tiempo es de que obre de diferente manera. Justo es que, puesto que la parte interesada no se ha cuidado de encubrir su oprobio, y de tal suerte ha encontrado auxilio para acrecer su delito, justo es, lo repito, que me acoja al amparo de la ley. Está V. aquí demás, prorumpió Gaspar, cada vez más encolerizado y señalando la puerta á mosen Martin.

Mosen Martin no se movió.

—¿No me ha entendido V? interrogó Gaspar con aumentado enojo. Le advierto, sin embargo, que esto que se ha atrevido á revelarme, no ha de quedar impune. Su nombre y su residencia de V. no se me olvidarán fácilmente; y los tribunales, se lo repito á V., sabrán cumplir con su deber.

Mosen Martin permaneció impasible.

Gaspar perdió los estribos ante aquella imperturbabilidad, y, fuera de juicio enteramente, levantándose, con el rostro, no ya bermejo, sino negro de ira, se dirigió contra aquel denodado anciano, con el feroz intento de aniquilarle entre sus potentes puños.

Mosen Martin estaba á completa merced de él, y lo podia hacer impunemente: aquel pobre viejo no era ya en su parte física más que un escrúpulo de sér humano, que un soplo podia derribar.

Además, mosen Martin se hallaba resignado á ser la víctima del furor que habia despertado.

Vió al baron levantarse, observó á favor del reflejo de la lámpara que iluminaba el gabinete, que las pupilas del señor despedian llamaradas fosfóricas, que tenía el rostro, como hemos dicho, no ya bermejo, sino negro de ira, que el pecho le hervia, y comprendió que todas las pasiones, acumuladas en el fondo del cerebro de aquel hombre irascible, cual la hidra de las siete cabezas, se congregaban para un mismo objeto—para destruir.

Estaba solo mosen Martin; léjos, separado de toda posibilidad de alcanzar auxilio. Empero, aun cuando hubiese abrigado una absoluta certeza de conseguirlo, mosen Martin no hubiera ni tratado de impetrarlo.

[redacted]

No tenía miedo: estaba en manos de Dios y su suerte le era indiferente.

El baron resuelto, ciego de cólera y bramando en deseo de desahogar la hoguera que le consumia, se dirigió sobre el indefenso anciano, punto ménos que cayó sobre él.

Faltábale sólo una línea para anonadarlo, para enlazarle con sus fornidos brazos, para—si así lo intentaba—estrangularlo, ó, cuando ménos, para arrojarlo á golpes ó empellones de su presencia.

De repente, y en el acto, casi puede decirse, de tocar ese término, se detuvo, cual si un rayo le hubiese herido.

Cayéronsele los brazos como miembros muertos; y, con la figura completamente trastornada, cual si real y efectivamente le hubiese ocurido algun siniestro, ó tal cual si por efecto de alguna misteriosa é incomprensible operacion se hubiese convertido en una estátua, miró á su contrincante, otro hombre enteramente del que se manifestara hacía unos cuantos momentos.

—Soy un cobarde, exclamó separándose el espeso cabello de las sienes y enjugándose el sudor que le corria por el rostro, no ya negro, ni aun siquiera teñido por una sombra bermeja, sino re-

[redacted]

ducido al color moreno que le era natural. ¡No lo hubiera pensado jamás! añadió. ¿No me ha tenido V. miedo? apostrofó, dirigiéndose á mosen Martin.

—No, contestó éste con la voz tan serena y entera, que no dejaba lugar á dudar de la sinceridad de su respuesta. He compadecido á V.

Gaspar abrió los ojos desmesuradamente.

—Luego, luego, repitió, como dudando aún de la evidencia de sus sentidos; ¿no ha comprendido V. el peligro que ha corrido?

—Sí, señor: perder la vida. Bien; ¿y qué?

—Y ¿no ha tratado V. de evadirse de mi intento?... porque yo, he estado á punto de ahogar á V.

—Me ocupaba en rezar; en pedirle al Señor que tocase á V. en el corazon, no por mí ni para mí, sino para que me perdonase V. la vida por el muy breve tiempo que aún la necesito para emplearla en beneficio de V.

Gaspar no era vil, no era cobarde—hacía unos breves instantes, se habia él mismo espantado ante la idea de haberlo podido aparecer—y, no obstante la soberbia que le caracterizaba, el refinado amor propio que regía todos sus actos, juicios y apreciaciones, y á pesar de la ninguna cuenta que acos-

[redacted]

tumbraba á pedirse á sí mismo de sus acciones, era tan grande la falta que habia cometido, tan visible, tan indigna hasta de la misma grandeza de sus imperfecciones é irregularidades de carácter, que era imposible dejara de abochornarse del impulso que le habia dominado.

La resignacion de aquel indefenso anciano, de aquel pobre viejo, tan impotente como una criatura para luchar contra las pasiones que habian puesto la segur devastadora en manos de Gaspar, desarmó á éste.

El baron de Fenollar no sólo tuvo vergüenza, sino tambien remordimiento.

Por la primera vez en su vida, se exigió cuenta y razon de una de sus acciones; y la condenó.

—No me acuerdo ya de lo que he visto, contestó el cura de Nazaret. Suplico á V. únicamente que, merced á lo que ha pasado, á la misericordia que el Todopoderoso ha dispensado á V., librándole de manchar sus manos tan estérilmente, me conceda unos cuantos momentos más de atencion y de paciencia, y hasta oir el fin de lo que deseo decirle, se abstenga de juzgar la primera parte de mi historia que, con harto dolor de mi corazon, le ha causado tan desagradable im-

presion. Señor baron; seré brevísimo; no tema V
que abuse de su condescendencia.

Gaspar estaba disgustado consigo mismo;
instintivamente, tratando de recobrar el perdid
equilibrio de su altiva alma, accedio sin titubea
á lo que parecia ser una justa expiacion de la co
barde accion que habia estado tan próximo á co
meter.

Se volvió á sentar en frente de su visita, y, com
para manifestar mayor atencion, ó tal vez real
efectivamente para concentrarla por completo e
lo que deberia oir, acercando su asiento lo ma
que podia al de aquél, y colocando el brazo dere
cho sobre un pupitre que tenía delante y la mej
lla en la mano, con la cual á la vez se escudab
los ojos, invitó á mosen Martin á entrar en ma
teria.

Mosen Martin así lo hizo.

El ministro del Señor, el soldado de la cruz,
valiente y denodado apóstol del Evangelio nad
dejó por decir ni de manifestar en sus verdader
colores. Breve, sucinta fué su relacion, en la cua
sin embargo, cuidó de no omitir el menor detall
La historia entera, sin rebozo ni tergiversacion
del corazon tan tierno, tan amoroso, pero á l
par tan cobarde de la baronesa, fué revelada

[redacted]

conocimiento de su marido; la referencia de las luchas, los combates y la ligereza resultado todo de la timidez de su carácter; en resúmen: cuanto habia sido con mayor ó menor oportunidad manifestado por la misma Benilda, y que ningun efecto habia un tiempo producido sobre el excitado ánimo de su esposo, otra vez lo escuchó Gaspar.

La agonía, la amargura que habia acompañado la existencia de la repudiada esposa durante los seis años que habian pesado sobre ella, presa como habia vivido del más atroz remordimiento; la humillacion padecida por su corazon de madre; el nacimiento de su hija, nacida, no bajo los artesones que deberian haber presenciado aquel alumbramiento, sino bajo el techo de una humilde barraca; los encantos de María; su semejanza con el baron; la venganza de Rita en la madre y en la hija; la redencion de Benilda (mosen Martin estuvo sublime al llegar á esta parte de su narracion); el trágico fin de la nodriza, y por último, el hallazgo de la secuestrada niña, con todos los horribles sufrimientos de ésta... nada de cuanto habia ocurrido, nada de cuanto tenía que decir, dejó mosen Martin de comunicar al baron.

Luego que concluyó de hablar, sacó del bolsillo de su raida sotana la carta de Benilda, y, pasán-



dosela en silencio á Gaspar, tomó aliento y rezó... y rezó con total abstraccion una súplica consagrada á pedir al Todopoderoso que correspondiese al ardiente deseo de su corazon, para que sus palabras no resultasen estériles, y no volviese sin consuelo ni esperanza al lado de la contrita pecadora.

De repente se sobrecogió.

¿Qué era aquello?... ¿aquel sonido extraño, informe, inexplicable, conjunto de suspiro, sollozo y lamento, que despertó los ecos de la callada estancia?

Alguno de los personajes representados en los descomunales cuadros que tanto pavor infundieran á Ramirito, los descendientes de la familia de Fenollar, ¿habia alguno de aquellos personajes adquirido vitalidad y lanzado aquel incalificable sonido?

Pareció un eco sobrehumano; una voz ronca, gutural, salida del fondo de una sima.

Mosen Martin lo escuchó, sin embargo, con arrobamiento...

¡Era el grito mortal, la despedida del hombre viejo que abria paso al nuevo; el estertor de la agonía del orgullo, del amor propio, de la implacabilidad!...

¡Paso á la luz! ¡Paso á la redencion! ¡Gaspar estaba salvado!!!

Mosen Martin cayó de hinojos y bendijo la misericordia de Dios...

—Partamos; fué la primera palabra que siguió á los ecos de aquel grito supremo.

Partamos sin demora, repitió el baron de Fenollar.

Mosen Martin no se lo hizo decir dos veces.

. . . .



CAPÍTULO XI.

Jorge Garcés no era egoista; y Jorge Garcés que, no obstante la influencia, la opresion que sobre él ejercia el baron de Fenollar y el estado casi abyecto á que lo reducia, tenía el alma harto generosa para no saberse sobreponer á los malos sentimientos que el desnivel establecido en el trato con su principal pudiera haber producido, y que la noche á que nos hemos referido en el precedente capítulo, cediendo á los deseos de mosen Martin y á los suyos propios, se habia alejado de la presencia de Gaspar Fenollar y del cura de Nazaret, cuidó, sin embargo, al hacerlo, de no desentenderse de los resultados, buenos ó malos, que la conferencia entre aquellos dos personajes pudiese tener.

Situóse en una de las piezas inmediatas al ga-

[redacted]

binete particular del baron, desde la cual podia fácilmente echar de ver cualquier síntoma alarmante que se presentara.

Conocia á fondo la manera de ser de Gaspar, así como las formas que le eran peculiares: sabía que era violento, arrebatado y fuerte en la expresion de sus pasiones: que su lenguaje era desbordado y que, sin necesidad de cometer la desleal accion de escuchar, llegarian á sus oidos los menores rumores ó indicios de cualquiera consecuencia grave ó siquiera dudosa, que pudiera producir la conversacion entre aquellos dos hombres puestos por él en contacto.

Y, como puede presumirse, no pasó mucho tiempo sin que se juzgase llamado á prestar su intervencion.

No necesitamos indicar siquiera el momento en que ocurrió esto.

Harto presente tienen nuestros lectores el vértigo que se apoderó de Gaspar.

Desde el momento que escuchó Jorge los irritados acentos del baron, temiéndose un funesto desenlace, se acercó á la mampara, la asió entre sus manos, y decidido y á todo dispuesto, iba ya á penetrar en la estancia dentro de cuyo recinto habian resonado los insultos de Gaspar, y en donde des-

pues indicaba hasta el eco de las pisadas de éste, los intentos que le movian, cuando le detuvo en su propósito la dulzura de la voz del cura de Nazaret. Aquella voz debia desarmar el frenesí de la pasion más exaltada.

A consecuencia de esto, impulsado Jorge por la delicadeza de sus sentimientos, se alejó de nuevo de la proximidad de los conversantes, conservando, sin embargo, la más exquisita vigilancia; y pasó un largo rato que le pareció eterno, sin que el menor ruido interrumpiese el silencio de la noche.

La misma prolongacion de esta quietud empezó á inquietarle.

De pronto, cual le habia pasado á mosen Martin, se sobrecogió.

El grito lanzado por Gaspar, el eco de aquel sonido extraño, conjunto de suspiro, sollozo y lamento, el grito mortal, la despedida del hombre viejo que abria paso al nuevo, el estertor de la agonía del orgullo, del amor propio, de la implacabilidad, hirió sus oidos con un prolongado eco.

Jorge lo oyó claro, distinto; y, sin acertar á comprender el significado de aquel incalificable acento, obedeciendo sólo al impulso de su corazon, se dirigió presuroso al gabinete.



Júzguese cuál sería su asombro y conmocion al encontrarse á los pocos momentos con el baron y mosen Martin, que salian de allí mismo y que, ó bien porque contaban con su aparicion ó porque celebraban su inesperado advenimiento, ambos á dos le alargaron las manos.

Era la primera vez, hacía años, que partia esta accion de Gaspar, y Jorge se quedó estupefacto.

—Jorge, prorumpió el baron con balbucientes acentos: concluye tu comenzada obra: ayúdanos con la eficacia que sabes emplear. Queremos salir para Valencia ahora mismo. Dispon lo necesario; el carruaje... una tartana... una carreta... caballos... lo que encuentres más á mano.

Jorge comprendió lo que habia pasado y bendijo á Dios y á su dulce hermana que le habia inspirado el valor suficiente para acometer la empresa que tan brillante resultado habia obtenido.

No perdió un segundo; y, evacuando con la rapidez posible las diligencias requeridas, para corresponder á los deseos de su principal, ántes del trascurso de media hora, no sólo se hallaba enganchado el carruaje de camino, sino que tambien estaban dictadas cuantas órdenes y disposiciones eran necesarias para que el baron y su compañero de

[redacted]

viaje pudiesen efectuarlo con la mayor celeridad.

Introducido ya el baron en el vehículo que habia de conducirle al punto de su destino, con mosen Martin á su lado, otra vez volvió Gaspar á alargar la mano á Jorge; y en esta segunda ocasion con efusion tan viva, que, cediendo el administrador á las impresiones que le dominaban y que aquella accion del baron no podia ménos de avivar—no le despreciemos porque tal hiciera, no le juzguemos abyecto, ni siquiera falso, ni hipócrita—imprimió en ella un ósculo. Era la tácita expresion de su respeto, de su aplauso, de su admiracion... Gaspar se excedió á sí mismo en su trasformacion...

—Dí, á Araceli, exclamó al recibir aquella manifestacion tan visible de los nobles sentimientos del administrador, díle, repitió, que voy por su amiga, que se la voy á traer, y á nuestra hija para que la ame como ama á Ramirito.

El eco de estas palabras se confundió con el de las ruedas que arrancaban de la mansion solariega, y el susurro de las multiplicadas voces de los criados del baron, que, columbrando por las últimas frases de éste y otros síntomas que no habian

podido ménos que atisbar, la sustancia de lo que ocurria, celebraban con plácemes y expresiones de enhorabuena la inauguracion de un más feliz y riente período en los anales de aquella lóbrega casa.

Entre tanto, el coche de camino del baron de Fenollar volaba más bien que corria, venciendo la distancia que lo separaba del término á que se proponia llegar, pareciendo que tenía alas en vez de ruedas.

No obstante, á Gaspar, cuya ansiedad crecia por momentos, se le convertian los minutos en horas, las horas en siglos.

La pasion, y una pasion purificada por el crisol de los sufrimientos, clamaba por reconquistar sus derechos, por reanudar el deshecho lazo, por estrecharlo sobre el foco hasta aquel momento rechazado, tan injustamente hollado y escarnecido...

Y, como el baron se hallaba solo en el vehículo; solo con su despertada conciencia y el aguijon de sus resucitadas memorias—su esforzado compañero de viaje, apénas levantó el carruaje la primera nube de polvo, habia sucumbido á un profundo sueño—absorbia su pensamiento la imágen de su esposa. Benilda, jóven y bella, Benilda, en todo el lleno de la felicidad que le habia proporcionado,

[redacted]

dispuesta á concedérsela de nuevo, con el agregado del tierno vínculo, que ansiaba por estrechar, á la vez que á aquélla, contra su palpitante pecho!

Gaspar saboreaba su anticipada ventura; la veia, la sentia, la tocaba; y, entretenido de este modo, logró á aminorar el penoso curso del viaje, que terminó al fin, gracias á las disposiciones dictadas por el activo y entendido administrador, no pocas horas ántes de lo que el mismo inquieto Gaspar hubiera podido imaginarse...

Pisó el baron de Fenollar el umbral de la casa de Benilda, y lo pisó latiéndole el corazon con tal violencia, que, á no haberse hallado prevenida y dispuesta Benilda para recibirle, al contacto de aquellos apasionados latidos, hubiera muerto... ¡de placer!

Mosen Martin, que todo lo tenía presente (y del cual podemos decir al paso, que, habiendo dormido durante el viaje, se hallaba enteramente repuesto de sus esfuerzos y conmociones) tuvo cuidado de anunciar la llegada de Gaspar, de precederle á la presencia de su esposa, y de preparar á ésta para aquel tan inesperado como grato suceso.

Benilda velaba á la cabecera de su hija, en torno de la cual se encontró mosen Martin con los mis-

mos rostros conocidos que habia dejado al dirigirse en busca del padre de la doliente niña...

Ocupaba ésta el blanco y sencillo lecho que habia sido de Benilda durante el período de su triste viudez; y, salvo sólo los personajes que se congregaban en su recinto, y que, en vez del susurro del aire entre las hojas de los árboles, que era el único sonido que de antaño resonaba, se percibia el sobrealiento de María, abrasada por una fuerte calentura, ninguna variacion se notaba en la modesta estancia.

Al tiempo de presentarse el cura de Nazaret, se hallaba el médico al lado de la paciente, y pendiente á cual más los que la rodeaban del fallo de éste, guardaban el más profundo silencio.

El anuncio de la llegada del baron lo interrumpió.

Una voz unánime de sorpresa siguió é esta comunicacion.

—¡Mi hermano! exclamó el capitan Baltasar— que desde que llegó con la enfermita á la morada de Benilda habia estado anunciando á cada instante que se iba á marchar, que estaba allí ya demás, y que nada deseaba con más ahinco que quitarse de en medio; pero que, segun protestaba, no lo

[redacted]

habia podido efectuar: primero, por carecer de los auxilios de su asistente, y, despues que Anton se presentó, unas veces porque hacía frio, otras porque hacía calor; y que, en resumidas cuentas, no sólo no habia pensado un momento formalmente en llevar tal propósito á cabo, pero que ni era fácil que se lo propusiera. ¡Mi hermano! dijo Baltasar soltando esta frase con la misma expresion de asombro que si se tratase de una resurreccion.

—¡El señor baron! prorumpió Teresina. ¡Dios sea loado! ¡Tanto se lo tengo pedido, que al fin se ha dignado escucharme, añadió la rolliza matrona, cruzando las manos con arrobamiento, y, como acontecia siempre con aquella tierna mujer, expresando su conmocion con un diluvio de lágrimas.

Benilda no pudo articular palabra. Se levantó *incontinenti* del puesto que ocupaba á la cabecera de su hija; soltó la mano en miniatura que tenía acariciada entre las dos suyas; se la entregó en silencio á mosen Martin, y apénas con fuerza para moverse—la conmocion la privaba casi del hálito vital, se dirigió á su estrado en busca de su marido, que deberia esperarla allí.

Mosen Martin se lo habia así manifestado.

Pero escasamente habria andado un par de varas, cuando fué detenida por una sombra... la sombra de una figura que hacía seis años habia dejado de ver; que la última vez que la vió, la habia repelido de sus brazos, de su lado, de su vista, y colmádola de denuestos é invectivas; la sombra de cuya figura, saludada de improviso, ó en cualquiera otro momento que aquél, hubiera reproducido en la imaginacion de Benilda la historia entera de su pasado, y conducídola con centuplicada violencia al estado de amarga desolacion en que habia por tan largo período vivido.

Empero, las circunstancias habian variado.

La luz de Dios iluminaba á Benilda; y, sostenido su espíritu por el consuelo y la esperanza, venciendo de golpe el abismo que por seis largos años la habia separado del único dueño verdadero que habia tenido su corazon—su formado corazon de mujer—concentrando en aquella accion las potencias todas de su alma, los hacinados sentimientos de su corazon, su feliz pasado, su trasformacion, su regeneracion, cuanto habia sido, cuanto era y hubiera podido todavía ser, á no hallarse dispuesta y decidida á consumar su ofrecido sacrificio, se arrojó en los brazos que llenos de amor, de pasion, de entusiasmo (Gaspar no

[redacted]

habia tenido paciencia para esperarla; habíase precipitado para salirle al encuentro), se abrieron para recibirla, y la estrecharon, con un éxtasis que no admite expresion, contra el corazon que, no obstante sus desplegados rigores, sus durezas é implacabilidades, jamás habia dejado de pertenecerle.

Respetemos los detalles de tan sagrada escena...

¡Momentos venturosos de inexplicable arrobamiento... resarcieron cumplidamente los pasados sinsabores!

Siglos de felicidad vivieron en un breve instante...

La justicia, el equilibrio establecido por la ley divina, puso, sin embargo, término á aquellos momentos de tan deliciosa como ilimitada dicha.

—Nuestra hija, Gaspar; ven á ver á nuestra hija.

Esta frase de Benilda selló los trasportes del enamorado esposo.

El padre reemplazó al amante.

—Vamos, Benilda, vamos reunidos, para no separarnos jamás uno de otro; ¿lo has entendido bien? á abrazar á nuestra hija, replicó el baron de Fenollar; y, enlazando á su esposa con su fuerte

brazo, conduciéndola más bien que acompañándola, fuera del estrado en donde habian pasado los consortes más de una hora entregados á mútuas confidencias, satisfacciones y explicaciones cariñosas, se dirigieron reunidos á la estancia de la niña.

Al comparecer en la presencia de su hija, los que se hallaban rodeando la cama les hicieron lado: el capitan, al soslayo, y sin que nadie lo echase de ver, estrechó una de las manos de su hermano; Teresina y mosen Martin cedieron la posesion de las dos en miniatura que hasta aquel momento, y durante todo el curso de la breve vida de la niña se habian considerado como nadie autorizados á acariciar; el médico y el asistente Anton, que, despues de evacuar las últimas diligencias que le habia encargado su amo, se habia reunido con éste, y como él, no perdia de vista á la enfermita, se retiraron de la estancia; y, llenos los que en ella permanecieron del mas profundo respeto, situándose á cierta distancia, dejaron que el padre y la madre ocuparan los puestos de preferencia á la cabecera de María.

La niña habia sufrido mucho despues de la

[redacted]

marcha de mosen Martin: los síntomas favorables, que tanto consuelo y esperanza inspiraron, habian desaparecido por completo, y presentádose una fiebre nerviosa, acompañada de convulsiones y delirio.

La enfermedad habia progresado á pasos de gigante.

Sin embargo, habia momentos en que sobrevenian intervalos de tranquilidad, y durante uno de estos períodos (el más largo de que habia disfrutado) llegó el baron á la morada de su esposa y compareció en la presencia de la paciente.

El hombre fuerte se acercó temblando al lecho. Benilda le sostuvo con la tierna mirada de sus ojos, ojos que ya se fijaban, que ya miraban como habian mirado en otro tiempo; que lo miraban á él sin miedo y á su hija con libertad.

El baron concentró todo el fuego, el fuego sacro de la paternidad tan recientemente, pero tan de lleno encendido en su alma, en la contemplacion de aquel frágil sér, cuya diminuta forma apénas se dibujaba sobre la nevada cama.

La hermosa niña, que, no obstante los estragos producidos por sus intensos sufrimientos, tanto físicos como morales, se conservaba todavía en el lleno de su peregrina belleza, parecia dormir.

Tenía los ojos cerrados—las luengas pestañas, semejantes á un fleco de seda negra, sombreándole las mejillas.—Conocíase, sin embargo, en la agitada respiracion que hacía oscilar las ropas, que aquel reposo era sólo aparente.

En este estado, la inmovilidad de aquel pobre ángel favoreció para que el baron la pudiese examinar á su placer.

Miróla, estudióla, desmenuzóla...

Vióse su imágen.

Era su hija; el fruto de su amor: la plena confirmacion de su ya admitida fe.

Pero ¡en qué estado!

El corazon se le desgarró.

Allí la tenía: el oásis que habia profanado, pisoteado, punto ménos que destruido... ¡allí la tenía al alcance de su brazo... la habia tenido por seis largos años!... ¡Y por sus propias manos habíase él arrancado de los labios la copa de la felicidad!

Esta era su obra, el fruto amargo de su desmedido amor propio, de su funesto orgullo, de la mala inteligencia establecida entre dos que, por no entenderse, labraron su mútua desgracia. Cayó de rodillas al lado de la cama, se apoderó de una de las diminutas manecitas, y, acercándosela á los labios,

[redacted]

ocultó la cabeza sobre el cuerpo de su hija, y lloró por la vez primera de su vida.

El equilibrio de la ley divina reclamó sus derechos.

Conmovidos á cual más los testigos de aquella escena, ninguno dejó de mezclar sus lágrimas de simpatía con las de dolor y remordimiento que bañaban á la doliente niña.

De pronto, unos acentos infantiles, unos acentos gozosos, llenos de vida, de animacion, que reprodujeron á mosen Martin y á Teresina alguna de las escenas felices de su pasado, detuvo el curso de aquellas lágrimas.

—¡Leon, Leon! ven, Leon!... y tú, Ramirito, ponle el palo: como se lo pone padrino... ¡Alto... más alto todavía!...

¡La voz de su hija!... Al eco de aquellos inesperados acentos el baron se puso de pié.

Mosen Martin no fué dueño de sí mismo, y se aproximó al lecho.

—¡Leon, Leon! dijo; ven, Leon, que tu ama te llama.

El perro, que no se separaba un momento del lado de María, ántes que nadie habia oido la dulce cadencia infantil que acostumbraba á ejercer

[redacted]

sobre él tan poderosa influencia; y, saliendo presuroso de debajo de la cama en donde se habia situado, y de cuyo puesto se alejaba sólo cuando lo obligaban á ello, ántes aún que mosen Martin le hubiese dirigido aquella llamada, habia respondido á la de la niña.

Lamió á ésta las manos y el rostro; y, como para manifestar la ternura de su instinto, ó tal vez como síntoma de alegría, por considerar aquella llamada que le habia sido dirigida como una señal de mejora, acompañó estas demostraciones con un quejido lento, un aullido suave, de tan singular expresion, que suplió el don de la palabra.

Terésina siguió los pasos de mosen Martin.

—Es que delira, dijo la tierna matrona en explicacion de aquella frase de la enfermita, que parecia haber colmado de júbilo al cura de Nazaret.

—¡Delira! ¡ah!

—A intervalos descansa, al parecer. Es, sin embargo, pasajero este período. Y ha delirado casi incesantemente desde que se separó V. de ella, tan pronto recorriendo las escenas felices de su pasada vida, como hace ahora; tan pronto entregándose á los aterradores recuerdos de las últimas que ha atravesado. Parte el alma el oirla, y no ménos, añadió la casera en voz baja para no ser oida del

[redacted]

baron de Fenollar y su esposa, el ver la agonía del corazon de su madre, para quien cada palabra de la niña es una saeta; cada concepto un reproche, cada quejido un remordimiento. Nos nombra á todos sin parar ¡con qué amor, con qué ternura!

—¿Y nombra á su madre? interrogó mosen Martin.

—Habla de ella: de su madrina. Niega, sin embargo, la Providencia á la infeliz el consuelo de oirse una vez siquiera llamar por el dulce nombre de madre.

—¡Tremenda expiacion! prorumpió mosen Martin.

La niña habia seguido hablando; y, pendientes sus padres de las palabras que de sus labios partian, atreviéndose apénas á respirar para no perder el eco de aquellos acentos, escuchábanlos mudos y estáticos.

—Ramirito, habia continuado María en su delirio, ¿tú no tienes padrino?

Reproducia la imaginacion de la inocente algun diálogo sostenido con el niño Ramiro.

—Deja al perro, prosiguió diciendo; que no salte más: al redondel, al redondel: á hablar. ¿Y tambien eres huérfano?... es decir, que no tienes

[redacted]

padre ni madre, como yo. Pero á mí no me hacen falta. Tengo á padrino, y á Teresina, y á la madrina, y te tengo á tí, Ramirito. Yo te quiero mucho. ¿Y tú, me quieres á mí? interrogaba. Dices que primero á Araceli. Yo tambien quiero primero á padrino... Pero ¡ay, ay! prorumpió interrumpiéndose, y de repente por otro giro de sus devaneos, en el estado de desconcierto en que tenía el cerebro, dando expresion, sin concierto ni ilacion á los infinitos recuerdos y sensaciones que se hallaban tan confusamente aglomerados en su mente: ¡que me cogen del suelo, que me tapan la boca, que me meten en la tartana! ¡Padrinito, padrinito! gritaba retorciéndose las manos con desesperacion. ¿Qué he hecho yo para que me maten así?... Y estoy en la cárcel... esta es la cárcel. Bien lo sé... llena de agujeros negros y de ratas... ratas que me miran, y me quieren morder. Aquí me ha metido la mujer aquella. No sé por qué. Yo no he sido mala; no he dicho nunca una mentira; ni he hecho daño á nadie. ¡Padrinito! ¡Teresina! ¡Madrinita! ¡Ramirito! ¡No los volveré á ver más! ¿Estaré siempre encerrada aquí?... Pero no, se decia, como tratando de rectificar sus recuerdos; yo no estoy ya en la cárcel. Es que lo he soñado. He vuelto á ver á Padrino, sí, y á Te-

[redacted]

resina, y á Madrina. ¿A dónde los he visto? No lo sé. A Ramirito, no... Que me lo traigan. Estoy muy malita, y me pondria mejor si lo viese. ¿Por qué no me lo traen? Me voy á morir, y quisiera despedirme de él... ¡Morirse! ¿Qué es morirse? Irse con Dios, y me moriré si Dios quiere, para irme al cielo, y estar con Él, y con los ángeles. ¡Ramirito! ¡Ramirito!

El baron se estremeció al escuchar estas últimas frases. ¿Sería presentimiento el eco tan profundo que despertaron en su dolorida alma?

¿Iria á perder á su hija?

Aquel ángel encantador ¿le habia sido concedido sólo para serle inmediatamente arrebatado? ¡Y cada instante que pasaba acrecia el precio, aumentaba el caudal de amor que le inspiraba!

—Que vayan por el niño, que no pierdan un instante en traérselo, exclamó Gaspar, correspondiendo á los deseos de la inocente, la satisfaccion de la más mínima de cuyas aspiraciones hubiera querido obtener en aquel momento al precio, aunque hubiese sido, de su existencia.

Cuantas personas habia en la casa, y á cuyo conocimiento llegó la expresion de aquel deseo, habrian querido ejecutarlo; mosen Martin, Tere-

[redacted]

sina, el asistente Anton, las criadas de Benilda: se abrogó el derecho de satisfacerlo el que no hemos nombrado, el capitan Baltasar, que, al prestarse y más que prestarse, al disputarse el privilegio de cumplirlo, cuidó, sin embargo, de advertir que lo hacía por compromiso solamente.

[redacted]

CAPÍTULO XII.

Ramirito, el niño mal querido, el niño aborrecido por Gaspar, el mal tratado huerfanito que con su nacimiento habia manchado los blasones de la ilustre casa de Fenollar, el que nunca jamás, sino temblando, y deseoso de huir de su presencia, habia comparecido ante la vista de su temido tio, el inocente objeto de tan mala voluntad por parte de éste, llamado por el baron, y requerido su comparecimiento con ansiedad, cifrada su esperanza en él!

La niña habia manifestado el deseo de verle, habia dicho que si lo veia se aliviaria, y la vida de Gaspar, que, desde el momento de sentirse padre, se concentraba en la salvacion de su hija, le hubiera ahora parecido un don escaso, si con el don de esa vida, le hubiera el huerfanito asegurado la de María.

Ramirito no habia vuelto á tener noticias de María desde la noche de la redencion de Benilda. El dulce cariñoso niño, habia pensado con frecuencia—¿y quién duda que los niños bien organizados, ó bien dirigidos, piensan y sienten, con ménos constancia, es cierto, pero algunas veces con más sensatez y sensibilidad que sus mayores?—en la niña, cuya misteriosa desaparicion habia causado tan general sentimiento, y tambien en Benilda, á la que hubiera querido ver más ocupada de él; mandándolo á buscar, trasmitiéndole alguna expresion de su recuerdo, de aquel naciente afecto que tanta impresion habia causado al huerfanito. Sobre todo, que se hubiera ocupado en comunicarle alguna noticia acerca de su amiguita.

Los niños no son comunmente tristes, y, no obstante que en casos dados, como habia ocurrido en el de Ramirito Fenollar, el mal trato y el desvío suelen producir sentimientos extraños á ese feliz período de la vida, los que las circunstancias especiales que le rodearon habian hecho nacer en el mal querido huerfanito de la mansion solariega, al separarse éste de las personas que formaron el martirio de su infancia, se extinguieron por completo.

Ramirito, pues, que, primero bajo la saludable

[redacted]

influencia de Araceli, y despues en la vida natural que llevaba en su colegio, y á mayor abundamiento con el solaz experimentado en la barraca de Teresina, habia adquirido el estado propio de sus cortos años, á pesar, como hemos ya dicho, de no haber vuelto á tener noticias de María desde la ocasion á que hemos aludido, acariciaba constantemente la esperanza, no sólo de volverla á ver, sino que raro era el dia que no contase con que habia de ser llamado por su tia para encontrarse con ella. Ninguna sorpresa le causó, por lo tanto, el objeto de la visita del capitan Baltasar.

¡Iba á ver á María, á María que todos habian creido perdida, la iba á volver á ver!

Bien lo habia dicho él, que María pareceria. Bien se acordaria de ello la madrina de María; pues bien se lo dijo él la noche aquella en que la madrina lloraba tanto.

Pero María estaba mala, muy malita, y era preciso que Ramirito tuviese mucha prudencia y no la molestase con palabras ni con besos. Era indispensable que hiciera sólo lo que le mandasen su tia Benilda y su tio Gaspar.

El preceptor del niño, al dar su autorizacion

para la salida de éste del colegio, cuidó de dirigirle prudentes advertencias.

No ignoraba, como nadie en Valencia, los detalles todos de aquel tan ruidoso como trágico acontecimiento, que habia despertado el interés general; y, como á la vez conocia la organizacion de su discípulo y las circunstancias que el mismo niño le habia referido, cuidó de iniciarle en cuantos juzgó oportuno darle á conocer.

—¡Mi tio Gaspar! habia dicho Ramirito con tanta sorpresa como disgusto al oir el nombre de su temido tio asociado con el de María y el de su tia Benilda. ¿Y qué falta hace allí? habia preguntado.

El preceptor se ocupó en descifrar este enigma; y con la delicadeza posible, poniéndolo al alcance de aquel inocente corazon, consiguió apaciguar los excitados temores del huerfanito.

Era María, su prima, la hija de Gaspar y de Benilda: la habian perdido de pequeña, y ahora el recobrarla de nuevo habia sido el medio de reconciliar á sus padres. Feliz su tio Gaspar con el hallazgo de su hija y la reunion con su esposa, no sería ya lo que habia sido con su sobrino. Léjos de eso, acogeria á Ramirito con el mayor cariño, y Ramirito deberia esforzarse por corresponder á estas demostraciones.

[redacted]

El capitan Baltasar reforzaba á su manera los argumentos del buen preceptor, y entre uno y otro, logrando desvanecer las inquietudes del receloso niño, lleno ya sólo de regocijo y alegría ante la idea de encontrarse con su primita, dirigióse en la compañía del capitan al sitio en donde era esperado como un áncora de salvacion.

Gaspar, el severo, el temido Gaspar, el terror que habia sido de la existencia de aquel inocente niño, consumido de impaciencia al oir á su hija clamar y clamar por Ramirito, habia estado deshaciéndose por que acabase de llegar, y así, apénas oyó el eco de las espuelas y el ruido del sable de su hermano—sonidos que le anunciaban la proximidad del huerfanito—se dirigió á su encuentro apresuradamente.

En el niño estaba su salvacion; en el niño á quien tanto habia aborrecido, se cifraba su esperanza y su consuelo... y el afligido padre se arrojó sobre él vertiendo un mar de lágrimas.

—Sálvala, Ramirito, exclamó suplicante, tal cual pudiera hacer un esclavo á los piés de su amo—el baron habia desaparecido; habíalo absorbido el padre.—Sálvamela, Ramirito, repitió; que tú lo puedes; y ¡si me las salvas, te querré

[redacted]

tanto como á ella! ¡Es mi hija! ¡Serás otro hijo para mí... sálvamela!...

Abrazó al niño, estrechólo contra su pecho, y, fuera de sí, enteramente en brazos, lo llevó al lecho de la niña.

— María, dijo Ramiro.

La niña en aquel momento abrió los ojos hermosos — los hermosos ojos tan semejantes á los de su padre — y, al presentarle el baron delante de ella á Ramirito en los brazos, fijó la niña sus brillantes pupilas en el grupo. Miró como no habia mirado hacía ya muchas horas, fijamente y como con conciencia de lo que hacía, y, al cabo de un par de minutos que emplearia en este exámen, trató de incorporarse.

Extendió los brazos, se sonrió, y de nuevo esforzándose por llegar á la altura del niño, radiante de alegría, exclamó:

—¡Ramirito! ¡Ramirito!

El niño se inclinó sobre ella y la besó como un ángel besa á otro.

La niña recobró el conocimiento.

Dios sabe como fué.

Secretos son esos negados al conocimiento de la ciencia, de los cuales la Providencia sólo tiene la clave.

Despues de reconocer á Ramirito, reconoció María á su madrina (á su madre; á la que todavía no conocia por su nombre verdadero), á mosen Martin, á Teresina, á quienes en medio de la confusion de su delirio habia en algun otro momento reconocido; y se mostró tan tranquila, que no parecia la misma.

— Ramirito, tráeme á Leon.

Gaspar, de repente, adoró á Ramirito. Benilda le colmaba de caricias y se entregaba, con renovado ardor y fe, á la esperanza de ver á su hija salvada, esperanza que, en medio de lo grave que la habia visto, no la habia abandonado un solo instante.

Mosen Martin y Teresina, ocupando sus respectivos puestos al lado de la cama de la paciente, se miraban en silencio, sin atreverse á pedirse recíprocamente explicaciones. Uno y otro eran más prácticos y experimentados en el conocimiento de las enfermedades que los que tan fácilmente cedian á las apariencias favorables que presentaba el estado de la enfermita, y no se alucinaban con las falaces esperanzas que aquéllos acariciaron.

La niña, sin embargo, pasó lo que quedaba de mañana, no sólo tranquila, sino en su completo acuerdo. Habló poco ó nada: lo único que hacía,

[redacted]

pero que indicaba la conciencia de sí misma, era asirse de las manos de los que queria y mirar con inquietud en direccion del puesto que, silencioso y lleno de consideracion, ocupaba Ramirito, con el perro en brazos, temorosa, sin duda, de que el niño desapareciera. El niño no necesitó de la menor indicacion para cumplir eficazmente con los consejos de su preceptor.

Un hombre no hubiera podido hacer más.

A la llegada de la tarde el estado de la niña varió de aspecto.

Volvió á estar inquieta y á respirar con dificultad; reprodujéronsele los estremecimientos convulsivos y, peor que todo, empezó á arrugar las ropas de la cama.

Leon se quejaba en eco acongojado y apénas perceptible.

Mosen Martin y Teresina volvieron á mirarse como se habian mirado por la mañana, y sintieron uno y otro que la garganta se les anudaba.

El padre y la madre contemplaron con recelo el desasosiego que se habia apoderado de su hija.

—¿Qué te ha dado, vida mia? interrogó Benilda, inclinándose sobre la niña. ¿Te duele algo? ¿Quieres algo?

[redacted]

María contestó en seguida:

—Ramirito, estoy muy mala... y tengo que decirte una cosa.

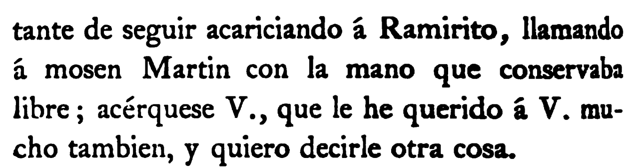
Gaspar volvió á coger al huérfano en brazos, y se lo presentó á su hija.

—Siéntate aquí, dijo la niña señalando á su cama; aquí, á mi lado.

Ramirito ocupó el indicado sitio, en silencio, y con la misma suavidad de ántes volvió á besar á su prima.

—Yo te he querido mucho, dijo la cariñosa niña, acariciando con sus diminutos dedos la hermosa cabellera del huerfanito; mucho, mucho, como si fuéramos hermanos. No he tenido más amigo que tú, y siento separarme de tí. Esto es lo que quiero decirte. Me voy á morir, lo sé hace muchos dias; es en lo que más he pensado, y por eso queria tanto que vinieras para despedirme de tí. Adios, Ramirito. Pero no para siempre. El padrino me lo ha enseñado, que morirse es empezar á vivir con Dios y los ángeles. Nos volveremos á ver, Ramirito, si tú eres bueno, y eso es lo que te quiero encargar: que lo seas siempre para que los dos nos juntemos en un mismo sitio.

Padrinito, continuó aquel dulce ángel, no obs-



tante de seguir acariciando á Ramirito, llamando á mosen Martin con la mano que conservaba libre; acérquese V., que le he querido á V. mucho tambien, y quiero decirle otra cosa.

Mosen Martin se apresuró á obedecer aquella tierna llamada.

—Y que se acerquen tambien Teresina, y la madrina, y ese señor que quiere tanto á Ramirito, que lo coge en brazos, añadió indicando á Gaspar; y mi perro Leon, que de todos me quiero despedir.

El perro no se hizo esperar; al oir la voz de su ama, como le sucedia siempre, acudió solícito, y, despues de lamerla, cual si hubiese comprendido el sentido de las palabras, se tendió al alcance de su vista, y no volvió á alejarse de ella.

—Padrinito, repitió la niña, esta vez articulando las frases que pronunciaba con los más contritos acentos y dirigiéndose por entero al conmovido cura de Nazaret: si alguna vez he sido mala, si le he desobedecido á V., perdómene V., y que me perdone Teresina, y la madrina tambien. Una vez le dije una cosa que no deberia haberle dicho, y lo siento mucho ahora... ¡Adios, padrinito; adios, madrina; adios, Teresina... adios, Leon! ¡Que todos me perdonen!... ¡Que todos se

[redacted]

acuerden de mí... y que quieran mucho á Ramirito!

No pudo decir más.

Fueron las últimas palabras que articuló.

Con el eco de aquel nombre se confundió un sonido gutural que heló la sangre de los que lo escucharon.

—¡María, María! gritó Benilda; ¡vida mia, gloria de mi corazon, hija de mi alma! ¿Qué te ha dado? ¿Qué tienes?... Un desmayo... un síncope... ¡Que vayan por el médico... que le den algo... que le traigan algun remedio!... Mosen Martin, cójala V.... Gaspar, abrázala... Bésala, Ramirito... ¡Que no vuelve! ¡Que tiene los ojos cerrados! ¡Que no se mueve! ¡Que no me oye!... ¡Que no responde!... ¡Piedad! ¡Misericordia, Señor, misericordia! ¡Que es mi hija... nuestra hija, Gaspar! ¡Que yo no la quiero perder! ¡Que no quiero que me la quiten... que yo la daré!... ¡Que he dicho que la daré... te la daré, Gaspar!

—¡Señora, señora, es la voluntad de Dios! exclamó una voz ronca por la emocion, una voz apénas conocida, ahogada la expresion por el sentimiento. Es la voluntad del Señor que un querubin más vaya á enriquecer su reino. ¡María está con Dios! ¡Doblemos la rodilla resignados á la

voluntad que así lo ha dispuesto, y acordémonos de que un ángel nos ha abierto la puerta del cielo y acaba de mostrarnos la senda que conduce á la eternidad y la gloria!

Mosen Martin se arrodilló á la orilla del lecho, á la par que un golpe como el que produce un cuerpo al caer, formó eco á las últimas frases que habia el sacerdote pronunciado.

La baronesa habia caido desplomada.

La escena que siguió no admite descripcion.

¡Angel de la Guarda, que descuidaste por un momento tu sagrado ministerio... que con la lágrima que vertiste formaste la joya principal para la corona de un ángel; héle ahí ya despojado del vestido terrestre, dispuesto á ser incorporado en el ejército seráfico, del cual nunca debió haberse desprendido!

El espíritu de la hermosa niña se habia separado sin esfuerzo de la materia corpórea. Hablando de Dios y de los ángeles, entre los cuales sería ya su sempiterna morada, y recomendando al corazon de los que tanto la habian querido á ella en el mundo, al niño Ramiro, al espirar el eco de este nombre voló al cielo su alma.

La muerte fué instantánea; dulce, suave, rápida;

[redacted]

tanto cuanto ásperos, severos y prolongados habian sido los sufrimientos que á ese resultado condujeron.

Murió el ángel del hogar del buen cura de Nazaret, tal cual habia vivido ántes de llegar la hora de la expiacion de sus padres; feliz y placentera—tan niña—resignada con la voluntad suprema, que le habian enseñado á respetar desde que empezó á balbucear las primeras palabras, sin oponer una queja al cumplimiento.

Mosen Martin, ántes que ninguno de los que presenciaron aquel tan dulce fin, conoció el momento en que dejó de latir el noble corazon de la que habia formado el encanto de su ancianidad.

Entre tanto que la desolada madre la miraba llena de espanto y terror, y gritaba, y clamaba, sin sentido, ni tino, ni concierto, para cerciorarse de si era real ó aparente sólo el estado inánime de su hija, pulsábala el no ménos afligido mosen Martin, palpábala, por si aún despedian el pulso ó el corazon algun latido.

No se habia equivocado: conoció precisamente el momento en que cesó el movimiento vital.

Gaspar se arrojó sobre el diminuto cadáver, que era ya lo único que quedaba del vínculo cuyo pre-

cio habia conocido sólo para perderle. Henchida su alma de amor, de ese amor que habia sentido nacer, crecer, desarrollarse y llegar á su más lata extension en un instante, y dominado con igual medida por el más profundo dolor, cubrió de besos el cuerpo insensible, abrazándole con tal violencia, que parecia cual si ninguna fuerza humana habia de conseguir separarle de sus brazos.

En el ínterin, Teresina, el capitan Baltasar y cuantos presenciaran los últimos momentos de la niña, habian acudido en socorro de la baronesa.

Mosen Martin se consagró á compartir y dulcificar la agonía del afligido baron. Gaspar no admitia consuelo, ni atendia á la menor reflexion.

Más fácil habria sido mitigar la desesperacion de una fiera privada de sus cachorros, que calmar la del hombre de hierro, que con todas las potencias de su fuerte é indómita alma, se abandonaba al sentimiento más desgarrador que habia experimentado en su vida. ¡El sentimiento de un corazon despierto por la primera vez á la más tierna, dulce y generosa de las afecciones, desgajado apénas vislumbrara el oásis de su felicidad!

En vano pulsaba mosen Martin las cuerdas que creia podian más fácilmente vibrar en el sojuzgado

[redacted]

espíritu que tenía delante. La desesperacion se habia apoderado de Gaspar; y mosen Martin, con sus evangélicas razones, con los entrecortados acentos que de sus labios salian, con lágrimas que corrian por sus arrugadas mejillas, era impotente para contrarestarla.

Deploraba amargamente la ineficacia de sus esfuerzos; y se hallaba á punto de desistir de emplearlos, cuando de pronto le sugirió su corazon un recurso, con el cual confió habia de vencerse aquella irresistible situacion.

¡Ramirito, el niño Ramiro, el niño recomendado por María al cuidado y al amor de los que tanto la habian amado á ella en el mundo!... ¿No sería posible que la vista y las caricias del que habia sido como indicado por la voluntad de María para reemplazar su lugar, consiguiese lo que en balde habian intentado las instancias y ruegos de mosen Martin?

El niño habia presenciado el fin de su amada compañerita; y, sobrecogido de dolor, por más que el asistente Anton y cuantas personas habia en la casa se ocupaban en consolarle y mitigar la impresion que en su tierna edad podia producir las más funestas consecuencias, lloraba y lloraba sin

[redacted]

cesar; pero, dócil y sumiso, nada daba que hacer, ni manifestaba su sentimiento de otra manera que con la misma dulzura y prudencia que habia demostrado desde el momento de responder al llamamiento de su tio.

En seguida que espiró la niña, lo habia retirado Anton de la habitacion, y consolándole y distrayéndole á su modo, si no lo consiguió, puede asegurarse que no fué por falta de voluntad ni de variados recursos, sino por efecto de la precoz sensibilidad de aquella tierna criaturita.

Al enterarse Ramirito de que su presencia y sus auxilios eran de nuevo requeridos, en la forma y manera que cuidó mosen Martin de especificarle se necesitaban los últimos, el pobre niño, esforzándose por dominar su sentimiento, por contener su llanto, se dirigió solícito á desempeñar la mision que se le demandaba.

El corazon se le partia á latidos, las piernas se le doblaban, apénas distinguia el pobrecito los objetos que tenía delante.

La voluntad, sin embargo, le sostenia. Muchos hombres no hubieran hecho otro tanto.

El verdadero sentido de la muerte es de difícil comprension para un niño; y, como el baron en su dolor delirante se hallaba completamente adherido

al diminuto cadáver, que cubria con su fornido cuerpo, Ramirito creyó por un momento que con el hálito vital habian igualmente desaparecido los restos mortales de la niña.

Dominado por esta creencia, al conducirle mosen Martin enteramente encima de su tio, llamando la atencion de éste, exclamó el dulce niño:

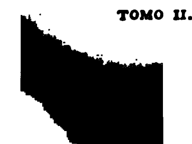
—María no está aquí ya. Está en el cielo. Pero me ha dejado en su lugar, continuó diciendo, y aquí estoy yo. Míreme V., tio Gaspar, y quiérame V. como María les encargó á todos que me quisieran.

Al decir esto Ramirito, lleno de compasion y ternura, y plenamente embebido en los consejos ó indicaciones que acababa de recibir de mosen Martin, cercó el inclinado cuello de su tio, y lo besó.

Gaspar lanzó un gemido.

La voz de aquel inocente, cual si hubiera sido un eco exhalado por el inánime sér que estrechaba contra su pecho, penetró hasta las más recónditas profundidades de su alma.

—¡Ramirito! exclamó, irguiendo la cabeza y descubriendo el cadáver de su hija, que al presentarse de nuevo ante la contemplacion del huérfa-



nito, y por más que el niño se esforzaba por contenerlas, reprodujo la corriente de sus lágrimas. Ramirito, repitió el baron con acentos tan sentidos como graves; lo dijo, sí, lo dijo: fué lo último que dijo: que te quisiéramos; y así lo haremos: ¡nadie como yo! prorumpió, abrazando al niño, y besándolo con efusion. Y así lo juro ante su cadáver, que serás mi hijo, el hijo de mi corazon; y que tanto cuanto la hubiera amado á ella, tanto cuanto la he amado en un solo dia que la he conocido, tanto te amaré á tí. Seré tu padre, ya que Dios en su justicia no ha permitido que lo haya sido para mi hija...

El hombre fuerte fué desde aquel instante un manso cordero en manos de su sobrino, que cuanto queria conseguia de él. No tenía más que emplear el nombre de María, que invocar el recuerdo de sus últimas palabras para alcanzarlo.

Y Benilda, ¿qué habia sido, qué era de Benilda entre tanto que Gaspar, entregado primero al frenesí de su dolor, y luégo al consuelo de la compañía y las caricias de Ramirito, se manifestó más tranquilo y resignado? ¿Qué era entre tanto de la baronesa de Fenollar?

En vano la ciencia se empleaba en ella: en balde

coadyuvaban los cuidados y la más esmerada asistencia para dominar el accidente á que habia sucumbido.

El aparente desmayo resultó ser un derrame al cerebro, y los más fundados temores de un funesto desenlace, complicaron la triste situacion.

El peligro era inminente, y era preciso que Gaspar no lo ignorase.

El estado, no de tranquilidad y resignacion, pero sí de mayor reposo, á que habia logrado traerle el huerfanito, tuvo que ser interrumpido por una nueva impresion.

El herido padre abandonó el lecho mortuorio de su hija, para asistir al que parecia ser el de agonía de la esposa que habia recuperado.

El hombre fuerte apuró hasta las heces el cáliz de la amargura.

Benilda conservaba apénas un débil respiro de vida, y de una vida tan imperfecta, que por cerca de cuarenta y ocho horas tuvo más de cadáver que de sér viviente.

Durante esas cuarenta y ocho horas se efectuó la inhumacion de los restos mortales del ángel que, con su postrer aliento, hirió de muerte á la que ese aliento mortal le habia concedido; y Gaspar (separándose por un momento del lado de su

esposa), y cuantos la habian conocido y amado, contemplaron y besaron por la última vez al hermoso serafin, cuyo recuerdo sería tan imperecedero como el de los sucesos que á la existencia de aquella inocente víctima de las pasiones ajenas habian acompañado. ¡El último beso! ¿Existe sensacion semejante á la que despierta en el corazon el último beso que estampamos sobre el rostro de los que hemos amado, y que no volveremos jamás á contemplar ni á besar en este mundo?

¡Ese beso de despedida, impreso ya en la ebúrnea frente, ya en los cárdenos labios que no pueden devolverlo, ya en los ojos que duermen el sueño eterno, y para los que pasan inadvertidas las lágrimas que destilan aquellos otros ojos que miran, nublados por el llanto, y que en balde quisieran con las lágrimas que derraman devolver el hálito que ha cesado!... ¿Quién no ha experimentado esta sensacion, la más amarga, la más desconsoladora de cuantas experimenta el corazon de los que aman?

Ramirito no pudo ser ménos que los demás: quisieron librarle sus mayores de la amargura de aquel último trance; pero el niño, que tan valeroso se habia mostrado desde el momento de ha-

[redacted]

llarse desempeñando la mision tácitamente encomendada á él por su amiguita, manifestó tal empeño por despedirse de su cadáver, que nadie tuvo corazon para rehusárselo; y se condujo tan bien, dominó sus emociones de tal manera, que fué un ejemplo para sus compañeros de desgracia.

Un numeroso cortejo acompañó al diminuto féretro que, todo cubierto de flores — tributo de la simpatía de propios y de extraños—parecia, no un ataud, sino una ofrenda.

Mosen Martin, Teresina, — á pesar del dolor de sus corazones—el capitan Baltasar, Anton, el bueno y honrado Anton—excepto el niño Ramirito, que se quedó al lado de su afligido tio — ninguno faltó en el acompañamiento; ni aun el perro Leon.

¿Y cómo habia él de faltar, si, desde el momento de acompañar á su infantil ama á la morada de su madre, no habia permitido volver á perderla de vista, y cuando la niña espiró redobló su vigilancia sobre los amados restos?

El pobre can aullada sin tregua ni consuelo; llorábala (á su modo) como la lloraban todos, y no habia forma de separarle de su lado. Siguióla, pues, como la siguieron los demás, hasta el lugar

destinado á su reposo; y, cuando entre lágrimas y sollozos la dejaron sola y para siempre separada de los seres racionales con quienes habia tan dichosamente morado, resistiéndose á todo género de instancias, ardides y recursos, se quedó él, el sér irracional, solo, solo, solo, para hacerle compañía y serle fiel hasta en la sepultura.

Y no fué eso únicamente...

En vano se repitieron una y otra vez las diligencias más activas para separarle de su intento: ni las caricias ni las amenazas de mosen Martin y Teresina, ni aun las de Ramirito, á que se apeló como último recurso, alcanzaron el menor resultado.

Leon no permitió abandonar el puesto que habia elegido. Cerró la boca, inclinó la cabeza, y á los cinco dias, en una de las frecuentes visitas que ya unos, ya otros le hacian, para llevarle el alimento, que permanecia siempre intacto, se lo encontraron cadáver al pié del sepulcro de María.

[redacted]

CAPÍTULO XIII.

—¿Con que es decir que Ramirito, el que debia ser mi nieto, le ha ganado la partida? No podia ser por ménos: ¡si Dios habia al fin de sacar la cara por los inocentes y de abatir á los soberbios!

— Los designios de Dios son inexcrutables, mamá.

—Sí, sí, muy inexcrutables algunas veces, pero lo que es en esta ocasion, Araceli, no me vengas con meticulosidades, han estado bien aparentes, más aparentes y claros de lo que hubieran querido algunas personas; prorumpió doña Esperanza, irguiéndose y sobresaliendo cerca de una cuarta por encima del respaldo de su silla; y es menester ser ciego para no verlo. Ha estado bien castigado. Veremos si las desgracias le aprovechan más que las prosperidades. Veremos si se sostiene tan tieso

como ántes; si se digna ahora saludarme cuando pasa por mi lado; si se le quita ese aire de perdona-vidas con que le mete miedo al inocente de tu hermano. ¡Poco que nos ha hecho penar con sus desprecios y altanerías!

—Las desgracias abaten, mamá, y mejoran el corazon. El del baron de Fenollar ha despertado del letargo en que yacia, y la mayor prueba de esto se halla en la conquista de nuestro amiguito Ramiro. Ya ha visto V. lo que dicen las cartas de Jorge... acuérdese V. lo que lloró con la primera.

—Es verdad; confirmó la señora mayor. Contaba todas las ocurrencias y partia el corazon oir los tristes detalles de la muerte de la niña. Y luego el estado tan grave de la que—no me mires con esos ojos, Araceli—usurpó tu lugar, á pesar del daño que te ha causado, inspiraba no poca compasion. Lo confieso que me enterneció esa primera carta de Jorge. Pero, despues lo he reflexionado mejor; añadió doña Esperanza con un gesto de suprema importancia. He meditado sobre lo pasado; he recapitulado los sucesos anteriores; las ofensas que te infirieron, y me he convencido de que no merecen que yo pase ningun mal rato por ellos.

[redacted]

—Pero, mamá, interpuso la dulce Araceli, cercando el cuello de su madre y besándole los nevados cabellos, ¿á que viene eso en los momentos actuales, en que la desgracia hunde á esa familia, y cuando la justicia y la benevolencia claman por que les prestemos el bálsamo de nuestra amistad y simpatía?

—¿Al orgulloso baron y su no ménos orgullosa esposa, que te colmó de desdenes cuando ya no le hicieron falta tu amistad y compañía?

—Le he dicho á V. que el corazon del baron ha despertado del letargo en que yacia; y, si yo le dijese á V. que, además de la prueba que ha dado de eso en el triunfo de nuestro Ramirito, y asimismo en la carta que le dirigió á Jorge para llamarle á su lado, carta—como V. ha visto, tan cariñosa, cual las que un hermano pudiera dirigir á otro—tengo en el bolsillo otra prueba más evidente aún de lo acreedor que es á nuestra simpatía y deferencia, paréceme, mamá, que examinaria V. la cuestion bajo otro punto de vista.

—¿Y qué prueba es esa? interrogó la señora mayor.

—Una carta que acabo de recibir de él.

—¿De quién?... ¿Quién es él?

—El baron de Fenollar.

—¡El baron escribirte á tí! ¡A tí! repitió doña Esperanza llena de sorpresa y al mismo tiempo de satisfaccion, no obstante, cuanto se habia permitido decir hacía un rato.

—Sí señora; aquí la tiene V., y adjunta otra de Jorge que confirma el contenido. Léalas V.

—No, dime la sustancia.

—Nos suplica el baron, prorumpió Araceli, cumpliendo con el deseo de su madre, que reanudemos las interrumpidas relaciones, puesto que no abriga otro objeto en el mundo que el de endulzar en lo posible la desgraciada existencia de su esposa, que fué mi amiga, y á favor de la cual implora la continuacion de la pasada amistad. Nos pide asimismo que, como que Benilda no se halla en el caso de serlo, me convierta yo en la madre de Ramirito. Ruéganos, en resúmen, que coadyuvemos para hacerle más llevaderas las amarguras que de aquí en adelante han de rodear su vida, no obstante el bálsamo que la misericordia divina le ha proporcionado en la persona de su sobrino. Jorge confirma, y apoya en su nombre, la sustancia de la carta del baron; y ¿será posible, mamá mia, prorumpió Araceli con tono de cariñosa reconvencion, que despues de oir lo que le estoy diciendo á V., conserve V. un átomo de ojeriza?

[redacted]

No, no, no puede ser, ni será; lo estoy viendo en su cara de V... Mañana llega la familia; mañana se instalan en la mansion solariega... Y ¡de qué triste manera! ¡El baron viudo! ¡La baronesa demente! ¡Reunidos los esposos, pero para siempre separados! ¡Qué fin de vida, mamá mia! Y ¿quién que tiene un corazon en el pecho, no se presta á dulcificar una posicion tan desgraciada? El baron tiene un respiro, respiro que cada dia se apoderará más de su alma; ama el recuerdo de su perdida hija en Ramirito; se siente padre en el huérfano que tanto aborreció un tiempo, y recobrará la paz y la tranquilidad con los goces que Ramirito sabrá tan tiernamente estrechar y fortalecer. A Benilda, ¿qué le queda? exclamó Araceli con un profundo suspiro. El caos de una imaginacion perturbada, la confusion del pensamiento, ó si acaso, el vacío del no pensar. ¡Pobre mujer desdichada! Y gracias que, como Jorge me ha referido, ántes de sobrevenirle esta catástrofe, el alma de Benilda recibió un aviso salutífero. La luz de Dios alumbró su mente y su corazon, saboreó el consuelo que comunican las verdades santas de la fe; y, regenerado su espíritu por la desgracia y el arrepentimiento, su extraviada alma, es posible, es seguro casi, que alcanzó la redencion.

Araceli se habia distraido al expresarse de aquella manera: la microscópica capacidad intelectual de su progenitora no admitia la fácil comprension de las imágenes á cuya dilucidacion se habia entregado, y de esto no tardaremos en recibir una prueba.

Doña Esperanza, que al principio de la explanacion de Araceli se habia vuelto toda ojos y oidos para penetrarse bien del sentido de las palabras, no bien notó el giro tan ininteligible para ella que tomaban, se pertrechó detrás de su calceta (que habia soltado con el objeto de oir y ver mejor), y, absorbiéndose en los menguados y crecidos, dejó que Araceli se entendiera con las paredes de su salita de recibo, ó con el quinqué que alumbraba las veladas de madre é hija.

Pero, apénas cesó de oir el eco de las últimas frases, que no habian encerrado para ella el menor sentido, suspendió otra vez su labor, y toda radiante de satisfaccion é importancia, mirando á Araceli de hito en hito, de esta suerte se expresó:

—Caí de una vez. No me has dejado lugar para decírtelo. Ya sé yo por dónde el agua va. Harto segura estaba, y es una reparacion justa y debida.

Araceli contempló á la señora mayor llena de asombro, sin acertar á comprenderla.

[redacted]

La buena de doña Esperanza continuó impertérrita su grandilocuente peroracion.

—Reemplazas el lugar de la que no puede ser ya nada en el mundo. Comprendo las intenciones del baron, y las acepto en absoluto. Hasta pueden llamarte la señora baronesa. ¿Y quién lo impide? ¡La madre de Ramirito! ¡La madre de Ramirito! repitió: eso lo dice todo; no puede pedirse más. Con esta imaginacion que tengo (no se la neguemos, pero era una imaginacion por completo desquiciada), al instante me penetro de lo que pasa. Manos, pues, á la obra, Araceli. Disponlo todo; prepara las cosas en la forma y manera que hace tantos años deberian andar en aquella casa, y, sobre todo, te encargo que te ocupes en desterrar los mamotretos y en cambiar la seda de las paredes. Pónla junquillo, para dar gusto á tu madre.

—Mamá, mamá, insinuó Araceli con su inalterable dulzura, no pudiendo á la vez ménos de sonreirse con los castillos en el aire fabricados por la autora de sus dias; no hay necesidad de marchar tan de carrera. Por ahora nos basta con que se nos abran las cerradas puertas, con que el baron nos invite á reanudar las interrumpidas relaciones, con que se nos conceda el derecho de seguir queriendo y haciendo bien á Ramirito. Contentémonos

con lo que el dia presente da de sí, y dejemos que el tiempo y los sucesos nos vayan indicando lo demás que se espera de nosotros.

— Bien, pero la seda junquillo.

Araceli no se atrevió á decir más; conocia demasiado la organizacion y el temperamento de la señora mayor para ponérsele de frente; y doña Esperanza, creciéndose en importancia por momentos, á medida que iba á su modo digiriendo la sustancia de lo que habia percibido á través de las confusas imágenes de su hija, ántes de retirarse aquella noche á descansar, se hallaba por completo reconciliada con su enemigo el baron.

El dia siguiente por la mañana se efectuó en la mansion solariega la instalacion anunciada por Araceli.

Llegó la familia de Fenollar, reunidos los esposos, despues de tantos años de extrañamiento para Benilda, pero para siempre separados.

Presentóse el baron otro hombre del que habia sido hacía sólo un par de meses, período que habia permanecido léjos de su residencia señorial.

Grave siempre y reservado, dulcificaba, no obstante, el carácter de su mirada, y del conjunto

[redacted]

de su semblante un sello tan marcado de resignacion y tristeza, que cuantos le contemplaban se sentian impresionados por aquella expresion.

Abatido y llamado al exámen de sí mismo, si bien sus formas habian cambiado (no era posible que se hubiese trasformado en tan breve espacio de tiempo, ni era de esperar que adquiriesen fácilmente otro carácter), notábasele que la resignacion interior brotaba á la superficie de su sér, y esto era bastante, en la situacion en que se encontraba, para captarle el interés general.

Acompañaba al matrimonio, en primer término, Ramirito, que no se separaba un momento del lado de su tio; Jorge Garcés, como puede presùmirse, y el capitan Baltasar, que, á pesar de sus protestas y firmes propósitos y decidida intencion de refugiarse contra la infancia y las penas y trabajos que contra su voluntad le habia ocasionado, nada ménos que en China, en donde regian leyes y hábitos tan en armonía con sus instintos y aficiones, no habia tenido corazon para rehusar á su hermano este testimonio de consideracion y simpatía.

¡Triste instalacion! ¡Triste realizacion de las esperanzas alimentadas por el cuerpo de servidores del baron, fallidas por completo!

¡Pobre Benilda! Paralítica, y con el raciocinio destruido, demente, pero de una demencia tranquila é inofensiva, por efecto de la inaccion de su cuerpo, cadáver casi, se instalaba señora de la casa en la cual no habia jamás ocupado el lugar que le correspondia.

¡Grandes habian sido sus errores, trascendentales sus faltas! Purgaba los unos y las otras con plenitud. El estado en que se hallaba era ya el que la esperaba, y esperaba á su marido hasta la terminacion de sus dias.

Ardua y empeñada habia sido la lucha de la ciencia con la enfermedad, que, merced únicamente al vigor de una naturaleza jóven, habia sido dable á medias vencer. Triste era el resultado. Pero Gaspar lo aceptó con resignacion, y ni una vez murmuró contra los decretos de la Providencia.

Desde el momento de instalar á su esposa en la mansion solariega, consagróse á cuidarla y atenderla; á formar de la existencia y contemplacion de aquella desdichada, de cuyos errores y faltas se consideraba verdadero responsable, el objeto primordial de su vida, y esta noble mision bastó para llenársela.

Ramirito le endulzaba la tarea: compartíala con

[redacted]

él, y, ligándose cada dia más estrechamente el tio y el sobrino, y produciendo el tiempo su efecto, llegaron á realizarse los pronósticos de Araceli Garcés. El baron recobró la paz y la tranquilidad con los goces del amor de Ramirito; y, presente siempre en su recuerdo la memoria de su perdida hija, cumplió tan eficazmente la promesa otorgada delante de su cadáver, que fué para el sobrino lo que el Todopoderoso en su justicia no habia permitido que fuera con su hija.

Y en lo que él no podia, reemplazaba el lugar de la madre, que el niño no conoció, y de la que no se hallaba en el caso de sustituirla, de una manera digna y eficaz, la buena, la incomparable Araceli Garcés, la madre de cuantos amaba y se acercaban á ella, y unido esto al afecto que cuantas personas profesaban al mal querido huerfanito que habia sido de la mansion solariega, quedó el niño por completo resarcido de cuantas pruebas y sinsabores habia en un tiempo sufrido.

Y el niño, creciendo por dias en buenas y nobles cualidades, al desarrollo de las cuales contribuia la atmósfera de ternura que respiraba, se convirtió en el ángel tutelar de la casa, en el orgullo de su familia, y en el ídolo de cuantos le conocian y trataban.

No por eso se descuidó su educacion.

Araceli y su hermano estaban allí para eso; y Ramirito, bajo la hábil direccion de los dos hermanos, en los cuales depositaba el baron una completa confianza, lo mismo en ese terreno que en todos los demás, correspondió del modo más lisonjero á los esmeros de que era objeto.

El recuerdo de María, el de sus postreros momentos, era un talisman en torno del cual afluian todos los corazones; y, como el niño no concebia otro deseo ni alimentaba otra ambicion que la de imitar los ejemplos que habia visto en su amiguita, se identificó por completo con la memoria de aquélla.

Mosen Martin y Teresina lo adoraron, y ¿cómo no, si de cuantos recuerdos les quedaban de la hermosa niña que tanto habian amado y cuidado, ninguno encerraba mayor encanto que Ramirito?

El buen cura de Nazaret, despues de considerar salvada la existencia de la baronesa de Fenollar, habia regresado con Teresina á su humilde barraca, barraca en que tan feliz habia vivido con su ahijadita, pero no por eso interrumpió las relaciones con la familia á la que le ligaba el

[redacted]

vínculo de la memoria de María. Léjos de eso, encontraba un consuelo en fomentar su trato, é, invitado con frecuencia por el baron para pasar largas temporadas en su compañía (á haberse prestado á ello el humilde y modesto anciano, Gaspar le hubiera conservado constantemente á su lado), y adhiriéndose como á ninguno de los individuos que constituian aquélla, al compañero de juego que habia sido del dulce ángel cuyos gritos y risas de alegría no resonaban ya en su mudo hogar, llegó á cobrar al niño Ramiro un afecto muy parecido al que habia profesado á María.

El noble anciano, de cuyas virtudes hemos sido cronistas, sobrevivió algunos y no escasos años (considerando lo avanzado de su edad cuando trabamos conocimiento con él) á las desventuras de la inocente niña á quien tanto habia querido: cruzó los últimos senderos de la vida que le quedaron aún que atravesar, con la misma paz y mansedumbre de que se habia hallado siempre revestido, desempeñando su mision con el propio celo de que tenía dadas tantas pruebas; y, cuando al fin murió la muerte de los justos, dejó en pos sólo lágrimas y bendiciones, y la memoria de una vida sin tacha.

[redacted]

Perenne fué el recuerdo que se conservó en Nazaret de aquel ejemplar varon, y Teresina, como nadie, le otorgó el más rendido culto. Conservó como reliquias cuantos objetos habian sido de la pertenencia de su amo, y santificando con preferencia (se puede decir), las prendas de vestir—prendas que habia cuidado con tan exquisito esmero—formaron por largo tiempo centro de respeto y veneracion la raida sotana, el descolorido manteo, el navío de tres puentes, y los no ménos venerados cuanto descomunales zapatos.

En el periodo que medió desde la desgracia de los barones de Fenollar hasta la época del fallecimiento del cura de Nazaret, ocurrieron en la provincia de Valencia un sin número de fechorías, cuyo autor ó autores burlaron por algun tiempo la accion de la justicia. El escándalo y la impunidad de los robos que se practicaban, de las heridas y hasta frecuentes muertes de que se tenia noticia, movieron al fin á la autoridad judicial á acrecer su vigilancia, y, dando esto por resultado el descubrimiento y la aprehension de los delincuentes, produjo un ejemplar castigo sobre un malvado, del cual justo es que demos á nuestros lectores las postreras noticias. Marcial, el hijo de

[redacted]

la viuda, cayó en poder de los tribunales, y, como en la causa apénas sustanciada del asesinato de Rita, era perseguido en rebeldía, y sobre esto se le agregaban no poco cúmulo de otros crímenes, fué sentenciado á la última pena.

Soledad, la madre mala — mala, no porque hubiese querido más ó ménos á su hijo, sino porque le habia querido mal—vivió para presenciar el término á que habia conducido á aquél la perversa educacion que de ella habia recibido, y, despues, llena de privaciones y miseria, concluyó sus dias en un hospital...

¡Dios sea loado! El niño mal querido, que al inaugurarse nuestra historia cruzaba los interminables, oscuros y complicados pasillos de la mansion solariega, henchido su infantil pensamiento de imágenes tan medrosas como indefinibles, los cruza ya lleno el corazon de alegría y amor para cuantos le rodean.

No tiene ya miedo á nadie; le es permitido querer y ser querido, y se resarce con plenitud de la amarga vida que en un tiempo le fué impuesta.

Vive completamente dichoso al lado de su tio Gaspar, sobre el que ejerce una influencia sin

[redacted]

límites; en la compañía del capitan Baltasar, que no sólo no piensa ya en irse á China, sino que con su adlátere Anton (que, al paso sea dicho, constituye las delicias de Ramirito) pasa en la mansion solariega todo el tiempo de que puede disponer; de Araceli, la dulce Araceli, á la que, muchas veces entre bromas y veras, comiéndosela á besos (con grande satisfaccion de doña Esperanza), llama *su mamá*, *su verdadera mamá*; Jorge Garcés y cuantas personas se le acercan, y no pueden ménos de ceder á la seduccion de su singular atractivo.

Doña Esperanza se disputa con sus hijos el placer de quererle y de mimarle; se abroga tambien el derecho de decirle cuantas tonterías y vaciedades cruzan por su trasparente meollo; y cuando, como ocurre con frecuencia, le dirige algun discurso tan complicado como grandilocuente, y se queda Ramirito completamente á oscuras acerca de su significado, y el discreto y cariñoso niño, con el tacto que posee, en vez de manifestar su confusion, le da un beso por vía de respuesta, se crece la señora mayor de tal manera, que, sin riesgo de equivocacion, podemos afirmar que se le asegura un año más de vida.

[redacted]

Trabaja más que nunca en sus menguados y crecidos; se empeña en surtir á Ramirito de medias, como ha hecho siempre con sus hijos, y aun cuando continúa como ántes durmiéndose con la calceta en la mano, declara cada dia con aumentado énfasis, que eso sí que no, que lo que es dormirse, ella de ninguna manera.

Araceli se multiplica, es, como lo ha sido constantemente, el consuelo, el apoyo, la existencia de su madre y de su hermano; la madre verdadera de Ramirito; la amiga, la hermana, la enfermera, la segunda Providencia de la desdichada Benilda; la consejera, la amiga del baron de Fenollar; el blanco de las bromas y del buen humor del capitan Baltasar; es, en resúmen, el ángel bueno de su propia familia y de la de la mansion solariega; y, sin tacha, feliz y tranquila, cursando la vida que consagra al amor y al servicio ajeno, siembra de flores la senda de la de los demás, á la par que labra para sí una corona de gloria en la eternidad.

Imitémosla si queremos ser felices; desprendámonos de nosotros mismos; vivamos sin egoismo; vivamos en Dios, con Dios y por Dios, para labrar el bien de nuestros hermanos, y es seguro que

[redacted]

al consagrarnos á tan digno objeto, conseguiremos lo que más debe importarnos en esta vida breve y pasajera, que es: la paz del corazon y la tranquilidad de la conciencia.

FIN.

[redacted]

DOS PALABRAS

ACERCA DE LA NOVELA

POR NO ENTENDERSE...

Aunque la discretísima autora de esta obra la llama novela, no es fácil que el lector crea exacta la calificacion. POR NO ENTENDERSE... no es novela, no lo puede ser: es una narracion de sucesos verdaderos, es indudablemente la historia de una familia que ha existido realmente, y aún podria asegurar que es, en el fondo, si no en todos los detalles, la historia de muchas familias, la de muchos matrimonios que, pudiendo haber sido felicísimos, en cuanto se puede ser feliz en esta vida, han vivido desgraciados... *por no entenderse.* No diga, pues, la autora que ha escrito una novela, y permita que le diga el lector que lo que ha hecho es un cuadro admirable, en el que aparecen copiadas con exactitud fotográfica figuras cuyos

[redacted]

originales existen en la sociedad y todo el mundo conoce.

Admirable es, en efecto, el cuadro que presenta en este libro la excelente, dignísima señora que lo ha escrito, admirable por la verdad que resplandece hasta en los más insignificantes detalles de la interesante y sencilla narracion. Dotada de una aptitud privilegiada para la observacion de los caractéres, la autora los pinta con tal expresion, con tal fuerza de colorido y con tal delicadeza, que sorprenden y encantan.

El baron de Fenollar, orgulloso y soberbio, tan soberbio y tan orgulloso que aparecen en él oscurecidas por este defecto las nobles cualidades que posee; la desgraciada Benilda, víctima tambien de un mal entendido amor propio; la abnegada, tierna é interesante Araceli, verdadera mujer de su casa, tan digna de ser amada; el incomparable mosen Martin, tipo del buen sacerdote, caritativo, previsor, amante del prójimo, humilde como buen discípulo de Cristo, avaro del bien para los demás é indiferente al suyo propio; el bizarro capitan, hermano del baron de Fenollar, corazon de oro, alma tierna y compasiva bajo la más dura apariencia; el hermano de Araceli, modelo de hombres de bien y agradecidos; el asistente Anton, el honradí-

[redacted]

simo y servicial soldado, fiel, humilde, franco y leal; la ignorante y bonachona madre de Araceli, y la excelente Teresina; todos estos caractéres prueban evidentemente el talento observador de la autora, y el aprovechamiento con que estudia en los modelos que le ofrece la sociedad.

Ramirito y María, los dos niños adorables, que tan interesante parte tienen en la accion de la novela, ya que así la llama su autora, dan testimonio de la ternura y delicadeza de sentimientos de la noble dama que los ha retratado. Y, ya que hemos mencionado los caractéres buenos de la obra, no olvidaremos al inteligente perro, que tambien desempeña su papel con todas las buenas cualidades y todo el generoso instinto que distinguen al animal, que, con razon, ha sido llamado amigo del hombre.

Rita y Marcial, siniestros personajes, están trazados con tal verdad, con tan notable firmeza, con tal valentía que inspiran horror. Y aquí se ve otra vez el gran talento de la autora del poema, que siendo tan buena, tan noble, tan sensible, tan refractaria á todo lo que no es honrado y generoso, retrata con asombroso vigor la alevosía, la infamia, el crímen en esos dos malvados, y el repugnante carácter de la madre de Marcial.

[redacted]

Páginas de oro son muchas de las de este libro, por ejemplo, las que contienen la triste historia del cautiverio y la muerte de la inocente hija de los barones de Fenollar, las dedicadas á mosen Martin, las que contienen la narracion de las tristezas y amarguras de Benilda y otras que seria prolijo citar y que el lector notará seguramente sin que yo se las señale.

Faltan — que he de ser franco y sincero, y no ofenderá mi franqueza á quien tiene tanto talento — faltan, digo, á la discreta autora ciertas condiciones de estilo; pero áun esto no es defecto en ella, como lo seria en quien hiciera profesion de las letras: la autora de POR NO ENTENDERSE... escribe lo que siente, y esto basta para encantar á sus lectores, y hacer amables sus libros, porque lo que siente es siempre noble y hermoso. ¿Qué importa que no sea su estilo tan castizo, tan pulido, tan rigorosamente ajustado á las reglas literarias como podria exigirse de un académico?... Podrán faltar á POR NO ENTENDERSE... galas de estilo, pero no le faltan, y esto es lo principal, sentimiento, verdad, profundos pensamientos y una leccion moral de la mayor importancia.

Y concluyo felicitando á la dignísima señora que con tanta voluntad me ha confiado este libro ántes

[redacted]

de su impresion, deseando que sea tan feliz como lo merece ser quien tan nobles sentimientos atesora y tan generosas y consoladoras ideas estampa en sus obras, reflejo exacto de la ternura de su corazon y de la bondad de su alma cristiana.

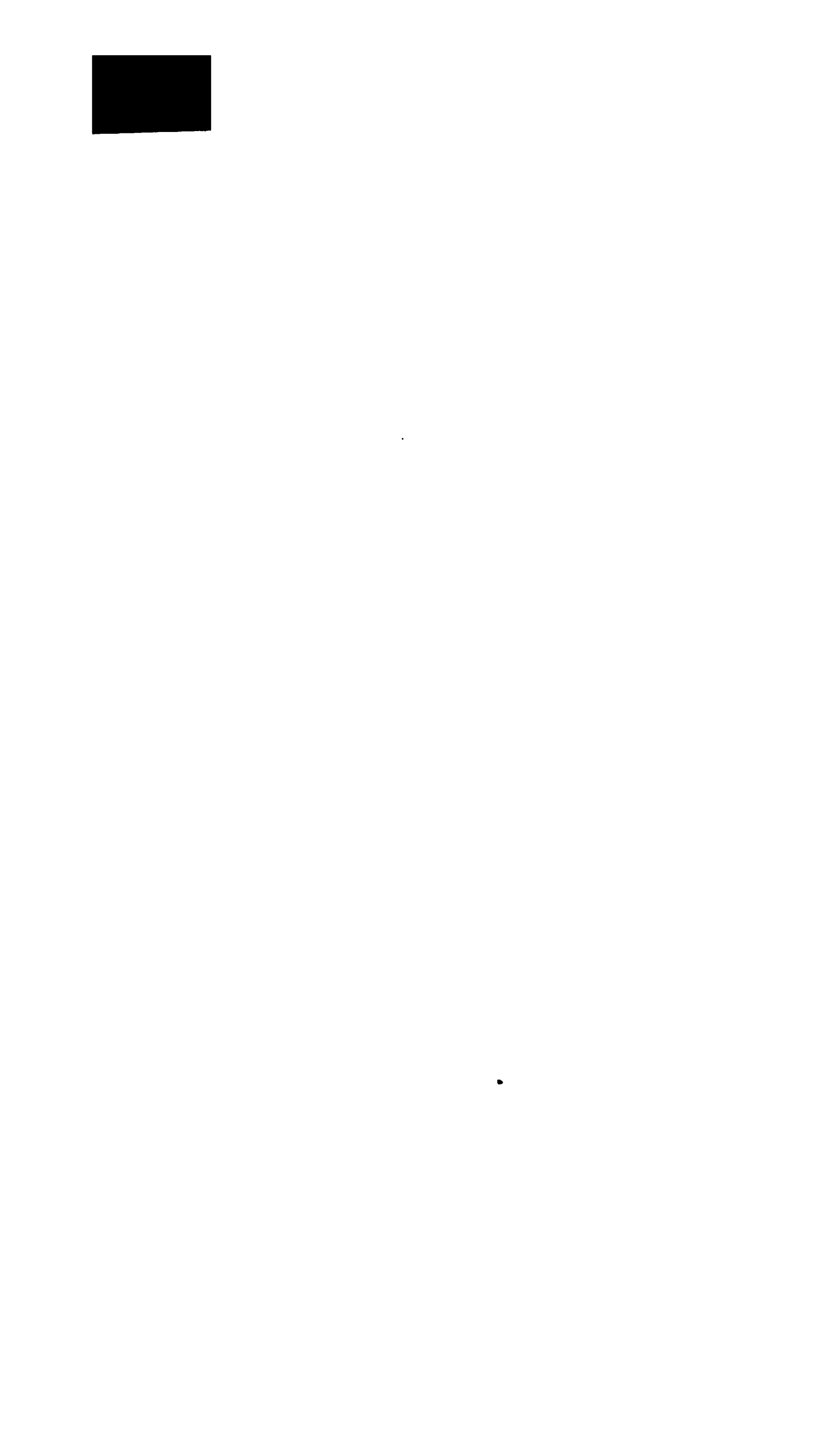
C. Frontaura.

[redacted]

ÍNDICE

DE LOS

CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.



2

OBRAS DE LA AUT

El Hilo del Destino.

Isabel ó la Lucha del Co

La Rosa del Genil.

El Hada doméstica.

Magdalena.

En el Peñon.






3 2044 004 485 439